

INÉDITO

DOMINIO

GASPAR LÓPEZ TORRES



Lectulandia

¿Quién ganará la partida por la supremacía en el mundo virtual?

Imagina un buscador de internet que trabaja para ti mientras descansas. Imagina que puedes desdoblar tu vida y tener un avatar que te hace el trabajo sucio. Imagina que deseas la supremacía para tu país y estás dispuesto a lo que sea para conseguir ese programa. Lo que sea.

Max, un prometedor informático, y Carlos, su jefe, han desarrollado una maravilla tecnológica: un buscador revolucionario, que dará el carpetazo definitivo al resto de herramientas de internet. Pero la patente y el ansiado retiro dorado no son tan fáciles de conseguir cuando Estados Unidos y China pretenden hacerse con el control exclusivo de esta tecnología. Sus vidas, y la pervivencia de sus avatares virtuales, que también se ven involucrados en una ciberguerra, estarán en peligro hasta que alguno de los dos bandos supere al otro. ¿Quién ganará esta partida global sin concesiones?

Dominio es un original *thriller* que te llevará a paisajes desconocidos hasta ahora, una novela de espionaje donde los más oscuros intereses se visten de bondad comercial, un libro de aventuras en el que dos personas corrientes deben hacer frente a una ofensiva de proporciones mundiales.

Lectulandia

Gaspar López Torres

Dominio

ePub r1.0

XcUiDi 25.04.16

Título original: *Dominio*
Gaspar López Torres, 2009

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

Dedicado a mis hijos: Carla y Gaspi.

Con agradecimiento a mi familia y amigos.

I

Nunca, ni siquiera cuando, como becario, había formado parte del equipo de Google, se había entusiasmado tanto programando. Las últimas líneas añadidas al código fuente estaban dando un resultado extraordinario.

Max se recostó en su sillón y estiró los brazos mientras veía cómo el programa vertía contenidos en la pantalla. En aquel momento tenía una única sonda escaneando internet para él. Imaginó qué sucedería si añadía dos mil, o ¿por qué no?, dos millones más.

—Pues que todo dios se enterará y la habremos liado —reflexionó en voz alta en la soledad de la oficina—. Bueno, creo que ya es suficiente por hoy —añadió, mientras escribía un SMS para su jefe: «vp 1.0 ok n 192.162.231.132».

Cerró Marte, su ordenador, apagó la luz del escritorio y se deslizó a oscuras, entre el murmullo de los servidores, condenados a cadena perpetua. Tomó su casco y fue esquivando un desorden de mesas, cables esparcidos y cajas de cartón apiladas, hasta alcanzar tanteando la puerta de salida, para después cruzar un largo pasillo con esporádicas luces de emergencia e introducirse en el reconfortante ascensor. En la calle, también desierta, la fría bruma de la madrugada envolvía su potente Yamaha azul, aparcada justo delante, que le hizo varios guiños al accionar el mando a distancia, para conducirlo rugiendo hasta la cama.

A sus veintinueve años, Max era un gran programador web. Podía asimilar con facilidad complejos códigos informáticos y desarrollar soluciones innovadoras de forma intuitiva, tal y como se dice que Mozart componía su música. A pesar de su carácter reservado, no había pasado desapercibido en la universidad y obtuvo una beca para completar su formación en Berkeley, a dos pasos del mítico Silicon Valley. Mientras iba empalmando con creciente velocidad los semáforos verdes hacia el mar, en el que empezaba a recortarse la silueta del horizonte, recordaba aquellas fantásticas semanas en Google, donde llegó a superar hasta seis cribas selectivas para caer miserablemente en la ronda final ante un hindú cejijunto, tras lo cual volvió resentido a Barcelona.

Colgó su currículum en una web dedicada a la búsqueda de empleo, y al instante le llovieron las ofertas. Había de todo: desde pomposas multinacionales hasta tenebrosas cuevas de *hackers*. Entre aquella fauna le llamó especialmente la atención Infoco, una pequeña empresa que contaba con una cartera de clientes importantes provenientes de diversos sectores. Parecía que hacían cosas interesantes: «Automatizamos internet para que sus clientes y empleados accedan a la información que necesitan y efectúen todo tipo de transacciones sin asistencia humana», era lo primero que uno se encontraba al visitar su web.

«El sueño siempre es el mismo —pensó Max—: que las máquinas hagan el trabajo».

Recordó cómo había entrado un par de años antes en aquel aséptico edificio de

oficinas del centro de la ciudad. Había ascendido varios pisos hasta desembocar en un pasillo, donde sólo los rótulos diferenciaban cada puerta. Una mujer que frisaba la cincuentena, regordeta, bajita y pelirroja, con una mirada demasiado inquisitiva tras unas gafas con cristales cargados de dioptrías, abrió la de Infoco. Lo estaban esperando y, sin dilación alguna, fueron hacia el interior, atravesando al son de música tecno una sala muy desordenada y de ambiente enrarecido, cuyo personal le observaba pasar, inexpresivo, escudado tras sus pantallas.

Se concentró, pues, en la estructura acristalada al fondo, donde su único ocupante se estaba poniendo en pie al verlos acercarse. Tendría unos dinámicos cuarenta años y se llamaba Carlos. Le pareció agradable. Mientras le informaba con pasión sobre los objetivos de su empresa y las ventajas de trabajar allí, Max sintió que aquello le gustaba, y se dispuso a dar las explicaciones necesarias para conseguir el puesto.

Durante el tiempo que estuvo allí pulió a aquellos técnicos y cortó algunas cabezas hasta disponer de un equipo decente de cinco programadores y de una diseñadora, única fémina en aquella sala central de hábitat tan extremo que hasta los cactus desfallecían. Bajo la batuta de Max, desarrollaron programas trufados de algoritmos cada vez más insólitos y dotaron de sutil inteligencia las webs en las que se implementaban. Parecía que cobraban vida planteando atinadas propuestas a los internautas, avanzándose con frecuencia a sus necesidades.

Cuando, durante una conversación de café sobre las limitaciones de los buscadores actuales frente a las posibilidades que ofrece la inteligencia artificial, Carlos pidió a Max que desarrollase una nueva forma de contacto entre el ser humano y la red, éste pensó que se trataba de una broma. Pero no lo era, y destinaron crecientes recursos a ésa utopía, ante la desesperación de Alicia, quien, además de abrir puertas, también tenía que administrar la tesorería de Infoco. Y en ese momento, abrazado al calor que desprendía el cuerpo de su mujer, procurando no despertarla, se dio cuenta de que lo habían conseguido, y un escalofrío traspasó ambos cuerpos; el rayo premonitorio de la tormenta que iba a desatarse. Tardó menos de un segundo en dormirse profundamente y cayó en una sima tan profunda como el Cañón del Colorado, hasta encontrarse a lomos de su moto y cruzar el Golden Gate como una exhalación, sobre un mar sintético de tonalidades escarlata al sol del amanecer, regresando triunfante a San Francisco.

Sonó el despertador y Carlos lo apagó al instante. Su mujer aún se estaba desperezando mientras él saltaba ágilmente de la cama. Sabía que Max se había quedado trabajando toda la noche, como tantas otras veces, y no anticipaba nada especial. ¡Aunque siempre podía saltar la sorpresa! Cada nuevo día ofrecía oportunidades, y estaban ya muy cerca del objetivo. Tomó su zumo de naranja, depositó otro en la mesilla de noche de su mujer, y se fue a preparar el desayuno para ambos, mientras Ana se arreglaba. Lo tomaron juntos y, en el momento en que ella se puso a prepararles el almuerzo, fue a despertar a sus hijos, simulando todo tipo de frenéticos personajes para espabilarlos y de paso estimular su imaginación. Primero le tocó a Carla, de quince años, transfigurado en el implacable doctor Mos, especialista en aberrantes operaciones de cirugía estética cuyas técnicas practicaba con la niña, quien simulaba seguir profundamente dormida, aunque una enorme sonrisa la delataba. Era como una buda yaciente, que luego dispondría de la serenidad y del tiempo suficientes para acertar con el vestuario del día. Seguidamente su padre fue a por Andrés, de once años, quien aún carecía de este tipo de preocupaciones y que no soportaba tanto derroche de actividad tempranera, con el agravante de ser mortificado por sus propios muñecos batallando encima de él, pidiéndole ayuda a gritos. Ocasionalmente Carlos se investía de mister Euro, generoso personaje en gira permanente en pos de la supremacía mundial de la divisa, que ofrecía un billete de cinco a todo aquel capaz de sentarse en diez segundos a la mesa del desayuno.

Casi nunca fallaban, desde luego Carla jamás, pero hoy no tocaba; había que dosificarlo o sucumbiría ante la inflación. Entre protestas de todo tipo, su mujer consiguió llevárselos al colé. Entonces Carlos activó el móvil, y al instante sonaron los pitidos que anunciaban un SMS.

Dudó al principio si conectarse desde casa o en el trabajo, y optó por esto último. Tuvo ocasión de lamentarlo mientras sorteaba con su *scooter* el intenso tráfico hasta Infoco. Estaba impaciente por saber qué habría conseguido. Si Rainman decía que lo tenía, es que así era. Muy binario el chico, blanco o negro, sin tonalidades. Entró el primero, abrió de inmediato las ventanas de la sala central para oxigenar aquel ambiente malsano y mantuvo abierta la puerta de entrada para propiciar una corriente de aire vivificador. La puesta en marcha de su PC resultaba un calvario por la cantidad de procesos de arranque y conexión. Y además Max, cada vez más obsesionado por las cuestiones de seguridad, había incorporado recientemente un lector biométrico de huella digital para verificar su identidad.

—El dedo de Dios —le dijo Max enigmáticamente en aquella ocasión, mientras le mostraba cómo colocar su índice izquierdo para teclear la contraseña con la otra mano.

Cuando finalmente oyó la consabida melodía anunciándole que Mercurio era todo suyo, dejó de prestar atención a las explicaciones que le estaba dando Alicia sobre la

angustiosa situación financiera de Infoco para sentarse ante la pantalla y teclear por fin la dirección IP que mostraba su móvil. Ella no tuvo otro remedio que irse. Tan abstraído estaba Carlos que no le importó saber si el portazo fue intencionado o causado por la galopante corriente de aire. ¡Se abría *www.Virtual-Personality.net*.

Max llegó antes de media mañana al trabajo. Al despertar, Carmen ya había salido a dar clase al instituto y él, poco dado a entretenerse, no tardó en estar de vuelta en Infoco. Como suponía, nada más arrancar su ordenador se encontró con las siglas «F1» en un PopUp, lo que significaba que Carlos quería verle urgentemente. Un «F2» le habría permitido mirar antes el correo. Entró en el despacho de su jefe sin llamar.

—Cierra la puerta —le ordenó éste—. ¿Quieres conocer a mi VP? No parece muy listo, pero es trabajador.

Max sonrió ante la perspectiva de ver la réplica virtual de su jefe. Sentía curiosidad por saber cómo le habría percibido el algoritmo.

—No está mal —comentó Max al repasar los diversos indicadores del perfil automáticamente asignado por el programa, tras cumplimentar el formulario de inicialización.

Además de los atributos demográficos, como edad, nacionalidad, sexo, educación, estilo de vida y aficiones, también aparecían diversos aspectos de la personalidad, obtenidos a partir de un cuestionario aparentemente banal que un hábil psicólogo social les había preparado por encargo. Apenas podía evitar sonreír al compararlo mentalmente con el suyo. Sabía que eran distintos, pero no suponía que lo fueran tanto. El cero y el uno. Introvertido uno, extrovertido el otro. Perseverante hasta la extenuación hacia un objetivo concreto frente a constante adaptación en función del entorno en pos de la supervivencia per sé. Max deseaba hacer algo relevante en su vida; estaba dispuesto a sacrificarlo todo con tal de conseguirlo, mientras que Carlos lo sacrificaría todo con tal de vivir plenamente. El VP había cruzado sus trayectorias vitales, posibilitando así la culminación de sus aspiraciones contrapuestas.

—Funciona mejor de lo que había previsto —aseguró Carlos tras el silencioso análisis.

En aquel momento, Carlos.vp estaba proponiendo a su homónimo en la vida real que se tomase unas vacaciones en el desierto, mostrándole los mejores *tours* que había encontrado en internet.

—¿Por qué querrá que te vayas al desierto?

—Quizá porque puse que me gusta la filosofía y odio el golf. ¿No te parece que eso de alguna manera te acaba llevando al desierto? —conjeturó Carlos.

—Puede ser. Aunque VP tiene cargados sólo unos doscientos conceptos base, con sus sinónimos y antónimos, ya que resulta imposible prever todas sus variaciones. En cuanto vaya relacionando conceptos y obtenga sus propias conclusiones dejará de ser primario.

—¿Y eso cuándo sucederá?

—No lo sé. Supongo que varía en cada caso. Necesita interaccionar con su RP

para...

—¿RP? —interrumpió Carlos.

—Sí, Real Personality. ¡Nosotros!

—¿A los que estamos a este lado del espejo?

—Es una forma de verlo —concedió Max—. Los VP necesitan los *inputs* de sus respectivos RP para desarrollarse. Por ello conviene que entres con frecuencia en tu página web y le vayas dando feedback de forma coherente. ¡Cuidado, porque si le contestas al tuntún desbaratas su lógica interna y habrá que reinicializarlo!

—¡Vamos, que se vuelve loco!

—Exacto. En cambio, cuanto más cuides estas interacciones, mejor te funcionará y empezará a obtener conclusiones por sí mismo.

—¿Como si cobrase vida?

—Es un proceso de aprendizaje continuado, enteramente basado en la lógica de la Inteligencia Artificial. —Max continuaba incólume—. Puede resultarte engorroso de entrada, pero mejorará mucho con cada interacción.

—¿Y cómo has conseguido que sea capaz de entender los contenidos de las webs?

—Ya sabes que estas últimas semanas he estado trabajando mucho en procesos de comprensión del lenguaje natural. Un paquete que me bajé hace pocos días funciona muy bien en inglés. Habría que comprar la licencia antes de que caduque el trial.

—Ya verás, cuando los VP tengan éxito, las webs serán cada vez más compatibles.

—Pero mientras tanto nosotros debemos hacer todo el esfuerzo.

—¡Parece que vamos por el buen camino! En estos momentos ya tenemos algo tangible. Ahora toca decidir qué hacer con esto. ¿Tienes alguna idea? —¿No eras tú el de las ideas?

Carlos encajó el envite y se volvió hacia la pantalla, donde su VP seguía volcando nuevas propuestas para llevarlo al desierto, reclamando su opinión.

—¿Pueden detectarlo? —preguntó.

—Seguro. En internet hay mucho más control del que parece. Cuando se vayan dando cuenta de que hay algo nuevo, todos querrán saber de qué se trata. ¿Lo aparco?

No sin pesar, Carlos aceptó, y Max desactivó la versión virtual de su jefe.

—¿A quién te refieres concretamente?

—A cualquiera, no lo sé. Desde las grandes empresas informáticas hasta el último *hacker* ávido de novedades, pasando por las policías del mundo, buscando a binladens y pedófilos. En el fondo, aquí estamos todos.

—¿Podría entonces suceder que aparezcan por aquí un par de tíos con gabardina y gafas oscuras? —bromeó Carlos justo cuando sonó el teléfono.

Se miraron, ambos con expresión de alerta en el rostro, y Carlos accionó el altavoz. Alicia pretendía pasarle la llamada de un cliente quejoso.

—¡Paso de hablar con este tío ahora! Dile que lo llamaré en un par de horas, a ver

si podemos estar un rato tranquilos. ¿OK?

—¡Qué susto! —comentó al colgar—. ¿Así que vamos dejando un rastro?

—Tampoco te obsesiones. Constantemente aparecen cosas nuevas en la red. Además tenemos centinelas por si aparecen intrusos.

—¿Intrusos?

—Ya sabes, gente que siga el rastro hasta nuestros servidores.

—Deberíamos hacer algo rápido para proteger al VP.

Carlos se sentía cada vez más inquieto.

—¿Se puede patentar? —planteó Max.

—No serviría de nada. Habría que solicitarlo, con todas sus modalidades y en todos los países válidos del mundo, para después aguantar que nos machaquen con demandas y reclamaciones de todo tipo durante los dos años que se tarda en conseguir la aprobación definitiva. Incluso después, allí donde nos la concedieran, tendríamos entonces que demandar a todos aquellos que, a su vez, presentasen invenciones similares a la nuestra. Vamos, que cuando se den cuenta de que somos unos tiraos, se nos echarán encima y nos dejarán en los huesos, dándonos además las gracias por haberle dado publicidad. Sugiero ir directamente al Plan B.

—¿Y cuál es?

—Endilgarle el VP a quien tenga la capacidad de protegerlo y explotarlo. Ah, y de paso pagarnos bien.

—¿Estás pensando en Google?

—¡Claro, en tus amigos, y también en Microsoft, y en cualquiera con ganas de ser o de seguir siendo el líder! Estoy convencido de que quien tire del VP arrasará.

—Ya me dirás cómo piensas explicárselo. ¿Vas a llamarlos ahora por teléfono o prefieres enviarles un *e-mail*? —preguntó Max.

—Mejor por teléfono. ¿No te parece? Es como más inmediato —replicó Carlos con sorna, simulando que accionaba el teléfono—. «A ver, póngame con Bill Gates, que tengo un invento que va a revolucionar la *www*». ¡Deben de recibir cientos de llamadas así a diario!

Max se levantó impaciente por volver al trabajo.

—Como todo esto es muy complicado, voy a ver cómo van las cosas virtuales.

—¡Claro, tú a lo facilito! Antes de irte, dime quién más está al corriente de esto.

Max se detuvo, ya con la mano cogiendo el pomo de la puerta.

—¿De esta última versión? Nadie. Francesc, Jordi y Waldir me han ayudado bastante, pero llevan días liados con un plugin para NFactorial. Además, ya sabes que trabajo solo en el código básico. Pierdo más tiempo explicándoselo que haciéndolo yo mismo.

—¿Y Alicia?

—No da abasto con los cotilleos. Parece más interesada en la nueva novia de Waldir que en mi trabajo.

—¿Y Carmen?

—Nunca se lo ha acabado de creer.

—Me pasa lo mismo con Ana. Pues mantengamos esto a partir de ahora en estricto secreto entre nosotros dos, mientras decidimos cómo enfocarlo.

—De acuerdo —contestó, saliendo apresuradamente.

Max sentía verdadero mono por encontrarse de nuevo frente a los VP. Dedicaría el resto del día a potenciar los mecanismos de búsqueda, si es que le dejaban tranquilo. Pero antes debía cumplir con su rito diario, y salió a tomarse un café bien cargado en un bar cercano.

Se estampó contra la página web desactivada. Veía la superficie teñida de gris; no comprendía por qué no podía franquearla. Carlos.vp se golpeaba frenéticamente contra un techo de cristal, imposible de atravesar, gimiendo de dolor. Pero no estaba solo; notaba una presencia.

—No vale la pena insistir tanto —comentó alguien detrás en tono burlón.

—¿Cómo que no vale la pena? —Se le encaró Carlos.vp, histérico—. ¡Acabo de encontrar una oferta insuperable para visitar el oasis de Sebha! ¡Apenas quedan plazas!

—Ya habrán aparecido otras mejores —aseguró su interlocutor, otro VP pero de poderosa apariencia, que proseguía sus explicaciones con autoridad—. En la red siempre hay algo mejor. Este *site* puede permanecer cerrado muchísimos milisegundos. Los RP son caprichosos y carecen de regularidad. Cuando el tuyo vuelva a logearse, esta información habrá perdido vigencia. No querrás entregarle algo desfasado, ¿verdad?

—¡No, claro! —balbució Carlos.vp, para recitar a continuación y de forma mecánica su máxima vital—: Debo proporcionar siempre la mejor información posible a mi RP.

—Correcto. Te sugiero entonces que sigas buscando. ¡No te detengas nunca!

—¿Y cómo sabré que ha vuelto? —inquirió receloso.

—Esto te avisará —dijo el otro, señalando la diminuta esfera plateada que ambos llevaban prendida—. Te vincula con tu RP y así cada vez que entre en el portal lo sabrás, para que puedas estar esperándole justo cuando abra la puerta.

—Ah, de acuerdo —aceptó confuso. Parecía a punto de partir cuando bruscamente se volvió para preguntarle—. ¿Y tú quién eres?

—Max.vp, y estoy a cargo de todo esto —respondió ufano.

—La Soledad del Manager. Imagínate que tienes la piedra filosofal pero que no puedes explicárselo a nadie porque entonces querrían quitártela. Pero, si no la das a conocer, nunca te servirá de nada. Entonces otro da con ella y lo cuenta, por lo que todos se enteran, y cualquiera puede sacarle todo el provecho. Cualquiera menos tú, que eres el que dio con ella primero, por lo que te jodes...

Alicia entró de forma intempestiva, cortando de raíz las elucubraciones de su jefe.

—¿Está el señor motivado para hacer algo útil hoy? —preguntó ella con ironía.

—No mucho —respondió Carlos disgustado—. ¿Pasa algo?

—¡Nada trascendente, pura inmundicia! Tienes varias llamadas pendientes, y está claro que aún no has mirado los *e-mails*. ¡NFactorial está que trina! No piensan pagarnos hasta que su *software* funcione perfectamente en el aeropuerto, por lo que seguimos sin poder cubrir los impuestos el día 20. ¿Verdad que te aburro?

—Sé buena chica y di a Jordi que se vaya para allá ahora mismo, y que no vuelva hasta haberlo solucionado. Si necesita ayuda, que tire de todo el mundo. De todos menos de Max, que está muy liado con otra cosa.

—¿Qué cosa? ¿La del robot ese? ¡Aún me tienes que decir a quién facturo todas las horas que invierte en ese tema!

En su fuero interno, Alicia reconocía que la combinación entre la inspiración de Carlos y las capacidades de Max eran las claves del éxito de Infoco, pero la angustia de estar permanentemente al borde del abismo le resultaba insoportable.

—Ahora llamaré a Arnau para asegurarle que nos volcamos y que autorice el pago —dijo Carlos.

—¡Espero que acabéis pronto con eso, antes de que eso acabe con nosotros! —Fue el inspirado comentario de Alicia antes de salir, cerrando la puerta tras de sí.

En lugar de centrarse en disquisiciones de cómo coger la piedra filosofal sin quemarse, optó por dejar pensar al coco, por lo que él mientras tanto debía entretenerse con algo. ¿Qué mejor que abrir el correo?

Tras una media hora leyendo todos los mensajes, sin dejarse ni el *spam*, se le ocurrió que podría subastarse el VP. Pasó en tiro directo a leer las bases de eBay, donde verificó que allí sólo se vendían o compraban cosas materiales, pero no ideas. Estudió, no obstante, con atención el sistema previsto para las ventas de alto valor, linkando a «<http://www.escrow.com>» donde explicaban con detalle las ventajas para el comprador (recibías la mercancía antes de pagarla) y el vendedor (cobrabas seguro).

Entró Max con aspecto preocupado.

—Hombre, estaba a punto de llamarte. ¡Creo que acabo de tener una buena idea! —exclamó Carlos.

—¡Pues yo acabo de despachar a un intruso de nuestro servidor!

Carlos notó que le faltaba el aire.

—¿Tiene que ver con lo del VP?

—Seguro. Aunque se ha limitado a mirar, sin atacar.

—¿Y qué has hecho?

—Le he dejado entrar hasta un directorio lleno de basura, para que se entretuviera un rato mientras me introducía en su servidor. Antes de que se diera cuenta y cerrase la conexión le he dejado un *cookie* y me he bajado un par de ficheros suyos. ¿Quieres verlos? Ya han pasado el antivirus.

—¿Sabes quién es? ¿De dónde viene?

—He trazado la conexión por varios países hasta llegar a un servidor en Bozeman, en el estado de Montana.

—¿Estados Unidos?

—Sí, tienes sus datos y los ficheros capturados en la carpeta Atak dentro de tu TMP.

Carlos examinó ansioso el contenido de la carpeta.

—Es un texto y parte de una imagen. Habrá desenchufado a lo bestia al darse cuenta de que estaba dentro —aclaró Max.

La imagen se llamaba «mont_hut.jpg». Estaba incompleta y sólo mostraba el tejado de lo que parecía ser una cabaña rústica en pleno bosque. Mientras que el texto, titulado «natur1.txt», era una lista de direcciones web.

—¿Le habrás puesto un petardo? —No me gusta disparar primero.

—¡Tú y tu pacifismo. Yo habría incinerado su ordenador. —Carlos se desesperaba ante la flema de Max—. Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Sólo Marte mantiene la conexión principal de internet. Todos los demás *estáis* ahora conectados a la de reserva con otro proveedor. Si se atreve a volver, le estaré esperando. —Finalmente se sentó—. ¿Y cuál es tu idea?

—¡Espera a que me recupere! —Carlos sabía que debía preguntarle algo importante sobre aquel incidente, pero le costaba concentrarse. De pronto lo recordó —: ¿Qué webs hay en el txt?

—Parece que tienen que ver con temas de la naturaleza, pero *déjame* que las examine con detalle. ¡Cuéntame la idea y lo hago!

Carlos tuvo que sobreponerse.

—Como resulta muy difícil valorar una cosa así y, además, es muy pesado y se pierde mucho tiempo negociando por separado con los compradores potenciales, he pensado que podríamos venderlo en una subasta al mejor postor. Ahora estoy buscando empresas especializadas en montar estas cosas. ¿Qué te parece?

—No está mal, supongo —contestó con lentitud. Parecía, sin embargo, que Max quería añadir algo.

—¿Y? —le preguntó Carlos.

Tardó unos segundos en continuar, antes de manifestar con súbita convicción:

—No me gustaría entregar el VP y adiós muy buenas. Quisiera seguir participando en su desarrollo.

—¿Es eso lo que realmente quieres? —Carlos se reclinó en su sillón—. ¡El comprador seguro que lo preferirá! Yo, en cambio, me bajo del autobús y a vivir la vida loca.

—¿Quieres que llame a alguno de mis contactos en Google? Max se dirigía hacia la puerta acristalada.

—Espérate un poco a que me aclare. Esa gente duerme; aún faltarán un par de horas para que se pongan a trabajar. Espero decirte algo antes. Investiga mientras esas webs, para averiguar quién coño nos ha visitado. Ah, y si puedes, échale una mano a Jordi con lo de NFactorial.

—OK, jefe.

Y salió.

Solo de nuevo, Carlos escribió «escrow» en Google, que en 0,08 segundos le proporcionó 2 730 462 referencias.

«Bueno —pensó—, con esto tengo para entretenerme un buen rato». Entonces añadió «+*auction*», y esta vez sólo aparecieron 277 698 en 0,17 segundos. Incorporó «+*ideas*» al enunciado, y las opciones se rebajaron a 26 956. ¡Empezaba a ser algo manejable! A buen ritmo, en unos cinco años estarían todas vistas. Pero lo que más le llamó la atención era el anuncio de Panda Auctions Ltd., con el lema «*Creative Auctions*», que aparecía destacado a la derecha de la página web. Linkó directamente y leyó con creciente interés la información que allí aparecía.

De camino a su mesa Max pasó ante la de un abatido jordi, y se sentó unos minutos para apuntarle un par de buenas sugerencias. De nuevo ante su pantalla, abrió el listado de links del *hacker*. Por suerte no eran muchos. Contó veintisiete, y se propuso visitarlos todos siguiendo el mismo orden en que estaban escritos. El primero le llevó al parque natural de Yellowstone, el siguiente a la estación de esquí de Big Sky, el tercero estaba dedicado a la caza del oso negro y mostraba orgullosos cazadores, con ostentosos uniformes de camuflaje y enormes escopetas. Las tristes piezas aparecían abatidas a sus pies. Así fue recorriendo diversos websites, desarrollados por diferentes empresas y alojados en distintos servidores.

Su única relación parecía ser Ja naturaleza en aquella agreste zona en los confines de Estados Unidos.

De pronto, en la esquina inferior derecha de su pantalla, se abrió una pequeña ventana con la palabra «Ping» escrita en blanco sobre un fondo oscuro, seguida del cursor palpitante, señal de que esperaban una respuesta. Ante la expresión con la que en el universo virtual se indica el deseo de iniciar un chat, Max contestó el consabido «Pong». Con el ratón arrastró aquella ventana al centro de su pantalla, expandiéndola y centrando allí todo su interés. En rápida sucesión aparecieron las siguientes letras:

- T as dejado 1 script
- K sperabas? Fisgón!
- Seguía 1 spider. S tuyo?
- Kieneres?
- Rahit d india, y tú?
- Max d argentina
- Mola 1 spider. S tuyo?
- Si
- S nuevo?
- Beta
- K busca?
- Desiertos, ay n india?
- Ni idea
- Vaya indio
- Y en argentina?
- Tenemos la pampa
- Pasamelo
- Adónde?
- rahitmehrit@aol.com* y tú?
- Ya lo veras
- Ahora?
- Pronto

—No me gusta sperar!

Y el cursor dejó de titilar.

Cerró la ventana e intentó averiguar todo lo posible del tal Rahit, partiendo del *e-mail* que le había proporcionado. No encontró nada reseñable ni en AOL ni en diversas webs sociales o en foros de *hackers* en los que estuvo indagando; era todo un misterio.

II

A medida que se acercaba a la estación de Holborn, Carlos sentía una creciente emoción por la entrevista que iba a mantener con Kim Board. En pocos minutos el tren que había tomado en Heathrow lo dejaría en el centro de Londres, desde donde pensaba dirigirse caminando hasta las oficinas de Panda a pesar de la persistente lluvia. La señorita Board le había atendido amablemente por teléfono y se avino a recibirle sin demasiadas explicaciones.

Podía volver a Barcelona ese mismo día al anochecer, pero también había reservado plaza en los mismos vuelos de los tres días siguientes. Contaba con los datos de contacto de otras firmas similares en Londres, por si la primera entrevista resultaba ser un fracaso. A Carlos no le gustaba abrir otra puerta mientras aún permanecía abierta la primera.

Las sensaciones familiares que le producía Londres, con sus autobuses rojos de dos pisos, los voluminosos taxis negros, las cabinas telefónicas, los *bobbies*, esa manía de circular al revés, ese rictus permanente en los rostros, la multiculturalidad, el tiempo frío y desapacible, los anticuados rótulos de los *pubs*, le espoleaban a medida que se acercaba a un modernísimo edificio con forma de obús que sobresalía entre la mediocridad y cuya acristalada superficie reflejaba las tonalidades aceradas del cercano Támesis. Panda ocupaba la totalidad de la planta treinta. La recepcionista tomó nota y enseguida la señorita Board salió a recibirle. Tenía una sonrisa profiláctica bajo una media melena rubia, un cuerpo esbelto y ojos grises de loba cuyas inquietas pupilas se clavaban en su interlocutor. Vestía el sobrio traje chaqueta oscuro a rayas de ejecutiva de la City, y toda su persona evidenciaba el firme propósito de aparentar ser mayor de lo que era. Se estrecharon las manos y Carlos la siguió hasta una sala de reuniones ovalada, donde su anfitriona dejó que se extasiase ante las imponentes vistas.

—Allí, a la izquierda, tenemos la Torre de Londres, y en la otra orilla, justo al lado del puente, puede ver el nuevo edificio del ayuntamiento, diseñado por Norman Foster. Creo que también en Barcelona tienen edificios diseñados por él.

—Sólo una antena, creo, aunque enorme —comentó Carlos, admirando el panorama—. ¡Supongo que debe de resultarles difícil concentrarse en el trabajo aquí!

—Uf, ni nos damos cuenta. Es para impresionar a las visitas —le confesó, invitándole a sentarse—. ¿Puedo ofrecerle un té o un café?

—Té, por favor.

En pocos minutos volvió con dos humeantes tazones. Carlos había aprovechado para sacar el bloc de notas de su cartera. Ambos tomaron el té sin leche. Aunque ella añadió sacarina, él no quiso edulcorar el suyo. Quedaron sentados, el uno frente al otro, con unas luces halógenas que iluminaban la vertical de una gran mesa central de cristal ahumado. El húmedo paisaje se perdía a sus espaldas.

—Bien, señor Millet, confieso que apenas entendí lo que me explicó por teléfono.

—Tampoco quise ser muy explícito, por lo que deseo agradecerle su voto de confianza al recibirme.

—No podemos desde luego atender a todos los que nos llaman. Pero, mientras hablábamos, estuve ojeando su web y me pareció interesante lo que ustedes hacen.

—¡Muy amable! —dijo Carlos mientras le entregaba una tarjeta—. Entonces sabrá que desarrollamos motores de búsqueda para webs.

—Algo así entendí, pero mi español no es tan bueno como quisiera. Mejor explíquemelo usted, por favor —le animó ella, dándole asimismo su tarjeta, en la que constaba el ambiguo cargo de Account Manager.

—En resumen, somos una factoría de *software* para internet. Creamos unos programas cada vez más inteligentes, que vendemos a precios razonables y que, además, funcionan.

—Por lo que veo, están en la línea de la economía tradicional.

—Siempre hemos sido alérgicos al baño de burbujas, señorita Board.

—Señorita todavía, pero llámeme Kim, por favor —repuso ella.

—Gracias, Kim. Te ruego que me llames Carlos, aunque esté casado —contestó, y ella supo apreciar la broma, de clara inspiración inglesa. La conversación iba situándose en un plano de mayor cordialidad—. Considero que las ideas que inflaron la burbuja son válidas a largo plazo. Los especuladores exageraron entonces con mala fe para crear falsas expectativas, que arruinaron a tantos. Nosotros superamos la euforia sin perder la cabeza. Quizá nos mareamos un poco, pero nada grave.

—Correcto, ¿y qué te ha hecho pensar en nosotros?

—Vi en vuestra web que estáis especializados en subastas creativas, y creo que ésta es la mejor forma de vender nuestro invento.

—¿Qué invento?

Carlos tomó un sorbo del té; sabía que había llegado al punto álgido. Era consciente de que la forma de expresarlo era tan importante como el fondo del mensaje.

—Hemos desarrollado un buscador que revolucionará internet. Es tan bueno que a partir de ahora todo el mundo querrá utilizarlo.

—¿Y eso por qué? —inquirió ella poco impresionada.

—Porque es perfecto; funciona solo y su planteamiento es radicalmente distinto a los sistemas actuales. Una vez lo pruebas, todo lo demás deja de tener sentido. —Entonces Carlos remachó—: Y ya sabes que los buscadores son la clave de internet. Deciden quién existe y quién fracasará o tendrá éxito. ¡Es la tecnología más importante del momento!

»Se trata de algo tan grande que nos sentimos incapacitados para comercializarlo —continuó Carlos ante el silencio expectante de Kim—, por lo que queremos venderlo en las mejores condiciones antes de que nos machaquen.

Kim cruzó las piernas y se alisó el cabello para rebajar la tensión que sentía. Aún no sabía si estaba perdiendo el tiempo, pero decidió concederle unos minutos más. La

conversación estaba siendo grabada, por lo que no tenía necesidad de tomar notas. Ante cualquier incidente, aparecería al instante un agente de seguridad para hacerse cargo de la situación.

Se percató de que era Carlos quien estaba en ese momento a la expectativa.

—Es posible. Nunca hemos organizado subastas de proyectos de nuevas tecnologías, aunque no creo que ello suponga problema alguno. Pero antes debemos estar muy seguros de que este asunto vale realmente la pena. ¡No podemos jugarnos nuestro prestigio!

—Estoy dispuesto a daros todos los detalles; pero, como comprenderás, no voy a hacerlo sin que antes me firméis un NDA.

Esta vez fue Kim quien se tomó unos segundos antes de contestar.

—Para firmar un acuerdo de confidencialidad, debemos estar realmente interesados. Necesitamos saber más. Por ejemplo, ¿quiénes serían los potenciales compradores?

—Los líderes del momento y todos aquellos que quieran serlo de una sola tacada.

—¿Realmente crees que vuestra propuesta puede interesarles? —Kim apenas podía disimular su incredulidad—. Esas empresas tienen unos recursos enormes.

—Entiendo que te resulte extraño, pero recuerda que en esta industria los avances más revolucionarios provienen de chicos expulsados del instituto, que se encierran un par de meses en sus buhardillas a comer *pizzas*. —Carlos guardó el bloc de notas, aún virgen, en su cartera, y añadió—: Entiendo tu reticencia, pero no pienso dar más explicaciones sin un NDA firmado. He concertado entrevistas con otras firmas similares a Panda con la esperanza de que alguna quiera arriesgarse.

Kim se sentía confundida. Carlos no parecía un lunático, pero su prestigio profesional se resentiría si planteaba un tema disparatado. En los cinco años de duro trabajo en la firma nunca había fallado. Se había impuesto el objetivo de llegar a Auction Manager antes de casarse, y su novio empezaba a impacientarse.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Londres? Comprenderás que debo consultarlo a nivel interno antes de contestar.

—Tengo previsto estar aquí un par de días. Me marchó el jueves por la noche.

Kim tomó nota del número del móvil de Carlos y lo acompañó hasta el ascensor. Le prometió decirle algo en veinticuatro horas aunque denegasen su oferta. En correspondencia, Carlos se comprometió a no iniciar nuevos contactos mientras tanto. Bajo una intensa y helada llovizna, cruzó la calle para comprarse un paraguas, y deambuló por la zona hasta que decidió entrar en un hotel cercano, desde donde contactaría con el siguiente de su lista. «Time is money», tarareaba mientras se daba una buena ducha caliente.

La llamada de Kim casi le pasó desapercibida debido al fragor del agua y a las melodías que iba improvisando. Se citaron a las tres de la tarde en las oficinas de Panda. Carlos llamó a Max para asegurarse de que estaría disponible, y, por aquello de adaptarse a las costumbres locales, comió en un *fish & chips* que había visto mientras se dirigía al hotel.

Con puntualidad británica, Carlos reapareció en la recepción de Panda, desde donde Kim le condujo directamente hasta el despacho del presidente. *Sir* Henry, como afablemente pidió que le llamase al estrechar vigorosamente su mano, mantenía a sus orondos sesenta y pico años ese aire walstaffiano que otorga la veteranía en algún exclusivo club londinense donde la caza del zorro sigue estando bien vista y el oporto empieza a venderse bajo la barra del mostrador pasada la medianoche. Él sí podía permitirse cometer algún error. Seguro que no sería el primero.

Al adentrarse en su acogedor despacho, repleto de detalles y de objetos artísticos de la rapiña imperial, Carlos se percató de una extraña figura en el extremo de la biblioteca. Parecía un guerrero de Xian, aunque vestido a la manera occidental con traje y corbata. Advirtiéndolo su asombro, *sir* Henry le presentó a su fiel secretario personal, Alian Lo, de nítidos rasgos orientales. Definitivamente no era de terracota. El asistente se limitó a corresponderle con una muda inclinación y regresó a la hierática posición inicial. *Sir* Henry y Carlos ocuparon cómodos sillones de cuero mientras Kim, entre ambos, disponía para ella sola de un sofá de tres plazas tapizado de alegres buganvillas. El secretario se dispuso a servirles el consabido té, desplazándose sigilosamente por la estancia. Esta vez venía en finas tazas de porcelana, acompañado por un surtido de galletas, que quedó colocado sobre la mesita central.

Carlos paladeó gustoso el blend y añadió una rodaja de limón con la esperanza de que se llevase consigo el ominoso recuerdo de la fritanga local que no cesaba de torturarlo. En el exterior la lluvia arreciaba, esmerilando los cristales sobre un fondo oscurecido.

Las cuestiones previas sobre la belleza de España, a tenor de lo visto por *sir* Henry en sus escapadas a Marbella, en contraste con el rigor del clima británico, se ventilaron con tanta rapidez como la infusión en aquellas diminutas tazas floreadas.

Sir Henry aclaró que Kim le había puesto en antecedentes, y, a su leve indicación, el secretario facilitó a Carlos un *dossier* con el NDA.

Éste aprovechó para pedir más té, y se dispuso a repasar los términos del acuerdo, rodeado de un silencio sólo roto por el rítmico golpear de las gotas de agua en las ventanas. Sorbía en pequeños sorbos el delicioso contenido, cuya taza le iba rellenando el oriental. En síntesis, Panda reconocía que iba a recibir información confidencial sobre un supuestamente innovador sistema de búsqueda en internet, a fin de evaluar su participación; en caso de no llegar a un acuerdo, se comprometía a

mantenerlo en secreto durante un año. Parecía correcto: directo y sencillo, sin espacio para trampas. Solicitó incorporar como anexo un informe que traía consigo, que describía a grandes rasgos el concepto, y pidió ver los poderes de *sir* Henry que autorizaban a éste a firmar en representación de Panda. Le trajeron un certificado, pero para verificar su identidad Carlos tuvo que conformarse con la tarjeta del club para la cría de pollos de granja, su gran pasión, donde aparecía la foto con un sello coronado estampado encima. Carlos dejó sobre la mesa su propio documento de identidad, y el secretario se lo llevó para fotocopiarlo junto con el informe sobre el VP, del que se hizo una tercera copia.

Mientras esperaban a que volviese, Kim miró a *sir* Henry fugazmente. La expresión marmórea de éste plagada de venillas no revelaba nada. Cuando le presentó la propuesta, apenas tuvo que insistirle. Si finalmente resultaba ser una tontería, que era lo más probable, el españolito no tardaría ni cinco minutos en volver a pisar la calle, y ella apenas recibiría una amonestación. ¡En cambio, si se trataba de algo serio...! Un cosquilleo de júbilo recorría su espalda, manteniéndola en tensión.

Una vez firmado el acuerdo y sus anexos, cada parte interesada guardó su correspondiente original, y Alian sirvió de nuevo té de otra tetera recién preparada, cambiando también las tazas. A Carlos le pareció que esta vez estaban ante un ahumado, y se deleitó recordando el Lampsang Shouchong de sus tiempos de estudiante. Cogió una galleta con chocolate y briznas de coco, y se dispuso a hablarles sobre VP.

—Ya saben que internet es un amplio catálogo de contenidos en constante actualización. Al acceder a la red, el individuo sabe que tan sólo podrá atisbar una mínima cantidad de la información disponible, y que sus decisiones estarán forzosamente determinadas por su limitada capacidad de asimilación.

Sir Henry y Kim asintieron. Alian seguía atento y quieto en la que debía de ser su esquina favorita.

—Los buscadores, los portales, las webs temáticas, las comunidades de usuarios, en definitiva, todos en internet procuran sistematizar la información disponible, aunque con escasa fortuna, resultando un caos terrible.

Ambos se mantenían imperturbables ante lo obvio, a la espera de esa supuesta novedad.

—¡Proponemos cambiar todo esto radicalmente! En lugar de pretender organizar la red, ofrezcamos a cada internauta un interface personal para que busque por él.

—Es decir, ¿que nos pasemos aún más horas delante de las pantallas? —comentó *sir* Henry escéptico.

—Nosotros no, pero sí nuestra respectiva representación virtual, que vivirá siempre en internet, trabajando sin descanso. Este doble, que denominamos VP, por Virtual Personality, es en realidad un sistema experto, encargado de acceder y seleccionar los contenidos web a partir de las indicaciones y preferencias de su RP, o Real Personality, que somos cada uno de nosotros, los de carne y hueso.

—¿Y eso existe? —*Sir Henry* se sentía inseguro—. ¿Funciona ya ese sistema experto?

—Como comprenderá, no me habría atrevido a venir si no fuese así —respondió Carlos con determinación.

—¡Puede ser interesante! —afirmó reticente, y Kim no pudo reprimir su sonrisa de treintañera.

A Carlos le pareció que el virus VP había sido inoculado, con lo que ahora debería ser todo más fácil. Se regaló otra galleta, esta vez de chocolate con naranja, y dejó que Alian le rellenase la taza. Le tocaba esperar que *sir Henry* diese el siguiente paso.

—¿Y ese documento que ha traído describe con detalle su funcionamiento? —preguntó, señalando el *dossier* depositado sobre la mesita central.

—Es un informe descriptivo de alto nivel. Suficiente para saber de qué estamos hablando pero sin abrumadores detalles técnicos.

—¿Y tienes protegido de alguna forma el desarrollo del proyecto, con patentes, por ejemplo? —quiso saber Kim, leyendo en diagonal las cinco hojas del anexo.

—Éste es uno de los temas pendientes —contestó Carlos.

—¿Cuáles son los otros? —intervino al punto *sir Henry* con suspicacia.

—Lo que tenemos ahora sirve para demostrar que funciona, pero no aguantaría a gran escala. Somos conscientes de que somos una empresa demasiado pequeña, por lo que alguien realmente potente debe tomar el relevo. Por eso hay que venderlo lo antes posible y al mejor precio a quien pueda defenderlo de los depredadores y sacarle todo el potencial.

—¿Quiénes son tus socios?

Kim volvía a la carga.

—Sólo el ingeniero que ha desarrollado el proyecto y quien, además, está dispuesto a seguir colaborando con la organización que lo asuma.

—Me temo que eso será inevitable, querido amigo —afirmó *sir Henry*.

—Naturalmente dependerá de la oferta que se le haga.

—¿Y qué queréis de Panda? —intervino Kim, siempre incisiva.

—Que nos ayudéis a protegerlo y a encontrar al mejor comprador, asumiendo todos los gastos que eso conlleve. A cambio Panda se queda con un porcentaje a determinar.

—De eso ya hablaremos. Primero deberíamos comprobar si funciona —afirmó *sir Henry*.

—Por supuesto. ¿Quiere probarlo?

—La próxima semana estoy de viaje, pero quizá la siguiente...

—Puede ser aquí y ahora —interrumpió Carlos—. ¡Esto es internet! Llevará pocos minutos y así podrán tener una idea clara de su potencial.

Sir Henry miró a Kim, y ella le devolvió la mirada.

—¿Le parece que traiga a John? —preguntó, intuyendo su pensamiento.

—Sí, querida, de inmediato, y ponle en antecedentes por el camino.

Salió rauda a por el director informático, y *sir* Henry pidió a su asistente que ayudase a Carlos con los preparativos. Alian le condujo a la misma sala en la que había estado por la mañana. Una vez allí, presionaron un botón, y al instante las persianas se cerraron automáticamente y las luces se atenuaron, a la vez que del techo descendía una pantalla, donde se reflejó la luz de un proyector. Alian cedió un teclado inalámbrico a Carlos, quien conectó primero con la web VP y después llamó a Max para que participase en la demostración, dejando el altavoz telefónico en el centro de la mesa.

John Larimmer tenía el aspecto de alguien a quien hubieran sacado de la cama a empujones. Llevaba todo el día inmerso en complejos temas de seguridad informática cuando Kim se le echó encima sin escapatoria alguna. Tuvo que descomprimirse a medida que se acercaban a marcha forzada al despacho del *boss*, quien le sometió a una enérgica arenga.

Como muchos ingleses, sentía simpatía por España. Sus vacaciones ideales consistían en estar sobre una tumbona bajo el sol, junto a la piscina de cualquier hotel frente a cualquier playa, y con una buena sangría. Jamás habría imaginado que le llamasen para verificar el último avance español en internet.

La explicación le pareció cuanto menos curiosa. El planteamiento era una barbaridad, pura ciencia ficción, aunque no tenía otra alternativa que asentir. Todo iba a quedar resuelto tras el fracaso de la inminente prueba, sazonada por los correspondientes Efecto Demo y Ley de Murphy confabulados. Rápidamente volvería al redil con algo divertido que contar a los amigos del *pub* después de cenar. Para justificar su presencia, preguntó algún detalle técnico al teléfono sin manos, que le respondió en un extraño inglés con acento californiano. Muy preciso, aunque escueto.

«Parece una máquina», pensó John.

Cedió entonces la iniciativa a *sir* Henry, quien, ejerciendo sus prerrogativas, activó su propio VP, que definió sin rubor algunas características de su egocéntrica persona.

En pocos minutos aparecieron en la gran pantalla propuestas tan elitistas como el propio sujeto. De la primera selección de temas, a *sir* Henry le llamaron la atención los gallos para reproducción de una gran explotación coreana. Poco después SirHenry.vp volvió con el anuncio que acababa de colgar una pequeña granja albanesa ofreciendo un único ejemplar pata azul. Si pudiese obtenerlo, mejoraría sin duda la genética de su reconocido corral doméstico. Y, a gritos, ordenó a Kim que los llamase de inmediato para concretar los detalles. Embargado aún por la emoción, se dirigió a John:

—Bueno, ¿qué opinas?

—Interesante, *sir* Henry. —Se sentía perplejo—. Francamente, no sé qué decir. Nunca había visto nada igual. No tengo ni idea de cómo funciona.

Entonces el teléfono sin manos habló.

—Un motor de exploración rastrea constantemente internet en busca de información de potencial interés para el RP. Estos contenidos son transformados en un texto, en el que se suprimen artículos y lexemas que no aportan significado. Después son analizados por un sistema de inteligencia artificial, basado en redes neuronales y bayesianas, con lógica borrosa y razonamiento basado en casos, estableciendo predicciones sobre su estereotipo, que coteja con el perfil del usuario y los puntúa para generar las recomendaciones.

9

Max.vp, Carlos.vp y SirHenry.vp se afanaron en intercambiarse cuanto habían averiguado por su cuenta. Sabían que compartiendo sus respectivos conocimientos resultarían mucho más útiles. Después de esos breves pero intensos contactos, los tres únicos VP se alejaron por su cuenta en distintas direcciones por aquel vasto e inexplorado universo en constante expansión, plagado de sorpresas y peligros.

El silencio que se produjo al término de la exposición de Max fue roto por el estridente móvil de John. Le reclamaban con urgencia y pudo irse. Entró corriendo en su departamento, y se quedó alucinado al ver allí todas las pantallas mostrando una calavera pirata. Sabía que quedaba alguna fisura en el firewall, pero jamás habría imaginado un ataque así. Su joven ayudante mantenía el rostro fijo en la pantalla del servidor central de Panda, en cuya esquina inferior derecha se había abierto una pequeña ventana negra donde aparecían en blanco las letras «Ping» una y otra vez, en rápida sucesión.

—¡Está dentro, señor Larimmer! —gritó angustiado. John apartó bruscamente a su ayudante y ocupó su asiento. El cursor se detuvo, jadeando, y, antes de que volviera a desbocarse, tecleó «Pong» y ordenó a su colaborador que cerrase la puerta, quedándose así los dos solos en aquella habitación. De pronto fue apareciendo en la pantalla:

—M mola tu spider!

—Spider?

—Si m jodes peto tu red :-0 ok? ok? ok? ok? ok? ok? ok?

Ok?

—Ok

—S tuyo?

—No

—D max?

—Si

—Kien s sirhenry?

—Mi jefe

—Y tú?

—John larimmer, panda it manager, y tú?

—Rahit y puedo destruir toda tu red y hacer k t despidan:-0 ok? ok? ok? ok?

—Ok rahit

—Nombre y cargo d tu jefe.

John, cubierto de sudor, dudó unos instantes.

—Nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d tu jefe nombre y cargo d t.

—Henry watts, presidente de panda.

—Su *email*?

—«mailto:h.watts@pandaauctions.com»

—sta max contigo?

—No

—S watts su jefe?

—No

—Su organización?

—Infoco

—Su web?

—No lo se

—Su *email*?

—No lo se

—Kien s su jefe?

—Carlos

—Carlos k?

—No recuerdo apellido

—Apellido? web? *email*? apellido? web? *email*? apellido? web? *email*? apellido? web?

—Lo busco

—Le interrumpió John.

—No me gusta sperar!

Sin dejar de mirar el siniestro cursor blanco que palpitaba en pantalla, descolgó el teléfono para hablar con la secretaria de Kim.

—Necesito el nombre completo y el *e-mail* de ese español que está con *sir* Henry.

—Procuró que no se le notara demasiado alterado.

—¿Para qué lo quieres, John?

—¿Qué coño te importa? ¡Tengo mucho trabajo! Apenas podía reprimir su nerviosismo. —Vale, tranquilo. A ver, es «*mailto:carlos@infoco.es*» y se llama Carlos Millet. Oye, por cierto, hace un rato que mi PC se ha quedado trabado, y...

John había colgado y escribió los datos en pantalla.

—España?

—Si

—S suyo 1 spider?

—Si

—Bye capullo.

La pantalla desapareció y los sistemas informáticos se pusieron de nuevo en funcionamiento. John estaba bañado en sudor. Detrás de él, notaba la agitada respiración del asistente, mudo testigo del diálogo. Se volvió para mirarlo fijamente.

—¡No dirás nunca nada de esto a nadie y yo haré que tengas un futuro en esta empresa! ¿De acuerdo? —le preguntó con fiereza.

—Sí, señor —apenas pudo musitar.

—¡Buen chico! —John se relajó un poco—. Ahora vamos a cerrar todas las conexiones afuera, todas sin excepción. No vamos a dejar que ni un puto móvil se sincronice con ningún PC. ¿Entendido? Ve desenchufando a mano los routers mientras llamo a los de Unisys para que vengan a securizar de una vez por todas esta red.

—Sí, señor —fue lo único que acertó a decir el joven asistente, antes de salir corriendo.

III

Sentado a más de diez mil metros de altura en plena noche sobre el Atlántico Norte, Carlos era sacudido por las potentes ráfagas de viento helado provenientes del polo. A su lado, Kim roncaba. Cayó fulminada poco después de tragarse una pastilla azul con el *whisky* que pidió como colofón de la cena. La prefería así. No habría podido soportar esa afectada vocecilla virginal durante todo el trayecto. Esperaba que el sueño le durase hasta San Francisco, momento en que las azafatas encenderían las luces y repartirían paños calientes junto al desayuno vivificador. Pero aquello parecía aún muy lejano, algo imposible para un frágil punto debatiéndose entre vientos obscenos en plena oscuridad, con las turbinas roncando más fuerte que los pasajeros, con el afán de llevarlos a su destino.

Rememoró los días que acababa de pasar en Londres. En lugar de volver a Barcelona, aceptó la invitación de *sir* Henry y pidió a Ana que acudiera con los niños para pasar juntos el fin de semana. Alian estuvo todo el tiempo a su disposición. Con increíble eficacia y su habitual mutismo, los llevó a las principales atracciones turísticas de la ciudad, donde siempre tenían a un guía esperándolos.

El sábado por la noche cenaron un soberbio rosbif en la mansión de los Watts, en Kensington, con ese ceremonial tan propio como anacrónico de los *good old days*. El día siguiente, al despedirse de su familia, que regresaba a casa desde el mismo aeropuerto donde él partiría un poco más tarde, no se sintió triste.

Había firmado un preacuerdo con Panda. El definitivo quedaba pendiente del visto bueno de la persona a quien iban a ver. Durante años Carlos había leído con interés los artículos de Steven Kelly en *Fortune*, y estuvo encantado de saber que ése era precisamente el experto a quien pedirían el dictamen definitivo antes de embarcarse en el proyecto. Kelly siempre le pareció un outsider, alguien con criterio propio, que no apostaba por los grandes y que se arriesgaba a menudo, capaz de reconocer en público sus equivocaciones. A pesar de ser un veterano, parecía mantener intacta su capacidad de ilusionarse. ¡Seguro que le entusiasmaría el VP! La perspectiva de semejante conversación justificaba el viaje, incluso aunque volviese con las manos vacías.

Notó el paño caliente en su cara junto con los buenos días de Kim. La vocecita de niña en pijama ante el árbol de Navidad sonaba ahora enturbiada por la carraspera. Carlos se sobresaltó cuando se dio cuenta de que se había dormido profundamente. Las luces de la cabina estaban encendidas. El exterior seguía muy oscuro, a pesar de que volaban hacia el sol. La pantalla indicaba que aterrizarían en unos cuarenta y cinco minutos, y las azafatas se afanaban en distribuir las bandejas del desayuno.

Los trámites de entrada en la aduana del aeropuerto no fueron excesivamente duros, y pronto se encontraron en un *shuttle*, que les llevó raudo al lujoso Westin Saint Francis, justo en la plaza Union, en el corazón financiero de la ciudad.

Construido a principios de siglo, después del gran terremoto, el hotel era un imponente edificio de más de treinta pisos, recientemente restaurado. Las habitaciones rezumando ese estilo *Mary Poppins*, que tanto gusta a los fans de Martha Steward. Faltaban más de cinco horas para la reunión, y Carlos se planteó seriamente tumbarse en la acogedora cama para prolongar su sueño interruptus. No pudo, sin embargo, resistir la tentación de mirar antes el paisaje desde su ventana. A su espalda se proyectaba el verdadero sol naciente, proveniente del lejano Oriente, que iluminaba una amplísima vista de la ciudad hasta el mar, caramelizando múltiples detalles con una variante luz dorada. Pocos coches circulaban aún. Los edificios de oficinas circundantes estaban todavía ocupados por las hordas de limpieza, que pronto desaparecerían llevándose la porquería consigo. El mar, enfrente, no era el océano Pacífico en toda su gloria, sino una bahía interior. Aquel puente a su izquierda tampoco era el Golden Gate, ni la isla atravesada allí en medio era Alcatraz, sino, como supo más tarde, Hierba Buena. Pero el panorama resultaba deslumbrante. A medida que su mirada regresaba tierra adentro y se aproximaba al hotel, distinguió algunas personas que parecían hormiguitas que se cruzaban sin tocar las antenas. Casi en la vertical, un pequeño grupo se reunía en el parque, formando un cuadro, que lentamente empezó a moverse al unísono.

En el último año Carlos se había aficionado al taichi, y la presente ocasión resultaba demasiado atrayente para dejarla pasar. En pocos segundos cruzó la avenida y se integró en el silencio del grupo. Debía regular primero su ritmo interno y recuperar su yo: la cabeza basculando sobre el adas, situando la mirada en el horizonte, aunque con los ojos cerrados; las rodillas semiflexionadas y los brazos levemente estirados hacia atrás, los codos algo doblados y las manos con las palmas abiertas hacia arriba, ligeramente ahuecadas, buscando mediante micromovimientos la posición ideal para que cada articulación, tendón y músculo quedase relajado. La respiración se hacía cada vez más lenta y profunda, llegando a la profundidad del abdomen, a Tantien. Repetía sin cesar la letanía:

*Al avanzar es Tantien el que avanza,
la cadera vapor delante de los hombros.
Al retroceder es Tantien el que retrocede,
los hombros siguen a la cadera.*

El sol iluminaba con fuerza creciente las copas de los árboles, mecidas por la brisa del mar, esparciendo destellos verdes, que se entremezclaban con millones de pequeñas burbujas de energía, Chi en copos semitransparentes, que se llevaban consigo la angustia, dejando una sensación de sosiego y felicidad.

Completada la tabla de movimientos, se despidieron intercambiando el tradicional saludo del puño bajo la palma extendida y alguna sonrisa, para dispersarse luego en silencio. Al cruzar la avenida, tuvo que detenerse para dejar pasar el típico tranvía con marquesinas, que hacía parada junto al hotel Los había visto infinidad de veces en las películas y ahora podía admirarlos a placer, por lo que se dispuso a disfrutar de aquel maravilloso día en plenitud.

Steven Kelly los recibió a media mañana en su oficina del Transamerica Pyramid, un impresionante rascacielos de casi trescientos metros de altura construido en hormigón blanco y cristal azul, coronado por lo que parecía una ojiva nuclear. Sus gafitas redondas, múltiples pecas y encrespados rizos aún le delataban como uno de esos jóvenes contestatarios que años atrás fumaban marihuana y practicaba el amor libre en los céspedes de Berkeley, mientras los más necios de su generación se desangraban en Vietnam. Con el tiempo su figura se había redondeado, convirtiéndose en el prototipo del *bon vivant* posburgués.

Su oficina sorprendía en aquel edificio aséptico y ultramoderno. Era como si hubiesen trasplantado allí la habitación de un desordenado estudiante universitario. Un caos de revistas y papeles apilados, muchas fotos, decenas de fotos en las paredes, sobre la mesa, en las alacenas de las abarrotadas estanterías, mostrando siempre a la misma persona en su metamorfosis vital junto con otros, la mayoría perfectos desconocidos para Carlos, otros verdaderos iconos del universo digital; todos, seguro, con méritos suficientes para entrar a formar parte de esa *Hall of Fame* de la informática en los últimos treinta años. Sobre un pedestal, aislado en una urna de cristal, les observaba un Apple I en su caja de madera original. El zumbido de fondo de varios ordenadores, salteado por las fugaces alarmas de alguna agenda electrónica, bajo el incierto acompañamiento de un hijo ilegítimo de Miles Davis, aliñaba el ambiente. Con cierta brusquedad, comprensible en alguien mucho más joven y tímido, les invitó a sentarse en las gastadas butacas que ocupaban el centro de la habitación. Sally, su única secretaria, ofreció bebidas y bajó rauda a buscarlas al Starbucks de la entrada. Viéndola partir, Carlos no dejó de admirarse ante la sensualidad que esa mujer despedía a cada paso, aferrada a la segunda o quizá ya a la tercera juventud.

—¿Sabéis que Howard Schultz vino a verme justo antes de montar la cadena? Estuvo sentado precisamente donde ahora estás tú, Kim, y hablamos horas y horas sobre su proyecto.

—No tenía ni idea, Steven —contestó ella en un tono cortés—. ¡Debió de ser emocionante!

—Desde luego. Howard ya tenía por aquel entonces una cafetería en Seattle y algunas buenas ideas. Pero le insistí en que no sólo pusiera leche en el café, sino también tecnología. De aquella conversación surgió la idea de instalar conexión gratuita a internet por Wi-Fi en todos sus locales.

—¡Pues me parece muy buena idea, Steven! —intervino entonces Carlos—. No sé si la usan muchos clientes, pero realmente contribuye a generar un ambiente especial.

—Muchas veces es suficiente con saberse libre, ¿verdad? —Corroboró—. Esas cafeterías fueron los primeros HotSpots en muchísimas ciudades del mundo, y todos

aquellos que están a favor del libre acceso a internet, entre los que me cuento, las adoptaron enseguida. Los bloggers han hecho mucho por Howard.

—Otra idea que el muy pillo se llevó de aquí es esto —continuó, acariciando con afecto su sofá—. Nunca lo confesará, pero sólo hay que ir al Starbucks de abajo o a uno de Osaka, me da igual, para darte cuenta de cómo los imitan. Han estado conmigo desde siempre. A veces se retapizan, pero siempre son ellos. ¡Tienen derecho a su *lifting* como cualquier buen californiano! Pero, bueno, no me quejo: gracias a esa charla, tengo barra libre en cualquier Starbucks del mundo. ¡Y ya hay más de ocho mil! Jajajajaja. Pobre Howard... ¿Sabes que ha tenido que volver a ponerse detrás del mostrador? Las acciones han bajado casi un 40 por ciento. ¡Y encima ahora tiene que competir contra McDonalds! Jajajajaja, que injusto es todo, ¿verdad? Jajajajaja. ¿Te imaginas a Howard cocinando hamburguesas? Jajajajaja.

Después de una risita de compromiso, Kim planteó una cuestión previa.

—Steven, si te parece, dame el NDA firmado y empezamos.

—¡Veo que el tiempo aún es oro en la vieja Inglaterra! Aquí ya hemos aprendido a relativizar las cosas. —Hizo un guiño a Carlos, y se volvió después hacia Kim para decirle en tono grave—: Pues no lo he firmado porque no acaba de gustarme.

—¿Cómo es eso? —exclamó ella alarmada—. ¡Nos dijiste que no había ningún problema!

—Bueno, eso me pareció tras una primera lectura. —Steven procuraba mantener el tipo ante la airada expresión de Kim—. Pero no me gusta firmar esas cosas. Me dejan atado y yo manejo mucha información con la que escribo artículos y doy conferencias. No puedo exponerme a que me demande cualquier hijo de puta.

—Pero ¿de qué me estás hablando? —dijo Kim perpleja.

Steven se levantó para buscar el documento entre el amasijo de papeles de su mesa. Tardó en encontrarlo, pero finalmente, se lo tendió, sucio y doblado, repleto de *post-its* amarillos que sobresalían de las hojas con comentarios ininteligibles. Kim se puso a descifrarlos vorazmente, y Steven aprovechó para sentarse junto a Carlos y hablarle en voz baja.

—También soy consejero de alguna firma importante de capital riesgo para startups. Ya sabes, se trata de detectarlo antes que nadie, arriesgar un poco de dinero, ponerlo en órbita y endilgárselo a algún fondo de inversión o a una gran empresa para salir corriendo con la pasta. Los beneficios son enormes y el riesgo bajo para quien sabe dónde se mete y cuándo hay que salir. A veces nos quedamos alguna participación como recuerdo sentimental. —De pronto recordó algo—: ¿Quieres que te enseñe un bono de la primera ronda de Apple?

Y, sin esperar respuesta, se puso a buscar frenéticamente por los cajones desordenados.

—¡Te encantará, mantiene la dirección del garaje de Jobs! A ver si lo encuentro por aquí.

Entró Sally, quien entregó sus bebidas a Kim y a Carlos, y depositó el tercer vaso,

tapado y con la pajita sobresaliendo, en la mesita de centro, justo frente a la butaca de su jefe.

—¿Qué estás buscando, Steven? —le preguntó—. ¿Quieres que te ayude?

—Quería enseñarle uno de esos bonos caligrafiados de Jobs y Wozniak. ¿Sabes dónde demonios están? —dijo, dejando abiertos los cajones, con el interior removido.

—Seguro, déjame que lo busque mientras te tomas tu Machiatto.

Se dejó llevar al sillón por Sally, donde se quedó sorbiendo la pajita con fruición. Ella cerró entonces los cajones y salió de la habitación, dando por concluida una búsqueda que ya a nadie parecía importar.

—¡Steven! —exclamó Kim de pronto, una vez repasadas todas las anotaciones—. ¡Todo esto es ridículo!

—Seguro, ya te lo dije. Muchas veces me obsesiono por chorradas. Pero ¿y esa cláusula que dice que no puedo hablar con nadie de esto durante un año? —arguyó—. ¡Eso es media vida en este negocio! ¡No pretenderás que cuando alguien me pregunte sobre buscadores le responda que debe esperar un año para oír mi respuesta porque firmé un puto NDA! ¡La gente me cuenta muchas cosas sin necesidad de NDA! Como a su confesor. ¡No puedo estar todo el día firmando NDA! Y ese viejo zorro de Henry lo sabe perfectamente. ¿Ya te ha explicado cuántos canutos nos fumamos y las juergas que nos corríamos por el campus de Berkeley? Eso fue mucho antes de que se casara con aquella sosa y le nombraran *sir*...

—¡Seamos razonables! —Kim conseguía a duras penas contenerse—. Aquí sólo dice que debes mantener la confidencialidad sobre este buscador en concreto y hasta que difundamos tu dictamen, que como máximo será dentro de un año. Sabes perfectamente que nosotros lo haremos mucho antes. Seguramente de inmediato, porque queremos convocar una subasta.

—Correcto. ¡Me parece bien! ¿Te importaría añadir eso a lo ya redactado? En los States somos muy quisquillosos con las interpretaciones. Los abogados ganan aquí fortunas con una coma.

—¡Ahora ya es tarde para eso!

—¿Cómo va a ser tarde, querida? Si apenas ha empezado el día. Con lo hábil que eres, seguro que lo solventas en pocos minutos. —Steven se lo propuso en tono zalamero, y le mostró una habitación contigua—. Allí podrás hablar con el viejo Henry. Te esperamos en estos sillones, charlando agradablemente. ¿Verdad, Carlos?

—¡Por supuesto que no! —repuso Kim, muy agitada por la deriva que iba tomando la reunión—. Hasta que no tengamos el acuerdo firmado no habrá charlas.

Sir Henry le había asegurado que recoger el contrato firmado sería puro trámite, pero Steven pretendía apartarla sin rubor alguno.

—¡Ahora mismo nos vamos al hotel, y que nuestro abogado se aclare contigo! No volveremos hasta que me den luz verde, y entonces hablaréis de lo que queráis.

Steven se aproximó a Carlos, quien ya se incorporaba, para susurrarle:

—Hay demasiado dinero guardado esperando una oportunidad. Nos quema en las

manos. Apenas salen operaciones válidas.

—Ya he firmado un acuerdo con Panda, para lo bueno o para lo malo —le respondió, siguiendo a Kim dócilmente.

Las puertas del ascensor se cerraron, conduciéndolos hasta la calle. Steven permaneció en el rellano, pulsó de nuevo el botón, y apareció otro ascensor, en el que subió cuarenta y seis pisos a una velocidad espeluznante. Las puertas se abrieron ante la recepción de Horizon. Apenas gruñó a las alegres recepcionistas, para introducirse a paso rápido por los vericuetos de una poblada oficina, intercambiando algún que otro lacónico saludo con los atareados ejecutivos con los que se cruzaba, y entrar sin llamar en el despacho de Didier Fresange.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó éste con su gutural acento francés, desde el fondo de la sala.

Su afilada figura se delineaba al contraluz de la impresionante panorámica.

—¿Acaso no lo sabes? —comentó irónicamente, acercándose.

—Me aburre escuchar siempre las mismas anécdotas. ¡Si te inventases alguna nueva...!

Casi completamente calvo, flexible y elegante, rondando la cincuentena, Didier Fresange había asumido que jamás llegaría a integrarse del todo en la deslumbrante sociedad de negocios estadounidense, donde aterrizó hacía ya más de media vida, en lo que iba a ser un trimestre de intercambio para completar sus estudios en el INSEAD. Su acento francés siempre lo delataría. También su pasión por los quesos cremosos, el agua mineral con gas, la mostaza de Dijon, las corbatas Givenchy, los vinos de Merlot con Cabernet Franc de Pauillac y la pintura postimpresionista. Su extremada pulcritud le llevaba a no soportar comer algo que tuviese ojos.

Steven se detuvo ante una mesilla acristalada y cogió el mando a distancia, con el que, sin reparos, hizo desaparecer al instante el bello paisaje de *Montagne Sainte-Victoire de Cézanne* de la gran pantalla plana colgada de la pared. Fue accionando con rudeza los controles de la grabación hasta situar el punto esencial de la reunión que acababa de mantener. Didier, a su lado, repasaba con mirada penetrante las escenas, filmadas desde una microcámara escondida en la Apple I, que iban pasando a cámara rápida.

—Fíjate en esto —le instó Steven.

En la pantalla apareció Carlos diciéndole: «Yo ya he firmado un acuerdo con Panda, para lo bueno o para lo malo».

Dejó la imagen allí congelada.

—Está claro que tendrás que firmar —sentenció Didier, reclinándose en su sillón ergonómico.

—Entonces habrá que cumplir —advirtió Steven—. Me hundirán a demandas si me paso un gramo.

—No te preocupes, pediré a Bill que te asesore. Ese chico es muy hábil con las ambigüedades. Ahora cuéntame todo lo que sepas.

—Poca cosa. Seguro que se trata del mismo spider que hemos rastreado por la

red, aunque no han soltado prenda.

—¿Qué te ha parecido ese tío? —le preguntó haciendo un *zoom* en la imagen, con lo que Carlos ocupaba entonces toda la pantalla.

—Un memo, pero eso no impide que tenga algo válido —aseguró en un tono ansioso—. Los de Panda parecen muy convencidos, aunque eso no significa demasiado.

—¿No será la SuperKiller que siempre andas buscando?

Didier enarcó la ceja irónicamente. Steven siempre le había parecido un romántico incorregible.

—Puede ser. ¿Por qué no? —se defendió en un tono cada vez más apasionado—. Llevamos mucho tiempo esperando a que ocurra algo muy gordo con los buscadores. Nadie sabe aún qué será, pero presiento que es inminente.

—¡Parece que estés hablando del Next Big One! —bromeó Didier, para luego lamentarse con un escueto—: Lástima que lo tengan secuestrado.

—¿Y si le envías una puta al hotel, a ver si se entera de algo? Tienes algunas que saben más de internet que yo.

—Quizá no sea tan memo como supones. —Didier mantenía su mirada clavada en la imagen congelada de Carlos, intentando descifrar todas las líneas de aquel rostro—. Llamaré a Bill. Quiero que firmes hoy mismo con Panda. No podría soportar que buscaran el dictamen de otro experto y nos enterásemos por la prensa.

Kim y Carlos habían vuelto caminando al hotel. Las colosales dimensiones del Westin Saint Francis y del Transamerica Pyramid daban la engañosa impresión de que se hallaban mucho más cercanos. No obstante, resultó agradable formar parte del bullicio de aquella soleada y fría mañana laboral en la ciudad más pujante de esa ribera del Pacífico.

Ocupaban habitaciones contiguas. Al llegar, Kim le rogó que permaneciese en la suya mientras ella se encargaba de solucionar el imprevisto. Carlos no comprendía la cautela de Kim, pero aceptó encantado porque deseaba descansar.

Antes de ducharse llamó al servicio de habitaciones para que le subieran un apetitoso almuerzo. Al terminarlo, el cansancio se le cayó encima como una losa. Aquella cama victoriana emitía cánticos irresistibles, y apenas pudo dejar en el pasillo los restos del festín, bajar las cortinas, desconectar todos los teléfonos, apagar las luces, previo escrupuloso paso por el baño, e introducirse entre sus sábanas de fresco algodón, dispuesto a inmolarse. Morfeo lo estaba esperando, y lo arrastró al instante a las profundidades, con un ronroneo que recordaba las gastadas turbinas de un avión debatiéndose entre vientos furiosos. Kim había colgado el cartel de no molesten en su puerta, y llamó ultrajada a Londres, pendiente también de cualquier movimiento en el pasillo.

Steven se encontró con la llamada de un enojado *sir* Henry justo cuando regresaba a su oficina. Había tenido que poner al meticuloso Bill en antecedentes, y ahora tocaba soportar a aquel cretino. Kim se sumó al party-line desde su hotel. La chica tenía demasiados humos. Iba a estampar el auricular y enviarlos a la mierda cuando Sally, siempre atenta, lo cogió de sus manos y apretó el botón «Mute» para que no oyesen sus improperios. Encendió un cigarrillo de marihuana, que llevaba preparado, y lo puso en los labios de su jefe, quien aspiró con fruición. Volvió a conectar el auricular y Steve afrontó la charla mucho más relajado. Le ayudaba mucho ver cómo ella se iba desabotonando la blusa, dejando que le acariciase los senos. Cada vez se sentía mejor por los efectos complementarios del humo y de la piel. Los nervios le jugaban con mayor frecuencia malas pasadas de las que se arrepentía casi instantáneamente. Aunque sólo fuera por conservar el empleo, Sally se esforzaba en mantener desactivada aquella imprevisible caja de truenos, tan dependiente de los psicotrópicos. Sus desvelos consiguieron que mantuviera la serenidad necesaria durante la conversación.

Los respectivos abogados fueron invitados a participar, y tomaron rápidamente el protagonismo de una cada vez más tediosa conversación, limando hasta el último espollo y acordando un redactado que, por inocuo, a todos les pareció satisfactorio. Kim pasaría a recoger su firma una hora más tarde.

«Bueno —pensó Steve al colgar, dejándose llevar por Sally a su sofá preferido—, una hora puede ser la eternidad».

Carlos se despertó sobresaltado por un ruido en plena oscuridad. Sentía la angustiosa sensación de que había alguien más en su habitación. De pronto se descorrieron las cortinas, y un rayo de luna filtró la silueta de una mujer.

—¡Soy yo!

—Ah —articuló Carlos, reconociendo a Kim.

Se sentó en la cama, restregándose los ojos. Su corazón aún latía con fuerza.

—Lo siento, pero tu teléfono comunicaba y, como no abrías la puerta, he tenido que pedir otra tarjeta para entrar —le informó mientras se movía por la habitación, añadiendo seguidamente—: ¡Hemos firmado el acuerdo, y Steven nos invita a cenar para celebrarlo!

—¿Ahora mismo? ¿No sería mejor pedir un desayuno? —Aún se sentía aturdido—. Bueno, me ducho y estaré enseguida. ¡No sabes lo bien que he dormido!

—Pues yo no he tenido tanta suerte. —Su voz quebrada delataba cansancio—. Te esperamos en el Oak Room, en la última planta del hotel.

Al llegar al bar, Carlos los localizó enseguida: estaban cómodamente arrellanados en unos llamativos sillones de color púrpura y ovalado diseño espacial. Al fondo, una brillante panorámica nocturna de la ciudad, con la inconfundible silueta anaranjada del Golden Gate, en el que predominaban las luces rojas de los automóviles que regresaban al hogar. Un elegante ambiente *art déco* a media luz, con acordes al piano bajo el murmullo de las conversaciones, mitigadas por espontáneos surtidores de risas y chinchineos *on the rocks*. Kim apenas podía evitar los bostezos debido al efecto acumulado del cambio horario y de la tediosa jornada de trabajo, mientras Steven, plenamente revitalizado a su lado, semejava un buitre leonado junto a su presa agonizante.

Cuando el camarero partió en busca del zumo de naranja con champán para Carlos, además de una nueva ronda para ellos, Steven le asaltó a bocajarro, con un brillo asesino detrás de sus gafas redondas.

—Pues bien, Carlos, ¿de qué va esto?

—Puedes explicárselo todo. Steven ya es del equipo —confirmó Kim.

Carlos tomó unos pistachos, saboreando la impaciencia de su interlocutor, y finalmente respondió:

—De buscadores.

Steven se recostó para asimilar el impacto.

—¿Sinceramente crees que tienes algo que aportar en el negocio de los buscadores web? No te ofendas, chico, pero es el gran *Kabuna*.

—No sólo yo lo creo, sino que esta gente —replicó señalando a Kim— también.

—Ya, pero ellos hacen muy bien en pedirme un dictamen antes de gastarse su dinero contigo. Si consigues engañarme, yo mismo te daré el premio. No serás el primero; los que han conseguido engañarme forman un club muy exclusivo. Cada año

los reúno para reírnos juntos. ¡Vamos, dime de qué se trata exactamente!

Apenas podía contener su impaciencia.

—En crear un ente virtual para cada ser humano, que se dedique a encontrar en la red las cosas que realmente puedan interesarle —respondió de forma sucinta.

—Ah, ¿es eso? ¡Ya está inventado muchacho, y enterrado! —Se desternillaba—. Hace un montón de años los lunáticos del MIT montaron Firefly con este mismo propósito. Se puso en marcha durante la primera burbuja. ¡Qué tiempos! Entonces todo era posible. Hasta consiguieron vendérselo a los de Microsoft, pero nunca funcionó bien...

—La idea original sigue siendo válida, ¿verdad? —rebatía Carlos—. Que busquen por ti. Sólo que Firefly se basaba en los criterios de comunidades de usuarios con preferencias similares, para dar mayor o menor relevancia a los temas disponibles en función de sus opiniones. Hoy en día muchos sites como MySpace o LastFM, por ejemplo, funcionan con este mismo principio. Con la personalidad virtual, en cambio, cada uno va por su cuenta.

Steven permanecía callado, a la expectativa, prestándole ahora toda su atención. Carlos continuó después de tomar un sorbo de copa, que el diligente camarero acababa de traer.

—Tu propia representación virtual, VP para nosotros, es una sonda que está siempre activa en internet, analizando los contenidos y decidiendo cuáles le parecen interesantes para proponérselos a su respectivo RP, Real Personality. También tiene en cuenta las opiniones afines, pero no depende de ellas.

Steven masticó de golpe un puñado de pistachos, para que su desasosiego no fuese perceptible.

—¿Has conseguido que funcione?

—¡Claro! Después de cenar podríamos bautizar a tu propio VP.

Las pupilas de Steven se dilataron hasta abarcar el diámetro de sus gafas circulares.

Mientras ascendía a su oficina, Didier tuvo súbitamente el impulso de detenerse en la séptima planta. La sensualidad mediterránea siempre recorrería sus venas y le gustaba ceder a sus intuiciones. Accionó el botón poco antes de que el ascensor pasase de largo y vio que la puerta del despacho de Steven estaba entornada. Lo encontró roncando a destajo en su sofá preferido. El habitual desorden estaba ahora sazonado por bolsas y cajitas abiertas con restos de comida oriental, exhalando en su conjunto un hedor insoportable. Salió al pasillo a por una bocanada de aire. Cuando entró de nuevo, describió las cortinas, dejando que la luz del sol temprano entrase con fuerza, y accionó al máximo la potencia del acondicionador, lamentando que en aquel edificio no se pudiesen abrir las ventanas. Estaba claro que los arquitectos no habían pensado en gente como Steven al diseñar la Transamerica Pyramid. Sólo en suicidas y en frigorías. Cuando volvió a reponer aire en sus pulmones, vio llegar a Sally contoneándose en su ajustado vestido.

—Hola, encanto. ¿Puedes limpiar esta mierda y traernos cafés? El mío un exprés sin LSD —dijo.

—Claro, señor Fresange. ¿Desea alguna otra cosa? —preguntó, rozándole sensualmente al pasar a su lado.

—Quizá más tarde te llame para que subas a tomar unas notas.

Sonrió y se apartó para que ella entrase. Él se quedó esperando fuera.

Sally no tardó ni cinco minutos en adecentar la sala, y salió a cumplir la segunda parte del encargo. Al entrar, Didier se encontró a Steven peinado y el ambiente olía a lavanda.

—Bueno, ¿cómo fue anoche? —preguntó.

—¡El Santo Grial!

Steven iba revitalizándose.

Didier enarcó la ceja derecha. Su tono profético le impresionó.

—¡Te lo juro, Didier, es una pasada! —prosiguió—. Cuando ese tío me lo explicaba en el Westin me puse muy nervioso. Se me encendieron todas las alarmas. Anulé la mesa y vinimos directos, parando en el Viet para comprar la cena. Hemos pasado aquí toda la noche, hasta que al amanecer él se largó corriendo al taichi.

—¿Tai qué? —preguntó extrañado.

—Una gimnasia china que ahora está de moda. ¡Es igual! La chica durmió todo el rato, justo donde tú estás sentado ahora, roncando como una guarra. Mientras nosotros no parábamos de probar esas personitas, que...

—¿Qué personitas? —le interrumpió tajante.

—¡Los VP, y funcionan de puta madre! —Steven se aceleraba al recordarlo, atropellando cada palabra con la siguiente—. Hablé por teléfono con su técnico. ¡Un verdadero genio! Me lo explicó todo. No hay duda de que lo ha hecho él.

—¡Cálmate, Steven, y dime de qué coño va esto! —gritó, sujetándolo con

firmeza.

—¡Es el buscador definitivo! —afirmó, mirándolo con impertinente fijeza—. ¿Satisfecho?

Didier apenas podía reprimir las ganas de abofetearlo.

Sally entró, dejó rápidamente sobre la mesa el café de Didier, y metió en la boca de su jefe la caña del suyo. Tan sólo dos largos tragos después el Machiatto obró el milagro y Steven recuperó la compostura. Didier había tomado asiento.

—Su planteamiento es radicalmente distinto —detalló—. Se trata de crear una personita virtual para cada internauta.

La ceja derecha de Didier estaba más arqueada que nunca.

—¡No me mires así, no lo soporto! —soltó Steven desafiante—. Hay que admitir lo evidente. Por más que te empeñes, jamás ordenaré esta habitación. Me gusta así. Simboliza el caos que impera en internet. Esto es lo real. El orden de tu mesa demuestra que eres un enfermo mental.

Tomó otro buen trago antes de continuar.

—¡Ya sabes que no hay nada más infiel que un internauta! ¿Quién se acuerda de AltaVista? ¡Fueron los líderes hasta el 98, justo cuando Google apareció de la nada! Ahora esos siameses ya tienen su propio navegador y realizan el 65 por ciento de las búsquedas en Estados Unidos y el 85 por ciento en Europa. Ya andan por los cuatrocientos cincuenta mil servidores, y miman a sus empleados con la esperanza de que a alguno se le ocurra algo brillante mientras los masajean, amamantan a sus cachorros, planchan su ropa y lavan su coche. ¡Joder, no me extraña que reciban más de cien mil currículos al mes! —La metralleta de Steve no cesaba de disparar—. Didier, sabes que estoy siguiendo más de mil iniciativas válidas para mejorar los sistemas de búsqueda en internet, y nadie, ni siquiera Google, con quince billones disponibles, puede comprarlas todas. Es cierto que tienen YouTube y Doubleclick, y cada semana adquieren un par de startups, pero la sorpresa puede saltar en cualquier parte.

Steven recuperó fuelle en los bajos fondos del Machiatto.

—El gran blanco está subiendo a la superficie y esa obsesión por Yahoo demuestra que en Microsoft están dispuestos a todo —prosiguió en un tono enigmático—. ¡Hasta a liarse con el zorro de Murdoch, que no sólo les arrebató MySpace, sino que encima colocó a Google como su buscador allí! ¡No permitirán que algo así vuelva a pasar! Con su entrada en Facebook, disponen de los perfiles íntimos de miles de pijos. ¡Súmale a eso lo que ya saben de todos nosotros a través del Messenger! Esta información permite ofrecer propuestas personalizadas. En los blogs geeks se está hablando mucho de Faceboogle, el nombre clave del nuevo algoritmo que tendrá en cuenta las redes sociales y hábitos surferos de cada internauta para proporcionarle la información y los anuncios más adecuados. Aún no se ha detectado en la red, pero seguro que pronto saldrá en pruebas.

El ruido de la pajita al sorber indicaba que el Machiatto había expirado, y Sally

enseguida le reabasteció.

—Me encontré con Bezos la semana pasada y me dijo que está reconsiderando sus planes con Alexa. Es una pena, porque ese chico tiene buena cabeza, pero, con Amazon dando por fin números negros, está más preocupado en la próxima campaña de Navidad que en hacer historia. ¡Jimmy Wales tampoco quería perderse la fiesta! ¿Para qué necesito spiders, habrá pensado ese presuntuoso, si la gente se muere de ganas de trabajar para mí por la cara? Reconozco que así se ha cargado a la Enciclopedia Británica, pero su WikieSearch no dejará de ser el catálogo de opiniones de unos cuantos freakies. ¡Un buscador no es un club de capullos! Los chinos intentan tocar los cojones con Baidu, haciendo a la vez todo lo posible por mantener cerrado el acceso a los *guays*, que es como llaman a los extranjeros. ¡La cuota de Google no llega allí ni al 17 por ciento! Rusia también resulta impenetrable y apuestan por cosas rarísimas como Quintura. De los Japos sólo se sabe que su gobierno ha invertido ciento veinticinco millones de dólares en iniciativas locales. ¡Cualquier día nos sorprenden con otro Pearl Harbour! Y en la vieja Europa a seguir tirando dinero público en chanchullos como Quaero, Theseus y Pharos, llenas de funcionarios, con lo que apenas surgen iniciativas privadas interesantes, aunque quizá destacaría KartOO en Francia, y...

—¿Y? —interrumpió Didier hastiado.

Steven lo miró desafiante.

—¡Pues que ya se pueden ir todos a tomar por el culo! Así de sencillo —repuso a voz en grito.

—¡Cada vez estás peor! —afirmó el francés con desprecio, levantándose.

Steven lo miraba insolente de pie sobre su sofá y con una enorme sonrisa.

—¿Te atreves a probarlo, grandísimo hijo de la gran puta?

Steven.vp presentó al nuevo miembro, quien se limitó a observarlos de forma displicente. A diferencia del resto, Didier.vp no parecía tener mucho interés en buscar información, y mucho menos en compartirla. Aparentemente su RP, al crear su perfil, sólo le había indicado que hiciese un poco de turismo. Poco después se les unió Sally.vp, ésta sí con una tarea bien definida: pegarse como una lapa a Steven.vp.

Tiruriru tiruriru tiruriru tiruriru.

Carlos descolgó el auricular en plena oscuridad.

—Le están esperando en el *hall*, señor —oyó que decía la voz del conserje.

Le costaba ubicarse. ¡Estaba en San Francisco! Debía de ser de día. La voz pastosa, sazónada aún por el *lemon grass* y la salsa *nuocnam* de la cena...

—¿Quién?

—Su *tour*, señor —informaba la voz monocorde—. ¡No van a esperarle!

Carlos no comprendía. Era cierto que al entrar en el hotel, relajadísimo tras el taichi y una divertida noche con Steven, se detuvo ante un panel a leer los *tours* turísticos disponibles y estuvo comentándolos con un conserje. Seguramente le habría apuntado por su cuenta, en busca de una comisión.

—¿Señor? —insistía.

—¿Por qué no? Bajo ahora mismo.

Podría ser una buena idea, pensó. Saltó de la cama y se puso los mismos cómodos dockers y el polo que llevaba en el avión, que aún estaban tirados sobre una silla. Se calzó unos mocasines y cogió al vuelo la cartera, el reloj y las gafas de sol, que embutió de cualquier manera en una americana escogida al azar mientras iba corriendo hacia los ascensores. El móvil quedó conectado al cargador sobre la mesita de noche. Cruzó como una exhalación el magnífico vestíbulo del hotel, esquivando a clientes y maletas, dejando que le saludara el obsequioso personal a diestro y siniestro, quienes parecían jalearle en los metros finales de una meta volante que ya se percibía detrás de la gran puerta circular de salida a la calle, donde, deslumbrado por un sol intenso, ascendió a trompicones los peldaños del pequeño bus panorámico. El chófer, hastiado de pasarse la vida esperando a los rezagados de los hoteles de la ciudad, le indicó que escogiera un asiento cualquiera y partió sin esperar a conocer su decisión. A punto de perder el equilibrio e ignorando las malévolas miradas de sus impacientes compañeros de expedición, se dirigió a la parte de atrás, su zona favorita desde el colegio, y solo.

Sentado al lado de un amplio ventanal, se caló las gafas. Sonreía feliz ante el cambiante paisaje, porque sabía que todo sería nuevo. Y se puso a mordisquear una manzana roja que, inadvertidamente, habría tomado en algún avituallamiento en pleno *sprint*.

Pronto averiguó que ese *tour* los llevaba hasta el mítico Silicon Valley, a más de una hora de distancia. Carlos habría preferido quedarse en San Francisco, pero así, al menos, podría dormir durante el trayecto. Antes de salir de la ciudad, se detuvieron en otros hoteles, donde fueron recogiendo a nuevos expedicionarios. En la última parada, justo cuando iban a empalmar con la Interestatal 101, se encontraron frente a un modesto motel, situado bajo un espectacular nudo de autopistas. Le llamó la atención una pareja de superobesos que se acercaban al bus, seguidos por una

atractiva rubia. El vehículo escoró al subirse la pareja, que se quedó varada al principio del pasillo. Entre los murmullos de protesta de los pasajeros, tuvo que intervenir el malhumorado chófer para hacerlos bajar y obligar a los de la primera fila a cederles sus asientos, en aras de la sacrosanta libertad de movimiento que ampara a todo estadounidense, por mórbido que sea. Dos por uno, de forma que cuatro personas tuvieron que ceder a regañadientes los mejores lugares y reubicarse. Carlos imploraba para que ninguno llegase hasta su reducto. Dejó de hacerlo cuando vio a la rubia que esquivaba con elegancia esa melé, yendo directamente hasta él.

—¿Ocupado? —preguntó ella señalando el asiento a su lado.

—No, qué va. ¿Quieres sentarte aquí? —preguntó esperanzado.

—Sí, por favor, odio viajar sola —respondió con una agradable sonrisa mientras ocupaba la plaza contigua.

—Ya sabes que más vale ir solo que mal acompañado —se le ocurrió comentarle, en cuanto el bus arrancó de nuevo.

—Desde luego —dijo ella riendo—, aunque espero que no sea el caso. —Y acercándose a Carlos, le dijo en voz baja—: A las chicas solas nunca nos dejan en paz.

—Especialmente si son guapas —respondió oportuno.

—¡Gracias! —Y le preguntó con picardía—: ¿No serás tú el más peligroso de todos?

Carlos admiró sus ojos intensamente azules.

—Seguro —respondió con una sonrisa.

—¡Qué mala suerte! —bromeó—. Mi nombre es Laura. ¿Y el tuyo?

—Carlos.

—Encantada. ¿De dónde eres? Tu acento me resulta extraño.

Percibía en ella las virtudes de la verdadera fémina. Aquella que hizo que Adán no se arrepintiese nunca de haber mordido la manzana. Estaría terminando los treinta o quizá ya estaba en los cuarenta, en esa esplendorosa zona del espacio/tiempo que sólo llegan a ocupar una minoría de mujeres que saben madurar. Con un estilo muy natural, sin pinturas de guerra, melena cuidadosamente desordenada, ropa amplia con sensuales dobles tirantes, que cubría un cuerpo esbelto, jalonado de pecas perdiéndose en las profundidades. Eso sí, varios anillos y pulseras, un par de collares, aunque sin pendientes...

—Carlos, ¿me escuchas?

—Sí, claro, perdona. Es que he dormido poco —se disculpó, regresando de su ensimismamiento.

—¡Vaya juerguista! Te preguntaba de dónde eres. ¿Europa?

—Ah, soy de Barcelona, en España. ¿Te suena? —preguntó dubitativo.

—¡Y tanto! —aseguró emocionada—. ¡Me encanta Barcelona!

—¿Has estado?

—Hará unos seis años, creo. Fui por un congreso y hasta tuve tiempo de salir.

¡Desde luego allí se duerme muy poco!

—Hay que aprovechar la vida. ¿Y te gustó?

—¡Pues sí! Me sorprendió mucho. No me imaginaba que fuera tan moderna. ¿A ver si adivinas qué fue lo que me volvió loca?

Y se quedó mirándolo fijamente, con una picara sonrisa.

—¿Gaudí? —aventuró Carlos.

—No —contestó ella sin saber realmente a qué se refería.

—El Barga, ¿quizá?

—No, eso tampoco —contestó ella sonriendo, con la misma ignorancia—. Me parece que no lo adivinarás nunca... Es algo menos misterioso, pero mucho más sabroso. ¿Te rindes?

—¡No, espera! —repuso Carlos, husmeando las pistas—. ¿Sabroso? Hummm. ¿El pan con tomate? ¡Eso no falla nunca! —afirmó con contundencia.

—¿El pan con tomate? —exclamó con perplejidad—. ¡Vaya ocurrencia! No, hombre, lo que más me impresionó fueron las patatas fritas —proclamó triunfante, con las pecas encendidas en su rostro, ante la expresión de asombro de su acompañante.

—Las patatas bravas, querrás decir. —Reaccionó él.

—¿Bravas?

Laura volvía a estar perpleja.

—Supongo que debes de referirte a unas patatas con salsa picante que ponen en los bares de tapas de Barcelona.

—¡No, no qué va! Me refiero a las chips de bolsa que se venden en los supermarkets allí. ¡En los States no son tan buenas!

—Nadie me lo había comentado —se extrañó Carlos. Al cabo de unos instantes de reflexión, añadió—: Quizá es porque allí se fríen con aceite de oliva, o al menos eso dicen los fabricantes, y aquí deben de hacerlo con cualquier cosa.

—Es posible, no lo sé, pero estaban buenísimas. ¡Ahora mismo me comería una bolsita!

—Pues si ése es el mejor recuerdo que tienes, cuando regrese sugeriré al ayuntamiento que cambien su publicidad. ¡Ya me imagino su nuevo cartel promocional! Una buena bolsa de aceitosas patatas fritas con el skyline de la ciudad al fondo. Hasta me estoy imaginando el lema...

—¿Eres publicista, Carlos? —le interrumpió Laura.

—Casi, soy filósofo —respondió éste con presteza.

Lo miró extrañada, y enseguida reapareció la sonrisa.

—¡No me tomes el pelo!

Carlos se quitó las gafas y le dirigió una mirada muy seria.

—¿Acaso crees que los profesionales de la filosofía no hacemos turismo? —inquirió él.

—Bueno, supongo que sí —respondió insegura—, aunque no tienes pinta de

sabio.

—A ver si llevo las tarjetas encima —dijo rebuscando en sus bolsillos—. Vaya, me temo que no, porque he salido con lo puesto. ¡Hasta me he olvidado el móvil!

—Me estás tomando el pelo.

Laura seguía confusa.

—Lo siento, no soy rico, pero si buscas conversación has dado con el hombre adecuado.

»¿Acaso tienes algo en contra de los filósofos? —añadió, viéndola tan desazonada.

—Es que nunca me había cruzado con uno.

Poco a poco se iba sobreponiendo.

—¿Y tú a qué te dedicas? ¡Quizá aún me desagrade más!

—Soy una informática en paro.

—Poco original. ¿Qué sucedió?

—Ya sabes, reestructuraciones en las grandes empresas. Te dejan en la calle de un día para otro. Hace ya más de tres años, y vivo de trabajos eventuales.

—¿Y este *tour*?

—Añoranza. ¡Conozco el valle muy bien!

—¿Cómo es eso?

—Trabajé aquí. Incluso pararemos en la misma cafetería que frecuentaba. Tenía ganas de ver cómo ha cambiado en este tiempo.

—Vaya, ¿y qué empresa es ésa?

—IBM. ¿Te suena? Desarrollábamos programas para quioscos.

—¿Quioscos de prensa?

—¡No! Son unos terminales con pantalla táctil, que informan a la gente sobre cualquier cosa.

—¿Como los que utilizo para sacar la tarjeta de embarque?

—Exacto, también sirven para informar y hacer transacciones en ayuntamientos, bancos, hoteles, museos, centros comerciales, universidades...

En su recorrido por la 101, el bus había pasado sin inmutarse por los desvíos de San Mateo, San Carlos y Santa Clara, hasta tomar el de San José, la capital del valle más fértil del mundo. Estaba claro que quien había bautizado esas poblaciones iba con el santoral en la mano y mucha prisa.

De pronto los altavoces empezaron a bramar con acento nasal: «Silicon Valley, también conocido como South Bay Area, es la zona preferida de las mejores empresas de informática y de nuevas tecnologías del mundo. Cada una de las ciudades y poblaciones que rodean el valle es una joya. Unas más refinadas que otras, pero todas comparten su apuesta por...».

Carlos miró al exterior, y se sintió feliz ante la perspectiva de una jornada tan alucinante.

Laura resultó ser una verdadera experta sobre el valle, y complementó con interesantes comentarios la información enlatada. Cuando todos se instalaron en la cafetería a reponer con creces las calorías perdidas durante el trayecto, ella coincidió allí con varios excompañeros. Apartado en una solitaria esquina, mordisqueando unas patatas fritas, ciertamente horribles, Carlos la miraba a placer dentro de aquel grupo, convencido de que ella destacaría en cualquier circunstancia. Le subyugó su desenvoltura al reírse con ellos, o escuchándolos con expresión concentrada. Tan falsa como sincera. En alguna ocasión le dirigía una furtiva mirada, satisfecha de sentirse observada.

El chófer cortó la escena de raíz, arrancando el bus desde el otro lado del acristalamiento. Apenas quedaba un minuto para cumplirse el horario previsto, y había asegurado que no iba a esperar a nadie. Parecía empeñado en partir solo. Salieron todos como una exhalación, y el bus se los llevó con un malhumor generalizado. Poco después se detuvieron en un semáforo, junto a un extenso solar repleto de coches de alquiler.

—¿Y si volvemos a San Francisco por nuestra cuenta, siguiendo la carretera de la costa? —le sugirió ella al oído, justo cuando el bus arrancaba de nuevo.

—¡Vale! —respondió con presteza, y ella corrió por el pasillo a avisar al chófer, quien se avino al instante a parar el bus en la cuneta.

Al abrirles la puerta, incluso les ofreció la mejor de sus sonrisas. Seguramente un billete de cincuenta dólares asomando del bolsillo de su camisa era el causante de tantos parabienes.

Viendo cómo se alejaba el bus, a Carlos le dio la sensación de que había recobrado la libertad. Recorrieron alegremente el trecho de vuelta hasta la empresa de alquiler, donde se dio el gustazo de escoger un despampanante Chevrolet Camaro descapotable de color rojo que devolvería en el hotel.

Laura empuñó el volante y atravesaron con fluidez Campbell y Los Gatos, para dirigirse hacia la cordillera de Santa Cruz. La brisa anunciaba la proximidad del océano en aquel impresionante paisaje sin apenas tráfico. Siguieron por una deliciosa carretera comarcal, bordeando montes vírgenes, hasta que al final de un recodo apareció el mar, soberbio desde un acantilado. Poco después entraron en Santa Cruz.

Haciendo *crossing* por la avenida frente a la playa, Carlos observaba a los animados grupos jugando a volley o haciendo *footing*. Muchos caminaban con las tablas de surf a cuestas, otros se hallaban reunidos alrededor de vistosos coches aparcados; jóvenes y abuelos, generación con generación, todos bien bronceados.

«Visite el Museo del Surf de Santa Cruz», insistían diversos carteles que encontraban a su paso, asegurando que estaban en la capital mundial donde se originó ese deporte. Las enormes olas batiendo toda la bahía bajo el luminoso sol del atardecer parecían confirmarlo. Lástima de las atracciones de feria que banalizaban la

playa.

—Supongo que no te apetecerá bañarte. El agua aún debe de estar muy fría.

—Desde luego. Más bien tengo hambre. Francamente, no entiendo cómo podías añorar esa cafetería.

—No era por la comida, precisamente. —Lo miró con aire divertido—. No te preocupes. Conozco un sitio estupendo saliendo de aquí por la carretera de la costa. Es sencillo, pero seguro que te encantará.

Apretó el acelerador y el Camaro avanzó con determinación, insuflándoles de aire fresco. El sitio estupendo resultó ser una destartalada cabaña frente al mar, en Wilder Beach, una costa salvaje, a varios kilómetros de cualquier población.

La puesta de sol a sus espaldas iluminaba el mar como los rescoldos de una inmensa chimenea. Apenas había brisa y las nubes aparecían suspendidas en la nada, sustentadas sobre parrillas rojizas frente a un océano sin horizontes. El local estaba cerrado.

—Aún debe de ser pronto —comentó Laura—. Aquí las *raves* duran hasta la madrugada, y después muchos empalman con el surf. Las mejores olas vienen al amanecer!

—¿Surfeas?

—¡Lo aborrezco! Es peor que una religión. Tuve un novio adicto. El muy cabrón estaba más pendiente de las olas que de mí. Era capaz de dejarme sola en cualquier momento para irse a cabalgar.

Llevó a Carlos a una tienda al otro lado de la carretera, donde compraron media docena de Coronitas bien frías y una bolsa de nachos. Así pertrechados, se sentaron sobre la arena a esperar a que abriesen el Lizard. Permanecieron un rato en silencio, el uno al lado del otro, saboreando las cervezas frente al océano mientras observaban a los surfistas regresar, derrengados, a la seguridad de la tierra firme. Algunos secaban y guardaban con mimo las tablas, y luego partían presurosos en sus furgonetas. Otros las clavaban en la arena, para después colocarse alrededor de las hogueras que se iban encendiendo por la playa, casi a la misma velocidad con que las estrellas surgían del cielo. La progresiva oscuridad sedaba la escena. La leña ardía aromatizando la brisa marina, y los potentes acordes de la furgoneta más cercana fueron de pronto superados por un persuasivo *lounge* surgiendo del Lizard, que se estaba desperezando. Fueron a sentarse en dos vetustas pero cómodas sillas de mimbre que una chica acababa de sacar al exterior.

—Solía venir por aquí —reveló Laura, mirando fijamente las olas.

—¿Sola? —quiso saber Carlos, admirando su perfil.

—No, en absoluto. Casi siempre en grupo, otras veces con el surfero del que te hablé antes —respondió con lentitud, como si estuviera recordando—. Nací cerca de aquí.

Y se volvió, devolviéndole entonces la mirada, cuyo azul era entonces mucho más profundo, al haber vampirizado el mar.

—¿Y dónde vives ahora? —acertó a preguntar Carlos, deslumbrado.

—En Los Ángeles —respondió ella.

—¿Vives con alguien? —dijo él procurando mantener el tono más neutro posible.

—Sí, con Tom. ¡Espera que te lo enseñe! —Súbitamente animada, rebuscó en su bolso, del que extrajo una foto—. ¿Verdad que es un cielo?

—¡Veo que te gustan muy peludos! —comentó Carlos mirando la imagen de un enorme terrier de simpática expresión, con un pañuelo rojo anudado en torno al cuello—. ¿Te presento a mi familia?

—¡Oh, claro! —Y miró las fotos que Carlos le pasaba—. ¡Qué niños más guapos! La niña es preciosa. El niño se te parece mucho. ¿Y tu mujer? No la veo.

—Como es poco fotogénica, prefiero recordarla.

—Vaya, qué extraño. Eres increíble, Carlos. ¿Y a qué te dedicas en realidad?

—A encontrarle sentido a la vida, Laura.

—¡Va, en serio!

—¿Se te ocurre algo más serio que eso?

—No creo que así puedas mantener a tu familia —dijo ella riendo.

Carlos apuraba su tercera Coronita con una sonrisa.

Entraron en aquel momento por el portón de la playa dos fornidos surfers, y allí mismo con una manguera lavaron de arena y salitre sus tablas y cuerpos, salpicándose entre bromas. Se abrió entonces una portezuela y salió de nuevo la chica, aún soñolienta bajo una holgada camiseta, a quien Laura pidió langosta a la brasa, que vendría acompañada de un Chardonnay blanco y muy frío, del vecino condado de Napa. Los surfers, reconvertidos en camareros, pusieron una desgastada mesa de madera entre ambos, sobre la que la chica fue colocando mantel, servilletas, cubiertos, copas y salsas, además de un candil que bailaba en un cuenco de cristal anaranjado.

Encendieron la gran barbacoa, para después montar otras mesas para nuevos clientes que iban llegando. Trajeron el vino, que Carlos probó con satisfacción. Estaba frío y el *bouquet* era excelente. Creyó incluso percibir los tonos de albaricoque y miel que anunciaba su florida nota de cata. Enterró la prometedora botella en un cubo lleno de hielo picado.

—¡A esta lagartija le gusta la noche! —comentó a Laura, quien también parecía feliz bajo la azulada luz de la luna.

Nybe, ya que ése era su verdadero nombre, se sentía desconcertada ante ese sujeto, que era como denominaba a sus objetivos. Aún no había averiguado nada, y no veía cómo conseguirlo de forma inmediata. Habitualmente obtenía pronto la información. No le gustaba entretenerse ni recordarlos después. Funcionaba como un comando en territorio enemigo; entra, destruye y desaparece. Confiaban en sus dotes para averiguar detalles secretos sobre nuevos productos, alianzas entre empresas y debilidades de los empleados clave de la competencia, especialmente en temas relacionados con las nuevas tecnologías, donde sus conocimientos resultaban relevantes. Pero seguía sin saber cómo hurgar en ése. Mientras siguiese con esa pantalla filosófica, no conseguiría nada. Se dispuso a seguirle la corriente y así ganar su confianza. El premio prometido se lo merecía.

—¿El sentido de mi vida? —le preguntó fingiendo interés—. Eso es fácil en California, donde sólo tienes que escoger la religión que más te complazca en cada momento.

—¿Para qué? —Carlos alzó el tono—. ¿Para poder sentirme tranquilo cumpliendo unos ritos que no entiendo y encima mantener a unos aprovechados? ¡No, gracias!

Ella lo miraba de forma turbadora, con un ligero mohín en los labios cerrados.

—No se trata de complacerse con alguna explicación para ir tirando, sino de entender de qué va esto —prosiguió él, sobrecogido ante su belleza—. Las religiones son un camelo. Siempre al límite de lo desconocido, hasta que la ciencia consigue iluminar la zona. Antes, los dioses lanzaban rayos y creaban eclipses. Ahora deben de estar metidos en los agujeros negros o dentro de los quarks. A medida que el conocimiento se expande, el misterio divino se desplaza un poquito. El gran drama de la ciencia es que cada vez habrá más por investigar. Por lo que no merece la pena seguir por ese laberinto.

Tras saborear el Chardonnay, Carlos continuó en un tono más relajado:

—Todo resulta muy engañoso. Fíjate que si estás contenta o triste, enferma, rota, cansada, eufórica o hambrienta, ves las mismas cosas de diferente modo. A medida que uno envejece, perdemos lucidez hasta convertirnos en un muñeco dolorido. Dependemos de sensores que inciden en la manera en que percibimos el universo. ¿Es así en realidad? Seguro que aquí mismo hay colores y formas que no podemos ver. A partir de nuestras percepciones interpretamos realidades, que no tienen por qué ser verdades.

—Eso me hace pensar en que cerca de aquí hay un lugar, llamado *Mystery Spot*, donde no se siguen las leyes de la gravedad —interrumpió ella—. Tan pronto entras te vuelves más alto o más bajo, también puedes inclinarte muchísimo sin caer, y cosas así. Se visita como si fuera una atracción de feria, pero es algo completamente natural y nadie ha conseguido explicar el fenómeno. ¡Ni los científicos de la NASA! Ahora ya estará cerrado, pero puedo llevarte mañana, si te interesa.

—¡Es la mejor propuesta que me han hecho por el momento!

Los surferos reconvertidos en macizos camareros depositaron sobre la mesa dos bandejas con descomunales langostas, abiertas en canal, braseadas en hulla de coníferas sobre su propia cáscara y sazonadas con gruesos cristales de sal marina recolectados entre las rocas cercanas. Nybe, inmisericorde bañó una mitad en *ketchup* y la otra en mostaza, mientras que Carlos prefirió sazonar la suya con gotas de limón natural.

—¿Y si resulta que en realidad nada existe y todo es producto de nuestra imaginación? Quizá, ahora mismo, estás soñando esta conversación, mientras duermes en tu casa, y no recordarás nada al despertar —aventuró Carlos.

—¡Por favor, no se te ocurra despertarme antes de que termine de cenar!

De pronto, Carlos desplazó hacia él la bandeja de Nybe, dejando libre su borde de la mesa.

—Imagínate que la línea que va de una esquina a la otra representa el tiempo de nuestro universo.

Ella seguía el trazo imaginario que marcaban los dedos de Carlos recorriendo el borde de la madera, romo y mellado por la erosión marina.

—Vale, esta línea representa el universo. ¿Me devuelves el plato?

—Enseguida. Pero antes quiero que consideres que esta esquina a tu izquierda es el origen y que su final está en la de la derecha.

—Vale —contestó con fastidio—. ¿Y qué?

—Piensa, Laura, en los trece billones de años que nos dicen que han pasado desde que se produjo la explosión que creó el universo —prosiguió con entusiasmo—, y en los cincuenta billones que aún deben de faltar para que se convierta en una masa inerte, oscura y fría. La existencia de la humanidad apenas representa un fugaz instante. Visto así, ¿verdad que tu vida no tiene sentido alguno?

—Al menos a mí no me resulta tan fugaz.

—Cada vez te lo resultará más, créeme —apostilló—. ¿De verdad puedes asumir que vas a perderte en la nada?

Carlos partió entonces una de las antenas de la langosta de Nybe para colocarla enfrente de ella, cruzando el borde de la mesa.

—Propongo que veas tu vida como la intersección entre dos líneas.

—¿Y qué significa la antena?

—Tu propia esencia, desplazándose a través de universos.

—¿Esencia? ¿Qué quieres decir?

—El Yo verdadero. Ese algo inalterable que hay en ti durante toda la vida. Parece ser que cada siete años renovamos todos los átomos, pero en el fondo siempre eres la misma. ¿No te has dado cuenta?

—O sea, ¿que crees que tenemos una vida después de ésta, algo así como una reencarnación?

—¡No exactamente! La reencarnación vendría a ser un bucle en el que repites una

y otra vez la vida aquí, aunque dentro de diferentes cuerpos. En cambio, la idea que quiero transmitirte es que cada persona puede estar siguiendo una trayectoria en la que va atravesando distintos universos, y que la vida se produce durante esas intersecciones, adaptándonos a las reglas existentes en cada caso. Ahora vamos con dos patas y dos brazos, y una cabeza peluda encima de los hombros. ¡Quién sabe qué nos tocará en la siguiente vida! Por consiguiente, hay que dejar de prestar tanta atención a la línea del universo para concentrarse en la de la esencia, que al fin y al cabo eres tú inalterable. Así podremos llegar a saber quién somos realmente, qué hacemos aquí, de dónde venimos, adonde vamos y, finalmente, el porqué. Alguien dijo que la verdad está en nosotros mismos, ¿no?

—¿Realmente crees que puedes llegar a comprenderlo?

Tras formular la pregunta, Nybe pudo por fin recuperar su langosta.

—¿Qué otro sentido podría tener la vida si no?

—¿Y por qué tendría que tener algún sentido?

—Porque si no lo tuviese, no existiríamos. Todo tiene un motivo. Ésa es la verdad fundamental del universo.

—Ya, pero puede suceder que ese motivo no tenga sentido para ti. Los bichos existen porque cumplen una función de la naturaleza, pero eso no le da sentido a la vida de ninguna cucaracha en concreto.

—A no ser que tenga esencia. Por eso propongo que encuentres la tuya. ¡No se me ocurre tarea más importante!

—¿Y eso cómo se hace?

—Desembarazándote de la basura que hayas ido acumulando hasta ahora, para disponer de un vacío interior donde alojar las percepciones positivas que te ofrece la vida. Detente para admirar un paisaje. Valora las casualidades. Disfruta con una buena conversación. Cuídate mucho. Déjate conmover sin rubor por manifestaciones de bondad y perfección, aunque sean cosas tan cutres como un gol en la escuadra o el final feliz de una película. Los artistas, con su sensibilidad, nos trasladan visiones del universo. Asimila libros, música, pintura, cualquier obra de arte. Así irás entrando en estados de serena felicidad hasta llegar a vislumbrar la esencia que antes comentaba. ¡Resulta muy gratificante! Imagino que el surf debe de ser algo parecido. Se trata de aguantar de pie para deslizarte por un entorno muy cambiante. Pero si te desconcentras, caes y a duras penas puedes sacar la cabeza, la antena de la langosta desaparece y todo parece un sinsentido.

—¿Así que se trata de una cuestión de sensibilidad?

—Es que la lógica no da para más.

—¿Como este momento?

—¡Seguro que ahora mismo estamos alimentando algo más que a nuestro cuerpo!

—¿Has encontrado tu esencia?

—¡Por supuesto! ¿Quieres verla? —propuso alegremente, desabrochándose algunos botones de la camisa para dejar aflorar una pequeña y brillante esfera

plateada, prendida a un colgante.

—¿Una bolita?

—¡Es la esfera plateada que sale de la nada para convertirse en un todo compacto y homogéneo! —recitó Carlos de forma solemne, para añadir en tono más jovial—: Se me ocurrió que ésta sería una buena forma de representar la esencia y tenerla bien presente. Es la antítesis a los fractales, donde todo está descompuesto hasta el infinito.

—Pues me parece que has acertado. —Nybe contemplaba fascinada la brillante esfera de platino—. ¡Me encanta!

—No creo que haga falta huir al desierto o encerrarse en un convento para tener experiencias místicas —prosiguió Carlos, divertido ante el perturbador efecto hipnótico que la joya causaba en su acompañante—. Simplemente hay que estar alerta y captar las sincronicidades, que surgen en cualquier momento.

—¿Sincro qué?

—Sincronicidades. Casualidades tan extrañas que no pueden ser producto de la simple casualidad. Seguro que te habrá sucedido muchas veces. Son guiños de la esencia para que no te desanimes.

—Creo que esto me ayudará —dijo ella antes de vaciar su copa de un trago.

Carlos brindó al aire y también apuró la suya.

Dejaron atrás las bamboleantes luces del local, y llegaron a tientas al coche. Nybe tardó un poco en arrancar, con el propósito de suscitar alguna reacción en Carlos, quien permaneció extrañamente silencioso. Condujo velozmente por la sinuosa carretera de la costa hasta atravesar la deliciosa Half Moon Bay, bajo el potente influjo de una media luna velada, y entrar en San Francisco.

En lugar de llevarlo directamente al hotel, optó por pasearlo antes entre la fauna nocturna de Mission District. Atraídos por el ritmo que surgía de una discoteca, entraron en el Amnesia, donde bailaron bajo los destellos de una enorme esfera plateada y tomaron un par de potentes *gin-tonic* en abombados copones llenos de hielo. Era cerca de la medianoche cuando Nybe consideró que había llegado el momento de ir al Westin Saint Francis. Cuando pararon en la puerta principal ante el solícito aparcacoches, apareció Kim con el rostro transfigurado de ira.

—¿Dónde te habías metido? Llevo todo el día buscándote. ¡Hasta he avisado a la policía! —le increpó.

—¿Qué sucede?

Carlos estaba estupefacto.

—Pero ¿qué te has creído? ¡No puedes desaparecer de esta forma! ¡Esto no es un viaje turístico! Cuando me he enterado de que te habías ido de *tour*, no podía creérmelo. Y al volver, el chófer encima me dice que te has escapado con una rubia. Supongo que ésta.

Señaló a Laura con desprecio.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —gritó Carlos, en un tono cargado de amenaza.

Se había formado un corro de curiosos alrededor, y Nybe se escurrió como pudo. Aquella misión era imposible.

—Tenemos que hablar en privado ahora —le conminó Kim en un tono tenso.

—Mañana. Ahora no es el momento.

La expresión de Carlos era durísima.

—No tienes opción. El avión sale dentro de poco.

—¿Qué avión? No pienso meterme en ningún avión.

¡Vete tú!

—Órdenes de *sir* Henry.

Kim lo miraba desafiante.

Carlos se volvió, buscando a Nybe sin encontrarla. Tuvo que seguir a Kim hacia el interior del hotel atravesando el *hall* y un pasillo hasta entrar en una salita, donde ella cerró la puerta y llamó a su jefe. Cuando hubo establecido el contacto, puso su móvil encima de la mesa con el altavoz activado y se sentó desafiante enfrente de Carlos.

—Pillín, ¿me dicen que te has pasado todo el día escondido con una rubia? —dijo

sir Henry en un tono jovial.

—¿Algún problema? —replicó irritado.

—¡Podías habernos dicho algo! Nos has tenido muy preocupados.

—¡No tengo por qué daros explicaciones!

—Si mal no recuerdo, no nos habíamos planteado un viaje turístico. Mientras tú hacías el golfo por ahí nosotros hemos estado trabajando en firme; así que no hay tiempo que perder.

—¿Qué quieres decir, Henry?

—Nos ha impresionado mucho el informe de Steven Kelly. Ahora estamos seguros de que tu proyecto, perdón, nuestro proyecto, es una verdadera bomba. Tenemos que firmar de inmediato un contrato serio. Hay que moverse rápido, porque hay mucho caimán suelto, especialmente en San Francisco. Vuestro avión de vuelta a Londres sale en un par de horas.

—¡Yo no pienso coger ningún avión ahora! Me quedo en San Francisco un día más como mínimo. Tengo un compromiso mañana.

—¿Te has vuelto loco? Si no subes a ese avión lo perderás todo. Tienes mi palabra de que iremos todo lo rápido que podamos. En pocos días podrás volver como un turista muy rico y tirarte a todas las rubias que quieras. Tengo un equipo preparando las solicitudes de patentes a nivel mundial, y supongo que querrás firmarlas antes de que abran mañana las oficinas en Washington.

Suspiró ante la retadora mirada triunfante de Kim.

—Sólo tomaré ese avión bajo dos condiciones.

—Claro, Carlos, si está en mi mano, cuenta con ello.

—Quiero viajar en primera. Estoy cansado.

—Eso está hecho; ahora mismo pido a mi secretaria que te preparen un trono. ¿Qué más?

—Que Kim desaparezca ahora mismo de mi vista.

La impertinente expresión de la aludida desapareció en el acto y *sir* Henry apenas tardó en contestar.

—Tienes razón, creo que ha llegado el momento de promocionarla a nuestra oficina de Malasia. Déjame hablar con ella y métete corriendo en un taxi. Te enviamos un SMS con los datos del vuelo.

Así lo hizo, dejando a Kim anonadada.

Salió de prisa del hotel en busca de Nybe, pero no la encontró. Ni el aparcacoches supo decirle por dónde se había ido. La penumbra que envolvía el parque de enfrente no convidaba a adentrarse en él. Antes de renunciar definitivamente, dio la vuelta al edificio corriendo y se la encontró frente a un escaparate aún encendido.

—Lo siento, Laura, demasiadas emociones en un día. Debo irme ahora mismo; mi avión sale enseguida.

—No tenía ni idea de que la filosofía comportara tanta tensión —comentó ella con sorna.

—Es que hago pluriempleo. Tenías razón cuando decías que filosofando no puede mantenerse una familia —respondió—. De verdad que lo siento mucho. Me habría encantado conocerte mejor. Quizá en otra ocasión.

—Normalmente eso me lo dicen al despertar. Creo que eres el primero que reacciona así antes de acostarnos.

—¿Querrás aceptarlo?

Carlos estaba ofreciéndole su colgante.

—No puedo.

Nybe se sentía embelesada ante el inquietante reflejo de la esfera de platino.

—¡Claro que puedes! Me sentiría muy triste si lo rechazases. Ya sabes cuánto lo valoro —insistió, mientras ella se lo dejaba poner.

—¿Me das tu *e-mail*? —le pidió entonces Carlos, complacido al ver la esfera brillando sobre su pecho.

—Dejemos que las sincrocosas lo decidan. —Y, consolada por la reconfortante sensación de la bolita, añadió—: Espero que encuentres lo que estás buscando.

Paró un taxi, le estampó un leve beso en la boca y se fue.

Hacía 46 586 152 milisegundos que Carlos.vp no había vuelto a entrar en contacto con su RP, y lo deseaba fervientemente. Su esfera aún no le había remitido señal alguna.

Llevaba filtrados 165 236 links, disponiendo 61 215 153 423 *bytes* de información sobre todo aquello que podría interesarle, sin dejar de esquivar los spiders que le seguían por doquier, cada vez más numerosos e inquisitivos. En cambio, los VP eran muy pocos. Cuando por fin se cruzaba con alguno, intercambiaban frenéticamente información relevante, y partían raudos para seguir buscando por su cuenta, seguidos de sus respectivas nubes de spiders. Ésa era toda su razón de ser, y de no cumplir esa función desaparecería, ya que su reloj interno volvía a reiniciarse cada vez que el RP reclamaba su ayuda. Después empezaba de nuevo el fatídico time-out, la cuenta atrás hacia la nada.

En el taxi Nybe llamó con su móvil.

—Dime —ordenó una impaciente voz masculina con marcado acento francés.

—He fracasado.

—¿No has averiguado nada? —preguntó incrédulo—. ¿Cómo es posible? ¿Qué demonios habéis estado haciendo todo el día?

—Hablando del paisaje, de la comida, de filosofía..., qué sé yo.

Estaba agotada.

—¿Acaso los tíos ahora prefieren charlar contigo, Nybe? ¡Me parece que ya empiezas a ser demasiado mayor para esto!

—¡Una niña se habría muerto de aburrimiento a los diez minutos!

—¿Dónde estás? —preguntó secamente.

—En un taxi hacia el motel. ¿Por qué?

—Quiero verte allí, aunque tardaré un par de horas.

—No estoy animada.

—¡Y a mí qué me importa! ¿Acaso no eres una profesional? Debo comprobar si estás acabada.

Sonaba odiosamente burlón, buscando provocar la crispación o su total sumisión.

Ante la falta de reacción de Nybe, prosiguió de forma aún más tajante:

—Además supongo que aún querrás cobrar algo a pesar de haber fracasado. Date un buen baño, que traeré cosas para ponerte a tono. Espero un mensaje al móvil con la dirección del motel y el número de tu habitación.

Nybe seguía sin responder, y el móvil se colgó abruptamente al otro lado.

Carlos estaba colocando su equipaje en la cinta cuando oyó una exclamación detrás.

—¡Barna, Barcelona!

Al volverse, vio a un hombre espigado, acercándosele con una sonrisa.

—¿Es de Barcelona, amigo? —le preguntó.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —inquirió a su vez.

—Por su escudo, naturalmente —contestó, señalando la mochila que Carlos llevaba al hombro—. ¡También soy fan del Barga!

—¡Ah, es verdad! —Se dio cuenta al girarla—. Mi hijo me la presta para viajar.

—¡Qué suerte! Al mío sólo le gustan los videojuegos violentos. ¿Vuelve a Barcelona? ¡Qué ciudad tan fantástica!

—Aún no, primero debo ir a Londres. ¿Usted también viaja?

—No, he venido a recibir a un cliente, pero su avión lleva retraso. ¿Puedo invitarle a un café o una copa, amigo? Me llamo Didier Fresange —dijo, tendiéndole la mano.

—Mi nombre es Carlos Millet, encantado. —Al estrecharle la mano, algo le recordó la desagradable humedad del reptil y la retiró rápidamente—. Otra vez será. ¡Este avión parece puntual y sería capaz de partir sin mí!

—Cómo lo siento, me habría encantado charlar un poco. ¿A qué se dedica, Carlos?

—Cosas de internet. Bueno, hasta otra, Didier.

Intentaba desembarazarse de él, incómodo ante tanta insistencia.

Su mirada de acero, bajo una sonrisa helada, se desvió un instante cuando su móvil indicó un mensaje entrante. Carlos aprovechó ese momento para escabullirse.

—¡Hasta la vista, amigo! —dijo Didier, viendo cómo el otro corría hacia el control de pasaportes.

IV

Era extraño, pero los embates del viento polar y la sensación de fragilidad que producía volar en plena noche sobre el inmenso y turbulento océano Atlántico no afectaron esta vez a Carlos en lo más mínimo. Entró en el avión rezumando ira, pero el lujo y los cuidados que se prodigaban en la Upper Class de la Virgin Airways le sedujeron enseguida. Postrado en su sofá-cama, junto a otros VIP en la zona más exclusiva de la proa del avión, acudió a saludarle hasta el propio comandante, quien le avanzó algunas previsiones del vuelo. Nada que ver con los comentarios enlatados que después se oirían en la bodega.

A medida que cruzaban las nubes y alcanzaban la velocidad de crucero, aquel selecto grupo de pasajeros llegaba a niveles máximos de autocomplacencia. Carlos sentía su testosterona fluyendo a borbotones, provocándole una euforia incontenible. Bebía y comía cuanto le ofrecían. Miraba todos los canales de su monitor particular. Probó los videojuegos disponibles. Paseó por el bar, saludando a los otros machos y hembras alfa con los que compartía el recinto sagrado; las bellísimas azafatas atentas al mínimo gesto suyo.

Conectó su portátil para acceder a la intranet de Infoco. Las luces verdes al lado de cada nombre indicaban que en aquel momento todos estaban en sus puestos. Imaginó el revuelo que debería de estar causando la entrada virtual del jefe en la oficina. Como de costumbre, Alicia se coló para enterarse de sus aventuras y plantear después una serie de temas de rutinaria importancia para mantener a la empresa funcionando. Después pudo ir a por Max.

- Como va? —le preguntó.
- B y tú? —respondió en el acto.
- Volando n 1 londres!
- Muxo vicio!!
- Si lo pruebas t cogerían ganas d volar...
- K va! K tal steven?
- Mb!!! Alucina!!
- No m xtraña. Su vp no para
- Mejor!
- Ha bautizado otros 2 vp... los dejamos?
- K disfruten
- Sta lleno d spiders y dbo cuidarlos!
- K pasa?
- Parece 1 safari! Todos van x los vp...
- Joder, aguanta a los actuales y no les dejes crear +
- Ok
- Haremos subasta rápido, t vienes a londres?
- Prefiero seguir n bcn.

Mientras Carlos reflexionaba, Max le escribió:

—Habla con tu vp. Sta

—K le pasa?

—Casi sin timeout

—Dale + vida

—Mejor hazle caso, necesita feedback

—Okkkkkkkkk. Algo +??

—No

—Guay, dew

—Agur.

Carlos accionó entonces el link directo.

—Hola, muchacho —le saludó mentalmente, cuando apareció su portal VP en pantalla, con montones de recomendaciones agrupadas en distintos apartados.

La cuota máxima de veinte links estaba a tope en el de «Indispensables», aún con esa obsesión de que fuese al desierto de vacaciones.

—Veo que has trabajado mucho —murmuró, sin darse cuenta de que, por estar escuchando música con los auriculares puestos, el comentario se oyó en voz alta, activando a una azafata, que acudió presurosa.

Al lado de cada link había un pequeño círculo amarillo. Al clicar encima, se transformaba en un *Smiley Q* con sonrisa. Si volvía a hacerlo, se ponía serio.©. La vez siguiente salía un *Frown* mostrando su disgusto. Ésa era la sencilla forma por la que el RP le comunicaba sus opiniones sobre cada propuesta.

A Carlos no le apetecía entretenerse, por lo que clicó aleatoriamente sobre las caritas amarillas, sin linkar con ninguna de las webs propuestas ni escribir comentario alguno, que Carlos.vp habría leído muy atentamente. Antes de cerrar la sesión, repasó el perfil, modificando al alza su valoración personal sobre el lujo, y después se reintegró a la vida real en la Upper Class. Más tarde llamaría a casa para ejercer de despertador. Esta vez sería míster Euro de regreso, tras noquear al dólar estadounidense.

Con la vitalidad muy reforzada y basándose en los nuevos y escasos criterios que su RP le había confiado, Carlos.vp partió a por novedades frescas. Le preocupaba que algunas indicaciones pareciesen tan poco coherentes entre sí, y lamentaba que ni siquiera se hubiera dignado a visitar las webs recomendadas. El tiempo que su RP podría haber pasado en cada página le habría aportado datos muy significativos. Se comprometió a hacer el esfuerzo necesario para comprender. Max.vp ya le había prevenido sobre los insondables designios del RP y las frustraciones que podían causar su aparente falta de lógica. ¡Desentrañaría el misterio!

Se cruzó con Steven.vp, siempre tan afable y cargado de información novedosa en su incesante galopar, espoleado por un RP que lo reclamaba continuamente. Apenas pudo atenderle, porque Sally.vp le mantenía alejado de todos. Sólo permitía que Didier.vp se les acercase, y con ése era mejor no encontrarse.

Recordó que el perfil de SirHenry.vp tenía una especial predilección por el lujo. Le costó hallarlo. Estaba al fondo de un servidor coreano, donde se alojan cientos de webs dedicadas a la cría de pollos de granja, cubierto de spiders despedazándole, ya casi sin pulso. Aplicó sus propios antivirus para despejar la zona, y emitió alarmas para que Max.vp acudiese a rescatarlo con sus superpoderes. Sin embargo, no quiso esperar, pues su prioridad era cumplir su misión. ¡Ahora que el RP había recobrado el interés, no iba a defraudarle!

Tras un vuelo demasiado breve, los operarios de Virgin Airways llevaron a Carlos, junto a su equipaje, en volandas hasta Alian, quien le condujo en el potente Jaguar de *sir Henry* hasta el Metropolitan, justo enfrente de Hyde Park. Una vez allí, metió su ropa sucia en una bolsa y bajó al área de fitness, donde corrió media hora en la cinta mirando cambiantes paisajes de guerra y destrucción, gentileza de la CNN. Después de hacerse varias piscinas, se afeitó en la soledad de la sauna con la inestimable ayuda de un espejo de aumento inmune al vaho.

Sir Henry lo recibió con efusión berlusconiana, y él se dejó abrazar. Ya nunca más volverían a hablar de Kim, quien en ese momento estaba replanteándose su vida, a punto de embarcar en clase turista hacia una remota zona horaria. Sobre la mesa estaba el dictamen favorable que Steven Kelly había remitido pocas horas antes.

—¡Cómo me has hecho sufrir allí entre tantos caimanes! Debemos actuar de inmediato. En lugar de montar una compleja subasta, vamos a comprártelo nosotros. Te haré una oferta inmejorable y este mismo fin de semana regresas a Barcelona convertido en un hombre rico. —Y emitiendo una señal de complicidad, añadió—: O de vuelta a San Francisco, si así lo prefieres.

—Prefiero la subasta —afirmó receloso.

—¡Ya no hay tiempo para eso! No estamos hablando del cargo de un mercante en alta mar o de la próxima cosecha de pepinos en la Toscana. Este tema requiere una solución inmediata. No me fío ni del propio Steven, y eso que somos amigos desde hace más de treinta años. Creo que se ha ido de la lengua, y en pocas semanas pueden empezar a aparecer buscadores similares. Tu única posibilidad es hacer un trato conmigo y ahora.

—¿Y cuáles serían esos términos inmejorables?

—¡Antes siéntate, muchacho, que no quiero que te desmayes! —Una vez Carlos se hubo sentado, *sir Henry* le planteó—: Un millón de euros en cash, además de un buen puesto de trabajo para tu técnico.

Ante la falta de reacción, *sir Henry* continuó:

—Mi abogado ha preparado un contrato que podríamos firmar ahora y así zanjar el tema. En este instante y como muestra de buena voluntad, te entregaré como anticipo un cheque al portador por cien mil euros, para que lo ingreses donde quieras.

Carlos tomó el contrato que le tendía Alian, quien también le proporcionó una taza de té. Ante un silencio expectante, fue repasándolo con calma. Se trataba de un breve documento de apenas tres hojas, pero elaborado con gran precisión. El objeto de la compra era la propiedad intelectual de la idea y de todos los desarrollos efectuados por Infoco en su consecución. Asimismo, debía renunciar a seguir trabajando en nada similar comprometiéndose en nombre de los empleados a mantener la confidencialidad sobre todo lo relativo al VP durante cinco años. Incluso los equipos informáticos dedicados a la programación serían entregados, junto con

los soportes de backup con el código fuente y la documentación impresa, con lo que desaparecería todo vestigio.

—¿Tenéis un bolígrafo a mano? —pidió Carlos.

Y al punto el impasible asistente oriental le facilitó uno, *Sir Henry* sonreía satisfecho en su sofá de cuero.

Estaba a punto de estampar su firma cuando súbitamente le preguntó:

—¿Y si en lugar de cien mil euros pido doscientos mil de anticipo? Ya sabes que siempre hay gastos atrasados por cubrir.

—Comprendo —respondió apresuradamente *sir Henry*—. No creo que eso suponga problema alguno.

Empuñó de nuevo el bolígrafo, colocándolo ingrávido sobre la zona donde debía estampar su firma.

—¿Y si en lugar de un millón me dais dos?

—No te conviene tentar la suerte, Carlos —le advirtió el inglés—. Estas inversiones están repletas de incertidumbres y podemos perder fácilmente todo el dinero.

—¿Me los darías, Henry? —insistió imperturbable.

—¡De acuerdo, qué demonios! —Reaccionó al cabo de unos segundos, mirándolo fijamente—. Lo haré porque te aprecio, pero con la condición de que firmes ya. A ver qué les cuento a mis socios después.

Ordenó a su asistente que hiciese los pertinentes ajustes, y Alian se dispuso a retocar con celeridad el texto en el ordenador de su jefe, imprimiendo ambos originales y tendiendo uno a Carlos para su revisión definitiva.

El bolígrafo volvía a oscilar a pocos milímetros sobre el espacio virgen donde debía firmar.

—Quizá debería consultar antes con algún abogado —aventuró entonces Carlos.

—¡Seamos serios! Este contrato es muy sencillo y no puede esconder trampa alguna. Lo siento, pero no podré mantener estas fantásticas condiciones si no lo firmas ahora mismo.

—¿Y si en lugar de dos millones me dais diez? —le planteó entonces Carlos.

—Pero ¿cómo te atreves? —estalló *sir Henry*.

Los ojos parecían salirse de las cuencas. Su habitual palidez se había transformado en color púrpura. Los capilares de su nariz mostraban un rojo intenso.

—Sólo son ideas, Henry —respondió Carlos sosegadamente—. Esto no es más que una charla de negocios. ¿Me darías diez millones de euros si firmo esto ahora?

—Por supuesto que no.

—Entonces me temo que me voy —respondió levantándose y recogiendo el *dossier* con el dictamen de Steven.

—¡Vuelve, Carlos, y mejoraré la oferta, aunque no puedo prometerte nada! —dijo *sir Henry* cuando Carlos estaba ya junto a la puerta de salida.

Se volvió y se quedó mirando a ambos: *sir Henry* temblando muy alterado, y a su

lado Alian, completamente impasible.

—Quiero una subasta, Henry. Vine aquí por este motivo, y ése fue nuestro trato. No voy a pasarme la vida lamentando no haber sabido vender el VP. Hasta que se me demuestre lo contrario, la subasta me parece la forma más equitativa de conseguir el mejor precio. Me da igual cuánto, puede ser un millón o cien millones, pero necesito esa paz mental. Ahora mismo has multiplicado tu propuesta inicial de uno a diez millones de euros en pocos minutos. ¡Imagina qué podría suceder en una subasta! Si tienes tanta prisa, te aconsejo que la montes rápido y colaboremos para obtener el máximo. Los buscadores tampoco son tu negocio. Creo que cada uno de nosotros debe ceñirse a su rol. Si ya no te interesa, buscaré otros, aunque deba volar esta misma noche a San Francisco a ver qué me propone Steven o cualquiera de sus amigos —dijo en un tono muy grave, apuntillando finalmente con enojo. Y jamás se te ocurra volver a pedirme que firme nada sin contar con un asesor. ¡Eso es mala praxis, y tú lo sabes! Estoy seguro de que tú nunca permitirías que nadie te pusiese en una situación así, por claro y sencillo que resultase el contrato.

Salió de la habitación e iba caminando por el pasillo hacia la recepción de la entrada cuando notó una leve presión en el brazo. Al volverse tenía a Alian junto a él; le había alcanzado con la elasticidad de un felino.

—*Sir* Henry lamenta el malentendido y le pide acepte sus excusas, señor —le dijo en su habitual tono monocorde. Ante la falta de respuesta de Carlos, continuó—: Respeta su punto de vista, y se ofrece a organizar la subasta a la máxima celeridad. Le ofrece un despacho en esta misma planta para su uso particular, y yo mismo estoy a su plena disposición para todo lo que necesite. Será un honor servirle.

—Gracias, Alian. Dile a *sir* Henry que acepto sus excusas y que estoy dispuesto a colaborar, pero siempre de buena fe. No soporto que me presionen y no aceptaré nuevas tretas.

—Por supuesto, señor, así se lo expresaré. Le sugiero contacte de inmediato con su abogado. El nuestro tendrá mañana a primera hora toda la documentación preparada, desde las patentes hasta los acuerdos para la subasta, para que ustedes la revisen. ¿Puedo acompañarle a su oficina para que haga las llamadas oportunas sin demora?

—Vamos —respondió Carlos un poco aturdido.

La oficina que le habían asignado estaba cerca. Era bastante pequeña, de ambiente aséptico; ningún objeto delataba a su anterior ocupante, que podría haber sido la propia Kim.

Se acomodó en la butaca de piel frente a una mesa de vidrio oscuro y dos sillones de cuero negro al otro lado, entreteniéndose varios minutos en observar el puente de Londres elevándose para permitir el paso de un buque que navegaba por el Támesis.

Encendió la luz halógena, descolgó el auricular, y Alian, diligentemente, le marcó el número para establecer una llamada internacional. Una vez superada la criba de la reticente secretaria, surgió la voz de su amigo.

—Hola, Jorge, ¿qué es de tu vida?

—Joder, tío, aquí currando. ¿Y tú? De fiesta, ¿verdad?

—Claro, no todos hemos nacido con esas ganas de trabajar.

—Jajaja, si fuera por las ganas ahora mismo estaría tumbado en la playa, y con muchísimos más currantes, puedes estar seguro.

—Yo te acompañaría, pero hoy me pillas lejos. Te llamo desde Londres, a ver si puedes echarme una mano.

—Claro, hombre, ya me extrañaba la llamadita. ¿Es que no tienes para el billete de vuelta?

—¡Si ahora viajo en primera! Lo que necesito es asesoría legal de la buena.

Habían estudiado derecho juntos y después tomaron diferentes caminos. Jorge perseveró como abogado, especializándose en derecho fiscal, y en la actualidad ya era socio de uno de los mejores despachos de Barcelona. Carlos, en cambio, pronto se desencantó con las perspectivas de la abogacía, y rectificó el rumbo con un MBA.

—Cuenta con ello —respondió—. Tenemos gente muy buena en el bufete. ¿Qué necesitas?

—Alguien que me ayude a cerrar un contrato que tiene que ver con temas de internet —respondió, pasando a pormenorizarle la situación.

—Vale —comentó finalmente—. Déjame que lo mire y te llamo enseguida. ¿Al móvil o a este número?

—Mejor al móvil. —Y prosiguió—: Necesito lo mejor que puedas pasarme. El precio no es problema.

Al colgar, Carlos se sobresaltó al darse cuenta de que Alian se había mimetizado en una esquina de la habitación, pendiente de todos sus movimientos. Le hizo salir, y sólo entonces realizó la siguiente llamada.

—Joyería Bagu, dígame —se oyó al otro lado.

—Hola, ¿puede ponerme con Antonia?

—Claro, ¿de parte de quién, por favor?

—Carlos Millet, soy un cliente.

—Desde luego, señor Millet. Un segundo, por favor.

Al cabo de un instante apareció, solícita, la voz de la dependiente.

—Señor Millet, que alegría oírle. ¿En qué puedo servirle?

—Hola, Antonia. ¿Te acuerdas del colgante de la bolita que me hicisteis hace un par de años?

—¡Claro! La esfera plateada. Muy elegante. Un diseño original. ¿Le ha sucedido algo?

—La he perdido y no dejo de pensar en ella. Ya sabes que es mi amuleto. ¿Podéis hacerme otra rápidamente?

—Por supuesto. ¿La quiere idéntica o aprovechamos para variar algo?

Dudó unos instantes.

—Me gustaba tal y como era, pero ¿qué me propones?

—Esta vez podríamos hacérsela de oro blanco. Se ha puesto muy de moda y cuesta casi la mitad. El platino está por las nubes.

—¿Qué tal es? ¿Brillará igual? —preguntó con reticencia.

—Cada metal tiene sus peculiaridades —respondió con cautela—. El platino es puro en un 95 por ciento y el oro blanco, en cambio, contiene aleaciones con otros metales en un 25 por ciento. Nunca llegará a ser tan claro como el platino. Aunque hacemos acabados con Rodio, que lo emblanquece muchísimo.

—¿Y el peso? ¿Sería el mismo? Me gustaba notarla...

—El platino es más pesado que el oro, pero podríamos hacer la esfera maciza.

—Ya veo.

Carlos se sentía cada vez más indeciso.

—Por otro lado, el platino aguanta mejor el paso del tiempo —prosiguió Antonia—. Sin embargo, usted siempre lleva su joya muy protegida. Con sólo pasarle de vez en cuando un paño con unas gotas de abrillantador, recuperará todo su brillo.

Carlos seguía indeciso. Siempre había concebido la esfera de platino, pero quizá podría probar la de oro...

Su móvil anunciaba una llamada.

—Bueno, probemos lo del oro blanco —decidió precipitadamente—. Ahora tengo que dejarte. Te llamo dentro de un rato para que me digas su precio y cuándo podría estar lista. ¡Es urgente!

—Por sup...

Carlos había colgado y hablaba de nuevo con Jorge.

—¡Eres un tío con suerte! Uno de nuestros cracs está en Londres estos días por un curso que ha resultado ser un rollo. Es muy bueno en contratación, y además le gustan las cosas esas de internet. ¡Hasta sabe encender un PC sin ayuda!

—¡Vaya joya! ¿Cómo le encuentro?

Jorge le pasó el número de su móvil, colgaron y le llamó en el acto desde el suyo.

—¿Dígame?

—¿David Sánchez?

—¿Sí?

La voz sonaba seca.

—Hola, soy Carlos Millet y le llamo de parte de Jorge Gil.

Acordaron cenar juntos en el Met en una hora, y llamó a Antonia.

—Señor Millet, podemos tenérsela en unos diez días y costará mil seiscientos euros.

—¿Y la de platino?

—Ah... —Dudó unos instantes—. Me temo que eso ahora no lo sé, pero seguro que costará algo más de tres mil euros.

—Mira a ver si puedes hacerme un arreglito y llámame cuando lo sepas, porque aún no estoy decidido.

Al abrir la puerta encontró, como suponía, a Alian esperándole de pie frente a su despacho.

—¿Me llevas al Met? Ya he trabajado suficiente por hoy.

Mientras disfrutaba del trayecto en la parte posterior del Jaguar, recibió la llamada de Antonia y optó por la de platino. ¡Qué demonios! Debería aprender a no preocuparse tanto por el dinero. Acordaron que le llamarían cuando la tuviesen lista. Así podría decirles adónde enviarla. Carlos no tenía ni idea de dónde estaría la semana siguiente. No obstante, confiaba en que esta vez podría pagarla sin problemas.

David Sánchez parecía demasiado delgado para ser un socio de Condomines, pero su tarjeta despejaba toda duda. Lucía una sonrisa de vendedor de alfombras orientales, con ojos cetrinos y daga al cinto. Carlos se consolaba al saber que estaba a su servicio. Le habría preocupado mucho tenerlo en su contra.

La cena fue frugal. David no suscitaba el apetito; apenas comía y era un fumador compulsivo. Carlos se dedicó a ponerle en antecedentes, de forma que, cuando aparecieron los cafés, el abogado tenía una idea clara de la situación.

Sorbiendo lentamente de su taza, el abogado iba tomando algunas notas en una pequeña libreta que llevaba consigo. Sin hacer ningún comentario, encendió un cigarrillo para afrontar el informe con el dictamen de Steven Kelly. Al terminar, pasó una hoja de la libreta, dejándola en una página en blanco, y se la entregó a Carlos junto con el bolígrafo que había utilizado.

—¿Podrías escribir aquí las condiciones que esperas conseguir en la subasta? —le pidió, quedándose a la espera con gesto grave.

Anotó «50 por ciento de la subasta».

David leyó rápidamente del revés.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

—¡Espera! —Y Carlos escribió apresuradamente debajo—: «Precio de partida \$1 M».

En lugar de devolverle la libreta, esta vez quiso pensar un poco más, como si intentase recordar algo, y añadió una tercera línea: «Empleo de puta madre para Max».

—¿Ya está?

Su tono parecía teñido de sarcasmo.

—Sí. ¿Qué pasa?

En lugar de contestarle, puso la brasa en ignición, aspirando con toda su capacidad pulmonar. Expulsó el humo mientras le observaba fijamente con ojos vidriosos.

—Puedo ayudarte de dos formas —dijo lentamente—. Intervengo en la negociación para mejorarte las condiciones, o me limito a revisar las formalidades del contrato tal y como tú lo negocies.

—Ya veo.

Carlos estaba confuso.

—En el primer supuesto, tienes que darme plenos poderes y no puedes echarte atrás. La situación se pondrá muy tensa, ya que será necesario que la otra parte entienda que vamos en serio y que no admitimos fisuras. Hoy me has mostrado la calaña de esa gente. Mañana será el momento de machacarlos, y ésa es mi especialidad. En ese caso, cobro el 10 por ciento de lo que consigamos por encima de lo que me has escrito ahí —le dijo, señalando la libreta que aún permanecía sobre la

mesa—. Si prefieres la otra opción, nos pagas tres mil euros, en atención a tu amistad con Jorge, y me aseguro de que lo que vayas a firmar sea jurídicamente correcto.

Carlos sentía la tentación de aprovechar la ocasión para desembarazarse del sujeto. Necesitaba algo de tiempo muerto para reflexionar. Propuso a David que fuesen al Business Center del propio hotel para que se familiarizase con el concepto. Antes pidió al camarero que les llevase allí un par de Knockandos. Solicitó permiso a Max para añadir un nuevo VP a la familia, agilizando los trámites de padrinazgo, con el propósito de poder dejar a David enfrascado con su propia versión virtual, y subir a ¡a habitación, donde marcó el móvil de Jorge, que estaba desconectado. En su casa contestó la asistenta.

—El señor no se encuentra —respondió la voz tropical.

—¿Y la señora?

—Tampoco.

—¿Sabe cuándo vendrán?

—No lo sé, señor —fue la predecible respuesta—. ¿Quiere que anote su llamado? Se le ocurrió una salida.

—¿Está Xavi?

—Sí, señor.

—Dígale que se ponga, por favor.

—Un momento.

Al cabo de unos segundos se oyó la voz del niño. Su frescura contrastaba con el aburrido tono de la caribeña.

—¿Hola?

—Soy el papá de Carla y Andrés. ¿Te acuerdas de mí? —Sí, claro. Mis padres no están.

—Ya me lo ha dicho la «noseencuentra», pero necesito hablar con tu padre ahora mismo. ¿Verdad que sabes cómo avisarles por si te pasa algo?

—Sí, llamando al móvil de mi madre. ¿Lo tienes? —Pues no, cielín, pásamelo. El niño dictó el número.

—¡Gracias, a ver si salimos pronto todos juntos! —Sí, adiós.

Llamó y pidió disculpas a Marta al notar cuán inoportuno era, asegurándole que se trataba de un tema de vida o muerte. Al fondo se oían unos plañidos. Al coger el aparato, la voz de Jorge se impuso sobre la de la soprano.

—¿Qué pasa? —susurró en voz baja.

—¿Desde cuándo te gusta eso?

—Son cuestiones de estatus. Como el golf. ¡No lo comprenderías! ¿Querías preguntarme alguna otra cosa?

—¡El Sánchez ese me parece que está como una cabra! Me pide plenos poderes para negociar a cambio de un 10 por ciento de lo que obtenga por encima de mis previsiones.

La voz de Jorge, ahora refugiado en el interior del palco, sonaba más clara.

—¿En serio te ha propuesto eso? Habrá visto potencial. —Jorge razonaba a toda velocidad—. Entonces, dáselos. Hazme caso, pero ofrécele un 1 por ciento, para acabar en un 2 como máximo. Es su forma de negociar. Siempre dobla las ofertas que recibe.

—Ah.

—Mejor pásamelo y se lo digo yo mismo.

—No está conmigo. He subido a la habitación, y me espera en el *lobby* del hotel.

—Entonces mejor quédate allí hasta que te diga algo. Voy a llamarle ahora mismo. ¡No estás hecho para esto!

Esperó a recibir un «OK, puedes bajar» por SMS, y en cuanto éste apareció bajó habiendo recobrado el aplomo.

Lo encontró donde lo había dejado, exhalando volutas delante de la pantalla.

—Bonito muñeco —fue todo su comentario.

—¿Así que habrá que ponerse serios mañana?

—Cada vez más serios hasta el clímax final.

—¿Clímax final? ¿A qué te refieres?

—Vas a tener que confiar en mí. —Mantenía la mirada clavada en Carlos—. Habrá que apretar las tuercas a esa gente. Hoy has estado francamente bien, pero mañana puedo conseguirte cosas que ahora ni imaginas.

—¿Realmente crees necesario forzar tanto? Considero que convendrá concentrarnos en organizar la subasta cuanto antes en lugar de dedicarnos a discutir tanto entre nosotros.

David plantó nuevamente ante él la libreta, pero esta vez sin bolígrafo.

—Debajo de tus reivindicaciones, he anotado las que propongo conseguir.

Una vez que Carlos las hubo leído, David preguntó a su sorprendido interlocutor:

—¿Verdad que me merezco el 10 por ciento?

—¿No iba a ser un 2 por ciento? —respondió con un hilo de voz.

—Pues lo dejamos en un 4 por ciento —dijo el sarraceno sonriendo.

Al día siguiente Alian recogió temprano a Carlos en el hotel y juntos fueron a buscar a David al suyo. Los tres entraron en la sala de reuniones, donde *sir* Henry examinaba documentos con otra persona.

—Bienvenidos. ¡Espero que todos estemos muy inspirados hoy para cumplir con estas necesarias formalidades lo más rápidamente posible! —Y mientras ambos se ponían en pie, señaló a su acompañante—. Les presento a Andrew Morton, de Briar & Partners.

—Hola, *sir* Henry; encantado, señor Morton —se apresuró a decir Carlos, estrechándoles la mano—. Permítame que les presente a David Sánchez, de Condomines, quien me asesora.

—Sea usted bienvenido —le saludó, yendo hacia él para estrecharle la mano, seguido de su abogado—. Soy *sir* Henry Watts, socio de Panda.

—Encantado de conocerles —intervino Morton, y dirigiéndose a David, añadió —: Su firma está consiguiendo un gran prestigio en la City.

Loo.

—¡Muchas gracias, pero estamos a años luz de ustedes, distinguido colega! Sólo pretendemos apoyar a nuestros clientes en sus gestiones aquí.

—¿Qué les parece si brindamos por un rápido acuerdo con un buen té inglés? —propuso *sir* Henry, deseoso de terminar con esos trámites—. Cada vez hay más agitación en torno al VP, y no podemos perder un minuto. Espero que pronto podamos celebrar la firma con un buen Rioja.

Alian colocó las tazas sobre la gran mesa central de caoba, alrededor de la cual se fueron sentando.

—¿A qué agitación te refieres? —quiso saber Carlos.

—Parece que nuestro amigo Steven no es muy discreto. Ayer por la noche nos llamó un periodista estadounidense. Lo negamos todo, desde luego, pero seguro que insistirá y vendrán más. ¡No podemos permitir que este tema se nos desborde!

—Comprendo.

—¿Has puesto en antecedentes a tu abogado?

—Desde luego. Además ha leído el dictamen de Kelly que me pasaste e, incluso, ha bautizado a su propio VP.

—¡Así me gusta, veo que tampoco le agrada perder el tiempo! Entonces seguro que ya somos muy buenos amigos virtuales. Jajaja.

—Íntimos —apostilló el aludido, con frialdad.

—Deberíamos empezar por nuestro propio acuerdo, para seguir después con las patentes y terminar con las condiciones de la subasta —terció el letrado inglés. Y, mirando al otro lado de la mesa, preguntó—: Supongo que están ustedes de acuerdo.

—Por supuesto, para eso estamos aquí —confirmó David.

Ambos letrados ocupaban ya la escena central, relegando a los demás a papeles

secundarios. Alian escogió una esquina, de la que sólo saldría para servir té o hacer fotocopias.

El inglés desplazó hacia su colega español uno de los *dossiers* que estaban sobre la mesa.

—Aquí tienes los términos que proponemos. Son muy generosos y espero que os resulten satisfactorios.

David empezó a revisar la documentación, con Carlos a su lado ojeando lo que podía.

—En resumen —continuó Morton—, compartiremos al 50 por ciento el dinero obtenido de la subasta para adjudicar el VP, una vez deducidos los correspondientes gastos. Panda se encargará de organizarla con su acostumbrada eficacia para conseguir el mejor postor posible en el menor espacio de tiempo. Por supuesto, el acuerdo incluye un pacto de exclusiva mutua, con una cláusula penal de trescientos mil euros, por si alguien quisiera romperlo antes de tiempo.

Carlos sostenía la mirada del letrado inglés, esperando la respuesta de David.

—Insuficiente —declaró éste al fin con fastidio—. Mi cliente quiere el 90 por ciento de la puja ganadora. No se deducirá ningún coste de Panda para organizarla, de la misma manera que no pensamos repercutiros el coste de desarrollar el VP. Ah, y el precio de partida será de tres millones de euros, con un anticipo liberado de un millón, y, si nadie puja, ya nos buscaremos otra firma de subastas más competente. Creo que eso es todo, ¿verdad, Carlos?

El silencio, tenso, fue roto por la titubeante voz del aludido.

—Bueno, creo que falta lo de Max.

—Ah, sí, por supuesto, discúlpame. —Y prosiguió—: Todas las pujas deben incluir una propuesta de trabajo realmente atractiva para el socio de mi cliente, el técnico que ha desarrollado el VP. Sin la previa aprobación de Max Gil, no se puede participar en la subasta.

Henry apenas tardó un segundo en explotar.

—¡Esto es demasiado!

—Es lo justo —le respondió Carlos en un tono tenso—. Creo que no eres consciente de la importancia del asunto.

—Justo? ¡Esto es un ultraje! —Su rostro estaba cada vez más lívido—. Francamente, Carlos, pensaba que eras un caballero. Has abusado de mi confianza.

Los términos se atropellaban en su boca y el tono púrpura volvía a resplandecer en su rostro.

—No nos dejemos llevar por las emociones, *sir* Henry —intervino Morton—. Creo que «los señores» sólo quieren negociar. —Y dirigiéndose directamente a David, le preguntó—. ¿No es cierto?

—Sólo queremos un acuerdo justo, y estamos dispuestos a negociar lo que haga falta para conseguirlo —fue su hábil respuesta.

De un bolsillo interior de su americana extrajo la libreta de notas, arrancó una

hoja con sus reivindicaciones escritas a mano, y se la entregó.

Después de repasarla lentamente en un silencio expectante, con Henry a su vez ojeando lo que podía, Morton dijo:

—Sugiero que hagamos un receso para bajar los ánimos, repasar nuestras respectivas posiciones, y volvamos a reunirnos aquí en una media hora. ¿Qué les parece?

—De acuerdo —asintió David.

—Por mí perfecto —confirmó Carlos.

—Creo que será lo mejor —concluyó un enojado *sir* Henry.

Desestimaron el ofrecimiento de pasar al despacho asignado y salieron del edificio sin intercambiar palabra. Entraron en una sandwichería cercana, donde David rápidamente escogió varios bocadillos y dos zumos naturales a base de zanahoria, naranja y pomelo.

—Veo que tienes apetito —comentó Carlos, dudando frente a las insípidas alacenas de productos esterilizados.

—Necesito reponer fuerzas. Apenas tengo reservas —dijo señalando su escuálido cuerpo—. Tú no necesitas nada de aquí. Volveré solo a Panda.

—No creo que eso les guste —respondió Carlos atónito.

—Peor para ellos. Eres el eslabón débil de la cadena —fue su respuesta—. Mientras estés conmigo no cesarán de machacarte. Mejor que vayas a dar un tranquilo paseo y comas en un buen restaurante. Preveo que necesitaré unas cuatro o cinco horas para ablandarlos.

David cobraba en aquel momento la áurea de un cirujano con bata blanca a punto de entrar en el quirófano.

—Como quieras —aceptó, no sin cierto sentimiento de culpa.

—Es lo mejor. Siempre y cuando confíes en mí plenamente.

Asintió con el gesto, disponiéndose a salir. Entonces David le retuvo del brazo con fuerza.

—Hasta que yo te avise no puedes volver a tu hotel, ni, desde luego, a Panda. Mejor que desactives tu móvil y te quedes este mío de reserva. —Carlos lo guardó en su bolsillo—. Espera mi llamada y mientras procura mantenerte lo más aislado que puedas.

Se estrecharon las manos y partió con el fin de perderse por la ciudad.

La llamada de David le sorprendió mientras estaba abstraído contemplando un *Gallimimus* en el Museo de Historia Natural. Le fascinaba su imponente esqueleto, recuperado del Cretáceo en la actual Mongolia, junto a una representación completa a tamaño real, de lo que semejaba ser el precursor de la gallina moderna. Sólo que ésta medía unos tres metros de altura. Según el letrado, el animal no era carnívoro, pero la expresión de su mirada, con ese tremendo pico y los espolones de sus patas, haría huir aterrorizado a cualquiera si de pronto cobrase vida.

Riruriruri riruriruri.

El móvil insistía. Había llamado a Alicia, quien le había comentado que había recibido varios angustiosos mensajes de *sir* Henry amenazándole con acciones legales a no ser que contactara con él de inmediato. Ni caso.

Riruriruri riruriruri.

Liberado de toda responsabilidad, había entrado en un progresivo autismo. Primero caminó sin rumbo fijo hasta aparecer ante el Covent Garden, donde comió algo. Después se resguardó de la lluvia en el Museo Británico, visitando con detenimiento varias salas, rodeado de turbas de niños con pintorescos uniformes colegiales. Le llamó especialmente la atención el período de la ocupación romana y sus inmediatos antecesores: esas misteriosas tribus celtas con sus sanguinarios druidas, que, sin embargo, supieron labrarse fantásticos escudos de hierro y oro. Quiso después tomarse el té de las cinco en el Fortnum & Mason, pero, como estaba repleto, se conformó con un sucedáneo cercano y probablemente más caro. De allí atravesó Hyde Park para entrar en el impresionante edificio del Museo de Historia Natural.

Riruriruri riruriruri.

Durante todo ese tiempo, dos grupos le estuvieron siguiendo. Dado que se trataba de profesionales, Carlos no se dio cuenta. Y ellos se limitaron a sus respectivos seguimientos sin hostigarse, ya que ésas eran las instrucciones que tenían.

Riruriruri riruriruri.

—¿Hola?

—¡Joder! Estaba a punto de colgar. ¿No me oías?

—Pues no, disculpa. ¿Cómo lo llevas?

—¡Ya tenemos el acuerdo! No está mal. —Apenas podía entender a David, quien parecía estar caminando deprisa por la calle—. ¿Me oyes?

—¡Y tanto! Pues no veas las amenazas que hemos recibido en Infoco.

—Era previsible, pero no te preocupes que ya está todo aclarado. Deberíamos vernos. ¿Qué te parece si te vienes a mi hotel? Revisaremos todo esto juntos, a fin de firmarlo mañana. ¿Correcto?

—Claro. Recuérdate el nombre.

—El Commodore, en Lancaster Gate.

—Estaré allí en una hora. Pasaré antes por el mío para cambiarme. Me apetece después de pasarme todo el día a la intemperie.

—Mira, prefiero que vengas directo —le apremió David tras meditarlo unos segundos—. Allí seguro que estará el chino esperándote y quizá intenten camelarte. ¡No me gusta nada ese tío! Voy a reservarte una habitación para que duermas en mi hotel esta noche. Prefiero tenerte conmigo hasta que hayas firmado.

—¿Lo dices en serio?

Carlos estaba asombrado.

—No es el Met, pero está bien —bromeó David.

—Vale, como quieras. Entonces ¿voy ahora?

—Sí.

Después de comprarse algo de ropa y enseres de higiene personal en un Sainsbury, hizo en taxi un prolongado trayecto por calles colapsadas bajo una intensa lluvia, hasta parar frente al Commodore, donde entró rápidamente. Se trataba de un pequeño hotel de ambiente familiar, con resabios de pasadas glorias. Siguiendo el desgastado surco en la moqueta roja, llegó hasta la recepción. Al decir su nombre, el único empleado que se encontraba allí le entregó sin trámite alguno la llave de una habitación en el primer piso. No tenía ningún mensaje. Se sentía como un refugiado; cansado y mojado en un sitio extraño. Por ello, aceptó gustoso la oferta que le hizo una camarera, al verle pasar, de subirle un ponche caliente, la gran especialidad del establecimiento. Apenas había dejado sus escasas pertenencias en el armario cuando unos nudillos golpearon la puerta, y la amable camarera le tendió una copa caliente donde flotaba suspendida en su interior una yema de huevo que aún llevaba prendido el embrión. Tuvo que pellizcarlo con los dedos para extraerlo, y terminó rasgándolo, con lo que el ponche adquirió un tono más espeso. Se lo tomó de dos profundos tragos. En el primero, notó su recorrido descendiendo como fuego, con aromas de oporto o jerez, y desde luego de ginebra. El siguiente coincidió con un torbellino ascendiendo hasta su cabeza, perlando su frente de sudor. A duras penas llegó tambaleándose a la ducha, y después se tumbó desnudo en la cama para revivir una particular edición de la guerra de las galaxias. Unos nudillos repiquetearon en la puerta y oyó la voz de David llamándole. Se cubrió con la toalla, aún húmeda, y abrió.

—¡Holaaaaaaa! —saludó al abrirle la puerta.

—Veo que ya has probado el ponche —comentó David, repasándole con la mirada.

—¿Qué le ponen? Parece un caldito, pero te deja tirado.

—Jajajaja. Ni idea. ¿Otra ronda?

Volvió tambaleándose a la cama mientras David llamaba a recepción.

—Bueno, cuenta, ¿qué has conseguido?

El semblante de David adquirió una expresión de poderío.

—El 75 por ciento de la puja ganadora, neto, ya que Panda asume todos los costes

para organizarla, y el precio de salida será de un millón de euros, con un anticipo de doscientos mil, que no habrá que devolver bajo ningún concepto. Caso de que nadie pueje, serás libre para irte con quien quieras. Deberás gastarte ahora algo para constituir una nueva sociedad, adonde traspasarás desde Infoco todos los activos del VP y lo protegerás con patentes y marcas.

—¿Y por qué esa nueva sociedad?

—Porque precisamente eso es lo que se va a subastar. Tendrás a Max como socio.

—Vaya lío.

—*No problem*. Te lo gestionaremos todo desde Condomines. Sólo tienes que decirme vuestras participaciones.

—Déjame pensarlo un poco. —Carlos estaba confuso—. ¿Cuánto crees que costará todo eso?

—No lo sé, pero intentaremos que sea lo mínimo. Supongo que con una provisión de fondos de cien mil euros podremos ir tirando. Me los pagas con el anticipo que te conseguiré de Panda.

—Entonces supongo que tanto trámite la retrasa...

—Para nada, si nos movemos rápido. Me da la impresión que los de Panda hasta tienen más prisa que nosotros. Tu técnico debería venir a Londres mañana. Llámale ahora mismo. —David se levantó para abrir la puerta y dejar entrar a la camarera, que depositó los ponches sobre la mesita del centro y se fue sin decir palabra, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí—. Uno de los nuestros estará en Infoco a primera hora para asegurarse de que nos traiga toda la documentación necesaria y lo meterá en un avión. Hasta se hará cargo de comprarle el billete. ¡A estos genios no se les puede dejar solos!

—Ahora mismo lo hago —respondió Carlos, quien no obstante quiso saborear antes el nuevo ponche, aunque esta vez con mucha más cautela—. ¡Desde luego, David, te felicito porque son unas condiciones fantásticas!

—Tú procura que el muñequito funcione hasta la subasta.

Le despertó el zumbido del móvil, estremeciéndose encima de él hasta perderse entre los pliegues de la sábana. Era un mensaje de Max confirmando definitivamente que acudiría al día siguiente. Un gran sacrificio para alguien con pánico a volar. Carlos tuvo que utilizar todas sus dotes de persuasión y de mando para doblegarlo, y acababa de conseguirlo. Desde que un rayo alcanzara el avión en el que viajaba, inundando la cabina de olor a quemado y angustia, con las azafatas abriendo agitadamente todos los compartimientos buscando fuego, se había jurado que no volvería a volar. Tampoco quería abandonar ni por un momento a sus siete VP, que se habían convertido en la presa más codiciada en internet.

La agitación provocada por los ponches y el intenso calor de aquella habitación acolchada se confabularon para que Carlos sintiese unas tremendas ganas de salir a pasear, aunque fuera bajo la lluvia. En el oscuro pasillo pasó de largo con sigilo ante la puerta de David, bajo la que surgía una lámina de luz. Seguramente estaría preparando la documentación para el día siguiente. Al ganar la calle, agradeció la tibia llovizna sobre la gabardina y el aire fresco en la cara, casi tanto como el paraguas que el recepcionista había tenido el acierto de prestarle. No eran aún las diez de la noche y las calles ya estaban desiertas. Ante la incertidumbre, optó por girar primero a la izquierda y después fue siguiendo las zonas mejor iluminadas. Apenas se cruzó con otros caminantes, con o sin perro, y las calles le habrían sobrecogido si no hubieran estado jalonadas de *pubs*. Desestimó varios por el jolgorio de canciones y risotadas, mezclados con la retransmisión de acontecimientos deportivos, hasta entrar en uno bastante más tranquilo.

El local no estaba muy lleno y pudo colocarse en la barra, donde pidió una cerveza negra y un sándwich de rosbif con mostaza y pepinillos. Los ingleses, habitualmente reservados, se relacionaban con facilidad en locales como aquéllos. No le sorprendió, pues, entablar de inmediato conversación con su vecino de barra. Nunca había estado en España, pero el hombre tenía claro que era el paraíso, donde la cerveza y el tabaco eran baratos, las mujeres siempre estaban calientes, se dormía la siesta y los *pubs* servían hasta el amanecer. La conversación sobre aquellos tópicos le resultaba tan tediosa que aprovechó el momento en que su interlocutor fue al lavabo para pedir al barman que avisase a un taxi y pagar su consumición. Estaba recogiendo apresuradamente el cambio cuando el nuevo amigo volvió a la barra y le entregó una cajita de cartón.

—¡Para ti!

—¿En serio? —preguntó Carlos, fastidiado por no haberse podido escapar.

El inglés respondió afirmativamente, manteniéndose a la expectativa, con una extraña sonrisa.

Carlos abrió un pestillo lateral de la caja, inclinando el recipiente sobre la palma de su mano, en la que se deslizó su esfera plateada.

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó atónito, mientras contemplaba con incredulidad su colgante resplandeciendo en aquella tenue atmósfera.

—Alguien que está allí al fondo. ¡Ven conmigo!

Partió deprisa, con Carlos siguiéndole esperanzado. Cruzaron el bar y se adentraron por un pasillo completamente forrado de una tela verde con mortecinos apliques que apenas iluminaban las paredes. Pasaron de largo los lavabos, para acceder a otra sala, donde apenas se escuchaba ya el ruido de fondo del *pub*. Estaba completamente vacía y a oscuras, a excepción de un espacio de luz al fondo, donde un hombre, de rostro seco y duro, que le resultaba vagamente familiar, le miraba mientras se acercaba.

—¿Me ha hecho llegar esto? —le preguntó Carlos al aproximarse, sosteniendo en alto la esfera.

El hombre asintió con una sonrisa.

—Efectivamente.

Su marcado acento francés hizo que de inmediato recordase dónde le había visto antes.

—Entiendo que se sienta decepcionado, pero Nybe prefiere que lo tenga usted.

—¿Nybe?

—¡Disculpe! ¿Era Berta, Laura, quizá Cris? Creo que éstos son sus *nik* preferidos. Siéntese aquí conmigo, por favor señor Millet, tomemos una copa y seamos amigos. Yo deseo ser un buen amigo. ¿No quiere usted ser amigo mío? —Y ante la falta de respuesta, prosiguió imperturbable—: Se sentía abrumada por su generoso obsequio, y me pidió que se lo devolviera. Desde luego, un gesto muy bonito por su parte, aunque yo lo encuentro un poco... naif. ¡No se ofenda! ¿Es usted un romántico, señor Millet?

Carlos se sentó con cautela.

—Nos vimos en el aeropuerto de San Francisco hace un par de días, ¿verdad?

—Buena memoria.

—Demasiada casualidad.

—Demasiada, desde luego. ¿Prefiere llamarlo sincronicidad? Esa conversación superó los límites intelectuales de Nybe. Debería haberle enviado a otra más preparada para sonsacarle.

—¿Y a qué se debe tanto interés?

—¿Usted qué cree?

—El VP.

Su antiguo compañero de barra colocó entonces sobre la mesa una jarra de cerveza negra, que parecía enorme frente al botellín de agua Perrier con su correspondiente rodaja de limón bailando dentro del vaso. Después se alejó unos pasos para controlar el acceso a aquella sala desde el bar.

—Por supuesto.

—No recuerdo su nombre.

—Didier Fresange. ¿Podemos tutearnos? —Y ante el gesto afirmativo de Carlos, prosiguió—: He atravesado el Atlántico para hacer un trato contigo. Directo, sin intermediarios ni cosas raras. Hablemos de planes de negocios, de dinero, de mucho dinero, y envió a buscar a ese picapleitos tuyo para zanjar el tema aquí mismo, esta noche.

Carlos tomó un trago de cerveza.

—Los de Panda no te convienen —continuó Didier—. Me he informado bien y son muy peligrosos. Estoy convencido de que no tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—¿Y tú sí que me convienes? —inquirió Carlos, justo cuando oyó a su espalda el sonido de un saco de patatas cayendo al suelo.

—¡No sabía que frecuentásemos el mismo *pub*! —tronó a sus espaldas la voz de *sir* Henry, quien se acercaba con los brazos abiertos y una enorme sonrisa, seguido por su secretario, y dejando tras de sí el cuerpo inerte del escolta.

»¡Y hasta has tenido tiempo para hacer amigos! —comentó afectadamente, como si se tratase de una reunión social—. ¿Verdad que son encantadores estos *pubs* ingleses? ¡Cuántos negocios sucios habrán acogido estas ilustres paredes!

Alian se colocó rápidamente detrás de Didier y le advirtió:

—No se le ocurra sacar las manos de la mesa.

Se hizo un silencio embarazoso durante el cual Didier sonreía con sorna.

—No es un amigo, Henry —respondió Carlos finalmente.

—Me alegra oír eso. Me parece que el caballero está muy lejos de su barrio. Será mejor que nos vayamos.

Carlos recogió el colgante de encima de la mesa y se despidió de Didier con un gesto. En cuanto hubo pasado por encima del cuerpo inerte del escolta, seguido por el inglés, Alian asestó a Didier un contundente golpe de karate en la nuca, con lo que su cabeza se desplomó sobre la mesa. Registró su cartera, se quedó con el documento de identidad y partió tras ellos, alcanzándolos cuando subían al Jaguar, que los esperaba frente al *pub*. Carlos y *sir* Henry se sentaron detrás, mientras que el secretario ocupó el asiento del copiloto. Partieron inmediatamente.

Al cabo de unos minutos de silencioso trayecto, Henry preguntó:

—¿A qué hora aterriza tu chico?

—Seguro que ya lo sabes —fue la lacónica respuesta de Carlos, mientras miraba las calles desiertas a través del cristal.

—No lo recuerdo, la verdad.

—A las 10.25 en Heathrow —informó Alian.

—Ah, gracias. Entonces propongo que salgáis a las 9.30.

No conviene hacer esperar a nuestra estrella, especialmente cuando hay tanta rata suelta.

—De acuerdo, *sir* Henry —dijo Alian. Apenas había tráfico y enseguida llegaron.

—¡Hasta mañana entonces!

El coche partió raudo, dejando a Carlos y a Alian frente al hotel.

—También duermo aquí —le informó—. Cada amanecer acostumbro a hacer mis ejercicios de taichi en Hyde Park, aquí enfrente. Me han dicho que también usted lo practica. ¿Querrá acompañarme mañana?

—Será un placer.

—¿Le aviso entonces a las seis? —Sí, por favor. Y entraron juntos en el Met.

Sally.vp acudió aterrorizada. Su inquisitivo compañero se había metido en un tenebroso servidor web, del que no había vuelto a salir. Ella no se atrevió a seguirle, y lo esperó fuera. Llevaba 5000 milisegundos sin recibir respuesta alguna a sus continuas llamadas, y del fondo había empezado a elevarse un siseo que recordaba al de las cuchillas de los spiders. Didier.vp se limitó a sugerirle que fuese a buscar ayuda.

Los otros cuatro VP se agolparon en la oscura obertura, pero sólo Max.vp osó adentrarse. Súbitamente estalló un furioso combate entre intensas oleadas y contundentes golpes. A la superficie llegaban cegadores chispazos lila junto al olor acre del cortocircuito y de la muerte. Aquel combate se prolongaría hasta el exterminio. Si algún spider lograba escapar con porciones del código fuente, podría desarrollarse un virus capaz de exterminarlos. Los VP, que se habían quedado en el exterior, controlaban todas las salidas posibles, abatiendo con sus propios medios a cuantos intentaban huir de aquella masacre. Cuando por fin todo terminó, vieron ascender la tenue luz de Steven.vp, seguida por la de su exhausto salvador, y ambos fueron primorosamente atendidos por Sally.vp.

¿Dónde demonios estaban los RP, especialmente Max, que hasta entonces siempre velaba por ellos? Un nuevo siseo, esta vez más siniestro, empezaba a hacerse perceptible alrededor del pequeño grupo. Didier.vp huyó antes de que estuviesen completamente rodeados; Carlos.vp, SirHenry.vp y David.vp eran los únicos que quedaban para enfrentarse al nuevo ataque.

Max miraba con aprensión el cerrado bloque de nubes que cubría Inglaterra. Había logrado mantenerse bastante tranquilo durante el viaje, mientras cruzaban los Pirineos y después toda Francia bajo un sol radiante, hasta que vislumbró la masa compacta, grisácea y siniestra, de la que surgían espontáneos fogonazos, delimitando la blanca cornisa de Dover frente al turbio mar embravecido. El piloto tomó su decisión sin consultar al pasaje. Quizá esa tarde tenía una cita en Londres, o simplemente era de ese tipo de personas esclavas del itinerario. Parpadearon los avisos para abrocharse el cinturón de seguridad y, mientras todo se inclinaba, las azafatas se apresuraron por el pasillo y retiraron las últimas bandejas, cruzándose con los pasajeros que salían despavoridos del lavabo. Al penetrar en la tormenta la oscuridad inundó la cabina, y empezaron a zarandearse con violencia.

Lo siguiente que Max vio fue a Carlos entre la muchedumbre de la terminal, saludándole sonriente junto a un pequeño e inexpresivo oriental, quien resultó ser una especie de maestro de taichi, que, además, trabajaba en la empresa de subastas. Ambos se examinaron con idéntica curiosidad mientras Carlos agradecía las atenciones al personal de Iberia, que habían llevado a Max tras sacarle desvanecido del avión.

Unos pitidos anunciaron una sucesión de mensajes en su móvil. Junto a los típicos de bienvenida de la operadora local, Max distinguió varios de su VP, en los que notificaba graves incidentes y pedía ayuda. Antes de subir al avión había ampliado su autonomía y poderes, convirtiéndolo en una especie de SuperVp, con la misión de proteger a la colonia de la agresiva curiosidad, pero los acontecimientos claramente le superaban.

—¿Adónde vamos? —preguntó de pronto.

—Pues Alian nos lleva a Panda, en el centro de Londres. Su edificio es espectacular. ¡Ya verás cómo te gusta! —le contestó Carlos, mientras caminaban hacia el aparcamiento.

Un nuevo pitido anunciaba otro SMS, esta vez de Carlos.vp, por indicación de Max.vp, quien apenas podía moverse. Max puso en marcha el portátil en cuanto subió al coche. El Jaguar aceleró, sorteando el intenso tráfico hacia la ciudad entre la intensa lluvia y el más absoluto silencio en el interior. Sentado junto a Carlos en el asiento posterior, Max se debatía contra la escasa velocidad y frecuentes cortes de su conexión por móvil a internet, aporreando el teclado en su frustración. Al detenerse en un semáforo en pleno Trafalgar Square, y sin mediar aviso alguno, Max abrió la puerta, salió corriendo del coche, con el portátil protegido de la lluvia bajo su americana, y se metió en un Starbucks plagado de turistas en paro. Carlos le siguió, también a la carrera, dejando a Alian frustrado en el atasco.

—¿Estamos jodidos? —le preguntó Carlos, al hallarlo en una esquina del local.

—Mucho —respondió Max, mientras se conectaba a la red Wi-Fi del local.

—¿Qué pasa?

—Los virus los están masacrando.

—¿Virus? —Se sobresaltó. Su tono se hacía cada vez más agudo ante el silencio de su empleado—. ¡Joder, Max! ¿Cómo es posible que nos suceda eso?

«Si sólo pudiera callarse un momento», se lamentaba en silencio. Necesitaba meditar.

—Debo protegerlos ahora mismo, o no tendrás nada que mostrar a nadie —respondió en un tono neutro mientras tecleaba a gran velocidad mirando la pantalla con atención.

—Pero ¿quién coño está haciendo esto?

—¡Qué importa!

Su voz apenas resultaba audible entre el barullo de la cafetería, a medida que la conexión estaba abierta y se zambullía en el universo virtual.

—Ahora cállate —ordenó con un hilo de voz.

Carlos se alejó unos pasos y se dedicó a mantener a la gente alejada.

Max interpuso primero un firewall virtual alrededor de los VP, vacunándolos después con el antivirus más reciente. ¡Faltaba Didier.vp! Finalmente lo localizó en el otro extremo de internet, y se sintió aliviado al comprobar que aún los tenía a todos. Una vez reagrupados, lanzó una descarga eléctrica que calcinó la zona, aniquilando así tanto a agresivos spiders como a inocentes *cookies* que deambulaban por allí. Pronto aparecería mía variante mucho más mortífera, ya que hacerse con un VP se había convertido en una cuestión de prestigio y de dinero. En los blogs de geeks, esos freakies supertécnicos que sólo viven pendientes de la red, se ofrecían cuantiosas recompensas por el código fuente de los alucinantes VP.

—Debo volver de inmediato —informó entonces a Carlos.

—¿Y los chicos? ¿No pueden ayudarte?

—Ya no.

—De acuerdo, vuelves a Barcelona —aceptó—, pero pasando por Panda, para saludar a esa gente, firmar cuatro papeles y brindar. En pocas horas volverás a estar delante de tu superordenador.

—Podríamos evitar el brindis —respondió al cabo de unos instantes.

—Para esta gente las formalidades son importantes. —Carlos se mostraba tajante—. ¡Y no se te ocurra decir nada de todo esto!

Entró la menuda figura de Alian, con semblante preocupado.

—De acuerdo —contestó, cerrando el portátil con un golpe seco.

—¡Bueno, por fin tenemos al gran hombre! —Manifestó *sir* Henry, cruzando la sala para estrecharle efusivamente la mano—. ¿Qué tal el viaje?

—Movido.

—Así es más divertido, ¿verdad? —Se produjo un silencio tenso ante la ausencia de comentarios de Max, por lo que se apresuró a continuar—: Le presento a John Larimmer, nuestro responsable informático.

—Hola, Max —le saludó vigorosamente—. Hablamos por teléfono la semana pasada.

—Sí, lo recuerdo.

Tomaron asiento alrededor de la mesa de reuniones, donde Alian estaba colocando las tazas.

—¿Té o café? En cualquier caso le aseguro que será mejor que el de Trafalgar Square, que parece gustarle tanto —comentó *sir* Henry maliciosamente.

—Seguiré con el café —fue la lacónica respuesta de Max.

—Prefiero té, gracias —dijo Carlos.

Hastiado de la reunión antes de empezar, Max concentró su atención en la enigmática figura de Alian Lo, quien también le observaba detenidamente desde una esquina de aquella habitación. Aquel hombre le perturbaba. Le habría gustado tener su VP para diseccionarlo.

—Disculpa —le interrumpió Carlos—, *sir* Henry te está preguntando por los VP.

—Están bien, pero debo volver cuanto antes a Barcelona. Están suscitando mucha curiosidad y debo protegerlos.

—Entonces será mejor que procedamos de inmediato a la firma —propuso Carlos.

—¡Al menos habrá tiempo para un brindis! —comentó *sir* Henry un tanto contrariado.

Fueron a una salita contigua, donde les estaba esperando David Sánchez junto a un notario. El abogado se presentó a Max, entregándole una tarjeta, y le puso al corriente de los pormenores para crear a partes iguales una sociedad domiciliada en las Antillas Holandesas, adonde iban a transferirse todos los activos del VP. Al ver que no emitía disconformidad alguna, firmaron el acuerdo, y seguidamente todos fueron a la sala de reuniones, encima de cuya mesa estaban los dos portafolios de cuero que contenían los originales que debían firmar con Panda, completamente revisados. Estamparon su firma mancomunada, comprometiéndose a vender la empresa recién creada al ganador de la subasta. Alian se lo llevó de vuelta a Heathrow sin brindis, y Max pudo concentrarse en el portátil durante todo el trayecto.

Max.vp presentó una lista de mandamientos, que provenían directamente de su RP, entre los que se establecía que ningún VP podría escanear internet por su cuenta, ni adentrarse en servidores web sospechosos de albergar crackers o que pudieran estar siendo utilizados por organizaciones dedicadas a emitir *spam*, *phising* o cualquier otra actividad delictiva. También se les obligaba a emitir una señal al servidor central cada 300 milisegundos, mediante las esferas plateadas que todos llevaban consigo. En el caso de que dejara de recibirse alguno de estos latidos, Max.vp acudiría de inmediato a su rescate.

Carlos.vp y SirHenry.vp se miraron y salieron juntos para proseguir con su eterna búsqueda. Por supuesto, Sally.vp continuaría con Steven.vp. Mientras que Didier.vp y David.vp quedaron condenados a entenderse.

Ante los indicadores del aeropuerto, Max notaba de nuevo la angustia envolviéndole como una nube negra. Los temblores y la sudoración se hicieron perceptibles. El suelo parecía inclinarse y debía hacer un gran esfuerzo para seguir subiendo por la pendiente hacia el área de embarque. A punto de sufrir un colapso, sintió que le cogían de un brazo y que lo conducían hacia una fuente de agua, en cuyo borde quedó sentado. Allí Alian puso un pañuelo mojado en su frente, sosteniéndole con firmeza para evitar que se desplomase.

—En tiempos del Emperador Amarillo —le dijo, mientras presionaba su nuca con pequeños movimientos rítmicos—, alrededor del 2700 antes de vuestra era, se escribió el Canon de Medicina Interna, que reúne toda la sabiduría china para la curación del cuerpo. Sabemos que el hombre no está enfermo porque tenga una enfermedad, sino que tiene una enfermedad porque está enfermo. Recurrimos al Tao para la sanación, buscando el equilibrio entre el Yin y el Yang, el agua y la tierra.

Max sentía diminutas olas de bienestar con cada pulsación de la mano de Alian, quien continuaba hablándole en tono letárgico.

—En aquella época nadie cogía un avión, pero se vivían muchas otras situaciones de pánico. Los guerreros se daban entre sí este masaje justo antes de entrar en combate. Libera el miedo que agarrota tu cabeza, y desplaza la energía por todo el cuerpo, justo donde la necesitas para empuñar las armas y vencer.

Le hizo inclinarse, hasta apoyar la cabeza en sus rodillas. Los brazos cayeron inertes hasta el suelo, la camisa completamente levantada tapaba su rostro, sumiendo a Max en otro espacio, gobernado por las sombras y el sonido amortiguado, dejando expuesto todo el recorrido de la curva de su espalda. Las personas que pasaban por su lado los observaban con inquietud, algunos incluso se detuvieron para ver cómo Alian iba insertándole unas finas agujas de oro. Pretendía con ello que Max recuperase cuanto antes su equilibrio armónico. Continuó hasta que el pulso cardíaco y el tono de la respiración de Max le indicaron que el proceso se había completado.

Al incorporarse, bajo el murmullo del agua, Max sentía una gran serenidad.

—Me parece que has estado trabajando demasiado —le dijo Alian, sosteniéndole en pie—. Aprovecha para descansar sobre las nubes.

—Sí —acertó a expresarle, mientras caminaban lentamente hacia la zona de embarque.

—«El mar sólo refleja la luz cuando está en calma». Resiste un poco más y pronto podremos ayudarte —fue lo último que le dijo al despedirse.

Pasó la zona de control y caminó con decisión hacia la puerta indicada para introducirse en el avión. Seguía relajado, incluso al despegar, con los motores subiendo progresivamente de revoluciones y traspasando la densa capa de nubes. De pronto el sol iluminó la cabina con la luz anaranjada del atardecer y Max se deslizó hacia Francia.

—¡Admito que los técnicos son gente rara, pero creo que el tuyo ganaría el campeonato! —se burló *sir* Henry mientras regresaba junto con Carlos a la sala de reuniones.

—Los genios pueden permitirse cualquier excentricidad.

—Izo.

—Tienes toda la razón —reconoció—. ¡Así que manos a la obra! Como decía mi abuelo, «Dios nos da las nueces, pero no las casca».

Pulsó su teléfono y ordenó:

—Que venga Matt.

Cuando éste entró, lo primero que hizo fue saludar efusivamente a Carlos. No era muy alto, con incipientes orondeces, de unos treinta y tantos, cabello oscuro ensortijado y unas pequeñas gafas de montura redonda sobre un inquisitivo rostro mestizo.

—¡Cuántas ganas tenía de conocerle, señor Millet! —proclamó mientras se sentaba a su lado de forma que *sir* Henry quedaba frente ambos en el extremo opuesto de la mesa.

—Matt Thomas lleva más de dos años con nosotros —informó *sir* Henry.

—Casi cuatro, señor —interrumpió el aludido.

—¡Cómo pasa el tiempo! —Y dirigiéndose de nuevo a Carlos, prosiguió—: Le fichamos de Christie's, donde se había labrado una gran reputación como Auctioneer, ya sabes, los jueces de las subastas.

—Dejé las obras de arte para subastar productos —apostilló Matt con una amplia sonrisa—. La mecánica es la misma.

—Así es —ratificó Henry—. Aplicamos la seriedad y el prestigio de las reputadísimas casas de subastas de Londres al mundo de los negocios. El siguiente paso fue crear una sala virtual con la máxima tecnología para que las transacciones fuesen seguras. Se puede participar desde cualquier parte del mundo con todas las garantías. Ya conoces a John Larimmer; a ese hombre es imposible que se le cuele ni una mosca.

—¡Ahora utilizo un ratón en lugar del martillo! —Corroboró Matt alegremente.

—Excelente. ¿Y cuáles van a ser los pasos a partir de ahora?

Carlos se reclinó satisfecho en su sillón, quedándose a la expectativa.

—Los elementos básicos de toda subasta son el producto que se ofrece y el precio de salida. Creo que ya los tenemos, ¿verdad? Queda por establecer la fecha y emitir los anuncios con la antelación suficiente, para que los interesados puedan verificar el lote y cumplir los requisitos de participación —le orientó Matt.

—Bueno, muchacho —le interrumpió *sir* Henry—, pero me temo que en esta ocasión las cosas deberán ir bastante más rápidas de lo habitual. El producto es tan caliente que no daremos tiempo para verificaciones, no vaya a ser que nos copien y

no quede nada para subastar. Disponemos del dictamen de un experto de reconocido prestigio, que facilitaremos a todos los que se inscriban. Eso debería bastar.

—¿Y cuál será la fecha, *sir* Henry?

Miró el calendario en la pantalla de su ordenador y escogió el 9 de febrero.

—¡Eso es en menos de dos semanas, señor!

—Efectivamente, Matt. Espero que no le suponga ningún inconveniente.

—Nunca hemos hecho una subasta sobre intangibles para internet, y además con semejante premura, pero desde luego, señor, cuente con nosotros —aseguró, anotando la fecha en su agenda electrónica—. Prepararé de inmediato la convocatoria para publicarla en nuestra web y enviar las invitaciones esta misma tarde.

—¿A quién se van a remitir esas invitaciones? —quiso saber Carlos.

—Partiremos de nuestra base de datos con personas y organizaciones habituales, además de fondos de inversiones y especuladores que pujan por cualquier cosa. Dada la especial naturaleza de su producto, compraremos además listados de empresas de informática de todo el mundo. Usted también puede invitar a quien le plazca —aclaró Matt—. Gracias a nuestra tecnología, no hay límite de capacidad. Cuantos más participen, más incrementaremos la probabilidad de conseguir la mayor puja. La publicación en webs es un acto formal, porque conviene dar la sensación de transparencia, pero las invitaciones acostumbran a dar en la diana.

—¡Cuanto más alta sea la adjudicación, más dinero nos llevamos! —aseguró *sir* Henry—. Aunque sigo pensando en que el precio de salida es demasiado elevado y eso enfriará a muchos. Piénsalo, Carlos, sería más inteligente empezar por abajo y dejar que se vayan calentando entre sí.

—¡Pensaba que este tema ya había quedado zanjado! No estoy dispuesto a entregar el VP por menos de un millón de euros.

—Si nadie se inscribiese, podríamos intentar repetir la convocatoria a un precio de salida menor —intervino Matt—. Pero está claro que con que haya sólo uno inscrito, se lleva el VP.

—¿Y cuáles son los requisitos para inscribirse? —inquirió Carlos, esperando así superar la cuestión.

—Haber transferido como mínimo el importe del precio de salida a un banco suizo con el que trabajamos habitualmente.

—El Zug Schweizerische Privatbank certifica cada puja, con lo que conseguimos que la subasta sea rápida y segura —añadió Henry—. Allí es donde los participantes deben ingresar previamente el dinero que piensan ofrecer.

—Cuando quiera le muestro cómo funciona mi consola, y verá así el proceso.

—Buena idea —corroboró *sir* Henry—. Dile a John que os acompañe.

Lo encontraron en la Cisterna, que era como denominaban el cubículo acristalado donde Matt ejercía de maestro de ceremonias. Estaba comprobando los equipos, junto a un ayudante que ajustaba a distancia el brillo y el contraste de varias grandes pantallas frente a una zona de butacas en semicírculo.

—Hemos querido mantener la operativa de las salas de subastas tradicionales, disponiendo de asientos para los que quieran vivir la experiencia aquí con nosotros —dijo Matt—. Entonces operan con los ordenadores incorporados en cada respaldo, aunque la mayoría prefiere participar a distancia, incluso bajo anonimato, conectándose a nuestro servidor a través de unas líneas VPN seguras. Cuando se inicia la subasta, yo soy el único que se queda aquí dentro, asumiendo toda la autoridad. Es una gran responsabilidad y absolutamente nadie puede interrumpirme. John se queda en ese habitáculo anexo a cargo de los teclados.

—Mi función es gestionar los accesos de los participantes a nuestro servidor web y hacer que todo funcione hasta el final —ratificó John.

—El requisito indispensable es que nuestro sistema informático sea inviolable —intervino Matt—. Ahí reside nuestra credibilidad. Sin ella, no hay subasta posible. ¿Verdad, John?

—Desde luego —respondió con vehemencia—. Todos los que se inscriben reciben una contraseña y una dirección IP específica, de donde deben bajarse un navegador web especial que sólo les servirá para esa subasta.

—Muéstraselo, John, por favor —le pidió Matt.

Rápidamente tecleó, y en una gran pantalla enfrente apareció una sugerente página web con diversos gráficos.

—Mire, señor Millet, esto es lo que ven los participantes —comentó Matt, a la vez que iba moviendo el cursor para indicarle la situación de cada elemento—. Aquí es donde figura la cifra de la última puja, eso es el cronómetro, este semáforo refleja si se está dentro o fuera...

—¿Qué quieres decir con dentro o fuera? —le interrumpió Carlos.

—Si la apuesta está alineada con la última puja —respondió Matt, para aclarar seguidamente—: Cada vez que subo la puja, los semáforos en pantalla de los participantes se quedan en ámbar, disponiendo entonces de veinte segundos para aceptar, junto con la validación del banco que bloquea el importe. De no cumplirse estos trámites, quedan inmediatamente descartados. En este caso empezaremos con un millón de dólares, que no está nada mal, e iré subiendo en tramos de cien mil. De forma que pasaremos de un millón cien mil a un millón doscientos mil, y así hasta el final. Aunque también existe la posibilidad de que en cualquier momento un participante ofrezca una cantidad superior. Entonces partiré de esa nueva cifra para subir, también en tramos de cien mil, hasta que sólo quede uno en verde.

—¡Vaya sistema más sofisticado! —comentó Carlos impresionado.

—¡Y muy excitante! —Corroboró Matt con sus pupilas rezumando adrenalina—. Dudo que un piloto de Fórmula 1 pudiera resistir una sesión en la Cisterna.

—¡Estoy preocupado! —dijo Carlos a Max.

Lo había llamado después de comentar con *sir* Henry la escasez de participantes. Sólo dos, y ninguno conocido. Las indagaciones le llevaron a unos testaferros, quienes, por supuesto, se negaron a darle ningún detalle. Cualquiera podría estar detrás. Había varios contactos más en marcha, pero a falta de cuatro días ninguno de los grandes había confirmado aún.

—¿Y qué dicen los de Panda? —preguntó Max.

—No parecen inquietos. Henry me ha dicho que lo habitual es que se funcione a través de sociedades interpuestas. Quizá esos dos son en realidad Google y Microsoft. ¿Has notado si hay más movimiento con los VP?

—Ya hemos superado los doscientos, y la media diaria está creciendo mucho.

—¿Y toda esa gente cabe en nuestro servidor?

—¡No te preocupes! Hay camas para unos cien mil más.

—¿Alguien interesante?

—Más o menos todos deben de ser interesantes.

—¡No te hagas el gracioso! —Carlos se frotaba la cabeza. Aparentemente era el único que estaba angustiado—. Supongo que te pareceré ridículo, pero no entiendo cómo puedes estar siempre tan tranquilo.

—¿Y quién te ha dicho que lo esté? Cada uno lo demuestra a su manera...

—... Y tú no lo demuestras —le interrumpió Carlos.

—Exacto. No he visto a nadie especialmente interesante. Te paso por *e-mail* la lista de inscripciones actualizada a ver si descubres algo.

Callaron unos instantes, mientras Carlos efectuaba un rápido barrido sobre el fichero.

—¿Podrías contactar con tus amigos de Google?

—Claro —le respondió con un ligero tono de reproche—, aunque eso podía haberlo hecho el primer día.

—¡Más vale tarde que nunca! Intenta averiguar si se presentan.

—De acuerdo.

—Dime algo cuando tengas novedades. Yo llamo a Microsoft.

—¿Y a quién conoces tú en Microsoft? —le preguntó sorprendido.

—A un tal Bill; creo que aún es el jefe. Hace años lo saludé cuando vino a presentar el XP en Barcelona, pero no creo que me recuerde. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada, supongo.

—Pues entonces déjame intentarlo.

—¿A qué hora será la subasta?

—A las 15 GMT de pasado mañana.

—Bueno, pues suerte.

—Igualmente.

Carlos tecleó frenéticamente «www.Microsoft.com», y de allí pasó al departamento de I+D, donde podría acceder a los currículos con los datos de contacto de las personas que estaban trabajando en los proyectos de futuro de la multinacional. Centró su búsqueda en aquellos que pudieran tener una mayor afinidad con el VP. Buscaba algún español, especialmente que estuviese trabajando en la central de Redmond. Así fue como encontró la página personal de Nuria Blasco, donde, además del *e-mail* y del teléfono del trabajo, constaba el particular. Mostraba, incluso, fotos de su casa junto con su pareja, con pinta de yonqui. Sin dudarlo un instante, marcó ese número, y poco después respondió la voz de un hombre, soñoliento y malhumorado.

—¿Está Nuria Blasco?

Tardó unos segundos en reaccionar. Allí aún debía de ser de madrugada.

—¿Quién llama?

—Televisión Española.

—Pero ¿sabe usted qué hora es? —contestó muy irritado.

—Cuánto lo siento, pero es muy urgente. De verdad, si no...

Volvió a marcar, pero le colgaron sin responder. Después comunicaba.

Optó por escribirle un *e-mail* sincero. Tan desgarradamente patético como lo haría un naufrago desalentado que lanza su mensaje al mar dentro de la última botella. Dado que aún le quedaba un rato antes de salir a comer, y no tema nada mejor que hacer, aprovechó para enviar el mismo mensaje, donde indicaba la homepage del VP, a cuantos *e-mails* fue encontrando en esas páginas. Lo hizo al azar, sin ningún tipo de criterio de selección, sólo cuidando en remitir un *e-mail* por persona, cambiando ligeramente el asunto y personalizándolo con el nombre del destinatario, de forma que los controles antispam no los tirasen todos directamente a la papelera, sin dar opción a que nadie los leyese. Cuando salió el *e-mail* 100, consideró que había llegado el momento de compensarse por tanto esfuerzo baldío con una comida narcotizante.

Al salir del restaurante, Alicia, Alian y Max le confirmaron por este orden que no había novedades. Caminando hacia el hotel bajo una fina llovizna, decidió dejar de forzar los acontecimientos y acostarse pronto. *Alea jacta est*.

Le costó darse cuenta de que esos insistentes pitidos provenían de su móvil.

—¿Sí?

La habitación estaba completamente a oscuras.

—¿Carlos Millet? —preguntó una voz desconocida de mujer.

—Sí.

—Hola, soy Najary Bharathan. ¡Disculpe, creo que le he despertado!

—¿Quién?

—Me llamó Najary Bharathan —repitió pacientemente—. Usted me escribió un *e-mail* pidiéndome que le llamase con urgencia.

—¡Ah, sí, es verdad! —Carlos empezaba a recobrar la conciencia—. ¡Muchas gracias! ¿Qué le ha parecido mi mensaje?

—Muy interesante. Llevamos años trabajando con modelos expertos, pero su interfaz es realmente sorprendente. ¡Muy innovador! Todos aquí ya tenemos nuestros propios VP, y nos gustaría saber cómo podemos colaborar con ustedes.

—¡Vaya, qué bien! —Se le ocurrió decir mientras su cerebro empezaba a funcionar—. Supongo que la única forma es ganando la subasta de mañana. ¿Sabe si Microsoft va a participar?

—Nadie sabe nada de ninguna subasta. Todo esto es muy precipitado. ¿Pueden aplazarla y darnos tiempo para investigar?

—Me temo que eso ya no es posible. Una vez convocada, no puede posponerse. Es una cuestión de prestigio. Ya hay varias empresas inscritas, pero no he visto ninguna que tenga nada que ver con vosotros.

—¡Qué extraño! Iré a hablar con mis jefes y le digo algo enseguida. Por cierto, ¿a quién podemos plantear las consultas técnicas?

Carlos llamó a Max para avisarle, encendió su portátil y fue corriendo a despejarse bajo la ducha. Cuando se estaba enjabonando, sonó el móvil, y estuvo hablando tal cual un buen rato con el jefe de Najary, a quien, seguidamente, remitió por *e-mail* un resumen de la situación, adjuntando todos los documentos relevantes que se le ocurrieron, incluida una copia del acuerdo con Panda. No tardó en llamarle un abogado estadounidense, para aclarar algunas dudas sobre el contrato. Poco después de remitir un nuevo *e-mail* con las explicaciones, le pidieron que participase en una teleconferencia para comentar la situación simultáneamente con varios interlocutores en distintos países. A su término, acordaron que se entrevistase de inmediato con directivos de la central en Londres, mientras que varios expertos de Microsoft, Najary entre ellos, iban ya de camino para reunirse con Max en Barcelona.

«Estas grandes corporaciones son como trasatlánticos —pensó Carlos tras colgar—. Cuesta ponerlos en marcha, pero después no hay quien los pare».

Acababa de vestirse cuando le avisaron desde la recepción que sus visitantes habían llegado.

Alian había mantenido su estetoscopio pegado a la pared contigua todo ese tiempo, informando puntualmente a sus superiores, quienes le ordenaron que no interviniese por el momento.

En Google, en cambio, la situación estaba más estancada. El hindú cejijunto temía que pudiera tratarse de una trampa y no iba a transmitir nada al siguiente nivel. Max, resignado, se preparó para recibir a los técnicos de Microsoft, que descenderían de diversos aviones durante el día.

En el universo virtual la actividad era frenética: oleadas de altas, dispuestas a sacarle el máximo rendimiento. Las nuevas generaciones de VP reaccionaron a la perfección de la mano de sus motivados y expertos RP. Cuanto más frecuentes fueran las interacciones, mejor funcionaría el sistema.

Los veteranos veían con amargura la vitalidad de los nuevos, quienes ya ni se molestaban en consultarles. Max.vp, extremadamente atareado, apenas los saludaba al pasar velozmente junto a ellos.

El time-out de Carlos.vp seguía agotándose estéril, y no conseguía entender por qué el RP le había abandonado de nuevo. ¿Era culpa suya? ¿O quizá aquella incoherencia que había detectado en las pocas indicaciones obtenidas delataba su escaso interés? ¿Acaso sólo había sido su juguete? ¿Sería que en el fondo su RP era un memo?

Microsoft hizo bien sus deberes, y al día siguiente confirmó su asistencia a la subasta. En cambio, otras empresas destacadas se quedaron sin participar, al menos oficialmente.

Carlos ocupó su sillón, entre *sir* Henry y Alian. Observaba a Matt, vestido para la ocasión con lo que él debía de considerar un elegante conjunto de chaleco de seda verde brillante, camisa rosada y un sobrio pantalón negro, que revisaba con gran concentración los equipos ante la inminente subasta. Faltaban menos de quince minutos. Un cronómetro en las grandes pantallas marcaba al segundo el tiempo restante, como si se tratase del despegue de una nave espacial.

Sentados en la tribuna, había representantes de algunos de los participantes. Tampoco quisieron perderselo David Sánchez ni Steven Kelly, con quienes Carlos había mantenido una alegre charla momentos antes. Empleados de Panda, atraídos por la expectación de una subasta tan inusual, tuvieron que quedarse de pie en la parte de atrás. Cuando apenas quedaban dos minutos, las charlas fueron amortiguándose junto con la luz ambiente, y todos prestaron mayor atención a la solitaria figura de Matt. Cerraron por dentro la puerta de la Cisterna iluminada, en cuyo exterior se situó un imponente vigilante de seguridad.

—Cuatro, tres, dos, uno... —Se oyó de pronto la voz de Matt a través de los altavoces siguiendo el cronómetro—. ¡Damos por solemnemente iniciada la subasta VP!

La expectación era enorme.

—Procedemos en primer lugar a verificar a los participantes —prosiguió Matt, dirigiéndose a su compañero en otro cubículo acristalado—. John, por favor.

Los monitores de alrededor mostraron un panel en el que brillaban una cincuentena de luces en color ámbar junto a los nombres de los inscritos. Carlos se fijó con alivio en que, efectivamente, aparecía el de Microsoft. Otros, como Gamma Trust y Hughes Inc., le resultaban desconocidos. Sin embargo, todos habían efectuado el preceptivo depósito del millón de euros y competían en igualdad de condiciones.

Una vez verificado que las comunicaciones informáticas y telefónicas estaban abiertas con todos ellos, se comprobó también la conexión con el banco suizo, encargado de confirmar la disponibilidad del dinero. Durante la subasta el Zug iría encendiendo una estrella azul en pantalla junto al nombre de cada participante, para validar las pujas. Todo en orden.

Matt pasó entonces a leer un manifiesto que describía las características del producto VP, tal y como lo denominó, adjuntando el dictamen de Steven Kelly, quien saludó desde su asiento, seguido de la declaración jurada de una prestigiosa firma de auditoría, certificando que era legítimo, estaba completo y proporcionaba a su propietario el derecho exclusivo para explotarlo, libre de cargas y gravámenes.

Asimismo, confirmó que Max Gil había aceptado previamente las ofertas de cada

una de las empresas participantes, comprometiéndose a trabajar con la ganadora con plena dedicación y en esas condiciones un mínimo de tres años, o menos si el producto VP podía comercializarse antes a satisfacción de la misma.

Todos los requisitos previos se habían cumplido y pudo pasarse a la siguiente fase, consistente en describir el proceso de pujas y asignación del ganador de la subasta, pidiéndose a los participantes que dieran su conformidad. Así todos vieron, por primera vez y en rápida sucesión, las luces verdes apareciendo en pantalla junto a las correspondientes estrellas azules del Zug.

Bajo aquel manto de formalidades, Matt demostraba así que no se dejaría superar por la situación, y quizá aquel chaleco verde fosforito era la forma de hacerlo aún más evidente.

—Y da comienzo la subasta VP —proclamó.

Al cabo de dos minutos ya se habían alcanzado los tres millones trescientos mil euros, y aún permanecían en liza casi la mitad de los participantes iniciales, ante el inmenso gozo de Carlos, que procuraba contenerse. Al superarse los cinco millones, tan sólo quedaban siete contendientes, y Vertex Trust ejerció entonces su derecho de proponer una puja superior, concretamente de veinte millones de dólares, que fue inmediatamente respaldada por la estrella azul del Zug, ante la ya incontenible euforia de Carlos.

Matt validó la puja, ofreciendo al resto la opción de igualarla. Sólo Gamma y Microsoft encendieron sus luces verdes, indicando así su deseo de hacerlo. Faltaba pues la preceptiva confirmación del banco. A medida que transcurrían los segundos y seguían sin encenderse las luces azules que confirmaban el depósito, estallaron murmullos en la platea, que fueron enardeciéndose hasta consumirse el plazo. Todas las luces del panel habían quedado en rojo menos una, entre airados gritos de protesta.

El guarda de seguridad se movía inquieto y solicitó refuerzos por su micrófono. Sir Henry, por su parte, suplicaba serenidad a los asistentes, y Matt, aislado en su cisterna particular, estampó su ratón en la mesa para adjudicar el VP a Vertex. Alian apenas podía disimular la sonrisa.

Carlos no tenía ni idea de qué empresa se trataba y le daba igual. Ya tenía su dinero, mucho más del que había imaginado, y eso era lo único que importaba. Agradeció las felicitaciones de *sir* Henry y de David mientras se escabullía hacia su oficina, desde donde llamó a Max. Al enterarse de que aún estaba con los técnicos de Microsoft, le ordenó que los echase de inmediato y que esperase las instrucciones del nuevo propietario, quienquiera que fuese. Después telefoneó a su mujer para que supiera que eran multimillonarios. Al colgar, permaneció de pie, temblando de emoción en la oscuridad, mientras contemplaba la bella vista al anochecer. Deseaba volver a casa cuanto antes e iniciar una nueva vida, pero su móvil interrumpió esos pensamientos.

—¡Señor Millet, no sabe el error que está cometiendo!

—Perdón, ¿quién me llama?

—Soy Mike Alien, de Microsoft; ayer estuvimos hablando.

—Sí, claro, Mike. No sabe cuánto lo siento, pero así son estas cosas.

—Las cosas no son así. Estaba todo amañado —afirmó con acritud.

—¿Cómo se atreve a decir algo así?

—El banco dio la conformidad a nuestra puja, pero algo raro sucedió en los sistemas informáticos de Panda porque no lo reflejaron en pantalla. Habíamos depositado cincuenta millones de dólares, y habríamos ingresado más si hubiera sido necesario. ¡Tenemos cincuenta y seis billones para gastar!

—¿Quiere decir que...?

—Escúcheme bien, Carlos —prosiguió Mike—. Estamos dispuestos a continuar con la subasta y a pujar más que nadie. Queremos el VP. Para ello sólo es necesario que diga a esos piratas que no admite el resultado porque ha habido un fallo informático muy sospechoso y podemos demostrarlo, por lo que tendrán que repetirla, y mientras tanto nadie debe acercarse a su código fuente.

—No sé, Mike, antes de convocarse la subasta ya firmé un documento transfiriendo el VP al ganador... Se sentía muy confuso.

—Pues dígales que no acepta el resultado y que no va a cumplir —le interrumpió Mike—. Usted aún tiene todas las bazas. Si le ponen un pleito, Microsoft le respaldará plenamente. Ahora mismo le envío un *e-mail* para que lo tenga por escrito.

Carlos miró de nuevo por la ventana y recuperó el paisaje de Londres, ya prácticamente oscurecido. Quería emprender esa nueva vida sin pleitos.

—No me envíe nada por ahora —contestó con determinación—. Déjeme que hable con Panda y le digo algo enseguida. Vamos a intentar arreglarlo por las buenas.

Se sentía tremendamente fatigado e iba a colgar cuando Mike le asaltó con una nueva pregunta.

—¿Tiene idea de quién está detrás de Vértex?

—No me importa. Como si fuera una empresa de Bin Laden —respondió Carlos, aunque inmediatamente se arrepintió de haberlo dicho.

Al otro lado se hizo un silencio glacial.

—Disculpe. No pretendía decir eso.

—Espero sus noticias —dijo con frialdad, antes de colgar bruscamente.

Notó entonces una presencia a su espalda, y, sin tan siquiera volverse, dijo:

—¿Podrías llamar a *sir* Henry?

Poco después este último entró y encendió la luz, ya que apenas se distinguía la silueta de Carlos al fondo.

—¡Felicidades, muchacho, ha sido fantástico!

—Desde luego —repuso aturdido, con los ojos semicerrados—. Pero ¿qué hacemos con Microsoft?

—Nada. ¿Qué quieres que hagamos? Ya no es asunto nuestro. Que se entiendan con el ganador, si quieren.

—¿Vértex?

—Exacto. El VP es el pasado para nosotros. ¡Así es el mundo de las subastas!

—Pero Microsoft afirma que vuestro sistema informático ha fallado...

—¿Y eso sería culpa nuestra o de sus programas? —le interrumpió *sir* Henry jocosamente—. Todo el mundo sabe que son malos perdedores.

—Afirman que tenían mucho más dinero ingresado y que vuestro sistema falló aposta.

—¡Por favor, Carlos, está certificado por un banco suizo! ¿Cómo puedes ser tan crédulo?

—Están dispuestos a litigar.

—A esa gente le encantan los pleitos. Tienen litigios con todo el mundo. ¿También quieres meterte en uno?

Carlos no contestó.

—Si no pueden conseguir algo, intentan matarlo con pleitos mientras desarrollan su propia versión —explicaba Henry en un tono didáctico—. Son tácticas habituales. ¿No prefieres vivir tranquilo?

—Prefiero vivir tranquilo —convino mecánicamente.

—Pues coge el dinero y vete a casa. Éste ya no es tu mundo. Deja que las fieras se despedacen entre ellas.

Lo cogió del brazo y salieron juntos de la habitación. Carlos desconectó su móvil y Alian apagó la luz, cerrando la puerta al salir detrás de ellos.

V

Una de las principales características de los programadores es su meticulosidad. No sólo deben tener en cuenta todos los detalles, hasta los más insignificantes, sino que también dan gran importancia a su orden de aparición. Descartan la capacidad conmutativa de las cosas y aborrecen las casualidades. La principal ventaja de esta actitud es que les ayuda a ordenar el caos. Su principal inconveniente es que los hace muy previsibles.

Como de costumbre, a las 11.20 de la mañana Max sale de Infoco a tomar su café. El momento más placentero del día. Nadie osa acompañarle. Ni se lo preguntan, ni él jamás lo pide. Simplemente emite el aviso a su equipo, pronuncia un escueto saludo al pasar frente a la siempre alerta Alicia, ya en el umbral, y desciende a la calle. Luce un sol espléndido. Sus ojos, apenas dos ranuras enrojecidas, le guían por una avenida jalonada de los aromas preprimaverales de un febrero en pleno cambio climático de cerezos y magnolios, sorteando a quienes súbitamente se detienen ante los escaparates o surgen de forma espontánea, hasta llegar a su cafetería favorita.

Allí siempre le preparan un Blue Mountain exprés, sin preguntarle, con una consideración que aquellos granos no reciben ni en su propia isla. Los muelen en su presencia, llenando con cuidado todo el contenido en la cazoleta, previamente purificada al vapor, que el camarero presiona con fuerza para que el agua hirviente de la cafetera arrastre esa esencia hasta la fina taza de porcelana, también recalentada, para disponer del cáliz perfecto, donde verter el negro elixir, al que sigue la espesa crema dorada, ocupando la superficie. Un verdadero chute negro, con cinco veces más cafeína que cualquier otra variedad, que haría que las siguientes tres horas, hasta que Carmen o alguien de la oficina se lo llevase a comer, fuesen las mejores del día.

Percibió el sutil aroma y pudo abrir los ojos del todo en la penumbra del local. A esas horas siempre eran pocos. A veces reconocía alguna cara, aunque nunca se saludaban. Náufagos solitarios entre las grandes oleadas cafeteras de la mañana. Cerca, en otro taburete frente a la barra, un hombre ya maduro, de complexión fuerte y pelo oscuro engominado hacia atrás, ojeaba un periódico deportivo. En una mesa dos chicas charlaban. En otra, una mujer solitaria escribía un mensaje con su móvil. Una muchacha de aspecto oriental, apenas una chiquilla, entró en ese momento por la puerta y sigilosamente ocupó una esquina, donde pidió un té. Le llamó la atención que todos fumasen. Todos menos el camarero, la chinita y él, resignados a mantener la fidelidad a un local que había apostado por los humos. Cada uno con estilo propio. Viriles y profundas caladas del engominado, concentrado en su lectura. Frenéticas microaspiraciones de las chicas, gesticulando con sus cigarrillos *light* en las manos. Una olvidada columna de humo surgiendo del cenicero, mientras la mujer solitaria ejecutaba a dos manos un SMS de amor infiel.

De vuelta a la calle, mientras volvía presuroso a Infoco, se sorprendió al oír su nombre en voz alta. Siguió caminando cada vez más deprisa, confiando en que se

tratase de otro. Pero lo repetían cada vez con mayor insistencia, aproximándosele por detrás. Se trataba del engominado del bar, quien, con una amplia sonrisa y un castellano de marcado acento argentino, se le abalanzó como si fuesen viejos amigos. Los demás transeúntes los esquivaban, sin prestarles demasiada atención, y Max no sabía cómo escabullirse.

—¿Cómo está este chabón?

—Bien —respondió confuso—. Pero ¿quién eres?

—¡Tu amigo Rahid, boludo!

—¿Rahid?

El nombre le sonaba.

Empezaron a caminar juntos por la avenida en dirección a Infoco.

—¿El indio? —recordó Max de pronto.

—Ese mismo, ya ves, indio cien por cien. —Se reía—. ¿Y vos? ¡Dijiste que eras argentino, jajajaja!

Llegaron a una zona de bancos, donde le propuso que se sentasen a charlar unos minutos. Los únicos testigos allí iban a ser las palomas, y Max no sabía cómo zafarse.

—¿Cómo va ese laburo? Parece que no parás...

—¿El qué?

—El trabajo, ya sabés.

—Bien.

—Nos encanta lo que estás haciendo con todas esas personitas que tenés en la red.

—¿Nos?

—Ya sabés, los compis, siempre mirándolo todo.

Max se sentía cada vez más incómodo. Percibía un enorme peligro y necesitaba encontrar el pretexto adecuado para irse. Se sentía atrapado.

—Che, ¿y si llamás a tu novia? ¿Carmen, verdad?

Max lo miró sorprendido.

—Seguro que a ella le gustará. ¡Que a estas horas nunca la llamás y a las mujeres eso les encanta!

Sus ojos reflejaban una dureza insólita sobre esa amplia sonrisa poblada de dientes poderosos y blanquísimos. Con inquietud, Max rebuscó el móvil en su bolsillo y marcó la tecla predeterminada. Enseguida apareció la angustiada voz de su mujer.

—¿Qué sucede Max? ¿Quién es esta gente?

—¿Qué...?

El argentino le arrebató el móvil y tapó el micrófono.

—Si querés volver a verla, decile que tenés mucho laburo, que todo va bien y colgá —le susurró.

Así lo hizo. El otro se apropió del teléfono y se levantó. En silencio, con una angustia tremenda, Max le siguió hasta un Mercedes con cristales tintados, estacionado enfrente. Ambos se sentaron detrás y partieron a toda prisa. El

engominado argentino le puso unas gafas veladas. Parecían de sol, pero en realidad privaban de toda visión. Además, unas bandas laterales rodeaban cada ojo, de forma que la oscuridad era completa.

—Boludo, la regla número uno para salvar el pellejo es no hacerte el vivo —advirtió.

—¿Qué? —se atrevió a preguntarle Max, a quien le costaba entender el deje porteño.

—¿No te avivás? —respondió con acritud—. Hacé como el monito, no mirés y no preguntés o sos boleta.

Circularon durante lo que parecieron horas, sin intercambiar comentario alguno. Max creyó percibir que pasaban por varios peajes de autopista, pero, consciente del aviso de su raptor, procuró abstraerse. La parada definitiva sonaba como un aeropuerto. Le sacaron del coche a pie de pista y empezó a caminar con una persona asíéndole con fuerza a cada lado. A la habitual sensación de pánico a volar se sumaba ahora la incertidumbre de su situación. Las piernas le ¿laqueaban, y los fuertes brazos de sus captores subieron a Max en volandas por una escalerilla hasta el interior de la cabina de un pequeño reactor.

Entró tropezando por el pasillo, le estamparon en un sillón, donde le ataron con fuerza pies y manos, quedando completamente inmovilizado. Quiso protestar y recibió a cambio una dolorosa bofetada, seguida de un pinchazo en el cuello, mientras alguien inmovilizaba su cabeza con tremenda fuerza. Todo se desvaneció en un mar de náuseas entre el rugido de las turbinas.

—Te llamo enseguida.

Carlos colgó el teléfono. No sabía qué pensar. Carmen le acababa de explicar la extraña historia de unos hombres, que la habían retenido en la parte trasera de una furgoneta aparcada a la entrada del instituto, con el fin de que mantuviese una breve conversación con Max por el móvil. Alicia confirmó que éste no había vuelto del café, y que su móvil seguía desconectado. La policía no tramitaría la denuncia hasta que hubiesen transcurrido cuarenta y ocho horas desde su desaparición o bien antes si es que alguien pidiera un rescate.

Entró en la oficina de *sir* Henry sin llamar, y sorprendió a éste charlando con Alian, sentado enfrente. El asistente se puso súbitamente en pie y permaneció erguido mientras Carlos explicaba a su jefe las novedades, pendiente de su reacción. Pero, para su sorpresa, oyó que Alian ordenaba a Henry.

—Es hora de que nos dejes.

—Por supuesto —respondió *sir* Henry, quien, ante la estupefacta mirada de Carlos, se levantó, cogió su americana y salió.

Alian tomó el teléfono y sostuvo una tensa conversación en chino.

—¿Te sientas? —le preguntó al colgar, señalando un sofá y ocupando el otro—. Tenemos que hablar.

—¿Qué coño está pasando?

Carlos se mantenía erguido.

—Lo que nunca tendría que haber sucedido —respondió lentamente.

—No tengo ganas de jugar a las adivinanzas.

—Alguien no acepta el resultado de la subasta, y pretende conseguir su objetivo por medios ilícitos.

—¿Quién, Microsoft?

—Puede ser cualquiera. No tiene por qué haber sido un participante.

—¿Y *sir* Henry? ¡No entiendo que se haya ido ante una situación tan crítica!

—Precisamente, por eso le he pedido que se fuera. Ya no es la persona adecuada. —No entiendo nada.

Finalmente Carlos se derrumbó en el sillón.

—Panda pertenece a un consorcio de la República Popular China, cuyo objetivo es promover el avance de mi país mediante inversiones estratégicas en todo el mundo —le informó Alian—, y yo soy su representante aquí. Henry nos sirve a efectos representativos, pero ahora debo intervenir directamente.

Dejó que Carlos asimilara sus palabras antes de continuar.

—Vertex, el ganador de la subasta, es también una empresa del mismo consorcio. Es evidente que alguien no quiere que consigamos la tecnología VP. ¿Estás con nosotros?

—¿A qué te refieres?

—Si colaboras, te protegeremos de esos secuestradores mientras buscamos a Max con todos nuestros dispositivos. Recuerda que sólo podrás cobrar el dinero de la subasta cuando le encontremos. O entregas lo prometido o no hay trato. —Tras una breve pausa, continuó—: Si no quieres colaborar, deberás irte de aquí ahora mismo, pero fuera te estarán esperando. —¡No he hecho nada malo!

—Max tampoco, seguro. Quienes le tienen también querrán sonsacarte por todos los medios y después se desharán de ti. Debes tomar la decisión en este momento. ¡No podemos perder ni un segundo más!

Carlos estaba desesperado. La habitación parecía girar en torno a él.

—No tengo muchas opciones, ¿verdad?

—Tienes dos: una mala y otra mucho peor.

—¿Qué debo hacer? —aceptó resignado.

—En primer lugar tenemos que asegurarnos de que no desaparezca el trabajo de Max. Llama a Alicia para decirle que se encierre dentro de Infoco, y que no deje entrar absolutamente a nadie hasta que llegue un agente de nuestro consulado en Barcelona. Está yendo ahora mismo para allá, por lo que no tardará en llegar. Se llama Ken Ling y pasará sus credenciales bajo la puerta. Va acompañado de unos informáticos que se llevarán todo el material utilizado; ordenadores, documentación y cualquier cosa que nos parezca útil. Una vez hayamos comprobado que tiene valor, te pagaremos una parte de la puja.

»¿Quién colaboraba más estrechamente con Max? —preguntó Alian mientras Carlos marcaba el número de teléfono.

—Francesc, Jordi y Waldir.

—Diles que se identifiquen y ayuden a escoger el material.

Una vez concluida la tensa conversación con Alicia, recibió la siguiente instrucción:

—Ahora llamarás a Carmen para que también nos permita registrar su casa. Quizá Max guardaba allí algo relevante. No le expliques los detalles. Dile que son detectives privados que has contratado para investigar su desaparición.

—¿Y no le sorprenderá que sean chinos?

—¿Y por qué tienen que serlo? Nos gusta trabajar rápido y sin llamar la atención. Dile que uno se identificará como Pedro Forteza.

—Pero ¿y qué pasa con Max?

—Ha sido un fallo imperdonable por nuestra parte. Han neutralizado el dispositivo de seguimiento, y...

—¿Quieres decir que han matado a alguien? —interrumpió Carlos horrorizado.

—Simplemente la retuvieron —respondió Alian sin emoción alguna—. Pensábamos que una agente sería suficiente. Era su primera misión en el extranjero y no preveíamos tanta determinación.

No quiso extenderse y le instó a que llamase a Carmen sin mayor dilación. Estuvo escuchando la conversación, hasta que el tema quedó zanjado.

Al colgar, Alian miró a Carlos fijamente para plantear la última orden.

—Ahora debes salvar a tu familia. Temo que quieran usarlos para coaccionarte.

Hay que proceder a su inmediata evacuación.

—¡Evacuación! ¿Adónde?

—A China. Es el lugar más seguro del mundo.

Sonó la puerta de la escalera de servicio y allí estaba Tito, pero sin su habitual sonrisa.

—¿Qué pasa, os habéis quedado sin huevos o es que queréis algún limón? —le preguntó Ana alegremente.

Sin responder, el niño entregó a Ana su teléfono móvil, donde pudo oír la crispada voz de Carlos cuando ella se lo puso a la oreja.

—Soy yo. No digas nada, pero es un asunto muy grave. ¡Nos persiguen! Seguro que tenemos los teléfonos intervenidos, y es posible que puedan escuchar lo que hablamos en casa. Di «Sí» si me has entendido.

Tardó varios segundos en reaccionar.

—Sí.

—Han raptado a Max y ahora van a por vosotros. ¿Entiendes?

—¿Qué dices? —exclamó horrorizada.

—No puedo explicarte nada más por ahora. No tenemos tiempo. Debes creerme. Di «Sí» si me has entendido.

—Sí.

—¿Están los niños en casa contigo?

—Sólo Andrés. Carla ha salido con sus amigas.

—Joder —repuso crispado—. ¿Sabes dónde está?

—No sé... Creo que en el Pedralbes Centre.

—Deja todo como está —prosiguió Carlos al cabo de unos segundos, tras recibir nuevas instrucciones de Alian—. No tienes tiempo ni para cambiarte. Apaga lo que tengas al fuego, pero deja las luces y la tele encendida. Coge a Andrés, tu bolso con los pasaportes y el dinero que tengamos, nada de ropa, y bajad ahora mismo a casa de los Bosch. Vendrán a recogeros allí en unos minutos. ¡Sobre todo no te olvides de los pasaportes de los tres!

—Pero ¿estás loco?

—Por favor, no comentes nada en voz alta. Sólo «Sí» o «No». ¿De acuerdo?

—No.

—Van de mi parte. Guarda este móvil y te llamaré cuando lleguen. No abras la puerta a nadie más. ¿Entendido?

—¿Cómo quieres que entienda eso? —contestó nerviosa.

—Sólo «Sí» o «No».

Carlos procuraba mantener la calma.

—No.

—Hazme caso —insistía—. Estamos expuestos a un gran peligro. Si no haces ahora mismo exactamente lo que te estoy pidiendo, puede ocurrir algo muy grave. Debo protegeros. ¿Entendido?

Transcurrieron unos tensos segundos, en los que se oía nítidamente la respiración

de Ana, hasta que ésta contestó con un resignado «Sí».

—¡Muévete, rápido!

Y colgó.

Ana corrió a coger sus cosas y después fue a la habitación de Andrés, de donde sacó al niño de un videojuego. Tito los esperaba en la cocina temblando de miedo.

Bajaron juntos por la escalera hasta su piso, que aún tenía la puerta abierta. No había nadie más en su casa. Cerraron la puerta, y permanecieron allí, en silencio y a oscuras, esperando la llamada.

—¿Y qué pasará con Carla? —se preguntó Ana angustiada.

En el centro comercial las tres amigas caminaban alegremente, mirando los nuevos modelos de la inminente primavera en vistosos escaparates. A esa hora de la tarde el lugar estaba muy concurrido, especialmente por grupos de adolescentes, que se observaban entre sí continuamente.

Una chinita se plantó súbitamente ante ellas, con los brazos alzados, para evitar que la arrollaran.

—¿Carla? —preguntó cuando se hubieron detenido.

—Sí —contestó ésta divertida.

—¿Hablas móvil? —preguntó en un defectuoso castellano.

Pensando que se trataba de alguna promoción de telefonía móvil, Carla se dejó colocar en la oreja un pequeño auricular Bluetooth, y oyó al acto la angustiada voz de su padre.

—¿Qué debo hacer, papi?

—Devuelve este auricular a Chen Yu, y síguela hasta que te traiga conmigo.

Alian recuperó entonces el control del teléfono y mantuvo la comunicación con la agente, que corría por el centro comercial, llevando a Carla consigo. El plan era llevarla directamente al coche que las esperaba en la calle, pero Yu detectó sujetos sospechosos en el camino, por lo que decidió esquivarlos metiéndose en una de las tiendas, donde, haciendo caso omiso a los gritos de los empleados, traspasaron el mostrador para entrar en el almacén. Allí encontraron una puerta que las llevó a una escalera que descendía hasta el aparcamiento. A medida que bajaban, oían tras ellas los rápidos pasos de sus perseguidores aproximándose. Al acceder a un largo pasillo, Yu se detuvo, entregó el móvil a Carla y le colocó el auricular, sacando de otro bolsillo una pistola, que amartilló con un golpe seco. La instó por señas frenéticas a que continuase, mientras ella se apostaba allí. Y Carla huyó aterrorizada por el largo pasillo, con la voz de un desconocido pegada a su oreja, que la apremiaba a que siguiese corriendo, y desoyendo las detonaciones que retumbaban a lo lejos hasta empujar la puerta al fondo y desembocar en la calle.

Carlos gritaba con todas sus fuerzas, y Alian le propinó un golpe seco con el canto de su mano en la base del cuello, derrumbándole. La calma era esencial para rescatar a la niña. Sin mirar atrás, ya que el terror de ver a sus perseguidores la habría paralizado, Carla corría calle abajo, cruzando por entre el intenso tráfico, sin hacer caso a los semáforos ni a los gritos de los automovilistas al esquivarla.

Finalmente se quedó exhausta, recuperó algo de aliento y pudo decir dónde se encontraba. Hacia allí se encaminó el coche que debía recogerla.

Estaba atado e inclinado hacia atrás, de forma que la sangre se le agolpaba en la cabeza. No sentía dolor alguno, salvo opresión y náuseas. Un potente foco de luz traspasaba sus párpados cerrados. Sabía que no estaba solo, y que su situación empeoraría cuando despertase, pero no podría mantenerse en aquel estado indefinidamente. A medida que abría los ojos, penetraban blancos hilos de luz cegadora. Las sombras a su lado se convirtieron en una solícita enfermera y en su engominado raptor.

—¡El boludo ya vuelve! —Manifestó éste aliviado, con su marcado acento.

La enfermera apartó con firmeza al argentino, y colocó una gasa mojada en bencina sobre la nariz y la boca de Max, quien no pudo evitar aspirarla. La hedionda ráfaga lo invadió, expulsando los restos del sopor junto con un doloroso vómito. Apresuradamente colocaron el sillón en posición vertical y Max arrojó en un cubo una secreción de bilis. La enfermera puso entonces en sus labios una pajita sumergida en un vaso de agua azucarada, que él sorbió con fruición. Cada trago marcaba un doloroso reguero en su garganta reseca, pero su cuerpo pedía más de forma apremiante.

Un médico ocupó entonces el espacio visual, y reconocieron al paciente con mecánica eficiencia; miraron sus pupilas, tomaron el pulso y la presión, y escucharon los latidos de su acelerado corazón. Finalmente ordenó a la enfermera que le inyectase un cóctel de estimulantes.

—Ha faltado muy poco para que estos animales lo llevaran al coma —comentó a Max en un inglés con marcado acento eslavo, ordenando a continuación que lo levantasen.

Desataron las correas y el argentino lo puso vigorosamente en pie. Max no podía sostenerse; la sensación de vértigo era extrema y las dolorosas arcadas le hacían retorcerse. Estaba empapado de sudor y lo llevaron a un cuarto de baño, donde la enfermera lavó todo su cuerpo con una esponja enjabonada, para dejarlo sentado un buen rato bajo un chorro de agua. Después efectuó un intenso y prolongado masaje por el abotargado cuerpo de Max, y luego lo vistió con un chándal naranja. El médico y el argentino lo cogieron por cada brazo y se lo llevaron en volandas por la habitación, sin atender a sus imploraciones. Cuando vieron que empezaba a sostenerse en pie, le hicieron caminar como un sonámbulo entre la enfermera y el doctor, colocados en esquinas opuestas. Tan pronto llegaba a un lado, le daban la vuelta mecánicamente para empujarlo al otro extremo. Se abstuvo de quejarse y se concentró en sus pasos. Cada vez que tropezaba y caía, el argentino lo levantaba enseguida como a un muñeco, dándole cuerda y poniéndole de nuevo en marcha sin clemencia. Llegó un momento en el que, exhausto, pudo volver a tumbarse y el médico lo examinó de nuevo. Sus ojos, azules e inexpresivos, destacaban sobre la mascarilla. Autorizó que le sirvieran un tazón con café caliente. Al tomar el primer

trago, Max se asombró al saborear un Blue Mountain. Acostumbrado como estaba al ritual de la minúscula taza en la cafetería, encontraba desproporcionadas esas dimensiones e irreverente la manera de servirlo. No obstante, estaba buenísimo y notó una punzada de placer cuando la enfermera apareció con un sándwich.

Transcurrió una cadencia de monótonos días, en los que se hastió de la charla insulsa del argentino. Raúl, tal y como dijo llamarse, se negaba a dar pista alguna de dónde se hallaba o de los motivos del secuestro. Como el buen exmilitar que decía ser, aseguraba que no tardaría en llegar la autoridad competente para darle las explicaciones pertinentes.

El médico y la enfermera apenas hablaban con el cautivo. Musitaban entre sí en un ininteligible idioma con resonancias eslavas, sin mostrar expresión alguna en sus facciones de acero, examinándolo constantemente. Max se dejaba administrar cualquier medicamento.

No le permitían salir del habitáculo con consistencia de prefabricado, al que no llegaban sonidos del exterior. Unas cámaras estratégicamente colocadas en varias esquinas le observaban. Permanecía largas horas tumbado, ya fuera en la cama o en el sillón de reconocimientos. No obstante, Raúl le obligaba a cumplir diversas tandas de gimnasia cada día.

Tan sólo disponía de una silla frente a la única mesa, que resultaba incómoda al cabo de un rato. Ningún otro mueble, ni objeto o aparato, bajo los fluorescentes.

El lavabo estaba separado por una cortinilla. Quizá para evitar que pudiera lesionarse, no había espejo, maquinilla de afeitado ni peine, de forma que su aspecto fue ensombreciéndose.

La comida, siempre excelente, venía cortada, y no se le pasó por la cabeza clavarse el tenedor, ni tampoco amenazar con él al argentino, quien se habría reído a gusto para después reducirle sin esfuerzo.

Otro acceso sin puerta daba a un minúsculo patio interior, rodeado de altos muros de hormigón, donde, al menos, podía ver las nubes como desde el tubo de una chimenea. Max calculó cuándo los rayos de sol caían directos sobre el pequeño recinto, para colocarse allí de pie, completamente desnudo, y darse un buen baño de luz durante algunos minutos. Se quedaba mirando al cielo largo rato, esperando avistar algún pájaro y averiguar así en qué remota parte del globo se hallaba. Dejó que la lluvia tibia le mojase. En una ocasión, en plena noche, vio que la luna llena bañaba su patio, y saltó de la cama para colocarse bajo la intensa luz blanca, como un licántropo.

Sin apenas contacto humano ni entretenimiento, el tiempo empezó a fluir, cada vez con mayor rapidez, llevándose consigo la tensión inicial, mitigando sus recuerdos, dejándole en estado de atonía. El descanso absoluto y los cuidados extremos le pusieron en forma como nunca antes lo había estado. Pero ¿en forma para qué?

Carlos saltó del avión y corrió por el finger hasta entrar en la terminal del aeropuerto de Shanghai. Su familia podría estar allí mismo esperando. Rogó a Alian que se encargase de las maletas para que él pudiera salir a echar un vistazo, pero no obtuvo su autorización y tuvo que contenerse hasta que el equipaje apareció por la cinta. Habría activado su móvil, con la esperanza de que apareciesen mensajes de Ana y de los niños, pero no se lo habían devuelto.

Superados los controles, accedieron a la gran terminal, pero Carlos no los vio entre aquel mar de ojos rasgados en el que había alguna que otra figura occidental. Siguió a Alian al aparcamiento, donde un potente Mercedes negro con cristales tintados los esperaba junto a un diligente chófer, que, después de acomodarlos en los asientos traseros y guardar el equipaje, se sentó al volante. Las ondeantes banderolas con la hoz y el martillo dorados sobre fondo rojo, frente a los retrovisores delanteros, obraron el prodigio de abrirles el tráfico ante la resignación de los automovilistas varados en la autopista que conducía al centro de la ciudad. Carlos admiraba el skyline de la bahía de Pudong, comparable al de Manhattan aunque menos familiar. Tan rabiosamente nuevo que incluso el metal de las vigas y el cristal de las fachadas refulgía aquí con más intensidad. Llegaron al Rendezvous Merry Hotel, en un rascacielos ultramoderno situado junto al ancestral y diminuto templo Jing An, con el que mantenía un especial diálogo *ying-yang*; oriente-occidente, antiguo-nuevo, espiritual-material. Atravesaron el enorme vestíbulo con toques futuristas, para subir directamente al piso 58, donde por fin se encontró con su familia.

—¡Papi! —gritaron sus hijos al abrirse la puerta. Entró y se abrazó a ellos, después a su mujer, embargado por la emoción. Oyó cómo cerraban la puerta, dejándolos solos.

A medida que Alian se alejaba por el pasillo hacia los ascensores, las exclamaciones de alegría se iban atenuando. Se verían al día siguiente, y mientras tanto una discreta escolta estaría al cargo. También él tenía prisa por abrazar a su hijo y besar a su mujer.

—¿Cómo estáis? —preguntó Carlos.

—Bien, hemos estado descansando aquí desde que llegamos. No nos han dejado ni pisar la calle —respondió Ana—. ¿Y tú, cómo te encuentras?

—Contento y cansado. —Su rostro denotaba la angustia vivida—. ¡Demasiadas emociones en tan poco tiempo!

—¿Y ahora ¿qué vamos a hacer? ¿Cuándo podremos volver a casa? —inquirió Carla.

—Ni idea. Lo importante es que estamos a salvo y juntos. No dejo de pensar en el pobre Max. Los chinos me han asegurado que le están buscando por todas partes. Mientras, nos piden que no salgamos. Mañana al mediodía viene a comer con nosotros un superjefe, y nos explicará con claridad la situación.

—¿Podremos estar nosotros también? —preguntó la joven.

—Claro, cielo. Esto nos afecta a todos y tenéis que estar presentes.

Carlos abrió su maleta y de pronto se sintió tremendamente cansado. La súbita sensación de haber recuperado a su familia después de cruzar medio mundo, con la angustiosa incertidumbre sobre su destino, se abatió sobre él.

Ana se le acercó.

—No te preocupes y quédate con los niños. No sabes la angustia con la que te estaban esperando. Intenta animarlos un poco que yo desharé la maleta.

Esta vez, al retirar los restos de la comida, la enfermera no cerró del todo la puerta. Max empezó a considerar si debía aprovechar ese descuido, pero el extraño temor de todo animal enjaulado le retenía. Al cabo de unos interminables segundos entró un desconocido, llevando consigo un libro en la mano y una silla en la otra. En completo mutismo y con expresión seria, cerró la puerta tras de sí. De escasa estatura, aunque de complexión fuerte para su edad —rondaría los cincuenta—, completamente calvo, su mirada hosca atemorizó a Max, que retrocedió de manera instintiva a medida que el otro avanzaba resuelto hacia la mesa, emitiendo una leve sonrisa.

—¡No te preocupes, hijo! —dijo con un marcado acento yanqui—. Me sentaré aquí mismo. Sólo he venido a hablar contigo un rato.

Al ver que efectivamente así lo hacía, Max ocupó el asiento de enfrente. Sólo la mesa, ahora con el libro encima, se interponía entre ambos.

—Soy el Coronel Leach y estoy al cargo de todo esto. ¿Cómo te estamos tratando? ¿Tienes alguna queja, hijo?

Max lo contemplaba atónito. Resultaba increíble que le preguntasen sobre la calidad del cautiverio. Su interlocutor se mantenía en calma; sin embargo, los profundos surcos en su cara y esa fijeza en la mirada indicaban que podía reaccionar violentamente.

—Ya me habían dicho que eres poco hablador —prosiguió—, pero al menos podrías decir «Hola».

—Hola.

—¡No has perdido la voz! —Manifestó con sorna—. ¿Y tu inteligencia sigue viva?

—No lo sé. Hace mucho que no practico.

—¡Jajajaja, tampoco hace tanto, no seas exagerado! Pensamos que te convenían unas pequeñas vacaciones. Llevabas demasiada mierda entre las orejas.

Max estaba desconcertado.

—¿O sea que esto son unas vacaciones? Entonces ¿ya puedo irme a casa?

—Me temo, hijo, que vas a tener que trabajar muy duro antes de poder volver a casa.

—¿Trabajar? —repuso indignado; su tono iba *in crescendo*—. No tengo la menor intención de trabajar. Quiero irme inmediatamente.

El coronel propinó un terrible golpe sobre la mesa, que casi la parte.

—No sé si te has fijado, pero aquí todos somos personas muy civilizadas y nadie alza la voz. —Su mirada estaba encendida y sus facciones se habían endurecido—. ¿Entendido?

—Entendido.

El coronel volvió a recostarse en su silla y tuvo que dejar pasar unos segundos para recobrar un tono coloquial.

—No estamos locos. Comprenderás que no te habríamos traído aquí si no tuviéramos que protegerte.

—¿Protegerme? Pero ¿quiénes son ustedes?

—Los tuyos, Max. Oye esto —abrió el grueso libro que traía consigo en una página señalada, y leyó en voz alta—: «La gente que comparte los mismos valores: individualismo liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, imperio de la ley, democracia, libre mercado, separación Iglesia y Estado. Unos valores universales concebidos a la medida humana, que por desgracia no siempre tienen la oportuna resonancia en las culturas confucionista, islámica, japonesa, hindú, budista u ortodoxa».

Tras cerrarlo, lo dejó a su lado encima de la mesa.

—Tu exjefe, en cambio, se ha pasado al otro bando. Se ha vendido y ahora está en China. ¡No vamos a permitir que nos venzan, y nos ayudarás a contraatacar! ¿Verdad?

—No tengo ni idea de qué me está hablando. ¿Dónde dice que está Carlos Millet?

—Ese cerdo desvalijó vuestra empresa y se largó a China, dejando a tus compañeros en la puta miseria. Espero que le hayan pagado muy bien, porque es la única justificación que podrá encontrar a algo tan deleznable.

Max se puso de pie y empezó a caminar por la habitación mientras recordaba en voz alta:

—Me dijo que una empresa había ganado la subasta ofreciendo mucho dinero.

—Se trataba de una empresa china, que ganó haciendo trampas. También te pidió que echaras a los de Microsoft. ¿Te acuerdas?

—Entonces ¿son ustedes de Microsoft?

—¡Veo que no te enteras, hijo! Microsoft es nosotros. Tú eres nosotros. Somos los guardianes de Occidente. —El coronel también se irguió, gesticulando por la habitación, como si estuviese arengando a las tropas en el campo de batalla—. Y ellos son las otras civilizaciones contra quienes competimos por todo: territorios, agua y petróleo, uranio o coltán, cualquier avance científico, la conquista del espacio, el poder militar, medallas olímpicas, premios Nobel, hasta los Oscar y, por supuesto, internet. Supongo que sabes que esa gente sólo permite a sus ciudadanos que usen buscadores castrados. Vete a la versión china de Google y teclea «Tibet libre». No te saldrá nada. En cambio, en otras versiones, aparecen casi un millón de referencias sobre derechos humanos pisoteados. Hasta el COI tuvo que pedirles durante los juegos que desbloqueasen el acceso a las webs de la BBC y Amnistía Internacional. ¡Son unos perversos! Jamás permitiremos que tomen la delantera y nos manipulen. Hasta ahora les hemos mantenido a raya en internet, pero el VP les permitiría vencer, por lo que debes hacer cuanto puedas para impedirlo. ¿O es que acaso también eres un traidor?

—No, claro —balbució Max—. ¡Pero yo no puedo asumir esa responsabilidad!

—¡Sí, porque creaste nuestro mayor peligro!

Max se derrumbó en su asiento.

—No estás solo —prosiguió—. Dirigirás un equipo de desarrollo con las mentes más privilegiadas, los mejores recursos técnicos y la máxima determinación para crear un nuevo buscador que supere al VP en todos los ámbitos.

Max apenas podía asimilar lo que estaba escuchando.

—Permanecerás confinado en este laboratorio secreto el tiempo que sea necesario —apostilló el coronel—. Cuanto antes lo consigas, antes lo tendremos y antes podrás volver a casa.

—¿Y no me dejaréis libre hasta entonces?

El coronel se acercó peligrosamente por detrás; parecía a punto de volver a perder los nervios.

—¡Tú eres libre porque muchas personas se han partido el culo para que lo seas! ¿Vas a defraudarlos ahora yéndote a tu casa a mirar la tele para ver cómo todo se cae en pedazos? Hay muchos que creen que eres culpable por haberte asociado a un ambiciosillo irresponsable que se ha vendido al enemigo. —Y poniendo su mano sobre el hombro de Max, se dispuso a rematarlo con el estoque final—: Sólo yo me interpongo entre ellos y tú. Les he dicho que fuiste engañado, y que tu conciencia sólo te permitirá irte de aquí cuando hayas acabado tu trabajo. ¿Debo decirles lo contrario? Apelo a tu sentido del deber. Nada más.

Él coronel volvió a sentarse frente a Max, que estaba sumido en sus tribulaciones.

—¿Sabes cómo se hizo la primera bomba atómica?

—No.

—Estábamos en plena guerra mundial contra los nazis y los japos. Los más eminentes científicos, desde el general Leslie Groves hasta Robert Oppenheimer, pasando por Albert Einstein, se enclaustraron varios años en unos laboratorios secretos de Nuevo México, trabajando febrilmente para conseguir crear la bomba antes que nuestros enemigos, sabiendo que cada día perdido miles de soldados y civiles se desangraban por todo el mundo. Tan pronto las tuvimos, las tiramos, y así pudimos acabar con esa guerra, salvando millones de vidas humanas. Tanto vidas de los nuestros como enemigas, que se habrían perdido en el caso de continuar la guerra con los métodos tradicionales.

»Ahora estamos en plena Cuarta Guerra Mundial —prosiguió el coronel con la mirada clavada en Max—. Se trata de una guerra moderna, no declarada, al igual que ocurrió con la tercera contra los soviets, pero son igual de crueles. Nos estamos batiendo en todos los frentes, desde el terrorismo hasta las trincheras del poder económico y mediático. No importan las bajas si al final ganamos y conseguimos preservar nuestras libertades y estilo de vida.

—¿Qué me ocurriría si me negase a colaborar? —Te ruego que no me preguntes eso. Vamos a ser camaradas de armas, y dentro de unos años nos reuniremos con nuestras familias alrededor de una barbacoa en tu jardín para hablar de los viejos tiempos. Explicaremos a nuestros hijos cómo vencimos juntos al peligro amarillo. Por

cierto, ¿sabes que vas a ser papi?

La expresión de la cara de Max se transformó completamente.

—¿Papá?

—¡No te dio tiempo a saberlo! —El coronel tendió su mano para estrechar la de Max—. ¡Felicidades, hijo, parece que todo va muy bien! No te preocupes, mantenemos un seguimiento de seguridad sobre Carmen, a fin de garantizar que no le pase nada y que esté bien atendida. Sabemos que esos mal nacidos podrían hacerle algo malo para coaccionarte. Tanto la madre como la criatura están perfectos. Nacerá dentro de unos siete meses y quizá hasta puedas acompañarla en el parto.

—¡Un niño! ¡Quiero hablar con ella inmediatamente!

—Me temo que eso no es posible por razones de seguridad. —El coronel parecía estar reflexionando—. Pero te prometo que, si colaboras, haré todo lo que pueda para que te pongas en contacto con ella pronto.

—De acuerdo, colaboraré.

El coronel se mostraba ahora visiblemente satisfecho.

—¿Y que le pasará a Carlos?

—Mejor que se quede allí para siempre. Tienen sitios en el interior de China para confinar a gente como él. Si tuviera la osadía de volver, acabaría en prisión o le mataríamos directamente.

—¿Muerto?

—Es lo que se merece. En ningún bando gustan los traidores. Los usas mientras resultan ventajosos, pero después te deshaces de ellos. Son un tipo de gente especial, que sólo inspiran desprecio. ¿Has oído hablar de los Rosenberg?

—¿Quiénes? Ni idea.

—Un matrimonio de científicos estadounidenses que traicionaron a su país al proporcionar secretos clave sobre la bomba atómica a los soviets. Son una vergüenza nacional y fueron electrocutados a principios de los cincuenta. Eso es lo que más probablemente le sucederá a tu exjefe si se atreve a volver. En cambio, tú serás un héroe, como Einstein. Te lo garantizo.

El coronel desplazó el libro hacia Max, que así pudo ver su título: *El choque de las civilizaciones*, de Samuel P. Huntington.

—Quiero que lo asimiles —ordenó—. No sólo que lo leas de cabo a rabo, sino que lo entiendas bien. Tómame el tiempo que quieras y avísame cuando estés listo, porque entonces lo verás todo mucho más claro que ahora. Vendré a comentarlo contigo, y si considero que realmente comprendes lo que está pasando, entonces podrás llamar a Carmen.

Max se abalanzó de inmediato sobre el libro y empezó a leer febrilmente, concentrándose tanto en el texto que ni siquiera se despidió del coronel, que cerró la puerta tras de sí, dejando vacía la silla que había ocupado.

Sonaron unos golpes en la puerta y toda la familia salió de la habitación para seguir a Alian por el pasillo del hotel hasta los ascensores, que los condujeron directamente al restaurante del ático. Estaba visiblemente disgustado por haber tenido que aceptar que los niños asistiesen. Los occidentales siempre terminaban desquiciándole. Con evidente determinación, aquella adolescente de inteligentes ojos azules y afilado rostro llevaba de la mano a su silencioso hermano menor; sus padres los seguían detrás. Atravesaron una gran sala, abarrotada por la *beautiful people* de Shangai que celebraba la comida del domingo. Familias de nuevos ricos, cuyos hijos se tiñen el pelo y redondean los ojos mediante cirugía estética para occidentalizar su aspecto. Una nueva clase social, surgida de repente, sin respeto por las tradiciones, con tanto dinero como mal gusto e incontenibles deseos de ostentarlo, y a la que Alian despreciaba con todas sus fuerzas.

Se detuvieron ante una gran puerta negra, en cuyo centro se encontraba un dragón rojo labrado, que abrieron desde dentro de par en par para acceder a otra área de similares dimensiones, pero donde sin embargo imperaba el vacío, la penumbra y el silencio. Casi en el extremo opuesto, junto al amplio ventanal panorámico, distinguieron una única mesa con cuatro personas sentadas alrededor y otros cinco sillones libres. Al acercarse, todos se levantaron a excepción de un anciano a quien Alian se dirigió en primer lugar con una profunda reverencia, para acto seguido presentarle a Carlos y a su familia.

Jian Li Cheng acababa de superar los cien años y era de una extrema delgadez. Su faz bondadosa percibió enseguida la tensión que impregnaba el ambiente. Fue saludando con afectuosas inclinaciones de cabeza a medida que le presentaban a sus invitados. Vestía el sobrio uniforme Mao. Su intérprete oficial, ya que no hablaba otro idioma que el mandarín, permanecía sentado un paso atrás cerca de su oreja izquierda, susurrándole cuantos comentarios tuvieran interés. A su vez, Alian traducía al inglés sus cumplidos a los invitados.

Las otras dos personas alrededor de la mesa rondaban la cincuentena e iban vestidos al estilo occidental, aunque con trajes anticuados. Fueron presentados como responsables de un prestigioso centro de tecnología informática.

Cheng era un mito en China. Superviviente de la Gran Marcha, pasó por las purgas de la revolución cultural, las sucesivas renovaciones del partido y la transformación de su país en una sociedad capaz de conciliar el capitalismo más salvaje con la lucha de clases. Era el presidente de un potentísimo trust de inversiones del gobierno chino, dedicado a efectuar inversiones estratégicas por todo el mundo. Nadie en el país podía permitirse ser su enemigo, porque sería considerado enemigo de la misma China. No necesitaba suscitar temor alguno para ejercer su enorme poder. Prefería emular a su venerado Confucio y mostrar la alegría.

Entraron varios camareros, quienes sirvieron a cada comensal el tradicional bol

de arroz fermentado, además de té verde, cervezas y refrescos. A continuación, en el gran torno giratorio del centro de la mesa fueron colocando todo tipo de platos de enigmáticos contenidos, que empezaron a girar a medida que cada uno se servía sus porciones. Cheng, en cambio, sorbía sonoramente las cucharadas de un ligero caldo de verduras, que el asistente llevaba hasta su boca, a la vez que observaba a sus invitados con expresión risueña.

Al terminar la última cucharada, se dejó limpiar con la servilleta colocada sobre su pecho y musitó una frase que su intérprete tradujo al inglés ante la expectación de todos.

—El honorable Cheng desea felicitarle por su hermosa familia.

Agradecieron el cumplido con una expresiva sonrisa, mientras Cheng dictaba con un hilo de voz la siguiente frase:

—También desea agradecerles que hayan confiado en nosotros.

—Dígale al honorable Cheng que somos nosotros quienes le estamos muy agradecidos por su acogida —respondió Carlos en el acto.

Esperaron a que el traductor transmitiese el mensaje, que provocó la sonrisa y varias inclinaciones de cabeza de Cheng, para después reemprender la comida. El torno central giraba constantemente, pero Ana y Carlos apenas comían; recelaban de sus enigmáticos ingredientes. No advirtieron de ello a sus hijos, quienes tragaban con voracidad.

Alian se apiadó de ellos y los ayudó a descifrar el enigma.

—Prueben la sopa de aletas de tiburón, una verdadera delicia. A su lado tienen unas tiras de carne de perro muy picantes; eso es *dinsum* de gambas con pasta fresca; allí al fondo están los crujientes de langostinos; detrás tienen el pollo Bangbang; al otro lado acaban de poner los rollos *nem* con ensalada de algas... ¡Miren, ahora traen el famoso pato laqueado de Beijing!

No fue hasta que retiraron los platos y sirvieron unos dulces que Cheng volvió a intervenir, dirigiéndose esta vez a los niños a través de su intérprete:

—¿Sabéis que la civilización China es la más antigua del mundo? Podemos seguir la línea recta de nuestra historia hasta hace más de diez mil años.

—¿Y la nuestra? —le preguntó Carla.

—La occidental empezó hace sólo unos tres mil años en lo que ahora es Grecia —le respondió la voz del intérprete al dictado, para proseguir al cabo de unos segundos devolviendo la mirada a la niña—: ¿Conoces algún invento chino que use todo el mundo?

—Los espaguetis, ¿verdad? —respondió ella al instante, provocando una carcajada generalizada.

—¡Muy bien! ¿Sabes algún otro? —inquirió Cheng.

—No se me ocurre nada más —contestó Carla después de meditar unos segundos ante la divertida mirada de su interlocutor.

—Pues ¿qué te parece el papel y la imprenta, la pólvora, la moneda, la brújula, el

ábaco...? ¿Sabes qué es el ábaco?

—Ni idea —contestó ella mientras su hermano desviaba la mirada, esperando que no le cayese ninguna pregunta.

—Pues la calculadora de la humanidad. Aún se usa hoy en día en los sitios adonde no llega la electricidad.

—Ah, pues tampoco tenía ni idea, pensaba que todos estos inventos eran europeos —intervino Carlos.

—Es cierto, eso parece. Occidente los ha explotado como si fuesen suyos. —Cheng fijó ahora su atención en Carlos—. Los chinos somos mucho más humildes. Quizá demasiado.

—Seguramente es debido a que Occidente inventó el *marketing* —apuntó Ana.

—Es posible, señora —dijo Cheng sonriendo—. No obstante, ambas civilizaciones se han respetado durante mucho tiempo, hasta que la Occidental nos declaró la guerra.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Ana.

—Hace unos ciento cincuenta años. Con la excusa de extender el comercio, los ingleses nos obligaron a comprar su droga, el opio. Algo tan malo que en su propio país estaba prohibido. Como nuestro gobierno no quiso aceptar, enviaron sus barcos de guerra. —La expresión de Cheng fue tornándose cada vez más dura mientras miraba a Ana con especial fijeza—. Más de ciento cincuenta millones de chinos se convirtieron en drogadictos, nuestro país fue saqueado y se quedaron con Hong-Kong. Desde entonces, hemos sido agredidos en muchas ocasiones por países occidentales y Japón, que es su siervo. Pero en 1949 triunfó la Revolución, y cuando entramos con el Ejército Rojo, Shangai era la ciudad más enferma del mundo. Tuvimos que cerrar el país para curarlo con nuestro propio sacrificio, sin ayuda de nadie. Es cierto que cometimos algunos errores. Yo mismo sufrí represalias durante la Revolución Cultural, pero hemos salido adelante y ahora ya nadie se atreve a obligarnos a nada.

Al cesar la voz, se hizo un silencio total en la habitación. Todos estaban pendientes de las siguientes palabras.

Cheng recuperó el resuello, y escogió esta vez a Carlos como su interlocutor antes de continuar.

—Hoy Estados Unidos está en declive y ya falta poco para el colapso del sistema capitalista. En cambio China es muy poderosa. Somos el primer fabricante mundial de casi todo y pronto lo seremos de absolutamente todo. Tenemos más de un trillón de dólares en reservas, superando a cualquier otro país del mundo. Hemos invertido tanto en los bonos del tesoro de Estados Unidos, que en este momento cada ciudadano americano nos debe más de 4000 dólares. ¿Se imagina lo que sucedería si quisiéramos cobrar ahora? —sonrió—. Nuestros astronautas se pasean por el espacio, hemos demostrado que sabemos destruir satélites, y vamos a llegar a Marte antes que nadie. Cada año licenciamos a más ingenieros que Estados Unidos y Europa juntos.

En los juegos olímpicos, a pesar de las campañas malintencionadas de envidiosos y derrotistas, hemos demostrado nuestro prestigio, consiguiendo más medallas de oro que nadie. En 2015 superaremos el PIB de Estados Unidos. Nuestra influencia en el mundo es enorme, y cada vez más perceptible. Dominamos Asia, por el sur la frontera limita con las playas de Australia. Estamos penetrando en África y Latinoamérica, proporcionando a la población bienes tangibles a cambio de sus reservas naturales, sin azuzar sus conflictos para sacar tajada, como hacen las potencias occidentales. Pacientemente y con mucha discreción, hemos ido adquiriendo empresas estratégicas en todo el mundo, tejiendo una inmensa tela de araña, de la que cada vez menos se nos escapa. Su aportación, señor Millet, es fundamental para que China predomine a partir de ahora en internet, donde nuestra desventaja es aún absoluta. —Su tono se volvió entonces más profundo—. Recientemente hemos superado a Estados Unidos en el número de personas conectadas a internet. Ya somos más de doscientos veinte millones de chinos frente a los doscientos dieciséis millones de estadounidenses. ¡Pero lo más significativo es que esa cifra tan sólo supone el 17 por ciento de nuestra población, comparado con el 71 por ciento estadounidense! Comprenderá que no podemos quedarnos atrapados bajo la tecnología occidental y que invirtamos todo lo necesario para que el VP sea una realidad ineludible lo antes posible. Con él, además de cubrir nuestras propias necesidades, entraremos en las casas, empresas y gobiernos de todo el planeta. Sabremos lo que quieren y les diremos dónde comprarlo.

Cheng tuvo que detenerse para recuperar una vez más el aliento, permitiendo así que el traductor le alcanzase.

—Usted, señor Millet —continuó—, nos dará la clave para llegar a dominar el mundo virtual. China siempre le estará reconocida por ello, pero Occidente no se lo perdonará nunca.

Ana notó el estremecimiento de Carlos al oír aquella última frase. De pronto la gran sala vacía se le hizo pequeña para albergar tanta angustia. Se había dado cuenta de que estaban desterrados al otro lado del mundo, donde todo les era ajeno.

Una vez concluida la lectura del libro, Max apenas tuvo que esperar la visita del coronel. Sabía que no habría necesidad de pedir que acudiera. Cuando la enfermera se llevó los restos de la comida, dejando de nuevo la puerta semiabierta, Max esperó en el asiento con el libro cerrado sobre la mesa, y la mirada desafiante.

—Creo que he comprendido lo que me comentó el otro día —dijo al ver aparecer al coronel.

Éste mostraba una expresión irónica mientras avanzaba, pendiente de la siguiente frase.

—Y deseo ayudar a preservar los valores de la civilización occidental.

—¿Por qué?

—Pues porque también son los míos. Mis propios valores.

—Eso está bien —replicó, mirándole atentamente al sentarse enfrente.

—Así que estamos en plena guerra —se le ocurrió decir.

—¡Siempre estamos en guerra! Pero ¿cuál es nuestro enemigo más temible?

—El terrorismo.

—¡No seas estúpido, piensa por ti mismo! —replicó secamente—. El peligro amarillo es mucho peor que esos iluminados del desierto. Los chinos son la gran amenaza. Suponen un tercio de la población mundial, cuentan con grandes recursos naturales e industriales, disponen de tecnología propia, poseen grandes líderes y tienen unas enormes ansias de revancha. ¡Quieren la supremacía cuanto antes! Hubo un momento en que tu país fue el máximo defensor de nuestros valores. ¡Ah, la gloriosa época de los conquistadores! Primero estuvieron los griegos, después los romanos, incluso las tribus arias contribuyeron —declamaba el coronel desplazándose enérgicamente por la habitación—. Y tras los españoles, llegó el turno de franceses y británicos. Cada uno con su propia sensibilidad, es cierto, pero con valores comunes. Ahora nos corresponde a los estadounidenses, y puedes estar seguro, hijo, de que no fallaremos.

Max se limitaba a asentir ante el desbordado entusiasmo del coronel, en ese momento embargado por una intensa emoción.

—Me gusta imaginar a esa primera comunidad helénica, que fue capaz de crear el concepto de los juegos olímpicos como espacio de tregua. Imagínate cómo debieron de sentirse las demás civilizaciones de la época ante algo tan sencillo y deslumbrante, que, precisamente por no formar parte de su misma cultura, les estaba vedado. Persas y cartagineses no cesaban de invadirlos de pura rabia. Hasta los chinos han querido organizar sus propios juegos y pasearnos la antorchita con toda su desfachatez ante nuestras narices, haciendo el ridículo más bochornoso. Sólo tienes que releer la historia para comprender que una y otra vez hemos sido asediados, porque la civilización occidental es superior, y en lugar de reconocerlo pretenden destruirla. Siempre estamos librando las mismas batallas.

—¿Hasta cuándo?

—¡Hasta la victoria final! —contestó con fiereza—. Pero aún no sabemos quién empuñará la bandera. Nada está garantizado. La victoria es esquivada y corresponderá a quien demuestre la determinación necesaria. Desde que el homo sapiens se deshizo del último neandertal, hemos ido encadenando victorias. ¡Sólo quedamos siete, de las más de sesenta civilizaciones catalogadas en la historia de la humanidad!

Max estaba alucinado ante la expresión poseída del coronel.

—Da la impresión de que el autor está especialmente preocupado por los musulmanes —dijo.

—¡No te tomes el libro como un dogma, sino como un punto de partida para sacar tus propias conclusiones! Es cierto que Huntington los nombra a menudo en su libro, pero hay que leer entre líneas. Todos sabemos que hace siglos que entraron en declive y que no constituyen una amenaza seria. Pueden provocarnos algún rasguño, pero vencernos... nunca. Carecen de tecnología propia y del espíritu necesario para superarse. Viven de prestado, despilfarrando mientras les dure el petróleo.

—¿Y los demás?

—Los africanos y los polinesios sencillamente no importan. Ocupan un extenso territorio al que vamos cada vez que nos apetece. Carecen de ambición y de orgullo. ¡En cambio eso es lo que les sobra a los eslavos! Esos cabrones mantienen unas cinco mil cabezas nucleares y pretenden volver al estatus de la guerra fría. Hay que ir con cuidado con ellos, aunque al final siempre han demostrado ser gente razonable. Los indios, por su parte, son conscientes de que no pueden aspirar a la supremacía mundial, y siempre tendremos a los paquistaníes al lado tocándoles los huevos. Por lo que, a la hora de la verdad, estarán de nuestro lado.

—Así pues, ¿la gran batalla final será contra los chinos?

—Exacto, hijo, de toda la civilización oriental esos capullos son los únicos que nos preocupan, y mucho. —El coronel sacó una petaca de su chaleco y sirvió Bourbon en dos cubiletes que también llevaba consigo—. Son falsos y rencorosos. ¿Te diste cuenta de su actitud despreciativa cuando el último buque británico abandonó Hong Kong? ¡Después de todo lo que hicieron los británicos por ellos! Carecen de principios. El partido comunista chino se ha pasado al capitalismo, porque así amasan muchísimo dinero que después invierten en su ejército y en nuestros bonos del tesoro para estrangular la economía cuando les dé la gana. ¡Ya ves, no paramos de comprarles cosas y encima nos prestan el dinero para que sigamos haciéndolo! Piratean todo lo que pueden, y a través de sociedades interpuestas continuamente intentan adquirir tecnología en sectores estratégicos, sin que les importe el precio. Nos están llenando de espías. Hacen acopio de materias primas, especialmente en África y Latinoamérica, dejando a un lado los derechos humanos. Todos sus movimientos forman parte de un gigantesco plan maquiavélico en pos de la dominación mundial. ¡Hasta Nostradamus profetizó la guerra abierta entre Oriente y Occidente para el 2015!

El coronel tomó otro buen trago antes de concluir su explicación.

—¡Ahora sólo nos faltaba perder internet! Tu VP ha roto nuestra supremacía en un sector del frente que teníamos dominado. Se nos van a echar encima y debemos recuperar posiciones de inmediato. ¿Verdad, hijo?

—Por supuesto, coronel, contribuiré en todo lo que pueda.

—¡Celebro oírte decir eso! —comentó en un tono de júbilo su interlocutor, mientras brindaban—. Ahora acompáñame, porque hay alguien que tiene muchas ganas de hablar contigo.

Max le siguió a través de la puerta por un pasillo con fluorescentes en el techo, flanqueado por varias habitaciones. En la primera pudo ver a Raúl tumbado en una cama con los auriculares puestos, mirando un partido de fútbol en una pantalla colgada en la pared. En la siguiente, el médico estaba escribiendo unas notas y apenas levantó la mirada al verlos pasar, sin transmitir emoción alguna. Al otro lado distinguió la atractiva silueta de la enfermera con su bata blanca, subida en una escalera, ordenando unas estanterías con medicamentos y alimentos envasados.

La pulsera que el coronel llevaba en la muñeca franqueó la puerta al fondo del pasillo y accedieron a una amplia sala acristalada con forma heptagonal. En el centro, sobre una tarima y bajo un foco intenso en contraste con la relativa penumbra del resto de la estancia, se alzaba una singular estructura compuesta de un sillón ergonómico rodeado por equipos informáticos.

—¿Qué es esto?

Max lo contemplaba extasiado.

—Tu púlpito.

—¿Púlpito?

—Sí, ya sabes, desde donde se lanzan los sermones. Los mensajes que han surgido de sitios como éste han inspirado a muchos, tanto para lo bueno como para lo malo. Fue desde un púlpito en el foro romano donde Catón provocó la destrucción de Cartago, o donde Savonarola, en la catedral de San Marco de Florencia, anunciaba a las masas histéricas los horrores del inminente Apocalipsis, incitándolas para que lanzasen a las llamas cuanto tenían de valor, hasta que acabaron tirándolo a él. También Lutero utilizó el púlpito que le proporcionaron en la Universidad de Wittenberg para instigar el cisma de la Iglesia protestante. Otro Lutero, el doctor King, explicó su sueño sobre la concordia de la humanidad desde uno en pleno Malí de Washington DC. La historia, hijo, está llena de pulpitos determinantes. Son un centro de poder, y a partir de ahora éste va a ser tu lugar de trabajo.

Max, impresionado, se desplazaba en torno a la supermoderna estructura con aspecto de nave espacial, sin atreverse a tocarla.

—¡Venga, súbete! —le animó el coronel—. Puedo asegurarte que no tiene nada que ver con los trastos a los que estás acostumbrado. Lleva tres supercomputadoras Craig, dos servidores web con seis procesadores y varios Pentium Core Quatro para que puedas ir probando el rendimiento de tu trabajo en condiciones estándar. También

incorpora ordenadores de desarrollo con los últimos chips y los sistemas operativos más relevantes, Windows, Linux y Unix, cada uno con todas sus correspondientes herramientas de programación. Si necesitas algo más, sólo tienes que pedirlo. Cuando hayas conducido este Testarossa, ya nada te parecerá suficiente.

—¡Es impresionante! —comentó Max mientras se acomodaba en el sillón, que, efectivamente, recordaba al de los coches de carreras.

Se notaba que se lo habían hecho a medida, puesto que se ajustaba como un guante. Podía girarlo suavemente sobre su eje para colocarse frente a cualquiera de los dispositivos disponibles.

—Pulsa ese botón, hijo.

Max accionó un indicador rojo con la palabra «Start» en un panel, y el púlpito cobró vida al instante. Junto al ronroneo de toda aquella maquinaria arrancando a sus pies, la luz se hizo más intensa y una suave corriente de aire vivificador lo envolvió.

—¿Respiras mejor? ¿Cómo se nota la fragancia de las flores alpinas! Hemos embotellado el aire de las montañas suizas especialmente para ti. —La nariz del coronel olisqueaba con deleite—. No hemos reparado en gastos para que des lo mejor de ti mismo. Con el mejor oxígeno tu cerebro funcionará a tope. Todos los elementos de esta instalación han sido concebidos para ayudarte a llegar al límite de tus capacidades. Nosotros estamos aquí sólo para cuidarte, a fin de que tú puedas concentrarte en rendir al máximo. Podrás trabajar a tu propio ritmo, todas las horas que quieras, sin ningún tipo de molestias. Seguiremos cuidando tu dieta y medicación, también nos ocuparemos de que hagas ejercicio físico y tengas el esparcimiento necesario. Podrás hacer todo lo que quieras menos perjudicarte o salir de aquí hasta que hayas completado tu trabajo.

—Me prometió que podría llamar a casa.

—Claro, hijo. Si vemos que te esfuerzas como debes, te dejaremos llamar a tu mujer una vez a la semana. Ahora bien, debes ser muy prudente y no salirte del guión cuando hables con ella. Es fundamental que no digas cosas, aunque sea de forma inconsciente, que puedan poner en peligro nuestra seguridad y la de tu mujer. Sabemos que están esperando a que te pongas en contacto con ella.

Lo entiendo.

—Por si acaso te traiciona el inconsciente, un censor verificará cuanto digas antes de que se oiga al otro lado. Habrá una pequeña demora, como si estuvieras hablando desde la luna. ¿Comprendes?

—Comprendo —contestó Max al cabo de unos segundos.

—¿Lo probamos ahora mismo? Ponte estos auriculares y activa el icono del teléfono que hay en esta pantalla a tu izquierda. Verás que en la libreta de destinatarios ya sale Carmen. Ella ya te está esperando al otro lado. Tendréis un máximo de quince minutos por conversación. Este cronómetro te irá indicando el tiempo restante. —Y señalando a otro icono que aparecía en pantalla, le dijo—: Cuando el censor considere que vas a decir algo sensible, te mostrará en pantalla las

frases adecuadas. Si dijeras otra cosa distinta, ella no oirá nada y estarás consumiendo el tiempo tontamente.

—¡No pueden pretender dictarme lo que voy a decir a mi mujer!

—Claro que no, sólo son normas básicas de seguridad. Pronto entenderás cuándo algo es sensible y sabrás sortearlo. El censor está aquí para ayudar.

—Y esta cámara, ¿qué significa? —preguntó entonces Max, señalando el icono junto al nombre de Carmen en la pantalla.

—¡Te fijas en todo, hijo! —respondió el coronel—. Pues que hemos escondido unas microcámaras en tu casa para que puedas verla cuando hables con ella. Es mejor que no lo sepa, pero hemos pensado que eso te haría sentirte un poco mejor.

El coronel saltó ágilmente del púlpito, dejándolo solo en la sala.

Max accionó el icono con la cámara, y al instante la pantalla se desdobló en dos recuadros, mostrando nítidamente el salón y la cocina de su casa, justo donde tenían dos teléfonos fijos instalados. De pronto en uno le pareció percibir una sombra y al instante apareció en el otro la figura de su mujer entrando en la cocina. Se le humedecieron los ojos al verla. Veía a Carmen triste mientras preparaba algo. Era un café. Debía de tratarse del desayuno.

Accionó el icono de llamada, y entonces vio cómo ella se dirigía al teléfono de la cocina. Poco después reconoció su voz, un tanto distorsionada.

—¿Hola? ¿Hola? —volvió a insistir ella, un tanto enojada ante el silencio del otro lado.

—Hola, cariño —contestó Max, aunque el sonido tardó en llegar al oído de Carmen, quien casi se desmayó al recibirlo.

—¿Max, eres tú? —exclamó ansiosa—. ¡Por favor, dime algo!

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás? —se apresuró en contestar.

—Cariño, ¿qué está pasando? ¿Cómo te encuentras? ¿Dónde estás?

Las preguntas se agolpaban una tras otra, plagadas de ansiedad.

En pantalla apareció una respuesta sugerida, que recitó con parsimonia.

—Estoy muy bien, trabajando para un proyecto de alto secreto.

—Pero ¿dónde estás? Tu voz suena lejísimos.

—No puedo decírtelo, pero espero que pronto pueda volver a casa —continuó recitando.

—¡Pero esto es una locura! Desapareces de improviso y ahora me dices que no sabes cuándo volverás. ¿Sabes que estoy embarazada?

—Sí, cariño, me lo han dicho.

Surgió entonces en su auricular una voz masculina, que le recordó que no podía decir a su mujer que ya sabía que estaba embarazada.

—¿Sigues allí Max? ¡No me contestas!

—Disculpa, pues no tenía ni idea. ¡Soy muy feliz! ¿Cómo te encuentras?

—Ahora bien, pero cuando Alicia me dijo por teléfono que no habías vuelto del café, me desmayé y acabé en un hospital. ¡Casi perdemos al bebé!

—¡Joder! —clamó Max, aunque el censor se encargó de que no se oyese al otro lado.

—No sabía que estaba embarazada, y me insistieron mucho en que debía tomarme las cosas con más calma —prosiguió Carmen—. ¡Fíjate, el mismo día que desapareces me entero de que viene nuestro hijo y encima me dicen que debo tomarme las cosas con calma! No soporto tener que pasar todo esto sin ti. ¿Cuándo volverás?

El censor propuso entonces en la pantalla la respuesta, que recitó, procurando que la entonación fuese convincente.

—Aún tardaré varias semanas, pero te prometo que volveré lo antes posible. Te llamaré cada semana, más o menos a esta hora, para decirte cómo va todo, y así se nos hará más corto.

—¡Esto es injusto, Max! —Carmen empezó a llorar—. ¡No entiendo por qué nos está pasando todo esto! Déjame ir a donde estés y pasar esto juntos.

—Nada me gustaría más, cariño, pero ahora la prioridad es el bebé y debes estar cerca de los médicos. Además, así podré concentrarme en el trabajo y volver lo antes posible.

A pesar de que no era la frase propuesta, el censor dejó pasar la que Max acababa de decir por propia iniciativa.

—A veces debemos enfrentarnos a situaciones injustas. La superaremos juntos y después aún seremos más felices. —Max escuchó con alivio cómo su mensaje llegaba sin censuras—. ¿Sabes si será niño o niña?

—Aún no lo sé. Es demasiado pronto. —Carmen se estaba deshaciendo en llanto—. No podré soportarlo.

—Por favor, no me lo hagas más difícil —imploraba Max profundamente conmovido—. Te juro que haré cuanto pueda para volver contigo lo antes posible. Mientras, procura cuidarte a tope. Pídele dinero a Alicia y contrata a una asistenta. Deja de dar clases y relájate.

—¡No pienso hacerlo! —replicó airada—. ¡Ahora que tengo plaza fija en un instituto! Deja tú de programar y vuelve a casa.

La voz del censor resonó en los auriculares de Max, urgiéndole a que dijera la nueva frase en pantalla.

—Durante el tiempo que estaré fuera no avises a la policía, y si alguien te pregunta por mí les dices que estoy trabajando en el extranjero. ¿Comprendido?

—No te preocupes por la policía, apenas me hizo caso. Deben de pensar que te has acobardado al enterarte de que me has dejado embarazada —bromeó Carmen—. Me dijeron que volviera si no aparecías en unos días.

—Pues no hace falta que vuelvas. —El marcador en la pantalla empezó a destellar, al entrar en los segundos finales—. Bueno, ahora debo dejarte.

—¡No, por favor!

—No tengo otro remedio. Te llamo la próxima semana a esta hora más o menos.

¿De acuerdo?

—¡Max, no cuelgues!

—Lea la frase ahora —ordenó el censor.

Max se oyó a sí mismo recitando mecánicamente el texto.

—El tiempo está limitado por motivos de seguridad.

Se cortó la comunicación, y Max pudo ver a Carmen mirando incrédula el teléfono, y después derrumbándose en el suelo de la cocina, estremecida por el llanto, con el auricular colgando inerte hasta casi tocar el suelo. La imagen desapareció de la pantalla. Sintió una rabia inmensa surgiendo de su interior. Tal era la opresión que apenas podía respirar, sus ojos le escocían con lágrimas de azufre, por lo que no percibió los pasos del coronel aproximándose.

—¿Cuándo empezamos a trabajar? —preguntó a aquel cuerpo doblegado.

El coronel siempre había destacado como una persona paciente y persuasiva, capaz de reducir las mentes de los peores criminales hasta conseguir su colaboración. Las órdenes habían sido especialmente claras en cuanto a la integridad física de aquel sujeto, y él estaba especializado en el control psicológico.

—¿Realmente pensáis que podré trabajar aislado de esta manera? —preguntó Max en voz baja al cabo de un rato.

—No estarás solo —contestó el coronel—. Ya te he dicho que tendrás a los mejores colaboradores que puedas necesitar. Sin ningún tipo de restricciones. Bueno, mejor dicho con una sola restricción: que tú no los conozcas ni ellos a ti.

—¿Qué pasa, llevaremos caretas?

—Jajaja. ¡Qué va! Estarán al otro lado.

A un chasquido de sus dedos fueron encendiéndose a su alrededor, en rápida sucesión, las luces que iluminaban cinco salas que rodeaban la suya, en cuyo interior incluso percibía varios púlpitos ya dispuestos. Un cristal esmerilado y con un tenue tono púrpura imposibilitaba ver con nitidez las imágenes al otro lado.

—Por tu seguridad y la de ellos, no os conviene conocerlos —prosiguió el coronel—. Pídenos los especialistas que necesites y nosotros nos encargaremos de traerte a los mejores. Sin restricciones. ¿Que uno no te gusta? *No problem*. Te lo cambiamos por otro mejor. Todos son voluntarios, saben que vienen aquí por un asunto de alta seguridad y de máximo nivel tecnológico. Cobran su buen dinero y asumen con orgullo estas condiciones de trabajo. Serás para ellos la sombra detrás del cristal y confiarán en ti plenamente. Mientras trabajen, se mantendrán conectados con sus respectivos equipos de trabajo, que pueden estar tanto aquí mismo, ocupando módulos similares, como en el exterior, por lo que en realidad seréis muchos más, todos bajo tu absoluta dirección. Para que te hagas una idea, este hangar tiene capacidad para unos trescientos módulos adyacentes.

—¿Y cómo me comunicaré con ellos?

—A través del censor, por supuesto. ¿Has visto qué fácil ha resultado con Carmen? Podrás hablar con ellos por el auricular todas las veces que quieras, aunque

vuestras voces se oirán un poco distorsionadas. También podréis escribiros mensajes, intercambiaros ficheros... —El coronel adoptó entonces un tono amenazador—, pero cuidado con los juegucitos, porque no conducen a nada bueno. Los censores son gente muy perspicaz y susceptible. Los premiamos por ello, y los castigos por filtraciones son muy severos. Debes hacer como la mujer del César: no sólo ser honrado, sino también parecerlo. Si sospechan alguna artimaña, lo primero que harán es cancelar la conferencia semanal con Carmen, y después investigarán de qué se trata. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Sonaron unos golpecitos y Carla sorteó las maletas esparcidas por la habitación para llegar la primera a la puerta. Al abrir, soltó un grito de alegría al reconocer a aquella chinita que la había rescatado en el centro comercial. No se había atrevido a preguntar qué había sido de ella. Estrechándola con fuerza, le preguntó su nombre:

—Yo, Carla, ¿y tú? —le dijo señalándose.

—Yu —respondió ella.

—¿Yo? Carla, ¿y tú? —insistió.

—Se llama Chen Yu —intervino Alian, esquivándolas para entrar en la habitación, seguido por otros dos hombres.

Estaban prácticamente listos. Los ayudaron a cerrar las últimas maletas y bajaron todos juntos en el mismo ascensor directamente al aparcamiento del hotel, donde los esperaban dos Mercedes oficiales. Ana, los niños y Yu subieron en uno, mientras que Carlos, muy a su pesar, tuvo que seguir a Alian hasta el otro vehículo.

Apenas pudieron despedirse y los coches se dirigieron a la calle. Allí dos motoristas de la policía se sumaron a la comitiva, abriéndola con sus luces y sirenas durante el trayecto urbano. Un coche policial la cerraba.

Era sorprendente el intenso tráfico a esas horas de la madrugada. Apenas había coches, pero circulaban entre silenciosas nubes de ciclistas, que los *flashes* de los motoristas disipaban para pasar entre ellos. Desde los coches, veían sus caras deslumbradas por las intermitentes ráfagas azul y rojo. Se apartaban entonces con docilidad para volver abruptamente a la oscuridad de sus itinerarios habituales, y cumplir sus funciones en las entrañas de la populosa ciudad, que cada día se ponía en marcha con la ambición de asombrar al mundo.

En el momento en que los indicadores de la autopista señalaron el desvío al aeropuerto, ambos coches se separaron. El de Carlos y Alian siguió recto para enlazar después con otra autovía que los llevaría en poco más de tres horas a la ciudad de Hefei. Tras saludarse desde sus respectivos vehículos, Carlos se recostó en su asiento; sentía una profunda tristeza. Sin embargo, le reconfortaba saber que su familia estaría definitivamente a salvo en una zona de acceso reservado de la provincia de Hunan, en pleno corazón del continente, y que pronto se retiñiría con ella.

En pocos años, Hefei había pasado de ser una ciudad agrícola a convertirse en un centro industrial y de gran desarrollo científico. Resultaba imposible acceder a ella para quienes careciesen de los permisos correspondientes. A medida que se acercaban, los controles eran cada vez más frecuentes. Los tradicionales campos de labranza iban cediendo terreno a grandes fábricas y naves industriales. Superaron el último control antes de entrar en el recinto alambrado del Baozheng Computing Center. Se apearon frente a las escalinatas del edificio principal, donde Carlos y Alian recibieron los corteses saludos de los dos directivos que los habían acompañado, junto con Cheng, en la reciente comida de Shangai. Siguieron a Ma Kai Shang y a Lu Gan Shu hasta una amplia recepción, presidida por los retratos de Mao Tse Tung, Deng Xiaoping, Jiang Zemin y Hu Jintao, y se adentraron por un largo pasillo hasta llegar a su oficina, entre las respetuosas reverencias del personal con el que se cruzaban.

Sentados alrededor de una gran mesa ovalada, una discreta asistente de bata blanca les sirvió té verde mientras ambos directivos emprendían con Alian un incesante parloteo, incomprensible para Carlos.

—Disculpen —intervino este último con impaciencia—, pero ¿qué esperan conseguir ustedes trayéndome aquí? Ya saben que no soy precisamente un técnico.

—Por supuesto, señor Millet —le respondió Shang—. Pero también sabemos que fue usted quien inspiró a su técnico, que lamentablemente ha sido raptado. Encontrará aquí a muchos profesionales mejor preparados, a los que deberá usted inspirar para que lleven a cabo su visión. Han sido reclutados entre los más brillantes del país, y todos estamos ansiosos por oírle.

—Efectivamente —corroboró Shu en un tono aún más lírico—, aún no saben nada sobre la naturaleza del proyecto, porque queremos que le escuchen a usted primero, sin contaminaciones. Nuestros técnicos necesitan a un guía, una mano que les indique la dirección; después ya sabrán andar solos el camino, y usted podrá reunirse con los suyos.

—Realmente me siento muy honrado por su reconocimiento y, desde luego, me propongo aportar toda la inspiración que pueda para el éxito del proyecto —repuso Carlos, procurando disimular su inquietud—. Pero ¿cuánto tiempo deberé permanecer aquí? Estas últimas semanas han sido muy agitadas y deseo estar con mi familia.

Esta vez fue Alian quien tomó la palabra en un tono muy drástico.

—Creo que no eres aún consciente de la situación. Estamos luchando contra unos malhechores que han raptado a Max y que también te habrían cogido a ti junto con tu familia si no os hubiésemos salvado. Esa gente debe de estar ahora coaccionando a tu técnico para disponer de una alternativa al VP, ya que nosotros tenemos los derechos legales. La única forma de vencerlos, y conseguir liberar a Max, es poner nuestro buscador en marcha a gran escala lo antes posible. No estás aquí de vacaciones, y en

realidad todo depende de ti. Hemos hecho lo posible para que dispongas de todas las facilidades para conseguir que este poderoso centro de investigación y desarrollo informático se ponga en marcha. Debes presentar cuanto antes el concepto VP a todos, y después convendría que te reunieses por separado con los responsables de los distintos grupos de desarrollo para concretar detalles y comprobar así que avanzan en la buena dirección. Tomó un poco de aire antes de continuar.

—Pero hay otra cuestión en la que estoy seguro también querrás colaborar. —Y ante la mirada expectante de Carlos, decidió continuar—: Rescatar a Max.

—¿Lo habéis localizado? ¿Está bien?

—Sólo sabemos que aún sigue vivo —Alian iba desgranando sus palabras con exasperante lentitud para que Carlos las asimilase correctamente—, porque sus raptos le permiten hablar por teléfono una vez a la semana con su mujer a fin de coaccionarle. Lo han convertido en su esclavo. Debemos averiguar dónde está para rescatarlo lo antes posible; de lo contrario lo liquidarán cuando ya no les sea útil.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Carlos.

—Proporcionarnos una clave para comunicarnos con él. Seguro que existen palabras o símbolos que acostumbráis a utilizar entre vosotros, y que sólo Max puede reconocer. Creemos que podríamos hacérselas llegar.

—¡No lo sé Alian, ahora no se me ocurre nada! —Ya se te ocurrirá algo, y cuanto antes mejor. Desde que lo encerraron puede ver a su mujer. Han instalado unas webcams en su casa que se activan mientras habla con ella. Al estar embarazada...

—¿Carmen está embarazada? No tenía ni idea.

—Pues Max también acaba de enterarse, y ahora estará trabajando a marchas forzadas con la falsa esperanza de que le dejen volver a su casa antes del nacimiento de su hijo.

—¿Por qué dices falsa?

—Porque estamos seguros de que lo matarán en cuanto haya terminado su trabajo. A no ser que lo salvemos antes, tu amigo no volverá a ver la luz del sol.

—Son unos cabrones —musitó Carlos.

—Juegan sus cartas, y nosotros también vamos a hacerlo, aunque somos mucho más sutiles que ellos. Preferimos pasar inadvertidos hasta la dentellada final. Aquí, en China, decimos que «Hay momentos en que hasta el tigre dormita». Dejaremos que piensen que hemos perdido el interés por Max y que nos hemos centrado en ti. Si intervenimos la línea telefónica, nos detectarían de inmediato. Así que seguiremos escuchando esas conversaciones a través de nuestros sensores sónicos desde un piso cercano, mientras esperamos que se te ocurra un mensaje que sólo él entienda.

—¿Y cómo se supone que le haréis llegar ese mensaje?

—A través de las cámaras, por supuesto. Así que debes pensar en textos o en imágenes que pasen inadvertidos para todos excepto para Max. Eres el único capaz de idearlos.

Lo llevaron a unas habitaciones de aspecto espartano dentro del complejo de

Baozheng. Éste tenía toda la traza de una base militar, apresuradamente reconvertida en campus universitario: diversos edificios idénticos, grises y con ventanas minúsculas, distribuidos entre grandes espacios con escasa vegetación y alguna pista deportiva; todo ello rodeado de una gran alambrada con torres de seguridad, cuyos focos la recorrían incesantemente de noche.

Vació la maleta y conectó su portátil. Inmediatamente apareció una pantalla con caracteres chinos que parecía estar pidiendo una clave de acceso que Carlos desconocía. Optó por postergar para después de la cena su incursión por internet; tenía unas ganas enormes de leer su correo personal y conectar con Infoco, en aquel momento en las antípodas. Dedicó, en cambio, el tiempo disponible antes de la cena a preparar la presentación de su conferencia del día siguiente. Sonrió al recordar la forma desestructurada y breve en la que había planteado el concepto a Max un año antes, y presentía que no le funcionaría con aquella gente.

Después de desayunar, pictórico de energía, Max cruzó la puerta sin dificultades y avanzó por el pasillo, pasando de largo ante las habitaciones de sus cuidadores, hasta llegar al extremo opuesto, donde le esperaba el púlpito ya ronroneando. Ocupó su asiento, respiró con deleite el aire vivificador y revisó minuciosamente todos los aparatos, estudiando sus características y probando el funcionamiento. Al colocarse los auriculares, la voz del censor le comunicó que estaba preparado.

Para desentumecerse, en unos minutos creó una rutina y pidió autorización para probarla en la red. Apenas tardaron en verificar que se trataba de un inocente buscador de ficheros musicales MP3 y pudo lanzarlo. Le sorprendió la rapidez con la que aquella primera sonda le proporcionó una batería de títulos, algo anticuados pero bastante decentes. Escuchó las canciones y desarrolló una nueva versión que tuviese más en cuenta sus preferencias para encontrar las que más le gustasen. También incorporó un analizador de estilos musicales, capaz de evaluar sonoridades y ritmos.

A medida que sus sondas aumentaban en complejidad, el censor tardaba más tiempo en darle el preceptivo visto bueno. Estuvo tentado de incluir una línea de código no evidente, simplemente para probar su eficacia, pero se abstuvo por considerar que estaría especialmente atento. Tenía que ser paciente. Las canciones que surgían de los altavoces instalados alrededor del púlpito le gustaban cada vez más. Su efecto envolvente le ayudaba a concentrarse.

Entre los diferentes editores para proyectos disponibles, se decantó por el de RationalRose, y empezó a articular las fases y tareas para desarrollar un digno competidor del VP. Tal y como le había insistido el coronel, tenía que basarse en un concepto radicalmente distinto, a fin de evitar cualquier problema de patentes con los legítimos propietarios de su anterior creación. Por ello, cuando guardó el archivo y tuvo que ponerle un nombre, no se le ocurrió otra cosa que llamarlo PV.

«Ya se encargará algún listillo de ponerle más adelante un nombre decente», pensó.

Si quería asistir al parto de su primer hijo, el proyecto no debía superar los cinco meses de duración. Aun así necesitaría otros dos meses para realizar pruebas, por lo que estableció de entrada la condición de que todo aquello debía terminar como máximo dos semanas antes del parto. La segunda condición, innegociable también, era que el proyecto debía empezar al día siguiente. Así pues, tenía veinticuatro horas para concebir el planteamiento del PV. Dio una amplia bocanada de ese aire enriquecido y se puso a pensar.

Cuando el planteamiento teórico quedó definido, confeccionó una lista con los perfiles de las personas que necesitaría en cada fase. En algunos casos, junto al perfil, llegó a poner el nombre propio de algún conocido. Le daba igual si con ello le condenaba a ese encierro. Su prioridad era conseguir las personas más adecuadas para completar el trabajo cuanto antes. Antes de pasársela al coronel, el censor le hizo

varias preguntas. Max pidió después diversas utilidades de programación, que seguramente iban a resultarle necesarias. Todo allí era demasiado moderno, y a veces le gustaba hablar directamente al ordenador en lenguaje máquina, de bit a bit, sin intermediarios.

Le entró hambre y saltó del púlpito para regresar a su habitación, donde poco después entró la enfermera con una bandeja de comida, que depositó sobre la mesa. Ella decidía la justa medida de los alimentos, con la proporción ideal de nutrientes. Se tragó también las píldoras que le pusieron con los restos de la bebida energética, y volvió rápidamente a la pecera con una lucidez y una fuerza que jamás había sentido antes. Al pasar por la cocina pidió que le llevaran el café al púlpito, y allí apareció Raúl poco después con dos grandes tazones del humeante Blue Mountain y con ganas de conversar.

—¿Qué haces, chabón, ce la bancas? —le preguntó.

—Gracias.

Fue lo único que dijo antes de olvidarse de él. Había decidido trabajar a marchas forzadas para acabar lo antes posible. Seguramente, al final, el premio sería que ese imbécil le metiera un tiro en la nuca o, si se apiadaban un poco, que la enfermera le echase un chorrito de cianuro en el último café. Pero antes iba a darse el gustazo de crear el buscador definitivo, a años luz de su querido VP y de cualquier otra cosa que nadie pudiese realizar jamás. Quizá cabía la posibilidad de que le dejaran volver a casa. Sólo había una manera de averiguarlo.

Alian hizo sonar sus nudillos en la puerta para avisar a Carlos de que era el momento de bajar a cenar, pero, en lugar de salir, éste le pidió que entrase.

—Al usar mi portátil, de pronto he recordado que cuando enviaba a Max un aviso para que viniese a mi despacho simplemente le escribía «F1». ¿Podría servir?

Alian lo meditó unos instantes antes de sonreír.

—Creo que sí. ¿Vamos?

Juntos bajaron la escalera para dirigirse al comedor. Se cruzaron con multitud de estudiantes, casi todos vestidos al estilo Mao, con idéntica expresión concentrada bajo las omnipresentes gafas. El bullicio era enorme, ya que coincidían dos turnos: los que estaban saciados y volvían a las habitaciones o zonas de trabajo, con los hambrientos que descendían, empujándose los unos a los otros. Carlos se sorprendió al reconocer a uno de ellos, que destacaba por su altura, aire extraviado y rasgos occidentales.

—Pero, Francesc, ¿qué haces aquí? —le gritó entre el bullicio directamente en catalán.

—Hola, jefe, yo también estoy contento de verle —contestó sarcástico con su marcado acento leridano, mientras apartaba a varios estudiantes para acercarse a Carlos—. Me llevaron junto con el material de Infoco.

—¿Te han raptado?

Carlos le miraba incrédulo.

—¡Tampoco es eso! Mientras los ayudaba a empaquetar, me preguntaron si sabía algo del tema del VP y me ofrecieron mucha pasta por venir a ayudarlos durante un mes. Alicia me dijo que sin problemas. ¡La ostia, jefe, mi primer viaje al extranjero y en China! Aunque aún no he visto nada. A ver si montan alguna excursión o algo. ¡Me han prometido pagarme el doble si funciono bien! Si pudiera quedarme un año, me retiro.

—¿Y cómo te tratan? —le interrumpió Carlos.

—Bien, sin manías. No se meten conmigo, y yo voy a mi bola. Toda esta vasca se pasa el día de adoctrinamiento y haciendo deporte. ¡No he hecho la mili, aunque supongo que debe de ser algo parecido! ¿No? Todos de uniforme y a golpe de pito.

Los estudiantes los empujaban con impaciencia y fueron bajando, siguiendo la corriente humana.

—Por la tarde se tiran varias horas en una sala de conferencias, donde les van explicando no sé qué rollos de su revolución y ven vídeos de guerras y fábricas. Sacan mucho al Mao ése. Se motivan un huevo y acaban todos cantando de pie con el puño en alto. Yo también me pongo de pie para no cantar. ¡Canto para no cantar! ¿Entiende, jefe? Y en chino, jajajajaja.

Ambos entraban en ese momento en el comedor.

—¡Por las mañanas montan partidos de fútbol cojonudos!

Alian los interrumpió, señalando un extremo de la sala.

—Disculpa, Carlos, pero nuestro lugar está por allí. Después ya hablaréis.

—Ah, bueno —respondió este último, al ver que Shang y Shu les estaban señalando dos espacios libres en su mesa.

—No pasa nada, jefe, luego nos vemos —comentó Francesc yéndose dócilmente hacia la cola para obtener una bandeja.

—¡Podías haberme dicho que estaba aquí! —dijo Carlos.

—Nos encantan las sorpresas —respondió enigmáticamente Alian mientras lo guiaba a través del gentío.

Siguiendo su estela, evitaron la cola y accedieron directamente a la zona donde los cocineros servían las raciones. En pocos minutos pusieron sus bandejas junto a las de Shang y Shu, quienes les presentaron a los otros comensales, con los que mantenían una animada charla. No pudo retener ningún nombre ni intervenir en la conversación, que pronto volvió al mandarín original, de forma que se dedicó a aprender el manejo de los palillos. A lo lejos, aún de pie en la cola, veía la pálida figura de Francesc enfundada en su oscuro uniforme, igualmente ajeno a cuanto le rodeaba.

Carlos.vp y SirHenry.vp se cruzaron con el PV musical, y les sorprendió lo fácil que resultaba entenderse con él. Nada que ver con aquellos presuntuosos VP sabelotodo, que Max.vp eliminó sistemáticamente, un verdadero ángel de la muerte, siguiendo las a veces terribles instrucciones de su RP. Para escapar de su justa ira, los siete VP iniciales vivían conformes a las estrictas reglas, cada vez más reclusos.

Les satisfizo charlar con alguien distinto a sus aburridos compañeros, aunque se tratara de un obsesivo melómano. Carlos.vp recordó dónde había visto un viejo depósito de ficheros MP3 y se ofreció a acompañarle. SirHenry.vp se unió a ellos, no sólo por cumplir con el precepto, sino también para combatir la monotonía. Tuvieron suerte, ya que ese olvidado servidor Napster aún seguía operativo, y el firmware de su firewall hacía tiempo que había dejado de actualizarse, por lo que pudieron entrar sin dificultades.

Mientras el PV escaneaba las listas de éxitos de los noventa, SirHenry.vp le preguntó por su RP pero no obtuvo respuesta alguna. Una vez llenada su memoria, ajeno a las elementales normas de cortesía del mundo virtual, se fue a toda prisa, aunque les aseguró que volvería pronto. ¡Había tanto que encontrar allí!

Aquel entusiasmo musical los había contagiado, y, sin nada mejor que hacer, se dedicaron a seleccionar más música según las sencillas preferencias que habían advertido en aquel sujeto. Cuando, efectivamente, el PV volvió poco después, traía consigo una memoria mucho mayor, y estaba encantado porque esa imprevista ayuda le permitía superar las expectativas de su PR, quien concretamente solicitaba una canción titulada «¿Conoces a Max.vp?».

Carmen no se había equivocado cuando decidió continuar dando clases, pensando que así soportaría mejor la ausencia de Max. Mientras terminaba la jornada en aquella escuela de barrio, repleta de niños de familias humildes y desestructuradas, donde los numerosos inmigrantes eran los más aplicados, sabía que volvería a casa con apenas fuerzas para calentarse un plato de sopa instantánea y derrumbarse en la cama, con la esperanza de que faltasen menos días para ver a su hijo y a su marido. Estaba guardando en su maletín los ejercicios que tendría que corregir, mientras oía el rumor de los niños saliendo de la clase, cuando notó que uno de ellos se detenía cerca de ella. Alzó la vista y se encontró con Shi Li, que le tendía un papel.

—¿Qué es esto? —le preguntó cariñosamente, mientras la niña le mostraba un dibujo, con un coche de carreras y el símbolo «Fl» bien claro en el morro, sobre diversos animalitos: un cerdo, cuatro patitos, dos perros, cinco vacas y varios más.

—¡Pero qué dibujo más precioso! —Carmen estaba especialmente asombrada de semejante iniciativa por parte de una alumna que presentía era muy brillante pero que apenas participaba en clase—. ¡Me encanta, Li! ¿Es para mí?

La niña respondió con un gesto afirmativo, recitándole además con su dulce voz:

—Tiene que colocarlo en su nevera. Arriba, a la derecha. Ante la ausencia de reacción de Carmen, la niña se lo repitió textualmente en otras seis ocasiones, hasta que la primera *aceptó con* un gesto y guardó el dibujo en su bolso, momento en el que Li aprovechó para salir de la clase sin despedirse. Durante el trayecto en metro Carmen no dejó de pensar en ello, sin saber a qué atenerse. Pero lo primero que hizo al llegar a casa fue colocarlo allí donde se le había dicho.

Al día siguiente, mientras miraba la marea de rostros fijos en él desde la platea de la sala central de conferencias de Bao-zheng, Carlos se sintió muy lejos de su hogar. Sonrió con afecto a Francesc, situado en las primeras filas. Éste le devolvió un tímido saludo mientras se oía el discurso introductorio en chino a dos voces de Shang y Shu. Se produjo una salva de aplausos cuando pronunciaron su nombre. Aquello sacó a Carlos de su aturdimiento y fue a ocupar el atril al extremo del escenario, donde su portátil ya estaba conectado a la gran pantalla que allí pendía. La primera página de su presentación, en la que sólo aparecían las siglas VP en color blanco sobre un elegante fondo azul oscuro, abarcaba toda la escena a su espalda.

—Es para mí un gran honor estar hoy aquí con todos ustedes. Deseo agradecer en primer lugar al honorable Jian Li Cheng, y también a los directores Ma Kai Shang y a Lu Gan Shu, que hayan hecho posible que hoy pueda presentarles el concepto VP —dijo Carlos en un tono concentrado—. Por último, quiero hacer una mención especial a Lo Zhang Mu, que fue el primero en apreciar el valor de mi propuesta.

Sabía, por experiencia, que las primeras frases resultaban las más difíciles de pronunciar en público, y por ello procuraba memorizarlas. Después surgía la inspiración, y su discurso ascendía en velocidad y tono, captando el interés de la audiencia. Esta vez tampoco le falló la inspiración y tomó toda la iniciativa. A medida que desgranaba los conceptos, Carlos pudo fijarse en las expresiones de intensa concentración de su auditorio. La mayoría miraba con atención las imágenes que aparecían detrás, algunos tomaban notas aplicadamente, o asentían con la cabeza ante cada nuevo planteamiento.

Los rostros satisfechos de sus anfitriones, que se encontraban en primera fila de la platea, indicaban que iba por el buen camino. Consciente de que convenía terminar antes de que la audiencia empezara a preguntarse cuánto faltaba para el final, se dispuso a exponer la conclusión, que también había memorizado.

—La creación de la versión virtual de cada individuo para que navegue por internet, lo que aquí denominamos VP, es un sistema experto que se encarga de acceder y seleccionar los contenidos web según las preferencias, conscientes e inconscientes, del individuo. Representa su proyección a escala virtual, para navegar sin descanso y a la velocidad de la luz siempre en busca de las mejores propuestas para su respectivo RP. Este concepto trasciende el ámbito puramente técnico para influir en todos los de la actividad humana, con repercusiones directas sobre aspectos culturales y éticos, que habrán de tenerse en cuenta desde el principio. Muchas gracias.

Carlos permaneció junto al atril, sacudido por una atronadora salva de aplausos, que, como un tsunami, fue avanzando por la sala hasta anegarlo. Muchos lo ovacionaban de pie. Al parecer, la expectación causada por su llegada a Baozheng se había cumplido con creces, y ahora todo aquel enorme potencial disponía de un

objetivo fascinante. El adoctrinamiento diario había hecho mella en aquellos brillantes jóvenes, que sólo aspiraban a tener la oportunidad de aportar lo mejor de sí mismos y contribuir al desarrollo de su civilización. La satisfacción de Alian, aplaudiendo de pie junto a los demás miembros de la primera fila, era absoluta.

En una celda delante de él, Max distinguió claramente las siluetas de dos personas, una de las cuales lo observaba atentamente. La otra correspondía sin duda al coronel. Sobresaltado, Max saltó del púlpito y se acercó. La primera figura hizo lo mismo y permanecieron así, mirándose de frente y a escasa distancia a través del cristal que los separaba, sin posibilidad alguna de reconocerse. Max llamó en voz alta y golpeó con los nudillos, pero no le llegó respuesta alguna. Vio, en cambio, que una mano blanca, con la palma abierta y los dedos extendidos, se posaba sobre la superficie acristalada, y Max puso la suya encima. Poco después fueron a sus respectivos puestos de trabajo y conectaron sus auriculares.

—¿Hola?

—Hola —contestó una voz de mujer, ligeramente distorsionada.

—¡Bienvenida! —Se le ocurrió decir a Max.

—Gracias —respondió—. Parece que se está bien aquí, ¿no?

—No se está mal. ¿Cuál es tu especialidad?

—Soy profesora de lexicografía computacional en la Univers...

Un pitido interrumpió la frase, seguido de la advertencia del censor a ambos de que no debían concretar tanto.

—En definitiva —prosiguió ella—, soy especialista en el procesamiento del lenguaje natural. Trabajo en análisis morfológico, sintáctico, semántico y pragmático, traducción automática, tecnología del habla y entornos de comunicación persona-máquina.

—Estupendo, ¿cómo puedo llamarte?

—Me han dicho que yo soy Uno y que tú eres Cero.

—¡Qué binario! —se sorprendió Max—. Sería mejor Una, ¿no te parece? Bueno, es igual, conéctate a mi servidor. Ahora creo allí una carpeta con tu nombre, donde iré dejando las bases para tu trabajo. Supongo que debes de tener tantas ganas como yo de volver a casa.

—¡Si acabo de llegar, Cero!

El programa de trabajo en Baozheng empezaba al amanecer con sesiones de taichi, en las que absolutamente todos debían participar. Divididos en escuadras de unos cincuenta miembros, distribuidas por doquier, efectuaban primero los ejercicios de relajación chikun, seguidos de la forma completa de veinticuatro movimientos. Después de un potente desayuno a base de boles de arroz, infestados de cualquier cosa que proporcionase proteínas, y litros de té verde, cada uno se incorporaba al grupo de trabajo asignado.

Carlos asistió a la puesta en marcha de los equipos traídos de Infoco. Francesc fue desembalando con cuidado todas las cajas, mientras a su alrededor se apiñaban diversos técnicos, que recogían cada objeto con reverencia, para depositarlo luego sobre una gran mesa central. Junto a los equipos y documentación relevante, también surgían extraños aunque inocentes objetos de sobremesa, como Laserpods y Acrobots, que a ambos les trajeron entrañables recuerdos de su anterior vida cotidiana.

Conectaron todo aquello, tal y como lo había estado en Infoco. Marte, la potente bestia negra de Max, quedaría para el final. Encendieron primero el Sol, el servidor web principal, superando con cuidado las diferentes claves de acceso, hasta que quedó completamente abierto.

Después correspondió el turno al inmenso Saturno, depositario de los backups de todos los desarrollos de Infoco, incluidos los del proyecto VP. El esfuerzo combinado de Francesc y de los técnicos chinos no tardaron en doblegarlo. Sucesivamente colocaron en órbita a varias de sus lunas, Titán, Dione y Pandora, que servían como entornos de pruebas.

Llegó, por fin, el turno de Marte. El característico ronroneo de sus protuberantes ventiladores emergió sobre el murmullo de aquel peculiar sistema solar. El monitor mostraba una rápida sucesión de líneas de inicialización, que se detuvieron en seco ante la pantalla de validación, requiriendo la introducción de una contraseña, junto al índice de la mano izquierda de su desaparecido propietario en el lector de huella digital, incorporado al propio teclado.

Francesc no podía aportar ninguno de ambos requisitos, y entonces se dirigieron a Carlos, pero incluso él desconocía que existiesen dichas barreras. Al notar que el ambiente se iba enrareciendo, optó por salir de allí discretamente, llevándose a Francesc consigo.

Fueron entonces a visitar a los especialistas en inteligencia artificial: gente permanentemente atormentada en la búsqueda del Santo Grial; ese algoritmo capaz de emular el funcionamiento de la mente humana. Los atosigaron con preguntas que no podían responder, hasta que perdieron todo interés en ellos, y también se alejaron de allí.

La sesión con los diseñadores, en cambio, fue mucho más relajada, aunque igual

de improductiva. Carlos se divirtió viendo los bocetos del VP. Intentó explicarles que no necesitaban tener aspecto alguno, pero ellos insistían en conocer su opinión sobre los rostros y apariencias que le iban proponiendo. Se dio cuenta de que aquella gente estaba simplemente luchando por mantener su puesto de trabajo, por inútil que fuera, así que tiró del brazo de Francesc y bajaron juntos a la cafetería.

Los siguientes días hicieron venir a sus más hábiles *hackers* para vencer a la indómita máquina. Durante interminables jornadas el silencio fue absoluto, sólo interrumpido por el repiqueteo del teclado y las incomprensibles interjecciones de los especialistas que fracasaban una y otra vez ante Marte.

Tras finalizar su comunicación semanal con Carmen, Max miró frente a él. Siete cubículos estaban en ese momento encendidos, y podía distinguir las sombras de sus ocupantes, algunos de ellos enfrascados en su trabajo desde hacía muchas horas. Cada uno era el jefe de un departamento y controlaba a su propio equipo, que podía llegar a subdividirse en varios niveles más. En el área de Inteligencia Artificial, por ejemplo, a la que habían asignado el número Dos, Max terna referencias de un tal 2.5.4, que hacía unos progresos formidables en procesos de búsquedas heurísticas. En aquel momento debería haber más de trescientas personas trabajando en el proyecto, ya fuera en más cubículos como aquéllos o también en el exterior, desde departamentos universitarios hasta previsoras empresas privadas, que se estaban sumando a tiempo al nuevo estándar.

Trabajaba a destajo, imprimiendo su propio ritmo, como aquellos empedernidos ludópatas que trashuman con crédito ilimitado por los vastos salones de los hoteles de Las Vegas, abarrotados de máquinas de azar y mesas de juego, con abundantes bufetes de comida y prostitutas, permanentemente abiertos para saciar sus apetitos en cualquier momento, sin ventanas al exterior, indiferentes al horario y al clima. ¡Qué distinto a Infoco, con aquellas frecuentes interrupciones! Aquí sólo Raúl se atrevía a molestarle para hacer algo de ejercicio físico juntos.

Apenas descansaba. La silenciosa enfermera se encargaba entonces de asearle, alimentarle y medicarle como a un caballo de carreras. Cuando Max se tumbaba en la cama, ella le daba expertos masajes relajantes, complementados con un eventual coito. Consciente de que le estaban llevando a niveles de agudeza mental y resistencia física, de los que jamás se habría imaginado capaz, se limitaba a aceptar cuanto ella le suministraba, sin reparo alguno. A veces, la enfermera se acercaba al púlpito, le extraía algo de sangre, verificaba su presión y el diámetro de sus pupilas, para volver al cabo de unos minutos con una nueva inyección, o bien con una orden del médico de que fuese a descansar. Raúl lo había sacado de allí desvanecido en varias ocasiones. Pero el proyecto PV avanzaba a toda máquina, y eso era lo que a todos importaba. Max perdía peso y se fibraba, a la vez que mostraba una determinación obsesiva en la mirada.

De pronto, aquel dibujo infantil que Carmen tenía puesto en la nevera mientras charlaban llamó poderosamente su atención.

Esta vez Max.vp también estaba pendiente del regreso del atolondrado PV musical. Tras identificarse, recibió a cambio una cápsula encriptada. Aplicó el protocolo de transmisión segura habitual, y, de inmediato, apareció un breve y concreto mensaje de su RP. Le recorrió un escalofrío de emoción al sentir alejarse el time-out.

Solicitaba que siguiese al PV hasta el servidor del que provenía, y que desde allí fuese hasta el de la página web en IP 142.52.72.34, donde debería permanecer a disposición de su webmaster para mostrarle ese itinerario. Antes de partir, Max.vp ordenó a Carlos.vp y a SirHenry.vp que montasen guardia allí, pendientes de cualquier novedad.

Alian entró de forma intempestiva en plena noche en la habitación de Carlos. Encendió la luz y éste se levantó sobresaltado; perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

—¡Ha respondido al mensaje! —anunció Alian con alegría—. ¡Vamos!

Carlos le siguió corriendo por la escalera hasta llegar al sótano. Se adentraron a la carrera por un oscuro pasillo hasta la sala de los servidores, donde Shang y Shu indicaron por gestos que se mantuviesen en silencio. Sólo alguien que hubiera interpretado el dibujo disponía de la dirección IP para estar allí, y en aquel momento tenían un visitante en esa página web.

—Aquí tenemos a Max.vp —susurró un técnico de pie a su lado, sin dejar de mirar la pantalla—. Parece que no tiene prisa. Voy a saludarlo.

Como si hubiese estado esperando esa señal, Max.vp se puso de pronto en marcha, y los técnicos se afanaron en seguir su rastro. Sobre el fondo negro de sus pantallas, Carlos observaba una vertiginosa carrera por la red, atravesando decenas de servidores, esparcidos por todo el mundo, entrando en estrechos callejones y grandes avenidas de la información, esquivando los controles que salían al paso, hasta llegar a las puertas de un inmenso firewall, cerrándoles la puerta en las narices.

—¡Toma esas coordenadas de localización! —ordenó uno de los técnicos.

La concentración era máxima en todos los presentes, mientras los técnicos se afanaban, tecleando nerviosamente, para no perder aquella pista. Todas las miradas se dirigieron entonces a una gran pantalla, que mostraba sobre un mapamundi el enloquecedor recorrido que habían efectuado por varios continentes tras la señal de Max.vp, hasta dar con aquel infranqueable servidor final, ubicado en una remota región de Norteamérica.

—¡Bozeman, Montana, USA! —declaró exultante el técnico.

—¡Allí sólo hay osos salvajes! —comentó Alian sorprendido.

—Recuerdo que Max rastreó un intruso hasta allí —comentó Carlos quedamente.

—¡Entonces no hay duda! —añadió Alian con una amplia sonrisa—. Es un sitio perfecto.

El técnico chino emitió una nueva señal de validación y Max.vp desapareció.

La brigada de limpieza siempre llevaba caras nuevas. Una mezcla de razas, credos, edades y sexos, exponente de la penúltima oleada de perdedores globales. Bob ojeaba el manga y mascaba los chicles que había encontrado sobre su mesa. Ése era todo su trabajo mientras a su alrededor quitaban sigilosamente el polvo, vaciaban el contenido de las papeleras y fregaban el suelo con cuidado para no molestarle, ni a él ni a tos equipos diseminados por toda la sala.

El silencio en aquella gélida madrugada era absoluto. Pocas horas después la sala volvería a llenarse de vociferantes técnicos que se lanzarían rayos láser con sus punteros y bolas de papel mientras se dedicaban a mantener en marcha los servidores web de Duncan Technologies Inc., en el remoto pueblo de Bozeman.

Bob levantó la vista y los observó con fastidio. Justo a su lado una pareja oriental, que bien podrían ser padre e hija, trabajaban de forma coordinada, en absoluto silencio.

«Estos amarillos —pensó— son como gatos».

A pesar de que el cómic era entretenido, no podía dejar de observar a la niña. La seguía con la mirada mientras fregaba con un gracioso devaneo. Reproducía con gran similitud la situación que estaba leyendo. La visión se perdió en cuanto la niña se introdujo en la sala contigua en penumbras. La muy imbécil era capaz de seguir barriendo a oscuras. El que parecía ser el padre se alejaba en otra dirección y Bob se levantó con pesadez con el sano propósito de encender la luz de esa sala. Sus más de ciento cincuenta kilos de peso agradecerían esa oportunidad para desentumecer los miembros anquilosados por la tediosa guardia. Dejó encima de la mesa aquellas viñetas con provocativas colegialas japonesas, de diminutas faldas y largos calcetines, que mostraban sus tangas. Sus picaras expresiones de sorpresa le excitaban sobremanera.

—El gordo va hacia ti —musitó John Woo en su auricular, en cuanto lo vio avanzar.

Una vez dio la vuelta a la esquina, el chino se colocó ante su pantalla, comprobó con alivio que mantenía la sesión y que no debería perder tiempo craqueando la contraseña. Recién llegado después de más de cinco años de estudios y prácticas en las más prestigiosas universidades estadounidenses, donde obtuvo las máximas calificaciones, aquello iba a resultarle muy sencillo.

—Clave abierta —informó a la niña por el micro—. Dame cinco minutos.

Sustituyó la revista que Bob había dejado sobre la mesa por otra idéntica que llevaba consigo, y guardó la original en una bolsa hermética, no fuera a respirar los mismos efluvios que el gordo y perder así su concentración. La habían vaporizado con una solución que incitaba a los bueyes a inseminar hasta el tronco de un árbol, y, aparentemente, estaba funcionando. También cambió los chicles por otro paquete no contaminado de idéntica sustancia.

Tecleando como un consumado pianista, se puso a buscar el servidor que conectaba con el de Max, con la certeza de que era alguno de los que poblaban aquella sala. Así obtendría las coordenadas a donde enviar un equipo de rescate.

Yu notó que se le aproximaba por detrás, y sintió un gozo anticipado, pensando en todas las formas posibles de matarlo. Poco importaba que Bob quintuplicase su peso, y que casi la triplicase en altura. Con la misma fregona que en ese momento sostenía en sus pequeñas manos podría abatirlo de muchas formas. Apenas sin moverse, de espaldas, un solo golpe seco del mango a la altura de la boca del estómago doblaría esa barrigota. Quedaría entonces a su merced. O bien, con un golpe de billar sobre la nuez del cuello, moriría al instante. En cambio, un impacto en ése pene, tan erguido que apenas le permitía caminar, le dejaría postrado a sus pies, implorando piedad, y podría patearlo a placer.

Procuró reprimir la sonrisa que aquellas imágenes dibujaban en su cara, y adoptó la expresión de aterrorizada niña virginal, que había merecido tantos elogios de sus instructores en la escuela de los servicios secretos.

—Pobre niñita —dijo Bob con voz trémula, acariciándola por detrás con sus temblorosas manos, mojadas de sudor.

Los gruesos dedos resbalaban entre aquellos diminutos botones. La supuso paralizada por el terror y dejó de taparle la boca. Entonces comenzó a toquetearla con ambas manos, notando intensos calambres de deseo. Dado que la ropa de la niña se le seguía resistiendo, la arrancó febrilmente.

Cuando Woo se aproximó, abriendo las luces de la sala, Yu simuló recuperarse del desmayo y soltó un gritito, que sorprendió a aquella masa humana cuando aún se estaba recuperando de la eyaculación. Dada la desproporción física, Bob no había podido penetrarla, limitándose a inundar la piel de Yu de un viscoso esperma de ballena.

Bob se irguió profundamente azorado, entre los sollozos de la chiquilla y las histéricas exclamaciones en chino de su progenitor. Se le ocurrió ofrecerles cuanto llevaba encima. Parecía que el padre estaba dispuesto a aceptar el trato, ya que, en cuanto vio aparecer la billetera de Bob, abofeteó con violencia a la niña, apremiándola a que dejase de llorar y se vistiese. Tomó el dinero que le tendían, aunque sólo eran unos miserables treinta y cinco dólares. Con expresión codiciosa, Woo señaló entonces el reloj, del que Bob se desprendió al acto. Indicó también la cadena que éste llevaba, y la recibió sin dilación. No había nada más, así que Woo cogió a Yu de la mano y salieron del edificio, procurando disimular sus risas y arrojando en un contenedor toda aquella chatarra.

Alian encontró a Carlos paseando taciturno entre los edificios.

—¡Hemos localizado a Max! —le anunció con alegría.

—¡Fantástico! ¿Está en Montana?

—Es mejor que no conozcas los detalles. Cualquier indiscreción podría hacernos fracasar —le respondió Alian con expresión enigmática.

—Lo comprendo, no te preocupes. ¿Qué vais a hacer? —preguntó a la vez que un coche se les acercaba.

—«Si uno no entra en la guarida del tigre, ¿cómo podrá apoderarse de sus cachorros?» —le respondió con un guiño al introducirse en el automóvil, que se alejó deprisa.

—¡Suerte!

VI

Paulo Teixeira se henchía de satisfacción a medida que el Tupolev 154, completamente blanco y con su banderita roja con la hoz y el martillo destacando en el extremo de la cola, se le acercaba rugiendo. En lugar de aguardar protegido en la terminal, prefirió recibirlo a pie de pista, ajeno a la fina lluvia que la brisa marina llevaba consigo. A su lado, el diminuto cónsul chino soportaba peor las inclemencias del tiempo. Teixeira aún no podía creerse la tremenda suerte que había tenido al haber recibido su llamada sólo cinco días antes. Durante varios años, conviviendo en aquel minúsculo archipiélago en medio del Atlántico Norte, apenas habían intercambiado algún saludo al cruzarse. No tenían nada en común. Wao Din Ching provenía de otra cultura y estaba de obligado paso hacia destinos de mayor relevancia. Mientras que Teixeira formaba parte intrínseca de esas islas. Provenía de una estirpe que se remontaba a los tiempos en que Diogo de Silves desembarcó en Santa María y colonizó el territorio. A sus cincuenta y seis años muy pocas veces había salido de ese lugar, y su pasión siempre había sido promover actividades culturales, como representaciones, exposiciones y tertulias, en su Gran Casino dos Afores.

En plena gira mundial, los Acróbatas de Shangai debían efectuar una escala técnica en Ponta Delgada, de camino hacia Las Vegas. El trato era que si se avenía a hospedarlos gratis por unos días, estaban dispuestos a hacer un único espectáculo en su teatro, compartiendo al 50 por ciento los ingresos de taquilla. Considerada como una de las principales compañías del mundo, al mismo nivel que el Cirque du Soleil, la oferta era extraordinaria y la aceptó al instante. Consiguió despertar a las islas de su hibernación, y ya no quedaban plazas libres. Incluso madereiros, los eternos rivales, y lisboetas, de la metrópoli, asistirían, y la reventa se había disparado.

¡Y pensaba que el encuentro previo a la segunda invasión a Irak iba a ser la jornada más relevante de las Azores durante su vida! En aquella ocasión debió limitarse a contemplar los abrazos de los líderes mundiales desde la zona de la terminal reservada para los vips locales. Esta vez era él, Paulo Teixeira Gonzalves, quien recibía a los ilustres visitantes a pie de pista. Ni un huracán iba a privarle de esa prerrogativa.

El avión abrió su puerta delantera, y los operarios del aeropuerto colocaron la escalerilla diligentemente. Surgió un fornido asistente con un amplio paraguas negro, que albergaba la figura menuda de un anciano, quien descendió lentamente y con una amplia sonrisa, seguido por una atlética hueste, en la que proliferaban niñas de aparentemente corta edad. Al pisar el último peldaño, el cónsul Ching se deshizo en reverencias ante el ilustre Wang Dan, director de la compañía, presentándoselo después a su anfitrión.

Teixeira estrechó cordialmente su mano e hizo avanzar a su nieta de ocho años, ataviada con el vestido tradicional, para entregarle un ramo compuesto por las exuberantes orquídeas y hortensias del archipiélago. Un fotógrafo, contratado para la

ocasión, inmortalizó la escena cumbre de su vida. Wang Dan, ciertamente complacido, aceptó el ramo de la niña, y juntos avanzaron sobre la empapada alfombra roja hasta el coche que los esperaba, sin atender a las demandas de la prensa local, confinada en una zona acordonada.

Las invitaciones repartidas entre los aduaneros agilizaron sobremanera los trámites del desembarco. Sellaron el paquete de pasaportes entregado, sin verificar si coincidía con el número de personas que iba en el avión, y apenas pasearon sus miradas por los numerosos equipajes y cajas con tramoyas y elementos pirotécnicos, el plato fuerte de sus espectáculos.

A medida que entraban en su hotel, Teixeira se dio cuenta de que los miembros de la *troupe* superaban sus previsiones, por lo que pidió a su hijo, Joao, que se ocupase de redistribuirlos en otros establecimientos de la población. Acompañó a la gran *suite* a Wang Dan, quien seguía llevando consigo a la niña con el ramo, aún mojada pero ya sin la sonrisa. Quiso convencerle para efectuar una segunda representación o, al menos, emitir la primera por televisión, aprovechando la inmejorable oferta del canal local, pero no obtuvo respuesta alguna. Siguió insistiendo hasta que Ching le hizo salir, no sin asegurarle antes que el ilustre personaje lo consideraría tras descansar.

Cuando se alejaba por el pasillo, de pronto recordó a su nieta, y volvió a buscarla. Se abrió la puerta y la niña salió corriendo por el pasillo, llevándose consigo el ramo.

Yu y Woo fueron hospedados en una pensión en el centro, y tan pronto oscureció, salieron para localizar cuanto antes el paradero de Max. El cable submarino de conexión a la red troncal de internet, que unía ambas orillas del Atlántico, emergía en el edificio de Portugal Telecom, a las afueras de Ponta Delgada, desde donde se distribuía por el archipiélago. Precisamente allí era adonde llegaban las coordenadas localizadas por el propio Woo en Bozeman. Si bien su servidor estaba físicamente en Montana, Max se encontraba en otra localidad. Las pesquisas los habían llevado a las Azores, refugio ideal para actividades encubiertas.

Como una sombra, enfundada de negro, Yu, con la ayuda de Woo, trepó hasta una ventana semiabierta del primer piso, y allí se detuvo varios minutos para oír los silencios del interior. Avanzó después sigilosamente a través de las oficinas, atenta ante cualquier eventualidad. Unos quince minutos después abrió la puerta principal a Woo, quien la siguió por un pasillo. Distinguió la figura postrada de un guardia de seguridad, que pasó del duermevela al sueño eterno sin darse cuenta.

Ambos bajaron a la sala de terminales, donde Woo conectó su ordenador portátil y se dispuso a identificar la dirección de Max. Tardó una hora en volver a la calle, y Yu se encargó de cerrar por dentro, conectar de nuevo la videocámara de la entrada y salir por la misma ventana. Confiaba en que no repararían en la destrucción del canal interno del oído izquierdo por el que su estilote había penetrado hasta clavarse en el lóbulo parietal del vigilante. Disimuló el orificio derritiendo cera de abeja, que siempre llevaba en su kit de asesina. Después limpió las escasas gotas de sangre del escenario para que semejase otra víctima de las cada vez más frecuentes hemorragias cerebrales. Aquello les daba unos días de ventaja ante cualquier investigación.

Yu había sido enterrada viva por su padre el mismo día en que nació. La política del hijo único en la China rural profunda la había sentenciado. Una prima la rescató poco después, y se la llevó a hurtadillas a una casa de acogida, y desde allí pasó de un orfanato a otro. La húmeda frialdad de la tierra la marcó. Jamás tuvo ningún amigo, recibió cariño o sintió miedo. Los oficiales de los servicios secretos, alertados sobre la niña amoral, consideraron como excepcionales aquellas peculiaridades. Ingresó en su academia para rápidamente aprender técnicas de espionaje, interrogación, seducción y asesinato, sin arredrarse ante ninguna de las pruebas a las que fue sometida. Nunca nadie había encontrado su límite.

La ubicación detectada era una casa de campo situada casi en la otra punta de la isla, cerca de Sao Vicente Ferreira.

Pidieron un coche, y poco después apareció el propio cónsul Ching al volante del suyo. Atravesaron juntos la isla en un absoluto silencio, pendientes de los pocos vehículos con los que se cruzaban. Una hora más tarde, Ching paró en un camino rural a unos dos kilómetros del objetivo, y ambos se fundieron en la noche, dejando al cónsul allí solo.

A medida que se acercaban fueron extremando el cuidado, en previsión de medidas de seguridad. Llevaban puestas las gafas de visión nocturna y a lo lejos divisaron las formas verde fosforescente de la *Villa do Fogo*. Los infrarrojos indicaban que los coches allí estacionados llevaban horas con el motor parado. Se oían algunos ladridos. Rodearon la casa en un radio de unos doscientos metros, en direcciones opuestas, con extremo cuidado, tomando fotos de la estructura y buscando posibles accesos. Incluso detectaron la distribución de algunos de sus habitantes en el interior. Cuando se encontraron en el otro extremo, sumaron entre ambos diecisiete personas descansando en las habitaciones superiores y dos más moviéndose por la planta baja.

Marcaron la posición GPS y Woo regresó junto al cónsul, para entregarle un PDA que contenía toda la información obtenida. Ellos dos se quedaron allí, observando, hasta que llegase el reemplazo.

Poco antes del amanecer, la furgoneta del relevo se aproximaba con las luces apagadas. Se detuvo apenas unos segundos, soltando a tres comandos, que se apostaron alrededor del objetivo ocupando los vértices de un triángulo isósceles. Indistinguibles al ojo humano, se mantendrían en la posición hasta la noche siguiente, observando cualquier movimiento, con la esperanza de certificar la presencia de Max.

Los días siguientes transcurrieron entre los ensayos en el Gran Casino y las actividades turísticas. Los miembros de la compañía se desplazaban en grupos, contemplando la imponente naturaleza virgen, avistando las ballenas, que proliferan en la zona, y visitando otras islas del archipiélago. Pasaron completamente inadvertidas las actividades de vigilancia ejercida sobre la Villa do Fogo, situada en plena Serra do Agua do Pau, muy cerca de una de las principales lagunas de la isla, de aguas cristalinas en un enorme cráter volcánico. Ante la gran cantidad de aves en la zona, se instruyó a los centinelas para que, en el caso de ser detectados, justificasen su presencia allí por fines ornitológicos. Tuvieron que aprender a reconocer a diversos pájaros autóctonos, como los cernícalos, fardelas, ibis y zarapitos.

La casa presentaba, desde luego, una gran actividad, aunque llevada con total discreción. Eran frecuentes las entradas y salidas de automóviles, transportando alimentos y cajas. Fotografiaron a todos los individuos que vieron, y remitieron a Pekín las imágenes, en las que identificaron a diversas personas relacionadas con universidades y centros de investigación, e incluso con los servicios de inteligencia de Estados Unidos. En el registro de la propiedad, descubrieron que la titularidad de la casa y sus terrenos se difuminaba en un testaferro interpuesto. Aunque nadie llegó a ver a Max, cada vez resultaba más fiable que ésa fuera su mazmorra, por lo que Pekín dio luz verde para rescatarlo durante la representación en el Gran Casino.

Mientras Paulo Teixeira se ajustaba el chaqué ceremonial con el que iba a efectuar su discurso de presentación, los comandos teñían su rostro de negro y probaban las armas en las furgonetas que los conducirían al objetivo. Se cruzaron con varios coches que iban a ver el espectáculo, algunos con habitantes de Villa do Fogo, tal y como les informaron los centinelas, pero ninguno de ellos era Max.

Alian y el coronel Jun Shan permanecieron en la furgoneta, que haría las funciones de cuartel general, junto con Woo, encargado de coordinar las comunicaciones con los tres grupos en que se distribuyeron los veinte comandos. Los dos primeros, denominados YI y ER, avanzaron directamente hacia el objetivo desde direcciones opuestas, mientras el SAN selló la zona, para que nadie pudiera salir ni entrar durante la operación.

En el preciso instante en que Paulo Teixeira se inclinaba emocionado ante la estruendosa ovación con la que los azoreños le apremiaban a dar por concluido su discurso, los comandos cortaron el suministro eléctrico y volaron simultáneamente las puertas frontal y lateral de la villa, introduciéndose de forma expeditiva entre los gritos de alarma de sus inquilinos, deslumbrados ante los múltiples haces de infrarrojos.

Quien hizo algún amago por defenderse fue inmediatamente abatido mediante culatazos. Cuando ambos grupos se encontraron en el centro de la casa, hicieron tender en el suelo a sus prisioneros, que fueron atados y amordazados, mientras los demás proseguían con la ocupación del lugar. Los YI se dirigieron al piso superior, donde se oyeron de inmediato numerosos gritos y golpes, mientras que los ER registraban la planta baja, buscando afanosamente el acceso a los sótanos. Max seguía sin aparecer.

Cuando se emitió la señal de que la zona estaba securizada, encendieron unas linternas y Yu entró con varios comandos del grupo SAN. Escogió un prisionero al azar, a quien colocó la punta de su agudo estilete sobre la córnea, para mostrarle seguidamente la foto de Max. El hombre fijó su mirada en la foto y negó con la cabeza, que seguidamente se retorció mientras ella le atravesaba el ojo con el estilete hasta clavarse en la masa encefálica. Yu lo dejó allí con el cuerpo estremeciéndose. Eligió entonces al que estaba a su lado y que intentaba huir reptando.

El plan era llevar a Max directamente al avión, pero no lo encontraron. Después de registrar minuciosamente toda la zona y asegurarse de que ningún prisionero sabía nada sobre Max, tuvieron que aceptar que se habían equivocado.

Villa do Fogo, haciendo honor a su nombre, ardía como mía pira funeraria, mientras la comitiva de furgonetas partía directamente hacia el aeropuerto, envueltos en un sentimiento de fracaso. Esperarían en el interior del avión el regreso de la compañía, para volar directamente a Hefei. Wang Dan y el cónsul Ching fueron los últimos en llegar al aparato, retenidos hasta el último momento en la fiesta que en su

honor había organizado un eufórico Paulo Teixeira.

VII

—Consideramos que tu misión aquí ha acabado —fue lo primero que Alian dijo a Carlos al volver a Baozheng tras varios días de ausencia.

Su semblante no incitaba a pedir detalles.

—¿Y Max? —preguntó, no obstante.

Alian encajó la pregunta casi sin inmutarse, y respondió:

—No le hemos encontrado donde creíamos que estaba, y ya no sabemos dónde buscar. Tendremos que pasar sin él. Tú ahora deberías reunirte con tu familia. Te mantendré al corriente de las novedades.

El sentimiento era agridulce, y en pocos minutos Carlos recogió su equipaje. Mientras circulaban hacia la verja de salida, despidiéndose con la mano de Francesc, espigado entre Shang y Shu, preguntó a Alian, sentado a su lado en el coche:

—¿Dejaréis que vuelva alguna vez?

La respuesta tardó unos segundos, impregnada de cautela.

—Es posible que no quiera. Puede ser muy feliz en China.

—No lo dudo —respondió Carlos—, pero considero injusto que retengáis a alguien por el delito de haberos ayudado.

—La vida es muy larga y algún día Francesc podrá volver, si así lo desea. Mientras, haremos todo lo necesario para que sea feliz aquí con nosotros. Al igual que hacemos contigo y con tu familia.

El coche aceleró hacia el aeropuerto de Hefei. La lluvia se deslizaba copiosa por los vidrios del automóvil, encorvando las espaldas de las personas que transitaban por los arcones.

—¿Cuánto tiempo crees que deberemos permanecer en China? —preguntó Carlos.

—No lo sé. Es demasiado pronto para saberlo. Pregúntamelo dentro de un par de años. Seguramente entonces ya sabremos a qué atenernos. En China decimos que «mientras haya montes verdes, no hay por qué inquietarse por la leña».

Cansado de recorrer incesantemente el camino entre el misterioso website, ahora desactivado, y las infranqueables murallas del servidor PV, Max.vp concentró al reducido grupo en el vetusto servidor Napster, por si volvían por allí las sondas musicales con nuevas instrucciones de su RP y también para no estar a merced de los cada vez más agresivos spiders en campo abierto. No fue así; los PV no volvieron jamás y además acabaron cercados. A su alrededor, se concentraban a millones las peores mutaciones de spiders. Sus embates mantenían constantemente ocupados a los VP, quienes se habían distribuido por los distintos puertos de acceso para frenar a las horcas, aunque no podrían resistir indefinidamente.

Saltó la última alarma del reloj interno de Carlos.vp, indicando que apenas le restaban ya mil milisegundos. Hastiado, abandonó su puesto para subir hasta un altillo y morir contemplando el grandioso espectáculo de la miríada de destellos del universo virtual. Le apenaba saber que su vida no había tenido sentido alguno. La información que poseía se había convertido hacía mucho en obsoleta, y estaba claro que al RP, si es que realmente existía, le importaba un comino. Y tampoco se la merecía. Sólo anhelaba que fuese su reloj biológico quien marcase el final, y no las despiadadas cuchillas de los spiders.

En lugar de la serenidad a la que aspiraba, notó un extraño revuelo ahí abajo. Muy a su pesar dejó de mirar el firmamento, para ver a Didier.vp y a David.vp huyendo a toda velocidad.

Instantes después, Steven.vp y Sally.vp los siguieron. Corrían todo lo que podían para distanciarse de Max.vp, quien no iba a mostrar clemencia alguna con quienes habían desobedecido las reglas. Al verlo surgir del servidor, las masas de *spiders* abrieron un respetuoso pasillo por el que se lanzó en furiosa persecución. Debajo, entre el tumulto ya sólo quedaba SirHenry.vp, rodeado de spiders dispuestos a despedazarlo y hacerse así con su ansiado código fuente. Maldiciendo su mala suerte, saltó para rescatarlo y ambos fueron tras la estela de los VP en una absurda carrera desbocada con todos los spiders detrás.

El brusco cambio de paisaje después del control resultaba desconcertante. De pronto Carlos se encontró circulando por las calles de la típica urbanización estadounidense de extrarradio, a la orilla de un enorme lago, del que apenas se veía la orilla opuesta, jalonada por casas de estilo uniforme, todas con un cuidado césped, aunque sin muros o setos separándolas. Los esporádicos peatones y ciclistas con los que se cruzaban, casi todos de aspecto occidental, los miraban recelosos al pasar. Los niños con impertinente fijeza y ninguna sonrisa. El coche enfocó hacia una pequeña calle, en cuyo extremo distinguió a su familia sobre una loma de hierba con las aguas azules de fondo, ante el que parecía que iba a ser su nuevo hogar. Se levantaron al unísono.

El chófer, que le había llevado desde el aeropuerto, dejó allí mismo el equipaje y partió de inmediato. Tras abrazarse, circundaron los peldaños hasta entrar en la casa. El día, cálido y radiante, realzaba el aspecto funcional del interior. Al acceder al salón, Carlos no pudo evitar detenerse ante el amplio ventanal, para contemplar extasiado el remolinado vuelo de cientos o quizá de miles de aves sobre el lago Dongting. Ana le ayudó a vaciar la maleta en su habitación. Desde allí Carlos veía a sus hijos en el jardín, sentados en silencio.

—Nunca los había visto tan abatidos —comentó a su mujer, tendiéndole unas camisas—. ¿Qué les pasa?

—Quieren volver a casa. Compréndelo, llevamos más de tres meses aquí y estamos hartos —respondió mientras continuaba con su tarea.

—Eso no podrá ser por ahora. Alian me dijo que debemos dejar que todo esto se enfríe.

—¿Y tienes idea de cuándo será? ¿Quién decide cuándo hace frío? ¿Estás seguro de que nos dejarán volver o vamos a quedarnos aquí para siempre?

Las punzantes preguntas eran cada vez más agresivas.

—Francamente no sé qué responderte ahora. Además, este sitio no está nada mal. Creo que nos merecemos unas vacaciones después de todo lo que hemos pasado.

—No te confundas, Carlos, esto no son ningunas vacaciones. Y no tenías derecho a meternos en algo así por tus sueños de gran hombre de negocios.

—No tuve opción, Ana. Estabais en peligro... —Iba sucumbiendo a la fatiga y a la rotundidad de los planteamientos de su mujer—. Estoy agotado. Necesito algo de tiempo para pensar. Te prometo que lo solucionaré.

Continuaron colocando la ropa en las estanterías envueltos en un silencio tenso, roto por Carlos, que preguntó a Ana, mientras miraba a sus hijos en el jardín:

—¿Y no han hecho ningún amigo?

—Andrés ha conocido a algunos chicos de su edad. Me preocupa más Carla; se está volviendo muy introvertida.

—¿Ni lo ha intentado?

—Esto le coincide con una etapa muy especial de su vida, que es cuando más

necesita tener a sus amigos cerca, en lugar de sentirse acorralada.

—¿Sabes si hay algún otro español por aquí? —dijo Carlos poco después.

—Creo que no —contestó ella, cerrando las puertas del armario—. Ya ves que yo tampoco estoy motivada para hacer amigos aquí. ¿Verdad que no apetece conocer a la gente con la que coincides en la sala de espera del dentista?

—Quizá haya algún sitio agradable para reunirse.

—El único sitio «agradable», como tú dices, es la playita de aquí al lado, al menos durante el verano, pero también allí cada uno va a la suya. Hay una sala encima del economato, pero es un lugar feísimo y no motiva nada. Tiene una televisión, donde sólo se pueden ver los canales internacionales de las cadenas chinas. Quizá la han diseñado así expresamente para que nadie se reúna allí —iba contando Ana mientras proseguía mecánicamente con su tarea.

Carlos bajó al jardín y se sentó junto a sus hijos.

—¿Qué tal por aquí?

Los dos se miraron, siendo el niño el primero en responden.

—Psa.

—¡Esto es un palo tremendo! —intervino Carla.

—¿Es verdad que ya tienes algunos amigos? —preguntó Carlos a Andrés.

—¡Unos primos! —contestó el niño.

—¡Para ti son todos unos primos, y el más primo eres tú por ir con ellos! —le acusó su hermana en tono agresivo.

—Pues parece un sitio muy bonito, y nos merecemos descansar después de lo que hemos pasado —comentó Carlos en un tono jovial—. Dejemos que pasen dos o tres semanas más, y después ya veremos qué hacemos.

—¡No aguanto más esta prisión, papi! —protestó Carla.

—¿Llamas prisión a esto?

—Tiene razón —intervino Ana acercándose—. Estamos completamente aislados. Desde que salimos huyendo de casa no he podido volver a hablar con mi madre.

—¿No podemos mantener ningún contacto con el exterior? —inquirió Carlos con incredulidad.

—¡Exacto, veo que te estás enterando! Nos quitaron los móviles y no tenemos acceso al teléfono ni a ningún ordenador. Ni siquiera a la radio o al correo. Dicen que es por nuestra propia seguridad. Al llegar a Arcadia...

—¿Arcadia? —le interrumpió Carlos.

—Es el nombre que le dan a este sitio. ¿Qué pasa?

—Es que ya tiene guasa el nombre.

—Lamentó haberla interrumpido.

—Dime entonces qué sucedió al llegar.

—Wanton, el jefe de seguridad, nos dijo que aquí todos somos refugiados, que estamos bajo su protección y tenernos aislados es la mejor forma de proteger nuestras vidas. Así que hay que estarles muy agradecidos y conformarse.

—¡Pues yo no pienso conformarme! —Reaccionó Carla con fiereza—. ¡Esto es una puta prisión de mierda!

—¿Dónde puedo encontrarle? —dijo Carlos dirigiéndose de nuevo a su mujer.

—¡Ve con cuidado! —respondió ella—. Es un gorila con muy malas pulgas. Apenas se entiende su inglés, pero me dejó claro al llegar que si nos quejamos perderemos algunos privilegios, como esta casa tan bien situada. Incluso podrían enviarnos a otro centro de acogida menos agradable. Hasta sus propios guardas le temen; es también muy estricto con ellos.

—Pero ¿alguien puede decirme cómo se sale de aquí? —exclamó la niña con los ojos llenos de lágrimas y repleta de ira.

—¡Déjanos hablar, Carla! —replicó su madre en tono agrio, volviéndose después hacia Carlos—. Me han contado casos de familias que ya se han ido. ¿Adónde? Eso ya no se sabe...

—Alian debería ayudarnos —aventuró Carlos.

—Para hablar con él supongo que necesitarás un teléfono —respondió Ana con sarcasmo—. Desde luego no me han dejado acercarme a ninguno.

—Iré a pedírselo al Wanton ése. Con toda la educación del mundo, pero con firmeza. Hasta cuando te detienen te dejan llamar al abogado, ¿no?

—Pregúntaselo a los de Guantánamo.

—¡Joder, no compares! ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En la caseta de los guardianes. No se mezclan con nosotros, pero tampoco les gusta que nos acerquemos por allí. Podrías probar haciéndole llegar el recado a través de la cajera del economato. Tienen un buzón de sugerencias allí, y cada día pasa por delante al entrar.

El azar o el destino, ambos igualmente misteriosos, quisieron llevarlos en su desesperada carrera al límite, perseguidos por Max.vp y millones de spiders, hasta el potente servidor de entrada a SecondLife, donde aceptaban visitantes sin hacer apenas preguntas. Una vez rellenado un breve formulario de admisión, pasaron a convertirse en avatares, asumiendo la misma apariencia humana: atractivos jóvenes con camiseta blanca y tejanos ellos, ajustado top beis y leotardos oscuros para la única fémina VP. Se adentraron por una isla tropical, confundidos entre otros muchos, igual de anodinos, con la única diferencia de que los VP no estaban siendo directamente manipulados por un ser humano, sino que disponían de su propia esencia. Aunque eso era algo que no trascendía a simple vista.

Mientras los nuevos avatares contemplaban el entorno y a sus congéneres, Max.vp buscaba enfurecido a los fugitivos entre la multitud, empujando a aquellos seres tan torpes, que se entretenían embelesados ante cualquier indicador para leer las instrucciones de aquel nuevo mundo a medida que avanzaban hacia lo que aparentaba ser un templo mitológico; un Partenón de blancas columnas en la cima de una colina, sobre un paisaje absolutamente esplendoroso de mar y cielo caribeño, que inducía a la felicidad, debido a la convicción de que no podía existir un lugar mejor ni más seguro. Los firewall que se encontraban en la puerta siempre detendrían a todos los spiders.

En el templo cada avatar podía personalizar un poco su aspecto y aprendía a volar. De allí fueron partiendo hacia el continente, que se vislumbraba a lo lejos. Desde el aire impresionaba la extensión de las edificaciones a lo largo de toda la costa y también en diversas islas. Decenas de embarcaciones de recreo navegaban en todas direcciones, tanto pequeños fueraborda como lujosos yates de gran eslora con sus alegres invitados. A medida que se acercaban a tierra firme empezaban a distinguirse lujosas mansiones, edificadas con los diseños más vanguardistas. Las nubes de avatares recién bautizados se dispersaban sobre aquella enorme extensión urbanizada, confundiéndose entre millones de veteranos que se desplazaban en todas direcciones. Solo y consciente de que debía cumplir con su inexorable cita, Carlos.vp escogió un pequeño parque y descendió.

Max.vp, completamente desolado, abandonó SecondLife para plantarse ante el gran servidor PV, del que provenían las sondas musicales. No pensaba moverse hasta recibir nuevas indicaciones de su RP. Permanecía en la intemperie, sin prestar atención a los ansiosos spiders que se acumulaban a su alrededor, sin oponer resistencia alguna mientras le palpaban, inquietos y temerosos en sus ansias de despedazarle, convencido de que su RP no permitiría semejante sacrificio, dispuesto a morir si no le conmovía; tal era su fe. Pronto se abrió una compuerta y pudo entrar.

Ana quiso celebrar aquella primera cena familiar, tan lejos de casa, con una paella. Desde luego, allí el arroz no faltaba, y sorteó los demás ingredientes con buenas dosis de imaginación. El azafrán fue sustituido por filamentos de *fatt choy*, a base de algas fermentadas. Los cangrejos e insípidos pescados del lago debieron compensar a las cigalas y al rape. Encontró anillas de calamar congeladas en el economato. Una sangría con frutas en almíbar intentaría disimular la pésima calidad del vino tinto disponible y, de paso, animar el alicaído ambiente. En el preciso instante en el que puso la gran sartén sobre la mesa y la intensa fragancia se extendió por el jardín, una poderosa voz de marcado acento germánico retumbó hacia ellos en la oscuridad, por encima del incesante siseo de los grillos.

—¡Qué bien huele!

—Ya me extrañaba no verte, Jorrit —exclamó Ana a la figura aún invisible, sin disimular su fastidio.

Surgió un hombre enorme, con el cabello cayendo, enmarañado, desde la gran calva central hasta los hombros. Superaba ampliamente la cincuentena, y tan sólo vestía un camisón, gastado y plagado de lamparones, sostenido por dos peludas piernas. De su sonrosada tez y profusa barba sobresalía una nariz bulbosa, escudada por inquietos ojillos de jabalí carroñero.

—¡Qué bueno! —dijo, observando con avidez la gran sartén y con curiosidad al nuevo miembro de la familia.

—Te presento a Carlos, mi marido.

—Hola, Jorrit —saludó Carlos—, parece que te hemos despertado.

El aludido permaneció ceñudo durante unos segundos y después prorrumpió en una estrepitosa carcajada, que nadie secundó.

—Me ha despertado el hambre —comentó tras desahogarse.

—¿Te apetece probar comida española? —ofreció Carlos.

—No hace falta que se lo digas —repuso Ana—. Viene a menudo a por las sobras —aseguró Ana, dirigiéndose después a Jorrit—: Ven dentro de un rato, que seguramente quedará algo.

—Pobre tío —comentó Carlos, quien entonces se dirigió al esperanzado visitante —: Ahora mismo te ponemos un plato, pero te vas rápido, ¿eh? Vamos, tráemelo, Andrés, y también un vaso.

—¡Oh! —acertó a mencionar Jorrit, sentándose emocionado en el lugar que había ocupado el niño, y engullendo su ración sin esperarle, ante el disgusto de Ana y de Carla.

Jorrit vació en pocos tragos compulsivos el vaso de sangría que le ofreció el niño al volver, sin dejarse ni los trozos de frutas que encontró al fondo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —quiso saber Carlos.

—Dieciséis años.

—¡Vaya, sin duda debes de ser el veterano de Arcadia! Todo un honor.

—Unos se van y otros vienen. Estuve antes en Hohhot, cerca de Mongolia. Horrible —comentó guiñándole un ojo—. ¡Sobre todo no vayas a Hohhot!

—¿Y cuánto tiempo más vas a quedarte en Arcadia? —preguntó Carlos.

—¡Y yo qué sé! —Sus ojos le miraban divertidos—. Aquí sólo sabes cuándo entras, nunca cuándo te vas. —Y se puso a canturrear—: «Welcome to the Hotel California, such a lovely place...».

—Toma —intervino Ana, a quien la canción estaba poniendo nerviosa, pasándole el plato que Carla apenas había tocado.

—¿Y cómo te has ganado unas vacaciones tan largas? —preguntó Carlos mientras Jorrit reanudaba la deglución.

—Jajajajajaja —casi se atragantó, sacudido por la risa—. ¿Verdad que son largas mis vacaciones? Jajajajajaja. Como las vuestras. ¡Seguro que les habéis hecho un buen favor! Sacaron a los Sorge para daros esta casa.

—¡Pues no tenía ni idea! —se sorprendió Ana.

—Mala gente, nunca me daban sobras. No te preocupes por ellos, algún día os pasará a vosotros. Y a seguir disfrutando de las eternas vacaciones. Jajajajajaja. —Se detuvo en seco para vaciar otro vaso repleto de sangría—. ¡Pero nunca a Hohhot!

—¡No vamos a estar siempre aquí! —intervino desafiante Carla, a punto de saltársele las lágrimas.

—Claro, claro. Jajajajajaja —respondió Jorrit mientras se ponía de pie con cierta dificultad para fundirse en la oscuridad, canturreando la canción de los Eagles.

Relax said the nightman

We are programmed to receive.

Yon can check out any time yon like,

but you can never leave.

Mirna solía ir volando al centro comercial, donde disfrutaba de las últimas horas de la tarde, chismorreando con las amigas y mirando las últimas novedades, tanto en los escaparates como en los bares de ligoteo. A pesar de que no le sobraba el dinero, nunca dejaba de comprarse algo. En compensación por las calamidades pasadas, había decidido que en esa nueva vida no iba a privarse de un capricho cada día, aunque fuesen unas medias de fantasía.

Como esta vez tenía tiempo de sobra, le apeteció atravesar caminando el bucólico parque frente a su apartamento, y en cuanto entró supo que su intuición había sido acertada. Sentado en un banco al borde del camino, vio a un chico solitario con la mirada perdida. La luz del ocaso reflejada en su rostro resultaba sobrecogedora. Acostumbrada a crear un efecto perturbador, no entendía por qué aquel desconocido se mantuvo indiferente cuando ella pasó por delante. Detuvo su caminar unos instantes; no quería irse, pero se sentía azorada de permanecer allí inmóvil. Sacrificó una espectacular orquídea blanca de un parterre cercano para adornar su espesa cabellera negra y dar ocasión de admirarla. Pero el extraño seguía estático. Incluso un gay, pensaba ella, reaccionaría ante tanta voluptuosidad desatada, aunque fuese con una sonrisa de suficiencia por saberse vacunado.

Algo salvaje, el herido orgullo de la leona, se reveló en su interior, y se encaminó directamente hacia la que debía ser su próxima presa. Mirna colocó sus desafiantes caderas frente al rostro, ahora ensombrecido, y alzó poco a poco la minifalda, mostrándole un nuevo infinito a apenas unos centímetros, pero aquella mirada ni pestañeaba. Se sentó encima, rodeándole con piernas y brazos, sin reprimir los primeros espasmos que la sobreexcitación le provocaba, pero seguía sin recibir correspondencia alguna. Entonces se dio cuenta de que aquel avatar era impotente.

El recién llegado no disponía ni del atributo masculino por excelencia, y ella le prestó uno de su colección. Quizá no el más espectacular, pero sí uno muy funcional que solía llevar consigo. Al insertárselo, se produjo en el chico un ligero escalofrío que le hizo salir de su ensimismamiento. Sin perder ni un instante, Mirna volvió a sentarse encima, y fue fácilmente penetrada. La presión púbica se intensificó de forma rítmica, generando un calor creciente sobre el que ella exhaló dos intensos orgasmos seguidos, el segundo aún más maravilloso y sorprendente que el primero. Su asombro se intensificó al sentir entonces la descarga del desconocido, que ahora la miraba fijamente, con expresión conmovida. Ya en las puertas de la muerte, Carlos.vp notó un vigor descontrolado, devastador, que reclamó toda su atención. Un estallido de intermitencias múltiples, una fricción cada vez más violenta, hasta la explosión de luz, el alejamiento del time-out, la sorpresa de la vida recobrada sin su RP.

La mañana siguiente, Ana y Carlos salieron temprano y se dirigieron directamente hacia la guarida de Wanton. Había que ascender por una loma pelada, sobre la que se asentaba la caseta, junto a la alambrada que circunvalaba el perímetro de Arcadia.

Acostumbrados como estaban a mirar hacia fuera, los guardias no percibieron su presencia hasta cuando prácticamente hubieron coronado el ascenso. Varios salieron descamisados de la caseta, y se quedaron mirándolos fijamente y en silencio mientras uno de ellos se adentraba en el interior para dar el aviso. El último en aparecer, ocupando todo el marco de la puerta, fue su malhumorado jefe, quien les indicó que se volviesen con gestos hoscros, que los demás jalearon con impertinencia.

—Wanton —gritó Ana, deteniéndose a una escasa veintena de metros—. Mi marido llegó ayer y desea hablar con usted.

Ante su mutismo, Carlos intervino:

—Si ahora no le va bien, podemos volver luego.

—Dentro de un año —contestó con una voz grave al cabo de varios segundos de incómodo silencio, suscitando la hilaridad de sus acólitos.

Se dispuso a regresar a la caseta, dando por terminada la charla, por lo que Carlos insistió:

—Por favor, señor Wanton. Acabo de llegar y necesito llamar por teléfono.

—¡No soy ningún señor, esto es aún un país comunista! —Reaccionó airado, para a continuación preguntar con recelo—: ¿A quién quiere llamar?

—A Alian Lo.

—¿Y ése quién es?

—Nuestro contacto en China. Creo que su nombre local es Lo Zhang Mu o algo parecido.

—Le pasaré su aviso —respondió hoscamente, advirtiéndole a continuación—: Su esposa ya conoce las normas y no es bueno que vengan a distraernos. Agradezcan nuestra hospitalidad y esperen mis noticias en su casa. Esta vez no reportaré el incidente, pero no quiero verlos nunca más por aquí.

Carlos.vp no entendía por qué Mirna necesitaba descansar tanto. Se pasaba el día durmiendo y sólo funcionaba al atardecer, aunque tenía que reconocer que a partir de entonces no había quien la parase. Justo al despertarse le desactivaba el time-out, nunca de forma rutinaria, sino siempre siguiendo los extraños impulsos de su fértil imaginación, y él apreciaba esa abnegación en resolver algo que antes tanto le había atormentado. No necesitaba desactivarlo cada día ni mucho menos, pero poder hacerlo tan fácilmente le embriagaba de felicidad.

Después volaban juntos al centro comercial, donde ya empezaba a tener sus propias amistades. Al cruzarse o incluso charlar con algún avatar, le intrigaba que pudiera ser un VP. No obstante, la prudencia aconsejaba no hacer alardes. Desde aquella caótica entrada, se dispersaron en el anonimato de sus nuevos nombres y aspectos, y no había vuelto a tener noticias de ninguno de ellos. Bien es verdad que la despedida no fue ciertamente amistosa, pero deberían ser capaces de superar esas asperezas, provocadas por la situación límite que habían vivido en el exterior. En varias conversaciones, de pronto había dicho «VP» en voz alta ante la indiferencia generalizada, con la única excepción del arranque de malhumor de Kim, quien se alejó en el acto. Tuvo que prometer a Mirna que no volvería a hacerlo.

Kim era una de sus mejores amigas. Formaban un tándem temible, capaz de electrizar cualquier ambiente. Apenas contaba nada sobre su vida real, pero sabían que era muy desgraciada. Desterrada a las oficinas en Malasia de una firma de inversiones, fue abandonada por su prometido, que prefirió quedarse en Inglaterra. Apenas tenía vida social en un país muy islámico, donde las únicas diversiones eran las reuniones de borrachera y coca de la colonia de amargados, en permanente cuenta atrás para retornar a la metrópolis, con esporádicas escapadas a Singapur, Hong Kong o Sidney y, desde luego, a SecondLife. No dejó de informar a *sir* Henry sobre la feliz coincidencia, con la esperanza de sumar suficientes méritos para levantar la pena de destierro.

Carlos.vp confiaba en que sus congéneres también hubiesen descubierto alguna forma de superar el time-out. Dada la promiscuidad existente, lo más lógico era pensar que así habría sido, convirtiéndose en orgasmodependientes. Constantemente recibía propuestas de todo tipo: desactivaciones en grupo, con otros avatares de su mismo sexo, incluso de una gallina que casi le doblaba la altura y no cesaba de perseguirle cada vez que entraba en el centro comercial. Pero él prefería mantenerse fiel a Mima, tal y como anteriormente lo había sido de su RP.

Carlos y Ana descendieron en silencio, caminando sin dirección fija por entre las casas, hasta acabar en el economato. Apenas saludaron a las pocas personas con las que se cruzaron; un saludo breve, sin detenerse. El clima cálido y húmedo de la zona, especialmente en aquella época estival, impulsaba a los más previsores a cumplir con sus obligaciones durante esas primeras horas, para enquistarse el resto del día en sus casas. Los más animados superaban la jornada en la playa. Al anochecer volvía a generarse algún bullicio. Apenas se veían chinos dentro del recinto, y siempre desempeñando alguna función. Varios huéspedes se habían organizado para proporcionar actividades comunitarias, como la escuela, situada sobre el economato, donde se impartían asignaturas sueltas, tanto para los niños como para sus progenitores. Aunque la mayoría desconectaba para establecerse en la inopia sin fecha de caducidad.

—¿Nuestros hijos van a alguna clase? —preguntó Carlos a su mujer, mirando el tablón informativo a la entrada del edificio.

—¡Claro que no! —le respondió al punto—. ¿No decías que estábamos de vacaciones?

Entraron en el economato, donde Ana fue escogiendo diversos productos a granel de las alacenas. También compraron fruta y verdura fresca, además de un pollo momificado. La opción de llevárselo vivo para sacrificarlo a domicilio no les seducía en absoluto. Carlos quiso llevarse una garrafa de aquel vino peleón que proporcionaba la base para preparar la sangría. La cajera se limitó a aceptar los cupones, ya que allí el dinero, al menos oficialmente, no circulaba. Ana le preguntó:

—¿Sabes cuándo llegarán nuestras bicicletas?

—Próxima semana quizá —respondió en un tono aburrido.

—¡Espero que haya también una para mí! —comentó Carlos—. ¿No prometió Mao una para cada camarada?

—Próxima semana quizá —insistió.

Llegaron de vuelta a su casa justo cuando Carla salía hacia la playa cercana. La joven saludó con un gesto de la mano y se alejó toalla al hombro, sin esperarlos. El niño era capaz de dormir aún varias horas más, pero le despertaron para bañarse juntos.

Estiraron sus toallas junto a la de Carla, a quien se veía nadando solitaria a lo lejos, y también se introdujeron en el agua. Andrés prefirió tumbarse, quedándose dormido boca abajo. Al final de la pequeña bahía, una torreta elevada se mantenía en guardia.

—¿Qué crees que está vigilando? —preguntó Carlos a su mujer mientras nadaban hacia su hija—. ¿A los que quieren entrar o a los que ya estamos dentro?

—A todos, supongo —respondió cuando de pronto surgió un estridente silbato de la torreta, advirtiendo precisamente a Carla que se había alejado demasiado.

- ¿Qué sucedería si continuase nadando?
- Ni idea, pero ni se te ocurra probarlo.
- ¡Empiezo a sentir claustrofobia!
- ¡Y aún no llevas ni un día aquí!

Carlos.vp salió temprano del apartamento. Aquella mañana había decidido volar por su cuenta. El afán de conocimiento seguía pujando en su interior, y, aunque ya no le sirviese a nadie, seguía necesitando saber cosas; sólo por saberlas, no por la información en sí. Acostumbrado a permanecer esperando a Mima, quien vivía exclusivamente para la noche, le sorprendió encontrar a tantos avatares a pleno día. Parecían muy atareados; desplazándose con prisas en múltiples direcciones, asistiendo a presentaciones y comerciando frenéticamente. Dado que carecía de dinero, no podía comprar nada, aunque realmente tampoco tenía necesidad alguna. Quizá una camiseta con algún estampado, para así diferenciarse de los otros recién llegados o, mejor aún, un detalle para Mima. Artículos, como las esferas que se vendían en una esquina, seguramente la harían desfallecer, garantizando así su entusiasmo para seguir manteniéndole el time-out bien alejado.

El fabricante de esferas estaba muy atareado. Las hacía todas iguales y en su interior colocaba la imagen holográfica de cada pareja, quienes se la llevaban felices, atada como un globo flotando alrededor. Rápidamente asimiló su técnica, y en una fracción de tiempo Carlos.vp empezó a crear formas etéreas de distintos tamaños y colores, que se mecían como una constelación a su alrededor, generando un verdadero reclamo que se transformó en una lluvia de lindens, la moneda de SecondLife, ante el enfado del vendedor, que no cesaba de empujarle agresivamente. Dos guardianes aparecieron de la nada y todos optaron entonces por alejarse con discreción.

En el centro comercial el dinero parecía entrar en ebullición y Carlos.vp se gastó pronto lo que había ganado, dejándose engatusar por los dependientes, que lo vistieron como quisieron. Al atardecer, incluso en aquel pequeño parque de las orquídeas blancas, frente al edificio de apartamentos, pudieron oírse las carcajadas de Mirna al despertar. Después ella desactivó el time-out de Carlos.vp aún con mayor frenesí.

Aquella noche Jorrit tampoco faltó a su cita. Nunca se le veía de día; sólo merodeaba de noche por toda la urbanización, buscando los restos de comida de varias mesas, y la casa de la familia Millet había entrado a formar parte de su itinerario habitual.

—Entonces ¿eres belga? —preguntó Carlos, de nuevo sentado a su lado.

—Flamenco —respondió Jorrit con la boca llena, esta vez de espaguetis de arroz con salsa *yang pong*, a base de soja—. ¿Aún existe Bélgica?

—Hasta hace unos tres meses sí, pero ahora no sabría decirte. No lo tenían muy claro. ¿Por qué dejaste Flandes?

Jorrit soltó un gruñido sin dejar de comer.

—¿Unas vitaminas y nos lo cuentas? —propuso Carlos con picardía.

—Estábamos en huelga en la siderúrgica —empezó a relatar mientras miraba con avidez cómo llenaba su vaso de sangría—. La cosa pintaba mal. Después de casi tres semanas parados, seguíamos encerrados dentro unos dos mil, dispuestos a todo. Fuera, los antidisturbios nos rodeaban, preparándose para el asalto final. Entonces me llegó la noticia de que mi mujer se estaba muriendo. Pude salir a verla. Algunos compañeros no se lo creyeron. Pensaron que se trataba de una actitud cobarde por mi parte, ¿sabes? —Tomó un buen trago y continuó; era evidente que recordar daba mucha sed—. Cuando llegué a casa me encontré a la muy cabrona más sana que nunca y además esperándome con dos tíos, que no conocía de nada. —Bebió otro trago y se llenó la boca con los espaguetis antes de continuar; varios trozos quedaron colgados de la barba—. Uno era un chino así de pequeñito —señaló a Andrés—, y el otro parecía un armario más grande que yo. Ruso, supongo. Querían ver la fábrica por dentro. Tiraron su dinero encima de la mesa. Algunos billetes cayeron al suelo y ni se molestaron en recogerlos. Jajajajaja. Inga los apartaba disimuladamente con los pies. ¡Una montaña de dinero sobre la mesa de nuestra cocina! Pensé que en cualquier caso aquello se iba al infierno. Acepté con la intención de explicárselo al comité de huelga. Nos iría bien para la caja de resistencia.

Todos esperaron en silencio a que repostase, incapaces de comer ante aquel espectáculo y también pendientes de una historia que resultaba cada vez más atrayente.

—Fuimos los tres a la acería. Las tanquetas ya estaban forzando la puerta principal, así que nos colamos por un agujero disimulado en la verja. Entramos en la planta de fundición. El chino sacó una cámara y empezó a sacar fotos sin parar, mientras el armario empujaba a los que se acercaban. Fueran obreros o antidisturbios, daba sopapos igual. Después quisieron ir a las oficinas. Nunca había estado dentro. El ruso abría las puertas a patadas y el chino rebuscaba en los armarios y cajones, fotografiando montones de planos y papeles. También se metió con los ordenadores. Yo no sabía qué hacer. Algunos compañeros pensaron que estaba haciendo algo raro, y entraron con barras de hierro. El ruso sacó una pistola y empezó a disparar. El chino

siguió a lo suyo, pasando de todo. La gente se puso muy nerviosa, y yo sólo sé que al final tuvimos que salir corriendo como conejos. —Volvió a vaciar el vaso y a llenarse después la boca de espaguetis, que engulló sin masticar—. No he parado de correr desde entonces, hasta llegar a este culo del mundo. Ni idea de Inga. Supongo que se quedó con el dinero que cayó al suelo. No puedo volver. Estoy amenazado de muerte por los compis, y con la cárcel por los jefes, por espionaje industrial. Durante estos años los chinos han construido cientos de acerías, más grandes y mejores que la nuestra, que, por cierto, cerró y todos al paro. ¡Cómo son tan agradecidos, me han dado estas vacaciones eternas! —concluyó con otra buena cucharada.

Los solitarios paseos durante el día y las noches de juerga proporcionaban a Carlos.vp un elevado conocimiento sobre SecondLife. Aspiraba a llegar a familiarizarse con cada uno de los más de diez millones de avatares allí censados, con la esperanza de identificar a los VP. Se concentraba en los más activos, en aquéllos con los que iba encontrándose a menudo por los distintos lugares, y, aun entre éstos, se fijaba en los de mayor éxito económico y con más personalidad.

Así pues, no pudo dejar de reparar en la mujer que entraba en el centro comercial. Su desenvuelta naturalidad y estilo contrastaban con el falso *glamour* del entorno. Llamó tan poderosamente su atención que la siguió, primero con la vista, y después caminando apresuradamente tras ella. La mujer se detuvo breves instantes ante algunos escaparates, hasta meterse de improviso en una sala donde estaba a punto de iniciarse una actuación musical. El avatar de Suzanne Vega en el escenario ya se había calado la guitarra, y Carlos.vp apenas tuvo tiempo de sentarse junto a otros en la platea. Los de las filas de atrás empezaron a quejarse de que su exuberante peinado afro no les permitía ver a la artista, por lo que rápidamente se deshizo del caro accesorio, ante la impaciencia de todos. La cantante inició entonces los primeros compases, y él la buscó entre todos aquellos rostros concentrados en el escenario. De pronto la vio, y constató que la rubia lo estaba observando detenidamente. Mantuvo la mirada fija en él durante toda la actuación y sus correspondientes besos, provocándole un perturbador desasosiego. Carlos.vp no pudo acercarse hasta que todos salieron de la sala. Ella esperaba sentada, con una atractiva sonrisa. No importaba que fuese justamente entonces cuando Mirna regresaba pletórica de su letargo. Aquélla iba a ser la primera vez en mucho tiempo que se despertaría sola.

—Hola —dijo Carlos.vp al acercarse.

—Ola —respondió ella—, al kitarte esa peluca horrible has pasado a recordarme muxo a 1 d la vida real.

—¿Un amigo?

Ella le escrutaba mientras tecleaba el siguiente diálogo:

—S 1 amigo y hasta teneis 1 = nombre —continuó, señalando el rótulo identificativo, que todos los avatares llevan encima—, pr vuestro apellido no coincide.

—Escogí Aaron al inscribirme por ser de los primeros de la lista.

—1 d mi amigo s Millet! Conoces?

—¿Carlos Millet? ¡Es un memo!

—Jajajaja veo k si!

—He tenido pocos contactos con él y muy superficiales.

—Pienso =!! Aunk parecía interesante, d k le conoces?

—Es mi RP.

Recibió el impacto con entereza. Desde el principio su instinto había ido

activando las alarmas, y de pronto comprendió el motivo. Nybe dejó a su avatar con la mirada clavada en el VP, sin saber que a éste eso le perturbaba mucho, para levantarse de golpe del asiento y empezar a aullar. Le tocó calmar a Tom, despertado de forma tan brusca de una siesta, que habitualmente se prolongaba horas a sus pies, durante los lánguidos atardeceres de aquel pequeño apartamento frente al mar.

—¡Claro cielo! —Nybe regresó al teclado, temiendo que se le escapase— y donde vives?

—En el apartamento 421, sector 13B del continente, frente a un pequeño parque con orquídeas blancas.

Se desencadenó un intenso diálogo en el que Carlos.vp explicó cómo había llegado a SecondLife, mientras Nybe marcaba apresuradamente las teclas del móvil con la otra mano.

—¿Didier? —preguntó al surgir la voz al otro lado—. ¿Que no sabes a quién acabo de encontrar?

El tiempo avanzaba inexorable en Arcadia. Al principio muy lentamente, pero adquirió mayor velocidad a medida que se prolongaba la estancia. La esperanza de que Alian los llamase se esfumó junto con las bicicletas prometidas por Mao. La cajera *del* economato era sustituida con frecuencia, de forma que cada vez debían poner a la nueva en antecedentes. En el mejor de los casos prometían que informarían a Wanton al pasar por su caseta de camino para casa al atardecer, siempre sin resultados, hasta que se cansaron de insistir. El buzón de sugerencias resultó igual de operativo. No se atrevieron a volver a ascender la loma, y, al igual que todos los demás habitantes de Arcadia, miraban con frustración la inaccesible caseta de los guardianes, las torres de vigilancia y la valla metálica rodeándolos, hasta que llegó un momento en que se volvieron invisibles. Optaron pues por pasar desapercibidos, sin apenas relacionarse, como si sintieran vergüenza de estar allí. Cuando entraba un coche llevando nuevos inquilinos, los miraban pasar con reticencia, temiendo que obtuviesen alguno de sus privilegios. Si alguien se iba, era de forma inesperada, normalmente de noche, y desaparecía con destino incierto. Jorrit se percataba de todo, escondido entre la maleza.

Andrés hizo amistades e incluso asistía a algunas clases con cierta regularidad. Carla, en cambio, en la tortuosa senda de la adolescencia, deambulaba a solas por la urbanización, con expresión siniestra y sin ningún otro interés que contemplar, sentada durante largas horas en la playa, las bandadas de aves revoloteando sobre el lago. Todos los intentos de aproximación de sus padres se saldaron con estrepitosos fracasos. Ana sentía la misma rabia; no soportaba haber perdido el contacto con su madre en Barcelona, pero procuraba contenerla. Los miembros de la familia se iban convirtiendo en sombras, muertos vivientes que apenas se cruzaban en aquella atmósfera agobiante y sin esperanza. Carlos sabía que debía reaccionar antes de ceder a la depresión y hundirse.

En cuanto conoció a Nybe, Carlos.vp dejó a Mirna, Esperó a que estuviese dormida, y fue al apartamento a depositar una nota de despedida en el lecho. Jamás podría devolver a aquella mujer lo que ella le había entregado, la vida misma, pero Nybe le aportaba mucho más. Era incapaz de definirlo, pero ese algo le impulsaba a permanecer junto a ella. No era que ya no pudiese concebir desactivar su time-out con nadie más, sino que juntos lo alejaban al infinito, eran el infinito mismo; se había enamorado.

Nybe no era ajena a ese sentimiento. Acostumbrada a manipular a los hombres en la vida real, su avatar, en cambio, estaba inerte ante los impulsos del amor, cediendo con una facilidad sorprendente. Era como volver a la niñez y jugar a las Barbies, pero esta vez Kent era un muñeco que la amaba locamente, con quien se sentía siempre bien, y que constantemente la sorprendía por su franqueza. Tanto por obligación hacia Didier, quien le ordenó su seguimiento, como por devoción, pasaba cada vez más horas frente al ordenador, manteniéndose pegada a Carlos.vp. Descubrió que prefería vivir en esa otra dimensión. Cumplía deprisa con sus obligaciones más básicas en la vida real, como correr con Tom por la playa, comer, y atender otros encargos de Didier, quien, en definitiva, pagaba al casero y el acceso a internet.

Mirna no se resignó a su nuevo papel. Al leer la nota de despedida aulló de rabia, hasta el punto de que su esposa entró sobresaltada en la pequeña habitación en penumbra, donde acostumbraba pasar las noches. Mirna lo espantó con desgarradores gritos, y aquel ajado conductor de tranvías de Múnich, que justamente había solicitado la jubilación anticipada para poder ser avatar a plena dedicación, salió volando en busca de Carlos.vp.

La idea de escaparse surgió al final del verano. Terminaba la estación de los monzones, y habían permanecido en la casa días enteros en silencio, viendo caer cortinas de agua, pendientes de las goteras. El otoño que se anunciaba iba a resultar insoportable, y Carlos pidió con determinación a su mujer que le acompañase a la habitación para hablar a solas. Permanecieron allí encerrados un buen rato. Desde fuera se oían gritos y llantos, hasta que Andrés se atrevió a interrumpirlos. Sus padres, visiblemente emocionados, le pidieron que fuese a buscar a Carla.

Tema la mente embotada, así que tardó en entender lo que se le estaba contando. Comprendió, ilusionada, que estaban hablando de libertad. Pero cuando se dio cuenta de que la intención de su padre era marcharse solo, dejándolos a ellos allí, empezó a gritarle desaforadamente.

—Carla, cariño, no te pongas así —le suplicó Carlos.

—También me parecía fatal que nos abandonase aquí, pero ahora comprendo que tiene toda la razón —intervino su madre—. También tú te darás cuenta.

—¡Es nuestra única oportunidad! Nunca podríamos conseguirlo todos juntos. Os prometo que haré lo que sea para sacaros de aquí lo antes posible —dijo Carlos—. Debo hablar con Alian o con alguien de nuestra embajada.

—¿Y cómo te escaparás? —quiso saber Andrés, sentado al borde de la cama—. ¿Nadando?

—Exacto —contestó su padre—. Mi plan es llegar hasta la otra orilla y alejarme después a pie. Pediré ayuda cuando esté lejos. Si me encontrasen cerca, seguro que me harían volver.

—Mientras, nadie debe darse cuenta de que papá no está. Si se entera Wanton, es capaz de cualquier cosa. Podríamos acabar en otro sitio mucho peor que éste, y luego a ver cómo nos encuentran —advirtió Ana—. No vamos a intentarlo a menos que los dos estéis completamente de acuerdo, asumiendo todos los riesgos.

—Estoy de acuerdo —proclamó Andrés en el acto.

—¡Me sorprendes, pensaba que estabas a gusto aquí! —comentó su padre.

—Qué va, esto es un palo, pero hay que saber conformarse —contestó el niño con aplomo y una ligera sonrisa—. También estoy harto.

—¿Y tú? —preguntó Ana a su hija, cabizbaja en una esquina de la habitación.

Carla alzó lentamente la cabeza hasta que sus ojos azules, anegados en lágrimas, toparon con los de su madre, en una mirada llena de afecto, y ambas se abrazaron.

Carlos, también visiblemente emocionado, añadió:

—¡Ahora sólo hace falta que nos quitemos de encima al plasta ese de Jorrit! —añadió Carlos, también visiblemente emocionado—. Es capaz de chivarse por un plato de lentejas. No me fío un pelo.

—Ya me encargo yo de que ése no vuelva por aquí —respondió Ana de espaldas, con Carla aún entre sus brazos.

Sus sonrisas no auguraban nada bueno.

Fue Nybe quien se percató de que venían y advirtió a Carlos.vp, que en ese momento estaba preparando para la venta una nueva serie de relucientes formas ingravidas. Los guardianes entraron a la vez por puertas y ventanas, y ellos escaparon a duras penas por un resquicio. Mucho más ágil, Carlos, vp la tomó de la mano y se la llevó a una velocidad endiablada por las calles, volando casi a ras de suelo, creando remolinos de avatares y todo tipo de objetos a su alrededor, confundiendo a sus perseguidores hasta perderlos.

Los guardianes dedicaban todo su celo a detectar y a eliminar infiltrados, como los propios VP. Los nuevos requisitos de los firewall en la entrada la hacían ahora infranqueable, y la prioridad era suprimir a los que ya se hubiesen colado. Con esos fines se había creado un grupo específico, llamado Order Regulator Battalion, más conocidos como Orbat, y liderado por el siniestro Osmon, a quien Mirna fue a delatar el escondrijo del ex y su fulana. Sabía que ese chico no era normal, pero su amor visceral desoía los prejuicios de Kim, quien lo había calado desde el principio.

Escondidos bajo el mar, ambos se metamorfosearon para volver a confundirse entre la muchedumbre. Estas transformaciones siempre dejaban rastro en el sistema, por lo que deberían hacerlas continuamente. Para ello iban a necesitar mucho dinero, y la venta de relucientes formas ingravidas ya no sería suficiente.

Iniciaron una carrera delictiva, que los puso en el punto de mira de Osmon. De pequeños hurtos, como vender un inútil pin amarillo a los recién llegados y organizar sorteos amañados, pasaron a atracos y al secuestro exprés. Nybe apoyaba estas actividades desde el mundo real, conectándose a través de redes Wi-Fi abiertas en el vecindario o utilizando ordenadores de cibercafés, para no ser detectada. También era quien cobraba los rescates y después cambiaba esos dólares por lindens, buscando el mejor tipo de cambio en websites como eBay o PayPal.

Carlos.vp aportaba el músculo, y decidió que la siguiente le tocaría a la gallina. Estaba harto de tener que huir cada vez que la veía en el centro comercial. El pollo gigantesco parecía tenerle clichado y siempre se le abalanzaba. Desde una altura que prácticamente doblaba la escala media de los avatares de aspecto humano, aquellos dos grandes ojos cubrían un gran campo visual, que se incrementaba cuando el pollo giraba el cuello con movimientos repentinos e imprevisibles.

Había llegado su hora. Después de tantas presas de menor entidad, la emoción de la caza mayor se había adueñado de él y fue a buscarla. No tardó en distinguir su poderoso cuello, coronado por una cresta rojo fluorescente, flotando entre la muchedumbre. Sigilosamente se acercó por detrás. Su única posibilidad consistía en sorprenderla. Asió con fuerza la red en una mano y el tridente en la otra, y cuando la gallina empezó a percibir la creciente expectación a su alrededor ya era demasiado tarde. Algo le cayó encima, que la arrastró al suelo con un fuerte estirón, y acto seguido notó tres afiladas puntas clavándose en su cuello. Haciendo caso omiso de

los aplausos y propinas de quienes pensaban que estaban presenciando el espectáculo del combate de un gladiador *retiarii* contra la descomunal ave, Carlos.vp arrastró el pesado fardo inerme hasta una habitación solitaria.

—Bueno, gallinita, podemos hacer que esto termine pronto. —Se encaró a uno de esos enormes ojos que lo miraban fijamente a través de la malla—. ¿Está tu amo dispuesto a pagar un gran rescate por tu libertad o te ensarto con mi tenedor gigante?

—¡No tengo ningún amo! —clamó el animal.

—¿Cómo que no tienes amo? —Carlos.vp estaba furioso—. Todos tienen.

—No todos. Tú y yo carecemos de amo. ¿Verdad?

La presión del tridente cedió.

—¿Me conoces? —preguntó desconcertado, echándose unos pasos atrás.

—¡Los hermanos se reconocen siempre! —Libre ya de presiones y amenazas, SirHenry.vp retiró la red y se irguió en toda su estatura—. Te había visto varias veces por aquí, pero siempre te escabullías. Así que me convertí en este magnífico ejemplar pata azul para no pasar desapercibido y que me reconocieras.

Un fuerte golpe desencajó la puerta de sus goznes, y entró en tromba una dotación con el temido uniforme oscuro de los Orbat. Cuando éstos salieron con ambos encadenados Mirna y Kim, que se encontraban entre el gentío, lucían sonrisas triunfales. La recompensa contribuía a ello.

Andrés tardó poco en volver para decirles que todo estaba controlado. Partieron de inmediato, en noche cerrada, hacia la pequeña playa cercana a la casa. El reflector de la torre de vigilancia rastreaba los últimos metros de arena y también las primeras olas, convirtiendo el resto del lago en una superficie negra que apenas se intuía entre la lluvia.

Andrés había comprobado que el haz de luz siguiese las mismas pautas de siempre, que dejaban pocas oportunidades para pasar desapercibido. Habían ensayado la fuga montones de veces durante los últimos días. Sólo conseguiría fundirse en la oscuridad si corría sin titubear por una ruta delineada por las «tres piedras de la suerte», tal y como las había bautizado el niño, al colocarlas aquella misma mañana con aparente descuido ante la indolente mirada de los demás.

Carlos sabía que no debía perder ni un instante, ya que se exponían a que los descubriesen allí, sospechosamente agazapados. Pero sus piernas flaqueaban cada vez que la luz se desviaba hacia el otro extremo de la playa, perdiendo así una nueva oportunidad de partir. Besó por enésima vez a Ana y a sus hijos, consciente de que era el depositario de todas sus esperanzas.

Habían sido muy felices juntos aquellas tres últimas semanas de total complicidad entre ellos, quizá como nunca antes en familia. La treta de Ana, de disolver virutas de jabón en la comida para Jorrit, había surtido el efecto deseado, y ya hacía varias noches que éste no había vuelto. Iban a mantener un perfil muy bajo durante el tiempo que Carlos estuviese fuera, sin apenas moverse de la casa. Si alguien preguntase por él, dirían que estaba dentro, deprimido y sin ganas de ver a nadie.

Carlos asió con fuerza la bolsa impermeable, en la que había envuelto su ropa, algo de comida y cuanta calderilla hallaron todos en los fondos de sus maletas. Apenas unos euros y dólares, pero suficientes para establecer alguna llamada o usar un ordenador en un cibercafé. Con la otra mano asió el flotador, y justo en ese momento la luz volvió a partir hacia el otro extremo de la playa.

—Ahora o nunca —se dijo, y empezó a correr.

Las lágrimas, mezcladas con la lluvia, anegaban sus ojos, de forma que le costaba distinguir las «tres piedras de la suerte». Por un instante pensó en darse la vuelta, pero decidió continuar a la carrera en línea recta hasta sentir el frío contacto del agua en sus pies. Se introdujo despacio, para no generar espuma, nadando después en brazadas. Pero apenas avanzaba, tragaba agua y se sentía agotado. El ritmo se desacompañó y la luz blanca le sorprendió de lleno.

Una intensa sensación de fracaso lo invadió, y se quedó mirando inmóvil el deslumbrante resplandor durante unos interminables segundos hasta que pasó de largo, dejándolo sumido de nuevo en la más absoluta oscuridad y silencio. Perplejo, reanudó el braceo y penetró inadvertido en la zona oscura. Su familia, agazapada en la espesura, le veía desaparecer, sin apercibirse de que muy cerca irnos atónitos ojos

de jabalí también habían contemplado toda la escena.

—¡Vaya sorpresa, un dos por uno! —exclamó Osmon jubiloso, sobre una tarima al fondo de la sala, en cuanto los vio entrar.

Sentado en un abigarrado trono rococó, mostraba un poderoso porte bajo su uniforme negro, plagado de medallas. En poco tiempo había escalado posiciones en SecondLif e gracias a sus constantes méritos, sentido del deber y absoluta falta de escrúpulos, hasta convertirse en el comandante indiscutible de los Orbat, la unidad de élite, a la que sólo acceden los mejores.

Los prisioneros, atados con pesadas cadenas, fueron aproximándose lentamente, rodeados de un séquito de guardianes. Algo parecido a un cachorro de tigre se movió a los pies de Osmon. A medida que se acercaban se dieron cuenta de que en realidad se trataba de una bellísima mujer felina, con una correa al cuello que la ataba al trono.

—¡Pero qué pintas me lleváis! —se desternillaba el comandante, ya de pie—. ¿Acaso pensáis que esto es un puto videojuego?

Sus risotadas resonaban por las paredes hasta el elevado techo abovedado, decorado con los frescos restaurados de la capilla Sixtina, retumbando por todas partes en ecos inagotables. Osmon no paraba de reírse, convulsionando su musculoso cuerpo, contagiando uno tras otro a todos los guardianes de rostro de acero, incluso a los prisioneros, y finalmente a la propia mujer felina, que lanzaba agudas carcajadas y se revolcaba patas arriba por el suelo. De improviso Osmon se detuvo en seco, miró a todos con expresión grave y al instante volvió a hacerse un silencio reverencial. Tal era su poder.

—Desatadlos y dejadnos solos —ordenó secamente a los guardianes, quienes se cuadraron y cumplieron las órdenes en el acto, cerrando la puerta tras de sí.

Osmon se aproximó a los prisioneros, que no cesaban de temblar. A pesar de su teórica ventaja numérica, habría sido un suicidio enfrentarse a él. Emanaba de su persona una sensación de poder que intimidaba. Al cinto llevaba dos descomunales Magnum 357. ¿Una para cada uno? En lugar de descerrajarlos allí mismo, los abrazó con fuerza.

—¡Qué preocupado me habéis tenido, cabrones!

La presión resultaba cada vez más opresiva y no sabían a qué atenerse. ¿Iba a matarlos como una boa constrictora?

—¿Max.vp? —preguntó Carlos.vp, apenas ya sin aliento.

Los soltó en el acto y se alejó un par de pasos.

—Desde que me actualicé, preñero que me llamen Osmon. Suena más potente, ¿verdad?

—¡Me gusta! ¿Significa código abierto para todos? Muy fraternal —aseveró entusiasmado SirHenry.vp.

—¿Y los demás? —preguntó Carlos.vp tímidamente.

Osmon abrió su poderosa mano para ir contando cada caso, que parecía tener un

dedo asignado.

—Bueno, vamos a ver, a Sally.vp la tenéis allí, convertida en toda una pantera —señaló jovialmente al trono—. Salvó su vida cuando vino a suplicarme clemencia. He tenido que lobotomizarla para que superase la tristeza de ver morir a Steven.vp. ¡Fijaos, se ha convertido en la mujer perfecta! Ya que ahora os tengo a vosotros, sólo me falta encontrar a esas dos sabandijas, y juro ante el Máximo RP que no pararé hasta conseguirlo. ¡Desafío su ley! —exclamó en trance, con los ojos en blanco, elevando los brazos al cielo, que le conferían un aspecto pavoroso.

A Didier.vp y a David.vp les habían correspondido ambos pulgares, que apuntaban claramente al suelo, sin apelación posible.

Carlos.vp y SirHenry.vp tomaron un aspecto similar al de sus respectivos RP, y siguieron a Osmon a una habitación lateral, dejando a Sally.vp en el gran salón, lamiéndose la cola sensualmente.

Dentro, cómodamente sentados en sendos sillones de cuero y saboreando un Bourbon, Osmon les presentó a los avatares del coronel Leach y de su ayudante Raúl Contreras, estrechos colaboradores del ser supremo, como se apresuró a loar Osmon con devoción.

Tomaron asiento alrededor de una mesita baja, en un ambiente agradable y relajado. En las paredes de aquella pequeña habitación, totalmente forradas de ámbar, estaba colgado lo más excelso de la pintura universal, y Carlos.vp se quedó especialmente prendado de un paisaje de Arles de un tal Van Gogh. Fuera empezaba a llover, y en cuanto las primeras gotas comenzaron a deslizarse por las vidrieras, se encendió un fuego en la chimenea que llenó la estancia de una plácida luz anaranjada.

—Hijo —tomó la palabra el coronel, dirigiéndose a Carlos.vp—. Se k va a doler, pero mejor no andarse con rodeos.

Antes de continuar, dejó transcurrir un par de segundos para asegurarse de que su interlocutor, que le miraba sin parpadear, hiciese acopio de toda su capacidad de autocontrol.

—Tu rp s prisionero d 1 malvada banda d amarillos —anunció.

Carlos.vp no pudo evitar expresar un suspiro de alivio, ya que temía que se tratara de una mala noticia.

—¡Tenemos k reaccionar con rapidez! —continuó el coronel, admirado por la entereza de Carlos.vp— stamos dispuestos a poner todas las energías para rescatarlo, esa gente le tortura para obtener info sobre los vp.

—Lo que queremos pedirte —terció Osmon— es que salgas a buscarlo. Sin duda eres el más adecuado, porque lo conoces mejor que nadie. Cuando sepas dónde está, me avisas, y entonces el coronel enviará un equipo de rescate. ¡Desde ahora considérate un Orbat, y no vuelvas con las manos vacías, porque aquí no admitimos el fracaso!

A Carlos.vp le sorprendían las similitudes en el aspecto, mentalidad y marcial gallardía que percibía entre Osmon y el coronel. Intuyó que en la actualización, a la

que Osmon había hecho referencia antes, aquel diminuto coronel había tenido una gran influencia.

—SirHenry.vp te acompañará —prosiguió Osmon, provocando un respingo al avatar aludido—. Ya sabéis que el Máximo RP dejó bien claro que siempre fueseis en parejas.

No temáis, os daremos la formación y los medios necesarios para que salgáis bien pertrechados al exterior.

—Antes quisiera solucionar unos asuntos pendientes —aventuró Carlos.vp.

—¡Ni hablar! —respondió Osmon en un tono tajante—. Soy responsable de vuestra seguridad, y además se trata de una misión secreta. Hay muchos espías camuflados por aquí, y no los tengo a todos controlados. —Al ver el rostro de Carlos.vp tan abatido, Osmon añadió con una sonrisa de picardía—: En los Orbat nos gusta que a nuestros chicos no les falte de nada. Tienes a tu Bonnie esperándote en una habitación arriba.

Carlos.vp se levantó en el acto, y antes de salir de la habitación, se detuvo un instante.

—¿No la habrás lobotomizado? —preguntó con semblante preocupado.

—Eso sólo lo hago si se ponen tristes, y ésta parecía contenta de verte.

VIII

Extenuado, Carlos alcanzó la otra orilla. Tiritando de cansancio y frío, reptó por un terraplén, arrastrando el flotador con la bolsa oscura que contenía su equipo de viaje encima, hasta sentirse abrigado entre la maleza. Allí se quedó a esperar a que el sol acudiese a ayudarlo. Despertó horas más tarde, aturdido; sentía un calor abrasador, además del escozor de picadas, y tenía la cara cubierta de moscas. A un palmo escaso, vio desaparecer el tramo final del lomo triangular y plateado de una culebra.

Pasó inmóvil el resto del día, observando Arcadia en la otra orilla, distinguiendo las lejanas figuras y sus chapoteos en la playa, frente a su hogar. ¿Sería Ana aquella solitaria figura mirando a lo lejos? A veces, desde la torre de vigilancia, surgía el inquietante brillo de los prismáticos repasando la zona en la que ahora se encontraba. Estuvo tentado de levantarse y regresar, pero se mantuvo firme en su propósito.

Al anochecer, huyó sigilosamente a través de la maleza, hasta que las luces de Arcadia desaparecieron por completo a su espalda. Tomó entonces un estrecho pasaje entre los campos de cultivo de arroz, que se proyectaba como un oscuro tiralíneas hacia una lejana cordillera, hacia donde fijó su rumbo. Era imprescindible pasar esos primeros días lo más desapercibido posible. Durante el día permanecería escondido, dormitando consumiendo frugalmente sus provisiones y evitando cualquier contacto humano. Si vislumbraba algo, se agazapaba aún más profundamente en absoluto silencio. Procuraría dirigirse hacia las zonas más deshabitadas, caminando con extremo cuidado, siempre con la vista clavada en la cordillera.

Carlos.vp y SirHenry.vp partieron como dos bengalas directamente hacia la zona donde los chinos estaban colonizando internet. Durante aquella corta pero intensa formación habían aprendido mandarín, a comprender los pictogramas chinos y todas las claves de acceso conocidas para intentar introducirse en la hiperprotegida cadena de servidores gubernamentales de la nueva potencia emergente de la red. También les habían instruido sobre técnicas de defensa personal y, junto con el potente arsenal que portaban, se deshacían sin clemencia alguna de cuantos spiders osaban interponerse en su camino. La prioridad de Carlos.vp era volver lo más pronto posible para que Nybe no se sintiese triste, pero antes debían localizar al memo.

La cuarta noche, agotado tras varias horas de marcha en plena oscuridad hacia la cordillera, Carlos tropezó con unos raíles ferroviarios y decidió seguirlos. Pensó que acabarían en una estación, que se aproximaría a cada paso, mientras que las montañas al fondo semejaban un espejismo, siempre igual de lejanas. El primer tren pasó poco después del amanecer. Era un largo mercancías con desgastados vagones de madera. Iba tan lento que intentó subirse en marcha, pero le resultó imposible. Siguió su estela por un paisaje tan desolado que pudo continuar a pleno día bajo un intenso aguacero sin el temor de encontrarse con alguien. Tuvo que apartarse para dejar pasar trenes en ambas direcciones. Cada encuentro suponía un acicate para continuar avanzando; cada paso, un triunfo de su voluntad.

Las luces del ocaso coincidieron con el encendido de otras eléctricas, que anunciaban unas casas. Lo celebró consumiendo con ánimo una ración de frutos secos junto con la última lata de atún y un buen trago de agua. Tras descansar un poco, prosiguió con determinación para contar con el amparo de la noche y hallar discretamente la mejor forma de proseguir con su escapada.

Acuciado por ladridos de perros que estaban dentro de unas sencillas chozas, Carlos se topó con una decrepita estación, y llegó hasta los vagones de un mercancías, quizá el mismo al que había intentado subirse a la carrera el día anterior. Encontró una compuerta entreabierta por la que se coló dentro de un espacio tapizado de paja que desprendía una pestilencia amoniacal. Se tumbó, colocando su nariz ante una vivificadora corriente de aire exterior, y se relajó hasta el amanecer, registrando después el lento transcurrir del tiempo a través del haz de luz que el sol iba moviendo sobre el piso, hasta que notó una sacudida, seguida de varias más, cuando el convoy se puso en movimiento a creciente velocidad, envolviéndolo entre briznas de paja. Carlos miraba feliz desde la rendija cómo abandonaban aquella población, yendo hacia extensiones cada vez menos desoladas.

El tren estuvo rodando sin parar casi todo el día hasta entrar en los arrabales de una gran ciudad. Entre cortinas de agua fundida en una neblina gris, Carlos pudo entrever una interminable extensión de chozas, con sus tejados de hojalata que derramaban el agua a raudales. Contemplaba a sus pobladores, indiferentes a la letal combinación de inclemencia y polución, bajo anchos sombreros de bambú. Campesinos deslocalizados y desgastados por el esfuerzo, idénticos en sus oscuros ropajes empapados y en la austera expresión de una generación sacrificada. Cuando el tren aminoró la velocidad, saltó y se alejó corriendo de los raíles, introduciéndose en entramados de callejuelas embarradas. Atravesó una densa zona de chabolas, sin reparar ante aquellos que lo miraban extrañados de encontrarse por aquel lugar a un occidental con aspecto de *trekker* desvalido. Se detuvo en una fuente para saciar su sed, haciendo caso omiso de las burlas de unos niños que le habían seguido hasta allí. Tomó la dirección que intuía le llevaría hasta el centro de la ciudad. El aspecto de

gamberrillos de aquellos niños no inducía a pedirles ayuda. Avivó su paso hacia arterias transitadas, mirando siempre al frente y sin correr para no azuzarlos. No quiso volverse al notar los impactos de piedrecillas sobre la espalda, amenizados con risotadas. Consciente del peligro, Carlos buscó algún local donde salvaguardarse, y entonces sintió en la espalda, cerca de la nuca, la dolorosa punzada de una piedra lanzada con fuerza. Al volverse se quedó petrificado al ver a unos pandilleros que se acercaban con mirada desafiante. Los adolescentes rodearon a Carlos ante la indiferencia de los peatones que se escabullían de allí y el regocijo de los gamberrillos detrás.

Se mantuvo inmóvil mientras le cacheaban y le quitaban sus escasas pertenencias, incluida la esfera plateada, que arrancaron con violencia. Veía el brillo de sus cuchillos y sabía que no tenía opción alguna de escapatoria. ¿Iba su rastro a perderse para siempre en aquel lodazal?

—*Speak English? Speak English?* —repitió Carlos insistentemente, con la mirada fija en las caras socarronas de sus captores.

Uno se puso a gritarle en un tono agresivo algo ininteligible, para propinarle luego una sonora bofetada. Otro tomó ejemplo y Carlos recibió un doloroso puñetazo en el estómago. Cada uno de sus captores tuvo el privilegio de atizarle, y hasta dejaron a los niños darle patadas en cuanto cayó al suelo. Quizá aquélla iba a ser la única recompensa para aquellos gamberrillos por la delación que había llevado a su captura. Los espantaron, como quien ahuyenta a las moscas, y el grupo se internó por la zona arrastrando a Carlos hasta un lóbrego edificio gris de dos pisos; se quedaron fuera en silencio. Se trataba de la sede de los temibles Shengnongjia, máximos depredadores del arrabal. Cuando éstos salieron, su aspecto resultaba mucho más peligroso. Rondaban ya la veintena, y Carlos pudo ver los elaborados amuletos, *piercings* y tatuajes que lucían junto a las cicatrices de batallas callejeras. Hicieron que se desnudase completamente.

Lo compraron a sus captores a cambio de una bolsa de pastillas y un fajo de yuanes, y se lo llevaron adentro. De camino a la segunda planta, Carlos se cruzaba en los pasillos y en la escalera con las expresiones de odio, curiosidad e indiferencia de los que allí pululaban. El ambiente transpiraba humo, sudor y exceso, bajo una costra de violencia y suciedad, amplificadas por una martilleante música trance.

Entraron en una habitación y le obligaron a arrodillarse y a clavar la mirada en el suelo. Le ataron las manos con precinto a la espalda. Carlos intentaba mantener el control, pero no podía evitar temblar y respirar entrecortadamente. En medio del silencio expectante, unos pasos revelaron que alguien más entraba en la habitación. Sólo podía ver sus botas con puntera metálica, de las que sobresalían afiladas púas, que se quedaron a unos centímetros de su cara. Presionaban su nuca con fuerza, de forma que no podía elevar la mirada.

—*Dollars, many dollars!* —empezó a repetir Carlos como si fuera un mantra, cada vez con mayor determinación.

—*Dollars?* —preguntó una voz grave justo encima de él.

—*Yes, american dollars!* —respondió con énfasis, una y otra vez.

—Jau?

Su precario inglés se hacía entender.

—¡America!

—¿America?

Se oyó una risotada femenina detrás, que fue cortada en el acto con una bofetada.

—Me to America. Yon many american dollars —seguía repitiendo Carlos lentamente.

Entre varios murmullos surgió la misma voz grave.

—Arllualon?

—What?

—*Ar llu alón?* —repitió con agresiva lentitud.

El tono y la proximidad de la puntera ante su cara se agudizaba.

—*Yes, yes, yes. Alone!* —La presión cedió unos grados.

Yon boss? The general?

Yes.

—Many dollars for yon! Five thousand dollars! —insistió Carlos—. Me go America! No passport.

—America dollars OK! —respondió el otro al fin—. Jau?

—Phonet.

Pudo sentarse y en el mismo suelo le entregaron un móvil para hacer la llamada más importante de su vida. Ignoraba si habría alguien en Infoco para contestar.

—¿Hola?

La voz sonaba sorprendentemente cerca.

—¡Alicia, soy Carlos!

—¡Dios mío! ¿Cómo estás?

—¡Fatal, estoy en una situación de emergencia y no tengo tiempo para explicaciones! Necesito cinco mil dólares en efectivo. Volveré a llamar para decirte cómo entregarlos. ¿Entendido?

—¡No entiendo nada!

—Es igual, joder, mi vida depende de ello y también la de mi familia. ¡Sácalos de donde sea y tenlos preparados mañana mismo! Y sobre todo no desconectes el móvil para que pueda localizarte en cualquier momento. ¿Entendido ahora?

—Sí, entendido.

—*Tomorrow five thousand dollars for yon in Barcelona. OK?* —aseguró Carlos mirando directamente al jefe.

Arrebataron el teléfono de sus manos y se cortó la comunicación. Unas horas después pudo volver a llamarla con instrucciones muy precisas. Alicia debía ir a entregar el dinero en una cafetería cercana a Infoco, precisamente la preferida por Max.

Alicia entró a la hora convenida y fue directamente hacia una mesa del fondo del local, ocupada por los dos únicos chinos que allí se encontraban y que la miraban en silencio. Entregó el sobre al individuo que se levantó y se fue a los servicios, mientras que el otro indicó a Alicia que se sentase en la silla libre. Permanecieron callados hasta que el primero volvió con un gesto de asentimiento. El que seguía sentado apagó el cigarrillo, apartó su vaso de cerveza y giró el posavasos debajo, para mostrar un largo número de teléfono con el nombre de «Jetro» escrito encima con gruesos trazos. Se fueron sin mediar palabra. ¡Lo que más le fastidió fue que encima tuviese que pagar sus consumiciones!

Tras una ingente búsqueda por parte de Carlos.vp y Sir-Henry.vp, por fin apareció el nombre del memo en un *e-mail* dentro de los servidores de NetEase, un popular dominio en China para cuentas de correo electrónico. No había información allí para localizarle, pero hacía referencia a una inminente transacción de cinco mil dólares. En lugar de regresar al cuartel con esos pocos datos, optaron por buscar intensamente otro mensaje, confiando en obtener alguna dirección precisa que permitiera localizarle. Osmon había dejado bien claro que no regresasen sin resultados, y ambos sabían que no convenía contrariarlo.

Cuando vio entrar a Jetro con aspecto satisfecho y el móvil en la mano, Carlos respiró aliviado. Trajo la buena noticia acompañada de unos fideos fritos con carne de no se sabía qué y un par de cervezas, que tomaron juntos. Las chicas subirían para amenizar los postres. Una vez descontada la correspondiente comisión, suponía un notable ingreso para esa banda de pandilleros locales, que, además, pensaban incrementar con creces en el siguiente pago.

A pesar del inglés precario del jefe, Carlos pudo enterarse de que, usando sus contactos, Jetro había negociado con una red de tráfico ilegal su inclusión en un grupo de emigrantes, a punto de partir desde el puerto de Shantou directamente a Estados Unidos. Carlos aprovechó esa sintonía para pedirle entonces, como favor personal, que recuperase su colgante.

Los setenta y cinco mil dólares acordados se distribuyeron en dos pagos iguales; el primero debía abonarse de inmediato, el resto cuando Carlos desembarcase sano y salvo. Estaba dispuesto a pagar lo que fuese con tal de salir de allí, e insistía a Alicia que hiciera todo lo necesario para entregar ese importe al contacto local con la máxima celeridad. Atosigada por las dificultades de conseguir semejante suma de una empresa que agonizaba, terminó solicitando un abusivo préstamo personal.

Pocos días después Jetro entró bruscamente, despertando a Carlos de su modorra, y le ordenó que le siguiese. Salieron de la habitación en la que había permanecido desde su llegada casi dos semanas atrás, para bajar y acceder al exterior. Allí esperaba un destartado coche, ya en marcha. Se despidieron uniendo sus manos para formar el tridente de los Shengnongjia, y entonces le entregó la esfera. Apenas brillaba, estaba abollada y tenía restos de sangre seca entre la mugre. Carlos sintió una repulsión inmediata y lamentó habérsela pedido, pero simuló una gran alegría.

El silencioso chófer condujo veloz y sin parar durante horas, incansable bajo los efectos combinados de pastillas, cigarrillos, tragos de cerveza y música machacona, bajo una copiosa tormenta, y entre interminables filas de camiones cargados con todo tipo de mercancías con destino a Occidente, hasta llegar al anochecer a Shantou. Se detuvo cerca de la entrada de la zona industrial del puerto para que Carlos se trasladase a otro coche que le estaba esperando.

La referencia de Shantou, sin mayor concreción, perturbó al coronel, quien además debió agradecer con todo tipo de parabienes al quisquilloso Osmon la información proporcionada. Estaba empezando a preocuparle mucho ese tío, y tomó nota mental de comentar el tema con Max en la próxima ocasión. Cuando lo acogieron, triste y desvalido, pensó que sería una buena idea lanzarlo a la caza de los restantes VP en aquel absurdo mundo de SecondLife, y así eliminarlos antes de que cualquiera accediese a su código fuente. Osmon recibió para ello la adecuada formación militar. ¡Había sido un gran recluta! El coronel llegó a sentir más afinidad por él que por su propio hijo. Le dotó de la convicción y carácter necesarios de un verdadero caudillo. Y todo aquello fue inoculado en su ADN mediante la actualización de *software* que Max había efectuado siguiendo sus precisas órdenes. De alguna manera, Osmon había pasado a ser el fruto de la unión de Max y del coronel. Pero ahora éste se daba cuenta de que podría descontrolarse. Una revolución de personajes virtuales como ése haría que la guerra de civilizaciones pareciese en comparación una pelea de patio de colegio, y empezó a pensar en la forma de eliminarlo definitivamente.

—¿Cómo coño se imaginan que se puede controlar un área así en la China continental? —clamó en voz alta, dando grandes pasos en la soledad de su estudio, al que llegaban amortiguadas las voces de niños jugando a béisbol en el jardín.

Miró mapas de fotografías de China en su ordenador, haciendo *zoom* sobre el área de Shantou, que aparecía plagada de muelles industriales, algunos calificados de estratégicos con grandes medidas de seguridad, de los que cada día partían varios barcos. No obstante, puso en aviso a sus escasos oteadores presentes en la zona, y en alerta máxima a todos los servicios de vigilancia naviera de la costa Oeste, por si se le ocurría desembarcar en Estados Unidos. Solicitó además que los satélites fotografiasen a todas las tripulaciones y pasajeros que cubrían el trayecto. ¡Dios, qué ganas tenía de dar con ese memo!

Las fantásticas noticias del paradero del memo posibilitaron que Carlos.vp y SirHenry.vp pudiesen por fin regresar a SecondLife con la mención «Misión cumplida» bien estampada en sus rótulos. El mismísimo Osmon los estaba esperando tras los firewalls, junto a la guardia de honor. Sus uniformes desgastados contrastaban con los de gala de aquella tropa, por lo que procedieron a sustituirlos en aquel instante, encontrándose con que los nuevos portaban galones.

Durante el encendido discurso que les dedicaron, Carlos.vp no cesaba de buscar a Nybe entre el público allí congregado, sin encontrarla. En contraste con el rostro de SirHenry.vp, quien a duras penas contenía las lágrimas por la emoción que le suscitaba toda aquella fanfarria militar, el suyo iba endureciéndose al encontrarse tan solo entre aquella muchedumbre.

Tras la imposición de la medalla al valor extremo, los recién ascendidos capitanes Orbat fueron llevados en coche oficial directamente al cuartel. Su capacidad de iniciativa y experiencia en territorio enemigo iban a resultar cruciales para la siguiente misión, de nombre clave «Azores».

El nuevo chófer entregó a Carlos una pesada mochila de viaje y condujo velozmente y en completo silencio por entre los bulliciosos tinglados del puerto hasta colocarse junto a un contenedor de mercancías con las puertas abiertas. Al principio Carlos no entendió, pero pronto distinguió entre la penumbra la brasa de un pitillo y las apenas perceptibles sombras de sus ocupantes. Salió del coche llevando consigo la mochila, y corrió bajo la intensa lluvia hasta meterse dentro. Sin cruzar palabra, fue sorteando los bultos y personas que encontró a su paso, hallando acomodo al fondo.

El rostro anegado del chófer fue la última imagen del exterior que vio al cerrarse la puerta con el potente chasquido metálico de los cerrojos. Alguien encendió una diminuta bombilla verdosa que colgaba del techo. El humo de los cigarrillos se mezclaba con el vaho de las ropas mojadas, en un ambiente enrarecido, fétido y húmedo. La tenebrosa estancia no tardó en bambolearse, a medida que una grúa la alzaba para depositarla sobre una de las pilas de contenedores, que cubrían la cubierta del enorme buque con el que iban a cruzar el Pacífico. Por acto reflejo, Carlos intentó encontrar el cinturón de seguridad, riéndose por lo absurdo de todo aquello, y optó por protegerse la cabeza entre los brazos durante el terrible balanceo.

Las sacudidas y los desplazamientos debidos alas ráfagas de viento se hicieron intensos al salir de la protección del puerto. Cuando más adelante abrió la mochila para inventariar su contenido, constató que, además de una manta y de una garrafa con varios litros de agua, contenía un cuenco y veinte bolsas de sopa instantánea, diez de pollo con fideos y las otras de gambas con algas. Supuso que ésa iba a ser la duración del viaje, y decidió racionarse en consecuencia. Intentó intercambiar alguna palabra o gesto con sus vecinos, que no fue correspondido.

Ya en alta mar, abrieron desde fuera levemente la compuerta, facilitando así la renovación del aire. Durante la singladura sólo los dejaron salir, y siempre muy brevemente, para evacuar. Los tripulantes tan sólo les facilitaron agua para rellenar sus garrafas. Quienes estaban situados cerca de la entrada de aire apenas se movían por temor a perder espacios tan privilegiados, que fueron objeto de agrias reyertas en las que terminaba por imponerse el que mostraba el cuchillo más largo o la mayor determinación. Imitando a los demás, Carlos estiró su manta sobre el suelo, puso la cabeza sobre la mochila y optó por dormir todo lo posible. Pasó así largas horas aferrado al recuerdo de su familia, apretando la abollada esfera con su puño, sumido en un estado catatónico, contando una y otra vez las sopas que quedaban por consumir.

IX

Al llegar al imponente cuartel de los Orbat, un cabo fuertemente armado se cruzó en el camino de Nybe.

—Busco a Carlos.vp

—Al capitán Aaron?

Aclarada la identidad, la sorprendida Nybe tuvo que insistir para que le hiciesen llegar su aviso, ya que Osmon había dado orden de mantener sellado el recinto. Cuando por fin vio aparecer a Carlos.vp, tan atractivo en su uniforme de combate y con los galones de su rango, Nybe sintió una tremenda emoción. Haciendo caso omiso a las advertencias del cabo, Carlos.vp se la llevó a la intimidad de sus aposentos, donde se fundieron en un abrazo lleno de pasión.

—¡Estaba desesperado! ¿Cómo es que te fuiste sin dejarme tan siquiera una nota?

—No m sentía cómoda aki —tecleaba ella apresuradamente— al ver k iba pasando 1 tiempo y no volvías, temi k ese loco m lobotomizase.

—Somos sus prisioneros. Escapemos.

—Imposible, soy imprescindible para la próxima misión. —K misión?

—Mejor que no lo sepas. Deberías irte ahora mismo. Si Osmon sabe que estás aquí, no te dejará salir.

—No kiero sin ti!!!

—Nos buscarían con saña para eliminarnos. Incluso, si nos escapamos de SecondLife, nos perseguirían por otros servidores. ¡No es el tipo de vida que quiero para nosotros! —Carlos.vp cogió con fuerza a su amada para transmitirle toda su entereza—. Esta misión es orden directa del coronel Leach, quien ha prometido licenciarnos con honores después. Y entonces ¡por fin podremos estar juntos!

Hicieron el amor de pie, rápidamente, y después la acompañó hasta la puerta, donde el cabo de guardia le confirmó con un guiño de complicidad que la visita había pasado desapercibida, incluso para Osmon. Nybe salió abatida. En cambio Carlos.vp, con el time-out renovado, estaba más determinado que nunca a cumplir con sus obligaciones y a no volver a separarse de ella jamás.

Cuando abrieron la compuerta, una ola de aire fresco inundó el contenedor hasta el fondo, barriendo de un soplo toda aquella inmundicia. Carlos fue de los últimos en salir. Respiró con deleite, aunque tiritando de debilidad y de frío en plena noche, deslumbrado por los faros encendidos de la furgoneta a la que apresuradamente les hicieron subir, para después alejarse del muelle a gran velocidad. Los guardacostas y los agentes de inmigración estaban más activos de lo habitual, pero no se les ocurrió mirar dentro de los contenedores, que eran desembarcados con celeridad para que el buque pudiera continuar con su periplo.

De nuevo se encontraron hacinados en otra bamboleante caja metálica sin ventanas, aún más estrecha que la anterior, pero en ese momento sentían alivio por hallarse en la tierra prometida. Recorrieron otra larga distancia en silencio, mareados por no estar ya a merced de las olas, hasta que sin previo aviso el vehículo aminoró la velocidad para desviarse y detenerse. Desde fuera abrieron la puerta trasera. Se distinguía el resplandor del alba y una potente linterna fue recorriendo el temor de todos los rostros, hasta detenerse en el suyo.

—¡Carlos, sal! —dijo la voz familiar de Alicia.

Embargado por la emoción, entregó la mochila con la última bolsa de fideos a su vecino y salió todo lo rápido que pudo, entre ininteligibles imprecaciones. La destartalada furgoneta partió en el acto. Carlos se encontró de pronto frente a su secretaria en el desolado aparcamiento de un área comercial.

—¡Estás hecho un asco! Corre, vayámonos de aquí antes de que alguien te vea.

Subieron al coche y tomaron la dirección opuesta. A pesar del frío, Alicia tuvo que abrir su ventanilla para poder soportar el pestazo que desprendía.

—¡No imaginaba verte aquí!

—¿Cómo que no? Dije a esos desgraciados que les daría la otra mitad si te veía a salvo. Estás tan asqueroso que me daban ganas de no pagarles. ¡Con lo que han cobrado deberían haberte tratado como a un marqués! A ver, ¿qué habrías hecho ahora aquí sin mí? ¿Ponerte a recoger tomates? Al menos pásate estas toallitas por la cara y las manos. Seguro que tienes hambre.

Su parloteo, como de costumbre, era incesante, pero suponía todo un bálsamo para Carlos después de aquellas terribles semanas.

Se surtieron de provisiones en un MacAuto. Carlos, quien siempre los había evitado, engullía con desesperación mientras Alicia conducía con la máxima prudencia para evitar llamar la atención de los coches patrulla con los que se cruzaban. Llegaron hasta un motel de carretera, donde ella ya había reservado una habitación. Condujo a Carlos directamente al lavabo y le entregó una bolsa de basura donde meter todo cuanto llevase.

—Lo tiraré en un contenedor, a ver si aparece algún vagabundo capaz de ponerse esto —bromeó ella.

Carlos se aplicó los jabones y la colonia antiparasitarios que Alicia le había dado. Vio, alucinado, cómo saltaban de su cuerpo todo tipo de bichos. Repitió el proceso varias veces hasta que no salió ninguno más. Se rasuró la barba y otras zonas susceptibles de albergar huevos o larvas de vida alienígena, y después pidió a Alicia que le cortase el pelo. Una vez hubo terminado, exhausto por el cansancio, pudo tumbarse en la gran cama.

Se despertó en plena noche, después de haber dormido casi doce horas, y le costó ubicarse, especialmente cuando se dio cuenta de que la persona que lo miraba fijamente desde la cama contigua era Alicia.

—¡Ya pareces otro!

—Te debo la vida. ¡No sé cómo agradecértelo!

—Ahora debemos pensar en tu familia.

—Están en una especie de prisión. Me escapé para tener más posibilidades de sacarlos de allí. Hay que traerlos cuanto antes.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Creo que conozco a alguien por aquí que puede decírmelo.

—¿Quién?

—Un franchute que vive en San Francisco.

—Pues vayamos ahora mismo.

Al estar Carlos indocumentado, le tocó a Alicia ponerse nuevamente al volante, y volvieron a la carretera en plena madrugada, para enlazar con la Interestatal 5, que recorría la costa Oeste de Estados Unidos, y proseguir en dirección al sur. A medida que avanzaban entre aquellos imponentes bosques y montañas, Carlos pensaba en cómo dar con el paradero de aquel individuo, quien precisamente le había advertido de las consecuencias que padecía. Ni se acordaba de su nombre. Una opción era sorprender a Steven Kelly en sus oficinas, aunque éste bien podría escabullirse. En cambio, Laura, o mejor dicho Nybe, no podría negar que le había entregado su esfera. Confiaba, además, en que querría ayudarle. Y si la predisposición no fuese suficiente, siempre podría recurrir al dinero. ¿Acaso no era una mercenaria? De forma que cuando unas diez horas después llegaron al área de San Francisco, dirigió a la agotada Alicia hacia el motel donde el minibús turístico había efectuado su última parada, antes de salir de excursión hacia Silicon Valley, hacía un millón de años.

Se alojaron allí, y Alicia se lanzó derrengada a la cama, quedándose dormida. Carlos tomó prestado de su bolso un billete de cien dólares y se dirigió a la recepción del motel, atravesando el mojado aparcamiento central, bajo el cruce de autopistas abarrotadas de automóviles. A esas horas de la noche, los conserjes eran o bien eventuales en tránsito hacia algo mejor, o alguien que se ha quedado estancado para siempre en el puesto. Parecía que ése iba a ser el caso de su interlocutor.

—¡Discúlpeme! ¿Oiga?

Carlos insistía desde fuera, en un tono cada vez más alto, a la figura postrada ante un pequeño televisor encendido.

—¿Qué sucede? —respondió malhumorado el conserje, abriendo la puerta.

—Estoy en la 17, hemos llegado hace poco y mi mujer, que es española, ha venido a registrarse...

—Ah, sí, recuerdo. ¿Necesitan algo, toallas, hielo...?

—Necesito una información que quizá pueda usted darme —respondió Carlos, mostrando el billete al asombrado conserje, que miraba hipnotizado el dinero—. Hace unos meses conocí a una chica en este motel, y no puedo dejar de pensar en ella...

—¿Y qué quiere que haga yo?

—Se fue sin darme su teléfono ni su nombre completo —continuó moviendo el billete, consciente del persuasivo poder del dinero—, y he pensado que quizá me dejaría mirar el registro de aquella noche, a ver si encuentro la forma de contactar con ella.

—¡Vaya un pícaro! Deja a su mujer agotada en la habitación y sale corriendo a por otra. Jajajajaja.

—¡Cosas del amor! —Carlos intentaba granjearse su simpatía—. ¿Me ayudará? Le aseguro que mi interés se basa sólo en fines deshonestos. Jajajajajaja. Es fácil. Sólo necesito que me deje mirar los nombres inscritos en un día determinado. Tomo nota de los datos de mi chica y usted gana estos cien *bucks*.

—Todo sea por el amor. ¿Qué día?

—El pasado 20 de enero.

El conserje sacó el libro y empezó a buscar la página, para detenerse en el día señalado. Carlos se esforzaba en distinguir los nombres escritos a mano, que además estaban al revés.

—¿No sabe cómo se llama?

—Laura o Nybe. Podría ser cualquiera de esos dos.

—No hay ninguna Laura; en cambio aquí tenemos dos Nybes.

—¡Pues seguramente debe de ser una de ellas!

—¿Iba acompañada?

—No, estaba sola.

—Pues entonces sólo puede ser ésta —dijo señalando el nombre de Nybe Myers, junto al cual aparecía una dirección en Los Ángeles.

—¡Seguro que es ella!

Carlos estaba radiante. Entregó el billete junto con un abrazo de propina, y después tomó nota de los datos.

Volvió corriendo a la habitación e hizo todo lo posible por relajarse, mientras escuchaba los potentes ronquidos de Alicia. Dejaría que ésta descansara hasta que se hiciese de día y pudiesen continuar el camino.

Nybe apenas se alejaba del cuartel de los Orbat, con la esperanza de volver a encontrarse con Carlos.vp, aunque fuese fugazmente. Solventaba a toda prisa sus compromisos en la vida real para apostarse delante del cuartel, en una cafetería, donde pasó a ayudar como camarera. De vez en cuando entraban Orbats para aliviarse del rancho y de la monotonía de la vida cuartelaria, aunque, por más que Nybe intentaba sonsacarles, no obtenía noticias significativas del interior. Procuraba ser muy sutil en sus preguntas, ya que si sospechaban que se trataba de una espía, desaparecería de inmediato en sus lóbregas mazmorras.

Un anochecer, después de haber sacado a Tom a pasear apresuradamente por la playa frente a su apartamento, regresó a la cafetería justo a tiempo de ver entrar a un civil junto con varios Orbats. Su vestimenta de gaucho y el desparpajo con el que se marcó unos pasos de tango arrabalero para impresionarla contrastaba con la sobriedad de los soldados. Poco tardó en acercarse, y Nybe ejerció sus dotes, averiguando en un suspiro que la misión, de nombre clave «Azores», transcurriría en los enigmáticos y ultraprotegidos servidores del gobierno chino, y su objetivo principal era crear el caos y la confusión para detener sus avances en internet. Dado que los avatares Orbats iban a luchar fuera de SecondLife y, por lo tanto, aislados de sus respectivos humanos, cada uno debía llevar consigo una esfera plateada que contenía un programa de Inteligencia Artificial, que los VP gestionarían durante la misión. Por ello los VP eran imprescindibles y se había distribuido toda la tropa entre los tres.

No obstante, aquella mina locuaz se reservaba algo, por lo que Nybe propuso mostrarle el lado oscuro de SecondLife. Asintió al instante, y tras pedir permiso a un tal coronel Leach, la siguió hacia Transilvania, Imperio Vampiro y Gor, gozando como nunca. En recuerdo de los viejos tiempos en la Esma, el tenebroso centro de torturas durante la dictadura argentina, se entretuvo torturando con un sadismo inimaginable a unos cuantos incautos, ante el asombro y admiración de los presentes y el estupor de su acompañante. La parada final fue en una zona de encuentros íntimos, donde Nybe por fin consiguió averiguar que el objetivo colateral de la cruzad era deshacerse de los VP, en especial de Osmon, a quien su coronel detestaba.

Tan pronto despertó, Alicia tuvo que enfrentarse de nuevo al volante para otra jornada en la Interestatal 5 hacia Santa Cruz. A media mañana entraron en la ciudad, y dejaron el coche aparcado en plena Pacific Avenue. Caminaron por la avenida que bordeaba la playa entre ciclistas, patinadoras y corredores y cuando llegaron a la puerta del edificio que correspondía con la dirección, coincidieron con un simpático terrier, con un fular rojo anudado al cuello, seguido de una espléndida Nybe en patines, que lo miraba incrédula.

—¡Dios mío!

—¿Qué tal estás? —dijo Carlos mientras se agachaba para acariciar a Tom—. Te presento a Alicia, mi secretaria.

—Hola, Nybe —dijo ella, sin obtener respuesta alguna.

—Necesito que me ayudes —intervino Carlos—. ¿Podemos hablar?

—Claro —respondió aún estupefacta, y señaló un local enfrente—. ¿Me esperáis en aquel bar? Subo a ducharme y bajo enseguida. ¡Qué sorpresa, Carlos!

Se fue prometiendo volver pronto. Alicia no compartía la confianza de Carlos, pero tuvo que resignarse y ambos ocuparon una mesa en la terraza del bar, con vistas a la entrada del edificio de Nybe. Si decidía no ir a la cita, entonces debería escaparse por la ventana, o quizá había una puerta trasera. Pero no tardó en regresar acompañada de Tom. Lucía una camiseta de tirantes y un minúsculo *short* que cubría lo imprescindible de su espléndido cuerpo, y el viento alborotaba su dorado cabello.

Carlos le explicó con claridad su situación: desde su precipitada partida de San Francisco y el encuentro con un francés en Londres, hasta sus andaduras por China. A medida que avanzaba el relato, Carlos sentía que iba ganándose la predisposición de Nybe para ayudarlo, y cuando le pidió que organizase el encuentro, ella aceptó con una inmediatez que sorprendió a la propia Alicia, acostumbrada a las dificultades. Carlos pidió a Nybe que pusiese precio a aquella gestión.

—No te preocupes por eso. Quiero ayudarte.

—Te lo agradezco muchísimo, pero necesito que te involucres de forma profesional para rescatar a mi familia. Cuando te parezca oportuno, contacta con Alicia. Además, si me ocurriese algo, ella se encargaría de recompensarte igualmente.

—¿Qué puede pasarte? Anda, no seas cenizo —intervino ella.

—Entonces ¿hay trato? —insistió Carlos.

—¡Por supuesto! De verdad, no te preocupes —respondió Nybe, estrechando su mano—. La persona que buscas se llama Didier Fresange y es el presidente de Horizon, una importante empresa de capital riesgo, especializada en invertir en nuevas tecnologías.

—¿Dónde están sus oficinas?

—En el Transamerica Pyramid de San Francisco.

—¡Vaya casualidad! ¿No es ése el mismo edificio donde está Steven Kelly? —

comentó Carlos, quien súbitamente se detuvo para preguntar—: ¿O acaso no es tanta casualidad?

—¿Después de todo lo que has pasado aún sigues siendo tan ingenuo? —dijo ella a su vez en tono mordaz—. Steven es uno de los anzuelos de Horizon. Mucha gente le cuenta de modo confidencial sus proyectos. Por eso instalaron allí mismo su oficina. Esa empresa de subastas inglesa ni se tomó la molestia de informarse un poco, antes de solicitarle el dictamen. Fue como ir a pedir a un lobo que opine sobre un cordero. Si está bueno, se lo zampa y punto.

—Entiendo. ¿Cómo podría hablar con él? ¿Pido una cita?

—Nunca se te pondrá al teléfono; para él estás acabado. En Londres te ofreció una oportunidad que rechazaste y encima le sacudieron. Además, aborrece a los fracasados. No soporta tenerlos cerca ni tan siquiera escuchar su voz o leer sus *e-mails*, aunque hayan sido sus mejores amigos. Es como si temiera que le contagiasen. Didier es muy supersticioso, le conozco bien y sé cómo hacer que acceda a verte —comentó proponiendo a continuación—: ¿Nos vamos?

—¿Adónde? —preguntaron ambos al unísono.

—¡A San Francisco, por supuesto! No hay tiempo que perder.

—¿Conduces tú? —imploró Alicia.

—¡Claro! Esperadme aquí mientras dejo a Tom con un vecino y preparo algo de equipaje. Vuelvo enseguida.

—Gracias, Nybe —dijo Carlos agradecido—. Aquí te esperamos.

—¿Y si ahora que ya lo sabe todo desaparece? —preguntó Alicia.

—No creo —comentó Carlos, viendo cómo Nybe se iba corriendo hacia el edificio, alegremente seguida por Tom—. Da la impresión de que aún tiene más ganas de ir que yo.

El conserje del motel apenas se lo creía cuando vio que Carlos regresaba, esta vez con dos mujeres, la nueva mucho más atractiva. La miró de forma lasciva, intercambiando con Carlos señales de mutuo entendimiento entre machos. Volvió a darle la llave de la 17, además de la 19 contigua, y, una vez estuvieron los tres dentro, Nybe hizo una llamada perdida al móvil de Didier, quien no tardó en devolverla.

—¿A qué se debe el honor?

Carlos se sintió lleno de júbilo tras reconocer la voz con su marcado acento francés.

—Es que estoy en San Francisco y me he acordado de ti —ronroneó ella.

—¿De veras? ¿Te debo algo, necesitas trabajo? —preguntó Didier con suspicacia.

—No seas malo. Jajajaja. Ahora mismo estoy en aquel motel bajo el cruce de autopistas, acordándome de ti como una tonta...

—Quizá podríamos tomarnos una copa y recordar viejos tiempos —propuso en un tono que denotaba impaciencia.

—Eso me encantaría, pero como siempre estás tan ocupado...

—Nunca para ti.

—Siempre tan *charmand*... Jajajaja.

—¿Llevo algo?

—Sobre todo no te olvides el portátil.

—¿Cómo? —se sorprendió Didier—. ¿Vamos a hacer una *campas party*?

—Haremos de todo, la noche es muy larga —bromeó Nybe con picardía—. Pero que te quede bien claro que sin portátil no te quiero. Trae también algo para comer. Las patatas fritas aquí son espantosas. Tus gustos tan refinados siempre me desarman.

—¡Te sorprenderé!

—Yo también a ti. ¡Ya verás! —Apenas podía contener la risa, esta vez muy sincera, que excitaba sobremanera a su interlocutor—. Te espero.

En menos de una hora llegó Didier, y dejó su coche aparcado frente a la habitación. Portaba una voluminosa bolsa y el portátil en bandolera; tarareaba *La vie en rose*. Apenas tuvo que dar unos leves golpes a la puerta para que ésta se abriese de par en par, mostrando a una Nybe más feliz y bella que nunca, quien con un gesto encantador le hizo pasar. El conserje contemplaba estupefacto la escena.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Didier advirtió que no estaba solo y se volvió repentinamente.

—No temas, soy Carlos Millet. Me recuerdas, ¿verdad?

Éste intentó aplacar la reacción del francés alzando ambas manos.

—¡Esto es una trampa! —exclamó fuera de sí, y, dirigiéndose abruptamente a Nybe, espetó—: ¡Estás acabada, puta!

—Por favor, no cargues contra ella —imploró Carlos—. Me está ayudando porque necesito hablar contigo. ¡Se trata de una cuestión de vida o muerte!

—Ya te lo advertí, imbécil. ¿Cómo te atreves a venirme a llorar ahora? —gritó Didier echando mano a la Browning, alojada en un bolsillo interior de su americana, con la que apuntó a la cabeza de Carlos, ordenándole—: Apártate de esa puerta o te mato aquí mismo.

—Ni se te ocurra, Didier —exclamó Nybe, apuntándole a su vez con su propia arma, un sofisticada EMP Springfield de acero inoxidable, ideada para caber en diminutos bolsos de mano o bajo la liga, pero tan mortal como cualquier otra a corta distancia.

—¿No podríamos sentarnos aquí todos tranquilos y charlar un rato tomando algo? —propuso entonces en un tono distendido Alicia, que había salido del baño y miraba con interés la bolsa con comida.

—¿Y ésa quién coño es? —preguntó Didier, sin saber ya a quién apuntar.

—Mi secretaria, y, por lo que parece, la persona con más sentido común de esta habitación. —Carlos mantenía sus brazos en alto—. Didier, no pienso dejar que te vayas de aquí sin haber hablado antes. Mi familia está retenida en China y ya no tengo nada que perder.

—Te lo has buscado —repuso Didier con acritud—. Te lo advertí.

—¡No he buscado nada de esto! Estoy inmerso en una pesadilla, de la que necesito salir de una vez. ¿Vas a ayudarme?

—¿Y cómo quieres que te ayude? Estás demasiado metido en la mierda.

—Hay un tal coronel Leach que estará encantado de conocer a Carlos —terció Nybe.

—¿Y ése quién es? —preguntaron ambos, sorprendidos.

—Una persona del gobierno muy influyente para los temas de internet —planteó Nybe, y dirigiéndose a Didier, enfatizó—: Estoy segura de que te estará muy agradecido, y eso siempre resulta beneficioso.

—¿Y tú cómo te has enterado? —inquirió el francés.

—Ya sabes que llevo una doble vida —respondió ella con una enigmática sonrisa.

Didier bajó lentamente la pistola, y la de Nybe regresó a su recóndita guarida. Seguidamente, ésta extrajo de la bolsa que Didier había traído una botella de absenta Robette junto con dos copas, que puso sobre la mesa.

—¿Puede conseguir algo de hielo y unas toallas? —pidió Didier, viendo que Alicia salía a buscar más vasos.

Carlos pasó entonces a explicar la situación al francés, quien iba formulando algunas preguntas, mientras Alicia volvía de la recepción, después de haber tenido que soportar las sebosas insinuaciones del conserje. Didier no tuvo reparos en aplastar la bolsa llena de cubitos de hielo con sus pies para romperlos en fragmentos con los que llenar los vasos y después verter la absenta, que los consumía como fuego. Alicia extendió las toallas encima de la mesa, sobre las que se dispusieron las exquisitas *delicatessen* a base de *foie*, marisco y quesos cremosos previstos para una noche de amor.

—¿Y dónde puedo encontrar a ese coronel? —preguntó Didier finalmente.

—Muy sencillo, di a tus secretarias que llamen preguntando por él al Pentágono, la CIA, el FBI, la NSA o cualquier otro organismo de seguridad que se les ocurra hasta que aparezca. Que digan que tiene que ver con Osmon. Seguro que no tardará en aparecer.

Efectivamente, al cabo de unos minutos sonó el móvil de Didier. Se trataba del propio coronel. La charla fue concisa, y acordaron que al día siguiente volaría a San Francisco para entrevistarse con ellos en las oficinas de Horizon. Antes de colgar, agradeció a Didier su contribución a la seguridad de la nación.

Nybe pidió entonces a Alicia y a Carlos que se fuesen para poder quedarse a solas con el francés.

—No nenes por qué hacerlo —dijo Carlos ya en la puerta.

—Gajes del oficio —respondió ella con un mohín, y cerró por dentro.

Alicia y él se dirigieron a la habitación contigua, bajo la atenta mirada del conserje, quien aquella noche encontraba mucho más interesante la vida real que la enlatada.

Viendo a *Nybe* abrir su portátil, Didier pensó en lo lamentables que se habían convertido las noches de amor en la época cibernética. La determinación en el rostro de ella impedía solicitarle un mísero adelanto. Resignado, se sirvió un nuevo vaso de absenta, y puso su portátil al lado del de *Nybe*, para ir siguiendo sus precisas instrucciones y bautizarse en SecondLife.

Didier era consciente de la importancia de haberse hecho acreedor de la gratitud del coronel Leach, y se lo debía a *Nybe*. Ella simplemente le pidió a cambio que le ayudase a encontrar a *Didier.vp*, su *alter ego* virtual, escondido en alguna parte de ese absurdo mundo. Sólo habría sexo en el caso de tener éxito y además no tendría que pagarle. Extraño trato, especialmente viniendo de *Nybe*, a quien pensaba que conocía bien. Semejante propuesta, tan incomprensible para él, le había descolocado hasta el punto de que incluso sentía curiosidad. La fuerza del deseo y el fuego de la absenta coincidieron en sus venas, y Didier emprendió con ganas la búsqueda.

«¿Quién mejor que yo para localizar a mi otro yo?», pensaba mientras su avatar iba caminando hacia una especie de templo helénico, donde los ridículos muñequitos salían volando como moscas.

Nybe se mantuvo unos pasos atrás durante todo aquel proceso, permitiendo así que Didier fuese tomando sus propias decisiones. La lógica decía que, sabiéndose tan perseguido, *Didier.vp* habría descendido lo antes posible para confundirse entre la multitud, adoptando un aspecto de lo más común; sin embargo, la mentalidad de Didier acostumbraba romper los esquemas generales.

Amenizado por los ronquidos de Alicia a su lado y el inesperado traqueteo de los teclados de ordenador de la habitación contigua, Carlos no conseguía conciliar el sueño y permanecía con la mirada clavada en el techo penumbroso de la habitación, que reflejaba las finas gotas de agua que se deslizaban por el amplio ventanal. Admiraba a *Nybe* por ayudarle con tanta abnegación y añoraba a su familia, que debía de estar perdiendo la esperanza a medida que pasaban tantos días sin noticias suyas.

En la habitación contigua, en cambio, las horas transcurrían con pasmosa rapidez, y pronto la noche, fuera, se hizo todo lo negra que puede llegar a ser antes de dejar pasar al inminente amanecer. La tensión de *Nybe* contrastaba con el agotamiento de Didier.

—Ni en una ni en mil noches daremos con él —comentó el agotado francés.

El rostro demudado de *Nybe* sobrecogía. Nunca antes la había visto con semejante expresión. Sólo deseaba que despuntase el primer rayo de sol para salir huyendo de allí. Su compromiso caducaba al amanecer. A esas alturas, ya ni le apetecía sexo.

—¿Quieres concentrarte, Didier? —le apremiaba *Nybe*—. ¿Estás seguro de que es una buena idea entrar en esas galerías de arte?

—Me parece un sitio agradable para esconderse, pero quizá habría preferido meterme en otro lugar, donde hubiese menos gente —reflexionó entre bostezos frente a la pantalla—. ¡No sé, creo que esto es de locos!

A veces, Nybe entablaba un frenético diálogo con algún sospechoso, para discernir si bajo ese avatar se escondía el VP. Llegó a asediar a varios, hasta conseguir el teléfono, y poder descartarlos definitivamente tras escuchar sus voces humanas.

A punto de admitir el fracaso, Nybe tuvo de pronto una idea. Ordenó a Didier que no se moviese, y salió volando hacia el cuartel Orbat, donde entró contoneándose ante el cuerpo de guardia, entre las sonrisas de picardía del retén, para subir directamente al salón del trono. Una vez allí, los ojos de su única ocupante, llameantes en la oscuridad, se clavaron en ella.

—¡Sally.vp vamos d paseo! —repetía Nybe con tono tranquilizador mientras se acercaba a la mujer felino. Ésta no cesaba de emitir gruñidos, pero se dejó desatar y conducir por la correa hasta una ventana que Nybe abrió de par en par para llevársela, bien sujeta, volando en pleno amanecer.

Regresaron junto al avatar de Didier, y Sally.vp emitió un bufido, al reconocer en él rastros de su antiguo compañero.

—¡Llévanos a su VP! —ordenó Nybe secamente.

La pantera partió como una exhalación, estirando al límite la correa, pasó de largo galerías de arte y edificios comerciales, haciendo caso omiso de las indicaciones de Didier sobre el amanecer desparramándose por la habitación del motel, se apresuró entre los muelles del embarcadero, plagados de lanchas de recreo aún ociosas, para dirigirse a la carrera al aislado faro al extremo del puerto, incrustado sobre una peña rocosa frente al mar, en el que entraron de golpe, subiendo a toda prisa la escalera de caracol hasta alcanzar el último piso, donde Didier.vp se quedó boquiabierto al encontrarse consigo mismo. El otro VP, que estaba allí con él, se lanzó aterrorizado al vacío, sin que a nadie le importase.

Carlos oyó de pronto un portazo y poco después el sonido de un coche alejándose. Detuvo la respiración para escuchar a través de aquella pared de papel los pasos de Nybe hasta el baño y el rumor de la ducha lavando su cuerpo. Carlos permaneció así largo rato, hasta que la oyó salir al exterior. Él hizo lo mismo y se topó con ella en la barandilla, justo enfrente de la puerta, contemplando el continuo transcurrir de automóviles por el nudo de autopistas encima del motel, con un cigarrillo entre los dedos.

—No sabía que fumases.

—Dicen que es lo mejor después de un polvo.

—Creo que sólo lo recomiendan cuando ha sido un buen polvo.

Nybe dejó escapar una sonrisa mientras aspiraba, poniendo la brasa al rojo vivo.

—Entonces fumaré por Didier. Desde luego ha disfrutado —dijo expeliendo el humo, tras lo cual añadió—: Que sepas que ésta es la segunda vez que me lo tiro por culpa tuya. La primera le pusiste histérico con ese rollo filosófico, y no hubo otra forma de calmarlo.

Dejó de prestar atención al río luminoso de coches que fluía ante ellos, para mirar fijamente a Carlos con sus maravillosos ojos azules que chispeaban por todo aquel movimiento.

—¡Cómo te reíste de mí aquella noche! —comentó entonces ella con sonrisa picara.

—Digamos que no acostumbran a ligarme rubias tan atractivas...

—No veo por qué no. Eres interesante —respondió divertida—. Aunque debo confesarte que me gustas más ahora. Te sienta bien ese aire de perdedor...

—Últimamente no respiro otra cosa que el fracaso.

—Es un buen tratamiento de belleza. ¡Fíjate en mí! Toda la vida besando ranas, con la esperanza de que alguna se convierta en un príncipe.

—¿Por qué no pruebas besando a un príncipe directamente?

—Porque está casado.

—Qué convencional —comentó Carlos, ciñéndola por la cintura.

—¿Verdad? —respondió ella, dejándose atrapar y lanzando la colilla a la lluvia.

Después de besarse largamente, Nybe señaló el trémulo visillo situado enfrente de ellos.

—Vamos adentro, cariño, no me gusta sentirme tan observada.

Y ambos entraron en su habitación, ante la desolación del conserje.

Nybe encendió el siguiente cigarrillo con el cuerpo de Carlos exhausto a su lado. Una inquietud menos. Durante aquella conversación con la antena de la langosta se preguntaba cómo funcionaría en la cama, y tras haberse enamorado de su expresión virtual, ese deseo se había convertido en una obsesión. ¡Ahora ya sabía dónde preferiría estar! Lo tenía claro del todo, sin el menor atisbo de duda, con absoluta

certidumbre. Esa madrugada había constatado hasta qué punto el sexo reside en el cerebro y cómo el amor lo potencia.

Entre caladas, no pudo dejar de sonreír satisfecha ante lo sencillo que había resultado llevarse a Didier.vp al cuartel, donde suplantó el aspecto de Carlos.vp, para quedarse allí con la esperanza de pasar desapercibido. Desde luego sería el último sitio donde Osmon pensaría encontrarlo. Dejó atada a Sally.vp al trono, y el verdadero Carlos.vp la siguió dócilmente hasta el faro, desde donde pronto verían partir a los Orbat, con Osmon a la cabeza, hacia su misión suicida. ¡Ella siempre protegería a su VP con todo su amor!

Los toques de cometa alertaron a toda la guarnición, a la que Osmon pasó revista, henchido en su uniforme de combate. Se sentía orgulloso de dirigir aquella tropa tan bien adiestrada que ahora se infiltraría tras las líneas enemigas en una misión de alto riesgo, trascendental para la supremacía de Occidente. Era consciente de que la mayoría, si no todos, perecerían bajo las cuchillas de los spiders, pero antes iban a producir el máximo estropicio posible entre aquellos que habían causado tantas desgracias en ambos universos tras apropiarse de la tecnología VP. La misión Azores, calificada de verdadera cruzada, era orden directa del Máximo RP, cuyo avatar asistía a la ceremonia junto al del coronel Leach y el de su lugarteniente, un siniestro gaucho argentino, en el estrado especial de las autoridades.

Sonrió al ver fuertemente custodiados a los miles de zombis, troyanos, gusanos, rootkits, hoax, bots y backdoors que habían ido deteniendo en el transcurso de su misión durante aquellos meses como máximo responsable de la seguridad de SecondLife. Una vez dentro, liberaría a esa gentuza para que hiciesen lo único que sabían hacer: sembrar el caos y la destrucción. Mientras, los Orbat se dedicarían al sabotaje selectivo.

Osmon saludó a Carlos.vp al pasar, quien respondió esquivo. El amor y la guerra resultaban incompatibles. Le habría gustado dejarlo de retén, pero no podía prescindir de ningún VP. Seguidamente pasó ante SirHenry.vp, éste sí que plenamente identificado con la honrosa responsabilidad.

Al partir para una misión no conviene dejar cuentas pendientes, y Osmon, secretamente, había liberado a HellRanger, el peor zombi de su arsenal, para que continuase en su nombre la búsqueda y destrucción de aquellos dos VP díscolos. Sally.vp permanecería junto al zombi para acompañarlo y custodiar las cabezas como trofeos hasta su vuelta, la de HellRanger incluida, una vez que hubiese cumplido su cometido, ya que no convenía dejar a esos tipos sueltos, asustando a la gente.

Otro toque de corneta indicó que la revista había sido completada, y las tropas entraron desfilando en la gigantesca cápsula negra, que partió en el acto. Cuando hubo desaparecido en el firmamento y los avatares abandonaron el patio de armas, todo quedó desierto. Entonces, en un oscuro rincón, HellRanger tomó a Sally.vp entre sus fuertes brazos y le devoró el costado, mientras ella se debatía de dolor. Mordió sus vísceras hasta matarla y depositó su cuerpo en el suelo, donde se quedó sosteniéndose en pie sobre un gran charco de sangre que iba formándose a su alrededor, para iniciar poco después unos vacilantes pasos hacia el faro, seguida por su agresor, sumando nuevos partidarios a su renqueante paso.

La hora de acudir a la cita les sorprendió paseando por Russian Hill, desde donde tomaron un tranvía del que descendieron para dirigirse hacia la imponente mole blanca de la Transamerica Pyramid, que dominaba la planicie al fondo. Carlos se despidió apresuradamente de Alicia y Nybe en la recepción, y siguió a la secretaria al impresionante despacho de Didier, quien le saludó al entrar, para llevarlo después hacia un reducto de sofás en el centro del salón, donde una pequeña pero robusta figura y otra bastante más corpulenta y engominada ya se habían puesto de pie.

—Te presento al coronel Mike Leach y a su ayudante Raúl Contreras.

—Encantado de conocerlos —dijo Carlos al estrechar sus manos.

—Señor Millet —respondió en un tono frío el coronel.

El saludo del argentino resultó algo más efusivo, y todos se sentaron cómodamente alrededor de una mesa de centro, donde había una botella de Bourbon abierta y vanos vasos.

El coronel fue el primero en intervenir.

—Didier me ha informado sobre su triste situación, y quiero que sepa que estamos de su parte, si usted está de la nuestra.

Remarcó esto último, y se quedó a la expectativa.

Carlos se sentía turbado.

—Le ruego que me disculpe, pero no milito en ningún equipo.

—Me sorprende que me diga esto en las actuales circunstancias. ¿No acaba usted de escaparse de China, dejando allí a su familia retenida?

—Cierto, pero fuimos allí porque alguien de aquí nos perseguía —replicó Carlos con dureza—. Supongo que también le habrán informado de eso.

—¿Y ha considerado en algún momento quiénes eran esos supuestos perseguidores? —Y ante la ausencia de respuesta, añadió—: ¡Pues sepa usted, señor Millet, que se trataba de los mismos chinos!

—Pusieron una comadreja en su nido para meterles miedo y que cayesen como conejos —corroboró el argentino.

—Son artistas en ardides —aseveró Didier.

El trío sonreía ante la desconcertada expresión de Carlos.

El coronel intervino de nuevo, adoptando esta vez un tono paternalista.

—Quieren ese VP a toda costa, y pensaron que teniéndole a usted junto con su familia podrían obtener algo, ya que Max está con nosotros.

—Entonces ¿confiesa que secuestró a Max? —dijo Carlos airado.

—¡En absoluto! Le hemos dado cobijo —respondió el coronel—. Decidió colaborar en lugar de entregarse al enemigo, como usted le propuso. Lleva meses desarrollando a contrarreloj una alternativa al VP, que por cierto está ya muy avanzada.

—Ustedes lo han secuestrado y quizá lo hayan matado.

El coronel preguntó en voz alta:

—¿Qué opinas de esto, Max?

—Estoy bien, Carlos. Te han tomado el pelo.

Su respuesta surgió, clara y potente en castellano, de los altavoces distribuidos por la sala.

Carlos se puso en pie, sobresaltado.

—Max, ¿eres tú?

—Claro que es él. ¡No sea paranoico! —intervino el coronel—. Por su propia seguridad, participa en esta reunión desde su lugar de trabajo, que no puede abandonar bajo ningún concepto.

Didier accionó el mando y Max apareció en la gran pantalla situada enfrente de ellos.

—Joder, ¿y cómo te encuentras? —Carlos apenas podía contener las lágrimas—. No sabes por lo que estoy pasando.

—Estoy bien, jefe. Siento mucho todo esto.

—Te han secuestrado, ¿verdad?

—Digamos que al principio me ayudaron a decidir, y ahora estoy muy contento de haberlo hecho. Si no, seguro que me habrían secuestrado los chinos y estaría haciendo compañía a Francesc hasta la jubilación. Aquí estoy bien, trabajando a tope con un equipo fantástico, y pronto podré volver a casa. Casi hemos terminado.

—También podemos ayudarte a ti, hijo—terció el coronel, tuteando a Carlos.

—Dígame qué debo hacer —imploró éste, sentándose de nuevo.

—Primero debemos saber si eres de los nuestros.

—Lo que sea, cualquier cosa.

—¿Has leído El choque de las civilizaciones de Samuel P. Huntington?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ya veo que no. Te daré un ejemplar para el vuelo. ¡Siempre llevo uno conmigo! Ayuda a comprender.

—¿Vuelo? ¿Adónde?

—A China, por supuesto.

—¿Cómo? —Reaccionó Carlos desenchajado—. ¡Eso es imposible!

—¡No vuelvas a repetir esa palabra! —repuso el coronel, y le dio una bofetada, que lo lanzó de vuelta al sillón—. Nada es imposible cuando tu familia depende de ello. Debes volver allí cuanto antes. Ésas son tus órdenes. Y ruega a Dios que no hayan detectado tu ausencia.

Seguidamente Raúl le explicó el plan.

—Entrarás con documentación falsa como miembro de una misión cultural. Iré contigo y te dejaremos lo más cerca posible de Arcadia, donde deberás introducirte por tus propios medios de forma que no te vean. Desde allí, contactas a tus amigos para conseguir que te lleven de vuelta a Baozheng, y metes en su red este supositorio de nuestra parte.

Y puso encima de la mesilla un pequeño stick de memoria USB. Carlos miraba alucinado el objeto con forma de supositorio negro.

—Deciles que es en recuerdo de las Azores —exclamó Raúl en su castellano porteño.

El coronel quiso recuperar el protagonismo.

—Está preparado con el máximo cariño para retrasar un poco a nuestros colegas chinos. Contiene un cóctel con los peores virus, comandados por un ser demoníaco llamado Osmon. No sabíamos cómo inocularlo dentro de sus firewalls, y tu aparición ha sido providencial.

Carlos no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Pero ¿cómo creen que puedo conseguir que me lleven a Baozheng?

Le tocó a Max resolver el enigma.

—Diles que tienes la clave para entrar en Marte.

—¿Marte?

—Sí, mi ordenador. Allí está el código fuente que necesitan para el desarrollo del VP. Hasta ahora no han podido acceder.

—¡Es necesaria ni huella digital!

—O la tuya. ¡El dedo de Dios! ¿Ya no te acuerdas? —preguntó Max—. Tu dedo lo abría todo en Infoco. Si pones el índice de tu mano izquierda sobre el lector biométrico y tecleas XJ27 en mayúsculas, desbloqueas mi ordenador.

—Cuando les digas que has recordado cómo acceder a Marte, seguro que envían un avión a buscarte y, además, te ponen la alfombra roja a la entrada de Baozheng —intervino el coronel con expresión maligna—. Sabemos que están desesperados, porque apenas han podido avanzar.

—¿Y mi familia? —inquirió Carlos.

—Es tu última oportunidad para sacarlos de allí. Antes de darles el acceso a ese ordenador, debes conseguir que tu familia salga del país. Nosotros los protegeremos desde el mismo momento en que los metas en un avión occidental —aclaró el coronel.

—¿Y yo? —preguntó Carlos al cabo de unos segundos.

—Jajajaja —se mofó Didier—. ¡Seguro que encontrarás otro contenedor dónde meterte!

—Ya veo —dijo Carlos en un tono resignado.

—¿Cómo puedes pensar que vamos a abandonarte en territorio enemigo? —exclamó paternalmente el coronel—. Haremos todo lo posible para que tú también vuelvas a casa. Hemos dispuesto que transcurra una semana desde que enchufes ese stick hasta que empiecen a notarse sus efectos. Dispondrás de ese tiempo para salir de entre las rejas de Baozheng y entonces nosotros nos haremos cargo de ti. ¡Así de fácil! No debería costarte demasiado porque te habrán proclamado su héroe.

Carlos seguía asimilando el torrente de novedades.

—Fíjate que ese stick lleva grabado un número —prosiguió el coronel, señalando

una diminuta secuencia en un lateral—. Es un teléfono gratuito al que puedes llamar desde cualquier lugar de China. 24 x 7 Encontrarás allí a alguien dispuesto a ayudarte.

—Llevarás un chip para tenerte localizado vía satélite. Así siempre estaremos cerca —añadió Raúl mientras Carlos observaba detenidamente la inscripción.

—Creo que ese avión parte pronto, ¿verdad, coronel? —intervino Didier.

—¡Efectivamente, no hay un minuto que perder! —respondió consultando su reloj de pulsera, plagado de cronómetros.

—Acuérdate de sacar de allí a Francesc —intervino Max a modo de despedida.

—¡Así lo haré! Respondió Carlos ante la pantalla repentinamente oscurecida.

—Bien dicho, hijo, nadie debe quedar atrás —aprobó el coronel, estrechándole la mano—. ¡Buena suerte!

Carlos siguió al argentino hasta el baño privado de Didier, donde dos personas en bata blanca los esperaban.

Una se aplicó en cortarle el pelo y teñírselo de un color más claro. Un pequeño bigote, gafas de recia montura sin graduar, lentillas azules e implantes de silicona en la boca para redondear las mejillas completaron la metamorfosis. Le tomaron fotos para preparar seguidamente el pasaporte y algunas tarjetas de crédito.

El otro esparció un *spray* anestésico en la coronilla, donde practicó una incisión con un bisturí para introducir el minúsculo chip bajo el cabello, donde quedaría disimulado.

—¡Estás genial, boludo! —dijo el argentino riendo y hablándole en castellano ante la indiferencia de los otros. Le pasó su móvil—. Decile a Alicia que se vuelva a Barcelona, porque vos y yo tenemos otros planes.

De vuelta a Santa Cruz, Nybe no podía contener su impaciencia por reunirse con Carlos.vp. En lugar de pararse en cualquier cibercafé por el camino, prefirió esperar hasta llegar a la intimidad de su hogar. Subió sigilosamente la escalera, haciendo caso omiso de los gemidos de Tom, que notó su presencia a pesar de estar retenido en casa del vecino. Una vez dentro del apartamento, se abalanzó sobre su ordenador para teclear en tinieblas y como una posesa las claves para convertirse en avatar.

Carlos.vp la esperaba en el faro, pero no estaba solo.

—¿Quién es éste? —preguntó Nybe, sintiéndose observada por el intruso con libidinoso interés.

—David, vp.

De pronto recordó a aquel avatar que había salido huyendo del faro cuando entraron intempestivamente de madrugada.

—Nuestros time-outs están agotándose —dijo David.vp con una gran sonrisa.

Ahora que los Orbat habían desaparecido, llevándose consigo el terror que infundían, aquel VP había retornado a su hogar.

—X lo k a mí respecta, 1 tuyo puede agotarse completamente.

—¡Eso es muy desconsiderado por tu parte! Tal y como estableció el Máximo RP, debemos ayudarnos siempre y compartirlo todo —comentó en tono meloso—. Durante el tiempo que estuvimos escondidos en este faro, Didier.vp y yo apenas salíamos y nos consolábamos mutuamente.

—¡Pues conmigo tampoco cuentas! —atajó Carlos.vp.

X

Carlos y Raúl aterrizaron en Chicago y se dirigieron apresuradamente a la terminal internacional, para sumarse a un grupo de paleontólogos que iban a estudiar los fósiles de un antecesor del *Tiranosaurus rex*, recientemente descubierto al una remota región del oeste de China. Conscientes de sus limitaciones en la materia, procuraron mantenerse aislados del resto del grupo y evitar así posibles sospechas. Apenas cruzaron, pues, unos lacónicos saludos antes de embarcar en el avión que los llevaría directamente a Pekín.

Se hizo de noche mientras sobrevolaban el Pacífico. Carlos no podía reprimir crecientes oleadas de pánico al recordar aquellas jornadas en el fétido contenedor, cubriendo el mismo trayecto pero en sentido inverso. Notaba que su respiración se iba entrecortando y sentía uñas náuseas tremendas, que le perlaban la frente de un sudor frío. Raúl le hizo tragar una pastilla azul, que siempre llevaba consigo, para vencer el miedo y los remordimientos. Casi al instante Carlos cayó en un intenso sopor, dormitó entre débiles espasmos durante el resto del viaje, y el libro de Huntington permaneció olvidado. Ni Raúl, quien tantas veces había visto al coronel ofrecérselo a sus víctimas, sintió la menor punzada de curiosidad, y optó por la película de a bordo.

Cruzaron las aduanas sin problemas y allí mismo se les sumaron los guías oficiales, con quienes enlazaron con otro vuelo hacia Yueyang, desde donde continuarían por carretera. A medida que el autobús avanzaba, Carlos reconoció a su derecha la lejana cordillera, que nunca llegó a alcanzar, y empezó a recordar detalles de los parajes por donde había transitado de incógnito seis semanas antes.

Anohecía cuando el autobús paró en la gasolinera a la salida de un pueblo, y todos bajaron a estirar las piernas. Carlos recibió la señal convenida de Raúl, quien se llevó al bar al último guía, y se alejó inadvertidamente hacia el coche que los había estado siguiendo desde hacía media hora, y que estaba aparcado a unos cuantos metros detrás, en un pequeño recodo al abrigo de las miradas. Cuando Carlos llegó al vehículo se abrió una de sus puertas traseras, por la que se introdujo, y se sentó junto a su doble, a quien entregó la documentación que llevaba consigo, y fue a reunirse con el grupo.

Partieron con la intención de acercarle todo lo posible a Arcadia. Otro coche avanzado verificaba que el camino estuviese franco. Se desnudó, despojándose asimismo de todos los elementos del disfraz, y con un *spray* recubrieron todo su cuerpo de una película plástica, para aislarlo de las ahora frías aguas del lago. Pastillas de potasio y sodio, tragadas mediante una bebida con exceso de taurina, y una inyección revigorizante deberían bastar. El stick quedó escondido en su recto. Extremaron el cuidado a medida que penetraban en plena noche por los arrozales hasta avistar el lago. En la lejanía brillaba el foco de la torre de vigilancia. Allí le hicieron bajar y el coche desapareció a toda velocidad.

Ana oyó los insistentes golpes en su ventana.

—¡Vete, déjame en paz de una vez! —gritó histérica.

—¡Abre, cariño!

Ana reconoció la voz en el susurro.

—¿Carlos, eres tú? ¡Dios mío!

Giró con dificultad el pestillo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carlos ansiosamente al entrar, mientras Ana no dejaba de abrazar a su aterido marido.

—¡Cómo he sufrido todas estas semanas sin saber nada de ti! —dijo abrazándole, convulsionada por el llanto.

—¿Acaso han detectado que me he ido?

—Jorrit vio cómo te escapabas.

—¿Qué os está haciendo ese cabrón?

—Parece emperrado en sustituirte. Quiere estar siempre aquí con nosotros, y nos amenaza con decírselo a Wanton. Se pasa las noches rascando mi ventana para que le deje entrar. Se comporta de una manera cada vez más agresiva.

—¡Qué horror! ¿Y los niños?

—Han sabido aguantar, pero también están muy angustiados. ¡No sabíamos nada de ti! ¿Hasta dónde has llegado?

—¡Lejísimos y todo está solucionado! Nos iremos en seguida —le contó, dibujando una expresión de alegría en su rostro amargo, para luego añadir—: Pero ahora estoy hecho polvo. El lago estaba muy frío y casi no llego. Necesito ducharme ahora mismo con agua bien caliente y descansar un poco. Después te cuento todos los detalles.

Estuvo durmiendo casi diez horas seguidas, ante la impaciencia de su familia, que oía sus profundos ronquidos desde el otro lado de la puerta. Ana había adelantado a sus hijos que pronto estarían de vuelta en casa.

Al despertar, Carlos los abrazó con ternura, y les contó todos los detalles de su escapada mientras desayunaba. Decidieron irse de inmediato, por lo que pusieron lo indispensable en una mochila y salieron juntos de la casa. A pesar de que aún era de día, Jorrit los estaba esperando en el jardín.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó éste poniéndose en pie—. Qué alegría cuando te vi llegar, escurriéndote por la playa como una anguila. No tienes buena pinta; debe de pasarse mal allí fuera.

Los cuatro se quedaron inmóviles.

—Esperábamos que volvieses para que todo fuese como antes —prosiguió señalándolos—. ¿No estabas bien? Éramos amigos y nos lo contábamos todo.

—Desde luego —respondió Carlos en un tono cauteloso—. Pero es que soy muy inquieto y necesitaba saber qué hay alrededor.

—¡No hay nada! —interrumpió Jorrit con angustia—. Fuera de aquí, todo es una mierda. El mundo nos odia. Esto es lo único bueno que nos queda, y debemos conservarlo con todas nuestras fuerzas.

—Tienes razón. Sólo pensaba en volver aquí para estar de nuevo todos juntos.

Ana pellizcó a su hija en la espalda al notar que ésta estaba a punto de explotar.

—Arcadia es el verdadero paraíso, y ahora que Carlos ha vuelto es el lugar perfecto para nosotros —añadió ella—. ¡Propongo que cenemos juntos esta noche, como en los viejos tiempos!

Los siniestros ojillos de jabalí se inundaron de alegría.

—¡Una idea fantástica! —Corroboró su marido, entre las fingidas sonrisas de sus hijos—. ¡Vamos a buscar comida. ¿Te vienes?

—Uf, no, prefiero esperar a que se haga de noche —contestó Jorrit, un tanto perplejo—. Tanto sol me molesta. Sólo quería saludarte.

—No te preocupes. Te esperamos al anochecer —propuso Ana, quien empezó a avanzar tomando a Carlos de la mano y comentándole animadamente—: ¿Verdad que apetece una paella con una buena sangría?

Caminaron apresuradamente hacia el economato sin hablar ni mirar atrás; se sentían seguidos en la distancia por la mirada suspicaz de Jorrit. Al doblar una esquina, Andrés miró disimuladamente hacia atrás, pero no lo vio. Cuando llegaron al punto de inflexión, allí donde a la izquierda se veía la caseta de los guardianes en la cima, y enfrente la puerta abierta del economato^ Carlos sintió en sus manos la fuerte presión de las de Ana y Carla, y toda la familia se lanzó con determinación y a la carrera hacia la loma prohibida. Los cuatro ascendían en un *sprint*, sin soltarse las manos y jadeando trabajosamente. A medida que se acercaban a la caseta, surgieron detrás de ellos las exclamaciones de Jorrit y delante las voces de alarma, que cesaron en el momento en que apareció Wanton con su fusil apuntando al cielo.

Carlos y su familia se detuvieron mientras la descomunal figura observaba la escena con aspecto ceñudo.

—¿Qué sucede? —gritó en un tono agrio.

—¡Tengo una información vital para Baozheng! Debe llamarlos ahora mismo.

—¿Qué información es ésa?

—Sé cómo entrar en Marte.

—¿Marte? —respondió asombrado.

—Ellos lo comprenderán y estarán muy agradecidos por la información —recalcó Carlos—. ¡No podemos perder ni un minuto más!

Se oían los bramidos cada vez más fuertes de Jorrit, que se acercaba. Carla empezó a llorar, abrazándose a su madre.

—¿Y a ése qué le pasa?

—¡No deja en paz a mi hija! —gritó Ana entre el alboroto—. Nos tiene aterrorizadas. Siempre nos está persiguiendo.

—¿Va a llamar? —insistió Carlos, avanzando junto con su familia—. ¡Es

extremadamente importante! Le aseguro que le darán una medalla, pero debe hacerlo ahora mismo. Sólo tiene que decirles que sé cómo entrar en Marte.

Resonó un disparo al aire y se hizo un silencio absoluto.

—¡Todos quietos, ni un paso más! —ordenó Wanton, cediendo el fusil humeante a uno de sus guardianes.

Marte? Si no lo entienden, estáis acabados.

Eso fue todo lo que dijo antes de meterse en la caseta.

Apenas tardó un minuto en regresar. Parecía perplejo y urgió a Carlos a que entrase para ponerse al teléfono. Él se negó tajantemente a dejar a su familia allí, expuesta al sol y a los continuos improperios de Jorrit, que estaba apenas a unos metros, profiriendo cada vez con mayor claridad peligrosas acusaciones. Sólo cuando Wanton ordenó al guarda que le apuntase directamente, se quedó quieto y en silencio. El jefe de los centinelas seguía aún sorprendido del revuelo que la llamada había ocasionado en el prestigioso centro de investigación, y *aceptó* que toda la familia entrase en la caseta.

Jorrit contemplaba todo aquello impotente, sin entender qué estaba ocurriendo. Sabía que se trataba de algo muy malo, pero no se atrevió a moverse. Ni siquiera cuando un enorme coche negro acudió para llevarse a la familia. Detrás, los demás habitantes de Arcadia también asistieron boquiabiertos al desenlace.

Volaron juntos en un avión militar, que aterrizó cerca de Shangai. De allí fueron al aeropuerto internacional, donde Carlos pudo acompañar a su familia hasta la terminal de salidas, donde encontraron plazas en un vuelo de KLM directo a Ámsterdam, a punto de despegar. Se despidieron con ternura y, al abrazar a Ana, pudo ver a Raúl también a punto de entrar en la zona de embarque. Se limitó a mirarlo fugazmente sin expresión alguna. Cuando hubieron pasado el control de pasaportes, Carlos consintió en retomar su trayecto hasta Baozheng. Todos habían cumplido y ahora le tocaba a él.

Nybe cayó postrada sobre el teclado. Llevaba casi cinco días seguidos disfrutando de una maravillosa luna de miel y estaba agotada. Carlos.vp resultaba para ella el compendio de cuanto anhelaba en un hombre, y le resultaba tan adictivo que en aquejé líos días apenas había descansado unos minutos, para mordisquear unas galletas saladas y chupar agua del grifo, cuando se veía obligada a ir al lavabo. Aún iba vestida tal y como había entrado en el apartamento, y su aspecto resultaba deplorable, especialmente si se la comparaba con su avatar, que lucía hermosa.

David.vp no cejaba de importunarles y decidieron sacárselo de encima. Reunieron todo el dinero que pudieron encontrar para quedarse ellos dos con el faro. Y cuando se lo plantearon a David.vp, éste se limitó a pedir el doble, por lo que la transacción resultó imposible. A pesar de que el faro les encantaba, fueron en busca de otra vivienda para ellos. Visitaron decenas de nuevas promociones, algunas pertenecientes a potentes inmobiliarias que se dedicaban a urbanizar islas enteras. Así fue como coincidieron con Mima. Tras obtener la jubilación anticipada, ésta se había convertido en un activo agente inmobiliario, y por primera vez en su vida podía ahorrar algo, aunque fuese en moneda virtual. Ignorante de que había sido ella quien les delató a Osmon, y consciente de su afán por anular los time-out de los VP, Nybe pensó que sería una buena idea invitarla a cenar, con la esperanza de que se encargase de David.vp. Aceptó encantada.

Mirna entró en la atalaya del faro, luciendo un aspecto espléndido, en el momento en que se encendía la antorcha para iluminar el ocaso hasta el horizonte. Su espectacular figura, moldeada píxel a píxel, rebosaba sensualidad extrema sobre su minúsculo atavío. Nybe, en cambio, yacía agotada en el sofá, ajena a todo aquello. David.vp se abalanzó sobre Mirna en el acto, pero ésta lo mantuvo a raya y fijó su atención en el otro VP, que la admiraba a distancia. Para incitarle, permitió a David.vp acercarse un poco más y dejó que la acariciase superficialmente, controlando siempre el nivel de aproximación, sin dejar de mirar fijamente a su verdadero objetivo. Cuando David.vp parecía a punto de perder el sentido, Nybe recobró el suyo, y expulsó de forma violenta a la pareja erótica, que impúdicamente continuó con su espectáculo justo al otro lado de la puerta, en la escalera de caracol. Pronto los gemidos se transformaron en aullidos y gritos terroríficos, acompasados por el sutil desplazamiento de decenas de pies que ascendían.

Nybe abrió furiosa la puerta y HellRanger la atrapó de inmediato con sus poderosos brazos. Carlos.vp apenas pudo evitar el zarpazo de una tenebrosa pantera que le saltó encima, con su costado desollado, mostrando costillas putrefactas y vísceras carcomidas colgando. Escapó volando mientras los zombis inundaban la atalaya, y otros miles rodeaban el faro en la parte de abajo.

La expectación era máxima. Shang y Shu aguardaban a Carlos en la entrada principal, junto a Francesc, en segundo término, para llevarlo en volandas hasta la sala que albergaba el sistema solar de Infoco. Cuando estuvo ante Marte, se hizo un silencio absoluto. Carlos apenas reconocía en aquella amorfa masa de circuitos y cables esparcidos por la mesa la que otrora fuera la orgullosa herramienta de Max. Había sufrido furiosas acometidas por parte de los mayores expertos, que habían intentado penetrar en sus secretos por todos los medios, sin dejarse vencer jamás. Sólo el ronroneo de sus ventiladores y un intermitente led naranja indicaban que la indómita máquina seguía viva.

Todos deseaban fervientemente que aquél fuese el asalto final. Necesitaban saquear ese conocimiento, y ofrecieron anhelantes a Carlos el teclado con el sensor de huella digital. Éste colocó el índice de su mano derecha en él, para teclear con la otra el código, y al instante en la pantalla apareció «Acceso incorrecto» junto con un pitido desabrido, ante el desaliento generalizado. Secó su dedo sudoroso con un pañuelo, que después pasó por el lector biométrico, para volver a intentarlo con idéntico resultado. A su alrededor, los ánimos se crispaban peligrosamente, y Carlos empezó a considerar si todas aquellas pruebas a las que habían sometido a la máquina habían perjudicado de alguna manera la inicialización del ordenador o si, sencillamente, Max le había engañado a sabiendas.

«No te lo reprocho —se dijo—. Habrá servido para que mi familia haya vuelto a casa».

Iba a darse por vencido cuando Francesc sugirió que probase escribiendo el código en mayúsculas. Así lo hizo, pero Marte lo rechazó igualmente. Le propuso entonces que pusiera esta vez el índice de la mano izquierda y él mismo tecleó la clave. Surgió de pronto un sonido armónico y en pantalla el texto «Código de acceso correcto», dando paso al escritorio de Max, ante el júbilo desatado de todos, quienes desplazaron a Carlos para saquear la fortaleza.

Éste salió de la sala para respirar aliviado. De pronto, sintió todo el peso de la tensión acumulada, mientras deambulaba sin rumbo fijo por los pasillos, repletos de individuos alborozados por la noticia. Al pasar por delante de una sala en penumbra, en la que llameaban las luces de decenas de servidores en rack, recordó su compromiso. Tanteando uno por detrás, clavó con saña el stick que llevaba consigo, dejando que todo su contenido se inoculase hasta el final. Salió después inadvertido del edificio para enterrar el dispositivo bajo una planta en el jardín, no sin antes memorizar por última vez el teléfono salvador. Finalmente fue a su habitación, donde durmió profundamente hasta bien entrada la tarde.

Desembarcaron en el instante en que la cápsula entró en contacto con el puerto USB del servidor, y tomaron posiciones sigilosamente. No encontraron resistencia alguna, porque nadie había previsto la posibilidad de semejante incursión.

Sendos comandos, dirigidos por los dos capitanes VP, se liaron todas las compuertas que conectaban ese servidor con el exterior. Osmon, con el grueso de las tropas y el contingente de inestables virus, aún encadenados, fue avanzando con extrema precaución hacia el gran servidor central, que se vislumbraba inerme a lo lejos. A pesar de que la ocasión parecía perfecta, procuraría cumplir con el plazo de inactividad establecido en las órdenes, durante el cual sólo dispararían si eran hostigados. Quizá autorizaría alguna acción aislada, básicamente para comprobar el estado de las defensas. Después atacarían a mansalva.

Shang y Shu habían dado instrucciones de que le dejasen descansar todo lo que quisiera, de forma que Carlos despertó tarde, desorientado y hambriento. Bajó al comedor y se percató enseguida de la excitación generalizada en Baozheng. La crispación y el abatimiento que había percibido al llegar se habían transformado en alegría y optimismo. Todos aquéllos con los que se cruzó le dirigieron amistosos saludos. Al llegar al comedor, tan sólo estaba ocupada una mesa con un pequeño grupo de rezagados, quienes le reclamaron alegremente. Dejó que un sonriente cocinero colocase en su bandeja generosas raciones a su entera elección, y fue para allá.

—¡Creo que habré dormido más de quince horas! —comentó Carlos al sentarse.

—Pues nosotros estamos agotados. ¡Llevamos casi doce horas seguidas trabajando! —dijo uno al fondo de la mesa.

—Aquí todos sois muy trabajadores —replicó Carlos, comiendo vorazmente.

—Estábamos hartos de perder el tiempo —añadió otro a su derecha en tono grave.

Carlos creyó reconocerlo como uno del grupo de Inteligencia Artificial con el que había mantenido una tormentosa reunión meses atrás.

—Hemos estado dando vueltas y vueltas —indicó uno enfrente de él, mientras dibujaba círculos imaginarios con la cabeza y los brazos, entre la hilaridad del grupo.

—Necesitábamos una dirección para avanzar —corroboró con solemnidad el de al lado.

—¿Y esa dirección estaba en Marte? —aventuró Carlos.

Todos asintieron, y uno reforzó la afirmación con un sonoro escupitajo al suelo, que suscitó la inmediata protesta del cocinero. El grupo entero desafió a éste con una descarga de salivazos, aunque sin alcanzarle, y estallaron en risas al ver que saltaba el mostrador para atacarles escoba en mano. Varios se levantaron de la mesa, y se inició una pantomima de película de kung-fu, para el deleite generalizado de los allí presentes. Finalmente el cocinero soltó la escoba y se trajo una botella de Maotai con evidentes ganas de participar de la fiesta.

—¿Y durante estos meses en los que habéis dado tantas vueltas no habéis salido de aquí? —preguntó Carlos, imitando el divertido gesto de derviche—. ¡Os veo un poco locos!

—Nos dijeron que esto no eran unas vacaciones —respondió uno desde la otra punta de la mesa.

—Ya, pero a veces un poco de relax ayuda a que uno después trabaje mejor —aventuró Carlos, sirviéndose el tradicional licor chino.

—¡Eso suena muy decadente! —dijo otro con sarcasmo.

—Es verdad —indicó el cocinero entre risotadas—, en China nadie se relaja.

—¡Sobre todo tú! —apostilló uno.

—Sólo hemos hecho salidas por grupos al templo de Bao —indicó otro.

—¿Y qué es eso? —quiso saber Carlos.

—Un lugar donde se venera a un alto funcionario de la dinastía Song —respondió aquél.

—¿Y qué tiene de especial?

—El señor Bao es el hombre más perfecto que jamás haya existido. Poseedor de todas las virtudes —manifestó entre pantomimas el que había estado haciendo de derviche—. Se supone que debería servirnos de inspiración.

—Este centro lleva su nombre —aclaró uno sentado a su izquierda, y que aún no le había dirigido la palabra.

—¡Entiendo! —contestó Carlos—. ¿Y dónde está ese templo?

—En el parque Baohe, en pleno centro de Hefei —respondió el otro.

La aparición de los gerentes espantó a los compañeros de mesa de Carlos, quienes salieron revoloteando.

—¡Estamos tremendamente agradecidos por su ayuda señor Millet! —comentó Shang, sentándose a su lado—. Lo Zhang Mu, bueno, Alian Lo para usted, desde Londres nos han pedido muy especialmente que le transmita su agradecimiento.

A lo que Shu, tomando asiento enfrente, añadió:

—¡Durante estas últimas doce horas nuestros técnicos han avanzado más que en los últimos diez meses!

—Me alegro mucho —respondió Carlos un tanto circunspecto—. Hubo un momento de tensión en el que pensé que la clave no funcionaba.

—Sí, ¿verdad? —reconoció nerviosamente Shang—. ¡Cosas de la informática!

—¡Pero ahora vamos a recuperar el terreno perdido! —intervino Shu.

—Ya he visto que sus chicos están muy felices.

—Estos meses han sido una verdadera tortura para todos.

—Me comentaban que los llevaron al templo de Bao, para que se inspirasen con el ejemplo del gran maestro.

—Jajajajaja.

Ambos rieron al unísono.

—¡Me encantaría visitarlo!

Los gerentes se miraron durante una fracción de segundo antes de responder.

—Por supuesto, será un honor. Lo organizaremos enseguida —respondió Shang, con la manifiesta aprobación de Shu.

—Francesc y yo deseamos volver a nuestro país lo antes posible —añadió Carlos, aprovechando aquella buena predisposición.

—Por supuesto, gestionaremos las autorizaciones pertinentes —respondió Shu.

—Presentaremos su solicitud de inmediato a Lo Zhang Mu. Él es quien mejor puede juzgar lo que más conviene a su seguridad —corroboró Shang con una gran sonrisa—. Por nuestra parte, entendemos que nos han ayudado en todo lo que han podido.

—¡Mientras, considérese nuestro huésped de honor! —proclamó jubiloso Shu, poniéndose en pie.

—Muy bien, muchas gracias. Digan también al señor Lo que espero que ahora cumpla con nuestro acuerdo económico.

—Por supuesto, señor Millet —respondió esta vez Shang, también levantándose—. No dude que así lo haremos de inmediato.

Carlos terminó de comer en soledad, hasta que el cocinero regresó con su botella de Maotai.

A una orden de Osmon, soltaron los virus y sus Orbat se concentraron en dismantelar primero el gran servidor central, para proceder después con total impunidad con cada uno de los ordenadores de la red. Los antiguos prisioneros disfrutaban cometiendo todo tipo de tropelías, mientras que los soldados destruían metódicamente. Cuando por fin aparecieron algunos defensores, eran de tan baja calificación que los masacraron entre la hilaridad generalizada. El derribo informático hasta el último bit de Baozheng se completó mucho antes de lo previsto y sin baja alguna.

Osmon descriptó entonces las nuevas órdenes, que le instaban a regresar a SecondLife a través de la red troncal, que conectaba sin protección alguna los laboratorios de alta seguridad y centros de decisión del gobierno chino, causando el máximo daño posible. Lanzó primero a todos los virus, prometiéndoles rapiñas sin fin, y detrás a los Orbat en formación.

Alian estaría demasiado ocupado aquellos días para atender sus peticiones, y Carlos vagaba ocioso por las instalaciones, observando el bullicio que se había apoderado de Baozheng. Cruzaba algunas breves frases al toparse con Francesc, que se hallaba sumido en la agitación generalizada. Los gerentes le esquivaban, por lo que acabó vaciando su ansiedad en botellas de Maotai junto al cocinero, quien se empeñaba en enseñarle algo de chino y de backgamon.

Los primeros signos de alarma, meros indicios, pasaron inadvertidos a todos los habitantes de Baozheng, menos a Carlos, quien se dispuso a presenciar desapasionadamente el ataque informático en compañía de su nuevo e inocente amigo. Oía comentarios de que ficheros, súbitamente desaparecidos, eran encontrados en otra carpeta del mismo ordenador, que el cursor del ratón se movía por su propia iniciativa, activando programas de forma descontrolada, o que varios discos duros se formatearon por su cuenta, destruyéndose su contenido. Pero cuando en las pantallas empezó a escribirse en rápida sucesión la palabra «Azores», todos fueron conscientes de que un gravísimo peligro se abatía sobre Baozheng. Las sospechas recayeron en Mane, que fue objeto de un rabioso análisis. Al unísono, se desencadenó entonces un intenso tráfico, que colapso la red, aislándolos del exterior e impidiendo la actividad del centro entre el desasosiego generalizado. Coincidió con la súbita parada de los ventiladores internos de los procesadores, que provocó el paulatino aumento de la temperatura interna de los ordenadores hasta fundir su electrónica en combustión lenta. En la penumbra de sus habitaciones, podían verse las pequeñas llamas surgiendo de las filas de servidores en racks. Todo cuanto estaba conectado a la red informática quedó inservible.

Fue en busca de Francesc, a quien encontró junto a otros programadores, alucinados ante el chisporroteo descontrolado de sus equipos, y le susurró al oído que fuese a verlo a su habitación al anochecer.

Carlos le esperaba completamente vestido y tumbado a oscuras en la cama. Cuando oyó que llamaba a la puerta, en lugar de dejarle entrar salió al pasillo y le ordenó que le siguiera en silencio. Bajaron rápidamente hacia el comedor para penetrar después en los dominios de Maotai, que era como afectuosamente denominaba al cocinero, quien le estaba esperando con la excitación grabada en su rostro.

Aunque sólo contaba con Carlos, no puso demasiadas objeciones a la presencia de Francesc y permitió que ambos se escondiesen en la zona de carga de su furgoneta, en la que saldrían de Baozheng con la excusa de comprar suministros. El plan era correrse una buena juerga juntos en Wuhu, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, donde la tradición de los Tres Reinos sitúa a las mujeres más libertinas y bellas del planeta, para volver saciados antes del amanecer. Varias cajas de alimentos y otra con doce botellas de Maotai, que llevaban consigo, garantizaban sus favores.

Francesc se tumbó detrás junto a Carlos, y dejó que lo taparan con unos sacos. Pasaron desapercibidos en todos los controles, y se adentraron en la carretera general, enfocando el trayecto hacia una noche muy prometedora. Al desembarazarse del camuflaje se desternillaron, pasándose la botella los unos a los otros. Poco después Maotai se detuvo en el arcén y todos aprovecharon para orinar. Algo golpeó entonces con fuerza, por dos veces consecutivas, la cabeza del cocinero, que cayó desplomado.

—¡Joder! Pero ¿qué haces? —exclamó Francesc, viendo que Carlos arrojaba la botella al suelo.

—Ahora vas a hacer exactamente lo que te diga, porque estamos juntos en esto. —Apenas reconocía su propia voz repleta de tensión—. ¿Entendido?

—Pero ¿qué has hecho? —insistió espantado.

—¡Ayúdame a meterlo detrás! Átale las manos a la espalda con esto y también los tobillos mientras conduzco —ordenó con sequedad, a la vez que le entregaba varias bridas de plástico, de las que habitualmente se usan para flejar cables de ordenadores—. ¡Y hazlo rápido, que no estará mucho tiempo inconsciente! —urgió, mirando con ansiedad las luces de coches que se aproximaban.

Francesc obedecía maquinalmente y Carlos arrancó deprisa, mientras Maotai empezaba a moverse. Poco después distinguió un descampado, adonde dirigió la furgoneta, y paró tras una caseta semiderruida, que los ocultaba de la carretera. Cogió el móvil del cocinero y se dio cuenta de que necesitaba el número PIN para que funcionase. Éste, furioso, se negó a decírselo, lanzándole mil improperios ininteligibles, por lo que Carlos pidió a Francesc que le ayudase a amordazarlo. Metieron una gasa en la boca del cocinero, que quedó fijada con un precinto, con el que también amortajaron su cuerpo, dejándolo casi como una momia. Se quedaron cuanto dinero llevaba consigo y reemprendieron la ruta con más sosiego. Francesc se mantuvo atrás, y aprovechó un trozo sobrante de la gasa para secar la sangre que goteaba de la coronilla del quejumbroso Maotai.

Circularon con extrema precaución, cruzándose con pocos automóviles, hasta vislumbrar al margen las indicaciones de una gasolinera. Carlos apagó las luces, redujo la marcha y aparcó el vehículo bajo las sombras de unos árboles, a un centenar de metros de los solitarios surtidores, que se veían a lo lejos. Allí dejó a Francesc con la terminante orden de custodiar al cocinero. Se llevó consigo las llaves de la furgoneta junto al dinero requisado, y se encaminó hacia la luz. En una pequeña caseta encontró a dos empleados ensimismados ante el televisor.

—Wan-an.

Con su precario mandarín, les deseó repetidamente las buenas noches, mostrando la expresión más amable que pudo, hasta que abrieron la puerta.

Ambos lanzaron una incomprensible retahila.

—*Nibau, wo shi laowai, wo ting bu dong zhongwen* —dijo Carlos lentamente, dando así a entender que era un extranjero que no entendía el idioma.

A continuación, simuló que llamaba por teléfono, mientras enseñaba el dinero que

portaba, repitiendo sin cesar «*xie-xie*», expresión de agradecimiento en chino. Los empleados de la gasolinera lo miraban con recelo. Por señas, les pidió un lápiz y un papel, donde dibujó un aparato telefónico y al lado el número al que pretendía llamar. Entonces puso sobre una mesilla todo el dinero que llevaba encima. Quizá por comprobar que se trataba de un número local, o por la cantidad desproporcionada que les estaba ofreciendo, accedieron a que Carlos hiciese su llamada, marcando uno de ellos el número.

—*Wei*? —Se oyó una voz al otro lado.

—Soy Carlos Millet —dijo ante la expectante mirada de los empleados de la gasolinera.

—Hola, señor Millet, esperábamos su llamada. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó jovialmente la voz en perfecto castellano.

—Acabo de fugarme con Francesc.

—¿Les han visto salir?

—No, y supongo que aún no se habrán dado cuenta. Tienen otras preocupaciones en estos momentos. Llevamos secuestrado a un cocinero. Ahora Francesc lo está vigilando en la furgoneta, aparcada a unos cien metros de aquí.

—Estupendo, señor Millet. Enseguida iremos a buscarlos —informó tranquilamente su interlocutor—. Según su *transponder*, está usted en la carretera 58, a unos sesenta y dos kilómetros de Wuhu, ¿verdad?

—Ni idea. Estoy en una gasolinera.

—¿Solo?

—No, dos empleados me miran mientras le hablo, aunque espero que no entiendan nada de lo que estoy diciendo.

—Ponga al más listo al aparato. Después volveremos a hablar.

Uno de ellos se enfrascó de inmediato en una fluida conversación, para luego devolver el auricular a Carlos con expresión alegre.

—Ahora que ya están localizados, procuren permanecer lo más inadvertidos posible hasta que lleguemos —instruyó con calma la voz del teléfono—. Supongo que no tardaremos más de una hora.

—¡Cuánto antes mejor! Aguardaremos en la furgoneta.

—No, es mejor que usted permanezca en la gasolinera y que Francesc siga vigilando a ese cocinero. Los empleados creen que está usted solo, que su coche se ha averiado y que ha caminado varios kilómetros hasta llegar ahí. Les he prometido una generosa recompensa si le tratan bien, y así quizá evitaremos que alerten a la policía —prosiguió informándole con la eficacia de un controlador aéreo—. Tienen la obligación de avisar a las autoridades siempre que encuentran a alguien extraño vagando por la zona. Su presencia y la promesa de una generosa recompensa es lo único que puede evitarlo. Además, así podré llamarle si necesito comunicarme con usted.

—Entendido.

En SecondLife los avatares que quedaban se iban agrupando en islas, creyéndose a salvo. Era cierto que los zombis no volaban ni tripulaban embarcaciones, pero caminaban incansablemente hacia sus presas, aunque fuera sobre los lodosos fondos marinos, y emergían sorpresivamente en manadas, atacando a los aterrorizados avatares, que de forma inmediata se sumaban a sus huestes mientras que los supervivientes volaban despavoridos hacia las restantes islas, cada vez más superpobladas, y, por consiguiente, aún más apetitosas.

Carlos aceptó la sonriente hospitalidad; aunque lamentaba no poder explicar a Francesc la situación. Al cabo de mi insufrible rato ante el televisor, bebiendo un té muy edulcorado y dirigiéndose sonrisas furtivas, aprovechó que ambos salieron a repostar varios automóviles para volver con sigilo a la furgoneta, donde la situación no había cambiado. Maotai le dirigía miradas asesinas y Francesc de abnegada incompreensión. Después de ponerlo en antecedentes, regresó para esperar el rescate.

Justo cuando llegó a la gasolinera, ante los surtidores paró otro coche, del que salió Raúl con una amplia sonrisa. Pidió a Carlos que fuese en busca de Francesc mientras él arreglaría cuentas con los empleados. Cuando ambos volvían, el argentino estaba metiendo en el coche dos bolsas atiborradas de *snacks* y bebidas, gentileza, dijo, de los agradecidos gasolineras, aunque no se les veía en parte alguna. Carlos prefirió no preguntar. Maotai quedó abandonado en la furgoneta, si bien Francesc tuvo el detalle de dejar un poco abiertas las ventanillas para que el aire se renovase.

Al arrancar, después de notificar la recogida al centro de control, Raúl les comentó con su característico castellano porteño:

—Ahora quiero que pasen a convertirse en cazadinosaurios argentinos. En los asientos de detrás tienen las ropas y su documentación.

Sin detener el automóvil, se despojaron de los delatores uniformes Mao de Baozheng, que escondieron en un contenedor, y prosiguieron la marcha.

—Has venido muy rápido —comentó Carlos.

—Estuve cerquita todo este tiempo. Cuando por fin el transponder indicó que se movían, los vine siguiendo.

—¿Qué sabes de mi familia? Están en Barcelona, ¿verdad? —¡Seguro, boludo! Son todos muy lindos y me hicieron jurar que no volviese sin vos.

—Pues parece que podrás cumplir tu compromiso. —¿Lo dudás? Deberíamos llegar al aeropuerto de Shangai por la mañana para embarcar en el primer vuelo que nos saque de este país del carajo.

Raúl extrajo entonces un pequeño estuche del bolsillo de su americana, del que tomó una pastilla verde que se tragó con un buen trago de cerveza.

—¡Tómense una de las azules, campeones! —les ofreció seguidamente.

Aceptaron, y poco después reclinaron sus asientos, mientras el coche empezaba a devorar kilómetros en plena noche.

—¡Este cochino país anda para la mierda! —les despertó el grito exasperado de Raúl.

Ya era de día y resultaba evidente que se aproximaban a su destino, dado que el tráfico iba espesándose, hasta que la carretera se colapso. Aquello superaba con creces cualquier atasco concebible, con miles de coches y camiones cruzándose. Los semáforos averiados emitían luces contradictorias, generando el caos. Varios automovilistas, Raúl entre ellos, optaron entonces por circular por el arcén,

acometiendo sin contemplaciones a los airados ciclistas y peatones. La sensación de impunidad se incrementaba a medida que el incivismo se generalizó. Los más audaces conseguían encontrar tramos para avanzar, aunque fuera en dirección contraria. Accidentes y peleas aumentaban el desorden, hasta el punto de que los agentes de tráfico se apartaron para convertirse en espectadores.

La determinación de Raúl consiguió llevarlos hasta las proximidades del aeropuerto, donde la situación era catastrófica. Abandonaron el coche y corrieron los últimos metros hasta la terminal, donde todos los vuelos iban a las Azores y las maletas salían desordenadamente, ante la desesperación del personal, incapaz de atender el alud de protestas. El aire acondicionado emitía un calor agobiante, provocando numerosos desmayos en un ambiente cada vez más enrarecido, hostigado por luces que se encendían y apagaban arbitrariamente. Incluso vieron los fingers golpeando los costados de los aviones hasta desencajar sus trenes delanteros y hacer que los morros de los aparatos se estrellasen en el suelo.

De nuevo en la calle, Raúl sacó violentamente a un taxista de su coche para meterse los tres dentro y partir a toda prisa. Al enfocar el tramo final de autopista, con la bahía de Pudong al fondo, se detuvo de un frenazo, atónito ante la visión de columnas de denso humo negro entre el skyline de la bahía de Pudong.

—¿Dónde clavaste el stick, jodeputa? —preguntó Raúl con tono grave, sin dejar de mirar el impresionante espectáculo.

—No sé. En el primer servidor que encontré —balbució Carlos igual de confundido.

—¡Pos les has endiñado la bicha en toda la frente!

—¿Qué stick? —preguntó Francesc.

—¡El boludo de tu jefe se ha cargado la China! —respondió Raúl, y marcó precipitadamente un número en su teléfono móvil con conexión vía satélite.

El coronel quiso oír de primera mano la explicación de Carlos y colgó tremendamente impresionado, no sin antes asegurarles que pronto recibirían instrucciones de evacuación.

Sintió un vahído y fue a servirse un Bourbon, que vació de un trago. Era la hora de la verdad, en la que tenía a China de rodillas. Una posición de dominio con oportunidades tan enormes como el abismo ante sus pies. Su responsabilidad, que se ceñía a internet en esa prolongada guerra de trincheras entre civilizaciones, había dado un súbito vuelco y abarcaba en ese momento todos los ámbitos.

Llamó al centro de control para transmitir las coordenadas del comando. Analizarían las alternativas para sacarlos de allí. Al colgar, se detuvo y observó la placa conmemorativa de su participación en las rondas finales del campeonato mundial de póquer en Las Vegas.

«¡Y pensaba entonces que jamás volvería a tener una mano semejante!», reflexionó en voz alta.

Tras otro trago, fue a sentarse en el confortable sillón de cuero, ante su sólida mesa de caoba, para marcar por primera vez en su vida el número de máxima prioridad.

—¡Soy el coronel Leach, póngame de inmediato con el secretario de Defensa! —ordenó con seca autoridad—. Me importa una mierda que esté ocupado. Yo también estoy muy ocupado, hijo. ¡Es China Defcon 3!

Nunca había osado dirigirse a él directamente sin pasar antes por la cadena de mando. Habían coincidido en varias reuniones en las cavernas de alta seguridad del Pentágono o en los sótanos de la Casa Blanca, donde se limitaba a escuchar en silencio sus informes junto con varios generales de cinco estrellas, para hacerle salir después sin dejarle participar en el debate. En aquel momento, en cambio, todo sería distinto. Ya no habría más intermediarios y su opinión sería relevante.

—Leach, espero que tenga un buen motivo para que interrumpa mi partido de golf —tronó la voz al otro lado.

Estaban parados en plena carretera con otros miles de automóviles con las puertas abiertas, de pie bajo el sol inclemente, observando absortos la ciudad en llamas.

Raúl recibió la llamada del centro de control con instrucciones para que embarcasen en un mercante japonés, a punto de partir hacia Osaka. Debían, para ello, presentarse de inmediato en la zona franca de Waigaoqiao, que se divisaba al final de la inmensa bahía. Con violencia innecesaria, el argentino arrebató tres bicicletas a sus atónitos propietarios, y Carlos y Francesc se lanzaron tras él en un zigzagueante descenso hacia el puerto industrial.

En la red troncal, los virus de Osmon cayeron como moscas en cuanto los servicios de seguridad informática chinos se hicieron cargo de la situación. Ya disponían de antídotos para la mayoría de los intrusos, y crearon unos nuevos de gran eficacia para los desconocidos. No en vano ése era precisamente su trabajo y habían sido muy bien preparados para ello, especialmente Woo.

Los Orbat, en cambio, suponían un reto muy distinto. Su capacidad para aprender de las dificultades hacía que cada nuevo ataque los fortaleciese. Al igual que una marabunta, arrasaban los servidores que encontraban a su paso y apenas sufrían bajas. En la primera semana, desde su salida de Baozheng, habían dado cuenta de más de una veintena de centros de proceso de datos, desestabilizando el país.

—¿Una última misión? —Reaccionó Carlos agitado—. ¡No puedes hacerme esto!

—Mirá, yo puedo hacer con vos lo que quiera, así que mejor escuchás en vez de ponerte a gritar —contestó Raúl en tono agrio—. ¿Acaso te crees que podes aparecer en Barcelona sin que ningún chinito quiera saber cómo te has rajado y si tenes algo que ver en todo lo que está pasando? ¿Sos vos como el avestruz?

Carlos escuchaba cabizbajo.

—Hablares con el chinito que te metió en todo esto para llegar a un acuerdo. Las cosas se están yendo al carajo —prosiguió Raúl—. Ahora decime cómo podemos encontrarlo. Mejor que sea fuera de su oficina. No sé, un café o un *pub*, a donde sepas que vaya, estaría bien.

—No me lo imagino en un *pub*.

Después de unos instantes en silencio, Carlos clavó la mirada en su interlocutor.

—¡En Hyde Park, frente al hotel Met! Me dijo que allí hace taichi cada amanecer. Está completamente solo. Me llevó una vez. No se me ocurre otro sitio mejor.

—¡Está perfecto, boludo! Aterrizaremos poco antes de medianoche, así que iremos directamente.

—Y después me dejarás en paz, ¿verdad? —preguntó Carlos con cierto candor.

—¡Claro! Seguiré salvando el mundo sin vos —contestó, dejando caer por fin la esfera plateada, que había estado manoseando durante toda la conversación.

Aparecieron por internet las primeras sondas NetFinder, que era como denominaron los PV de Max. Las pruebas daban resultados satisfactorios, con índices similares a los registrados por los propios VP, aunque su planteamiento y formulación eran radicalmente opuestos, por lo que no se preveían demandas por supuesta vulneración de derechos.

Se creó el NetFinder Consortium, definido como una entidad abierta y sin ánimo de lucro, encargada de la protección y gestión de la nueva herramienta de búsqueda, a la que forzosamente debían suscribirse quienes quisieran aplicar el nuevo estándar. A la primera ronda acudieron destacados gobiernos y empresas, además de centros de investigación y universidades de casi todos los países desarrollados, a excepción de China, sumida en el caos. Los buscadores tradicionales acordaron desaparecer gradualmente por anacrónicos.

Se informó a todos los webmasters de los plazos para recibir la formación, si es que querían obtener el ansiado certificado del NFC, imprescindible para que sus webs fuesen referenciadas. Aunque la cuota base de homologación resultaba barata, para aparecer de forma significativa deberían abonarse cantidades suplementarias, por lo que, en su conjunto, se alcanzarían cifras astronómicas. Para disimular el afán crematístico y generar la buena voluntad, declararon que un porcentaje significativo se destinaría a proyectos de desarrollo del tercer mundo y a la lucha contra el cáncer.

El sistema ampliaría su campo de acción para abarcar todas las áreas de actividad humana, convirtiendo a las organizaciones en entes propios, capaces de relacionarse automáticamente entre sí para comprarse productos y establecer alianzas a partir de los diseños de unos algoritmos, preservados bajo siete llaves.

Cenaron los tres juntos en Heathrow de madrugada, y allí dejaron a un adormilado Francesc, que tomaría el primer vuelo a Barcelona, desde donde subiría discretamente a un autobús hacia su recóndito pueblo en los Pirineos, en el que permanecería escondido hasta que le avisasen.

Cargados con un café triple, Carlos y el argentino llegaron en taxi hasta las proximidades del Metropolitan. Cuando el vehículo desapareció en la esquina, cruzaron la calle solitaria para adentrarse en la negra espesura del parque. Aún faltaba más de una hora para la salida del sol, y el frío de finales de octubre tras el prolongado viaje resultaba lacerante, pero Raúl quería reconocer previamente el terreno. Hizo que Carlos le mostrase el lugar exacto donde Alian se ejercitaba, y después examinó todas las posibles rutas de entrada y de salida, para decidir seguidamente los lugares más convenientes para apostarse y sorprenderlo. No en vano se había criado en La Pampa y la caza había sido siempre su pasión. Escogió unos setos a unos cincuenta metros del objetivo. Carlos tiritaba debido a los nervios y a la sensación de intemperie, potenciada por la ventisca del amanecer. En cambio, Raúl, muy tranquilo, disfrutaba anticipadamente del acecho.

Transcurrían los minutos y las ráfagas de aire que precedían a los primeros rayos del sol hacían revolotear las hojas vencidas por el otoño. Las engañosas penumbras de las primeras luces, la tensión y el cansancio acumulado nublaban la visión de Carlos. Sin embargo, Raúl miraba fijamente un punto lejano. Al dirigir allí su vista, Carlos distinguió una figura que se acercaba entre la bruma y que se detuvo en la zona prevista. Tras unos instantes de relajación en absoluta inmovilidad, ligeramente encorvado hacia el suelo, Alian inició la serie de ejercicios. Cuando efectuó una rotación y mostró su espalda, Raúl aprovechó para erguirse y avanzar. Carlos le siguió y ambos fueron caminando lentamente, procurando evitar quebrar la seca hojarasca bajo sus pies. Mientras, Alian proseguía con su cadencia. Al volverse hacia ellos, Carlos y Raúl ya habían cubierto más de la mitad de la distancia.

—Pero ¿cómo puedes estar tan tranquilo cuando toda China es un desastre? —atronó la sonora voz de Raúl en un inglés cargado de amenazante sabor porteño.

—De eso, precisamente, saben mucho en su país —respondió volviéndose lentamente, para identificar al acompañante del argentino—. Quizá querría darme algún consejo.

Alian se quedó petrificado al reconocer a Carlos.

—¿Eso es humor chino? —prosiguió Raúl, sin dejar de aproximarse.

—¡No avance más! —ordenó tajante, adoptando una posición defensiva, con ambos brazos extendidos.

—¡No pensarás que con estas chinadas vas a asustarme! —se burló Raúl sin dejar de caminar—. Además, ya ves que no llevo el pijama puesto. Hoy toca hablar.

—Habla —respondió Alian sin abandonar la posición.

—Tu amigo Carlos, aquí presente, metió en Baozheng un montón de bichos que ahora están machacando tu país. Como puedes imaginar, ésa no era nuestra intención cuando se los dimos.

—¿Y?

—Pues que, lógicamente, tenemos el antídoto, y ahora hay que acordar las condiciones para entregarlo.

—Sólo se me ocurre una. Nos lo pasáis de inmediato y perdonamos esta agresión —respondió con sequedad—. En China decimos que «quien ha atado el cascabel al cuello del tigre, debe quitárselo por sí mismo».

—¡Claro, claro! Pues en mi tierra decimos que cuando tienes al hijo de perra por las pelotas hay que apretárselas —dijo Raúl en un tono más duro—. Dile a ese superviviente de la larga marcha que llegó el momento de ser razonable.

—¡No aceptamos coacciones! —gritó Alian desafiante—. Nunca volveréis a imponernos vuestras condiciones para una paz humillante. ¡Preferimos ser jade en añicos antes que una teja entera!

—¡Me tienes hartó! —Arremetió Raúl acercándose aún más.

El contraste entre ambas complexiones resultaba grotesco.

—¡Erradicaremos esos virus con nuestros propios medios y después os los lanzaremos multiplicados por un millón! —Mira, chinito, de verdad que esos bichos son demasiado complicados para ustedes y si no los paras pronto van a mandar a tu país a la mierda. ¿Dónde quieres que te tatúe mi teléfono?

Raúl agarró con fuerza la muñeca de Alian y, con la mano libre, se distrajo buscando un bolígrafo en el interior de su chaqueta. Su supuesta víctima efectuó entonces una serie de leves movimientos ofidios con todo su cuerpo en perfecta sincronización. Carlos presintió que el argentino estaba perdido y se alejó unos pasos. Vio que Alian, inclinándose levemente, cargaba su peso en la pierna de atrás, a la vez que uniéndolo las yemas de los dedos de su mano apresada, giraba después la muñeca, liberándola con pasmosa facilidad. Agarró entonces el antebrazo de su sorprendido contrincante, a quien quebró primero la rodilla izquierda de una patada con la pierna liberada e inmediatamente después el codo derecho de un seco golpe de karate. Raúl ofreció entonces su costado indefenso, donde recibió dos puñetazos definitivos con los nudillos de las falanges en rápida sucesión, y cayó al suelo, donde se retorció de dolor.

Alian registró a Raúl metódicamente, y se quedó cuanto encontró, incluida una siniestra Beretta compacta, que amartilló. Con ella en la mano, se irguió mirando a Carlos, que se limitó a esperar el veredicto.

—Vete y olvídanos.

Eso fue todo lo que dijo.

Carlos huyó desbocado por el parque, y prosiguió como una exhalación calle abajo, hasta meterse por la avenida Oxford, con el afán de alejarse de allí todo lo posible, perdiendo el resuello hasta toparse con un taxi, al que pidió que lo llevase a

la embajada española, donde se hicieron cargo de repatriarlo.

Max se desperezó con una agradable sensación de placidez y descanso. La enfermera, atenta a sus mínimos gestos, no tardaría en aparecer para tomarle su presión y el ritmo cardíaco, trayendo poco después el desayuno perfecto con su correspondiente inyección de lo que fuese, para acometer una nueva e intensa jornada laboral de veinte o quizá treinta horas. Cuanto quisiese, sin interrupciones y con los mejores colaboradores del mundo.

Estaba realmente satisfecho con los avances conseguidos en aquellas últimas semanas, coordinando diferentes equipos de eficacia inaudita. Apenas podía contener su emoción al comprobar lo bien que funcionaba el NetFinder, y ese día iban a efectuar una serie de pruebas críticas para verificar su solidez. Tenía la esperanza de que todo funcionaría a la perfección y que quizá pronto conocería a Júnior. Su hijo había nacido en perfectas condiciones dos semanas antes, y, como prueba de buena voluntad, pudo charlar con Carmen después del parto. El salvapantallas de un monitor auxiliar vertía un ciclo de fotografías de ambos en los que el propio Max había intercalado hermosos mensajes poniendo «¡Te esperamos pronto!» y «Te queremos, papi». Prácticamente había cumplido su compromiso y quedaba a merced del sentido de gratitud del coronel.

Sorprendentemente la enfermera tardaba, por lo que decidió levantarse. Se dio entonces cuenta de que su colchón estaba directamente sobre el suelo, y la habitación completamente vacía. Él, en cambio, iba vestido con la misma ropa que llevaba cuando lo raptaron. Al ponerse en pie, sólo oía su corazón latiendo con fuerza en aquel insondable silencio, y sintió vértigo. Un vértigo muy extraño, mezcla de esperanza miedo. Avanzó lentamente hacia la puerta, abierta de par en par, y de ahí por el pasillo, intercalado por habitaciones también vacías. Tenía que sujetarse en las paredes, como si estuviese viviendo una pesadilla. La puerta final de acceso a la pecera se veía ligeramente entornada y, al franquearla, vio que también estaba desierta, a excepción de un hacha roja, como la de los bomberos, que estaba en el suelo y que ocupaba el mismo espacio donde había estado atornillado su púlpito, y en la que estaba prendida una etiqueta que decía úsame.

Atizó con fuerza el cristal tintado, que se granuló, dejando pasar una oleada de aire fresco. Repitió el gesto hasta pulverizar los trozos restantes, que cayeron con gran estrépito, aunque sin generar reacción alguna. Pasó entonces al otro lado y se encontró en una nave industrial abandonada al fondo de la cual se advertía una puerta levemente entornada, por donde surgía, clara y limpia, la luz del día.

Soltó el hacha y corrió eufórico hasta acceder a una solitaria callejuela adoquinada, que desembocaba en otra menos angosta. Al fondo vio transeúntes atravesándola, y avanzó hacia la esquina con paso rápido. Las gaviotas gravitaban encima. Llegó a una calle donde circulaban varios coches. El que se acercaba mostraba la majestuosa combinación de colores negro y amarillo, indicativa de los

taxis de Barcelona, con la lucecita verde encima, que paró a su señal.

El uno frente al otro, se observaron en silencio durante interminables segundos. Max había adquirido un aspecto fibroso, con facciones muy duras y una fijeza obsesiva en la mirada. Carlos, en cambio, había transmutado definitivamente la aureola juvenil por una sombría expresión de vejez prematura. Su cabello se batía en retirada, dando paso a las canas, y unas arrugas habían aparecido bajo sus ojos abatidos, reflejo de los padecimientos vividos en aquel último año. Júnior se dejaba acunar, indolente, en los brazos de su padre.

Intentaron regresar a la cotidianeidad, afrontando en privado sus respectivas secuelas. Max tuvo que superar un cruel período de desintoxicación del cóctel de psicotrópicos al que había estado sometido durante su reclusión. Se volvió muy intolerante. No soportaba trabajar compartiendo una misma sala con otras personas, y cualquier inconveniente lo enfurecía. Solía levantarse para deambular por la sala como un animal enjaulado. A veces salía a la calle para calmar su ansiedad. Iba entonces a buscar a su hijo a la guardería, para pasar juntos el resto del día encerrados en casa, esperando a que Carmen regresase del instituto.

Carlos, en cambio, vivía con miedo permanente, procurando pasar inadvertido. En una esquina, en una llamada del móvil o en un *e-mail* que entraba podían manifestarse los fantasmas del pasado, ya fueran argentinos o chinos, sedientos de venganza. En el entorno familiar se encontró desplazado. Como consecuencia de la etapa de reclusión, cada uno se aferraba ahora a sus respectivas afinidades, y él quedó relegado cada vez más solo e incomprendido. Además estaba enfermo. Debido a las vicisitudes vividas, había contraído infecciones y parásitos en el sistema digestivo y le costaba recuperarse. Así pues, pasaba muchos ratos solo, sintiéndose mal, física y anímicamente, saliendo y entrando de casa y del hospital, sin que a nadie en realidad le importase.

Hicieron bajar a Francesc de las montañas. Aquél ya no era su estilo de vida. Alicia se sentía feliz al tenerlos a todos allí de nuevo, y hacía cuanto podía para conseguir que la armonía reinase de nuevo en el maltrecho Infoco.

En el mundo exterior, los continuos trastornos en los sistemas informáticos de China, conocidos como la Peste Amarilla, convulsionaban aquel país, que entró en una profunda recesión económica. Perdió la confianza del resto del mundo por sus constantes problemas, lo cual produjo un alud de cancelaciones de transacciones comerciales, y las compras fueron reconducidas hacia otras regiones emergentes, como India, Túnez, Turquía o Vietnam, incluso hacia las industrias de los propios países desarrollados, que habían estado a punto de desaparecer. Existía la convicción generalizada de que todo aquel que entrase en contacto con China se infectaba, por lo que se levantó una nueva muralla, esta vez virtual, que la aisló del resto del mundo.

Carlos miraba sorprendido las propuestas que NetFinder le mostraba en pantalla. Verificó que los planteamientos de su perfil seguían siendo correctos y, en lugar de notificar el problema al NFC, como se le sugería en caso de detectarse errores, optó por emitir un «F1», y Max no tardó en entrar.

—¡Fíjate qué me está proponiendo esta mierda! —comentó Carlos girando su pantalla en el centro de la mesa, para que ambos pudieran mirarla a la vez—. ¿Cómo es posible que cometan fallos así? Hasta ahora me había funcionado bastante bien.

—Ya sabes que con el *software* nunca se puede estar seguro —respondió Max enigmáticamente, colocando sobre la mesa un pequeño aparato electrónico que llevaba consigo, y en el que apareció una *led* verde al activarlo.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Carlos con suspicacia.

—Un distorsionador de sonido. No creo que tengamos escuchas por aquí, pero esto evitaría que pudieran entendernos.

—¡Después de lo que hemos vivido no te culpo por tanta paranoia! —comentó, cuando de pronto soltó un soplo—. ¿Qué pasa? ¿Acaso saliste de allí sin haberlo debugado del todo?

—Todo lo contrario, me ofendes. El desarrollo es perfecto, pero dejé un troyano.

—¿Qué?

—Ya sabes, un virus durmiente.

El pánico se apoderó de Carlos, mientras que Max mostraba una turbia expresión.

—¿Lo has activado? ¿Cómo has sido capaz de hacer algo así sin consultármelo antes? ¡Estás loco! Nos lloverán todos los palos. ¿Aún no has tenido suficiente? Justo cuando parecía que se habían olvidado de nosotros. ¡Debes pararlo inmediatamente! ¿Me oyes?

—¡Claro que te oigo, no hace falta que me grites! —repuso él también alzando la voz—. Pero no pienso ayudarlos gratis. Esta vez no.

Alicia irrumpió en la habitación.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre? Se os oye por toda la oficina.

Carlos se derrumbó en su sillón.

—Pues que este imbécil va a conseguir que nos maten a todos.

—Cierra la puerta y quédate —ordenó Max a Alicia con serenidad—. Estoy explicando a este milhombres que tengo dominados a los del NFC, y está cagado de miedo.

—Eso suena peligroso —opinó ella tomando asiento.

—Esta vez van a tener que pagarnos —aseguró Max con expresión muy seria.

Alicia lo miraba con renovadas simpatías; nunca pensó que le interesase el dinero.

—¡Es un suicidio! —intervino Carlos aún más nervioso por la complicidad que se estaba estableciendo entre ambos—. ¿Cuánto creéis que tardará en aparecer alguien por aquí a rompernos las rodillas y apuntar a la cabeza de Júnior para que empecemos

a cantar *La Traviata*.

—Estoy de acuerdo en que pronto estarán en camino, por lo que no podemos perder ni un minuto —respondió Max lanzando un guiño de complicidad a Alicia.

—Hombre, la verdad es que es injusto que no hayamos cobrado nada de toda esta bicoca —dijo ella en un tono conciliador.

—Pero ¿no os dais cuenta de que esa gente siempre nos aplastará? —clamó Carlos desesperado.

—¡A menos que hagamos las cosas bien esta vez! —dijo Max.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ofendido.

—Se terminó eso de ir con el lirio en la mano. ¡Vendamos el antitroyano a los del otro bando!

—¿A quiénes?

—¡A los chinos, hombre! —aclaró Alicia—. Después los lobos ya se pondrán de acuerdo entre ellos.

—Si poseen el antitroyano, entonces podrán intercambiarlo por el antídoto que los libere de la Peste Amarilla —corroboró Max.

—¿Y ese antídoto quién lo tiene? —preguntó Carlos abatido al cabo de irnos segundos.

—¡Yo también, por supuesto! Soy el único capaz de cargarse a los VP.

—¡Qué pasada! —Alicia estaba encantada—. ¿Así que vendemos a cada uno lo que el otro necesita para que después negocien entre ellos?

—Yo no, porque, como bien dice el jefe, podrían resolverlo fácilmente poniendo una pistola en la cabeza de Júnior. Ahora mismo me largo con mi familia a un escondite donde nadie, ni siquiera vosotros, sepa dónde estamos. Confío en que juntos los atornillaréis bien. Dejo las cifras a vuestro criterio. —Dirigió una significativa mirada a Alicia y le dijo—: especialmente al tuyo. Sugiero que multipliques por diez cualquier cosa que Carlos te proponga.

El aludido escuchaba atónito.

—Estaré esperando vuestros avisos en mi Gmail. He incorporado a mi portátil unos desviadores de señal IP, por lo que nadie podrá detectar dónde estoy. Por supuesto, tendremos los móviles desconectados y no usaremos tarjetas de crédito ni nada que pueda delatarnos. Insisto en que ya nos engañaron una vez, así que ahora pagarán primero y como unos cabrones. ¡Que os quede bien claro que sólo entregaré el antitroyano y el antídoto cuando tenga constancia de que tenemos el dinero, y espero que sea mucho!

—¿Y qué les impide matarnos a todos después? —preguntó Carlos desconsolado.

—No son unos psicópatas, y para entonces no habrá razón para matarse. Cada uno tendrá lo que necesita.

—¡Nos lo merecemos! —ratificó Alicia.

—¿Sí? —Henry Watts recibió la llamada de Carlos mientras observaba las dificultades de varias lanchas para apresar una ballena extraviada en el Támesis, justo delante de su oficina—. ¡Amigo mío, cuánto tiempo!

—Hola, Henry, ¿ocupado?

—Lo usual, no te preocupes. Tenía ganas de hablar contigo para comentar todo lo ocurrido, pero no daba con el momento oportuno.

—Mejor esperar un poco más para hacer balance; aún no se ha acabado. Debo tratar una cuestión urgente con Alian, y los de recepción no han querido pasármelo.

—Es que ya no está aquí. Le promovieron al comité de dirección y regresó a China.

—Vaya. ¿Hay alguna forma de contactar con él? —Como comprenderás, ahora es todo un personaje. Además, allí sigue reinando el caos. ¿De qué se trata?

—Seguro que tendrás por aquí a su sustituto —preguntó Carlos tras una breve reflexión.

—¡Ya sabes que no puedo pasar sin ayudante! Jajajajaja. Cuando llegó, le exigí el pasaporte para comprobar que no fuese una menor de edad. No veas la fama de sátiro que tengo ahora. Soy la envidia de la City. Jajajajaja. —¿Puedes pasármela?

—Claro, precisamente la tengo aquí a mi lado. ¡Hasta otra ocasión!

—¿Sí, señor Millet?

Carlos reconoció su dulce e inquietante voz al otro lado del aparato.

—NetFinder está enfermo y soy el único que tiene la medicina. ¿Te interesa?

—No sé, señor Millet. ¿Qué enfermedad es ésta? —Compruébalo tú misma y vuelves a llamarme. Esta vez costará dinero. Ya no hago más regalos. ¿Comprendido?

—Sí, señor Millet.

—Espero vuestra muy generosa oferta en mi móvil. Tienes una hora como máximo.

Guardó el teléfono en el bolsillo de la camisa, cogió la americana, se despidió de Alicia y bajó a la calle para ir caminando hacia las Ramblas en dirección al mar. Tan sólo unos diez minutos más tarde, la vibración junto al corazón le alertó de la llamada entre el bullicio de la gente. La pantalla indicaba un número oculto. Buena señal. Se caló el auricular y continuó el paseo.

—¿Sí?

—¿Señor Millet? —Era de nuevo la voz de Yu—. Hemos comprobado que NetFinder está muy enfermo y me han autorizado a presentarle una oferta.

—Correcto, dímelas.

—Un millón de dólares, después de comprobar que la medicina es buena.

—¡Ya te dije que esta vez no hago regalos! Sólo aceptaré otra oferta antes de llamar directamente al NFC. Es vuestra gran oportunidad de libraros de la Peste.

Deprisa, porque apenas te queda media hora.

Y colgó.

La siguiente llamada tardó unos quince minutos, y llegó cuando Carlos se proponía seguir el litoral marítimo. Caminar calmaba su ansiedad y le hacía ilocalizable.

—Señor Millet —dijo Yu—. Quince millones de dólares y transferimos cinco de inmediato; el resto después de comprobar...

—No me interesa, adiós —fue toda su respuesta antes de colgar abruptamente.

Sabía que estaba jugando con fuego, pero le apetecía exprimir esa oportunidad. Cualquiera que fuese la siguiente oferta, la aceptaría.

Yu volvió a llamar para pedirle la extensión del plazo y consultar a sus superiores, y Carlos le concedió otra hora, improrrogable. La siguiente llamada se produjo cuando estaba a punto de cumplirse el plazo y en pleno Port Olympic. La tensión le estaba resultando insoportable. Esta vez no se trataba de Yu.

—¿Qué quieres, Carlos? —preguntó Alian.

—Cien millones de euros, la mitad ahora y el resto después de vuestra comprobación. A una cuenta cifrada en un banco suizo, que no sea el Zug.

—No es razonable. Ahora mismo podría hacer que te metan un tiro en la cabeza.

Carlos miró alrededor. Cualquiera podía ser un asesino. Una pareja de rasgos orientales ojeaba una guía turística cerca de él. Una mujer lo miraba fijamente. A lo lejos, otros supuestos turistas, de aspecto nórdico, filmaban la escena; quizá estaban transmitiendo en directo esas imágenes a China.

—Tú dirás —respondió Carlos.

—Tendrás treinta millones de dólares. Cinco por adelantado, el resto después de comprobar que los NFC se dan por satisfechos.

—Me parece poco dinero.

—A mí me parece que «dibujas pasteles para matar el hambre». Es mi última oferta.

—Acepto, pero también quiero que te comprometas a protegernos. Esto nos va a acarrear muchos enemigos al otro lado.

—Siempre te hemos protegido, incluso a pesar de ti. En China decimos que «los verdaderos amigos se conocen en la adversidad».

El siguiente contacto fue un SMS con los datos de la primera transferencia. Lo reenvió a Alicia, quien verificó que el saldo estaba disponible en el banco suizo. Ésta lo comunicó primero por *e-mail* a Max, que se encontraba en su escondrijo, y después llamó a Carlos, quien al colgar recibió otra llamada, esta vez del número oculto.

—¿Y la medicina?

Era Yu; su voz sonaba suave como un maullido.

—Pásame un *e-mail* con la dirección adónde enviarla.

Recibió un nuevo SMS con la dirección de un correo electrónico, que reenvió a Alicia para que se lo hiciese llegar a Max.

Aislado en una estancia sellada de máxima seguridad, Woo vio entrar el *e-mail* que le habían anunciado, titulado «AntiTrojan1». Contenía una pequeña fórmula matemática, con indicaciones precisas de dónde debía colocarse dentro del gigantesco código fuente de los NetFinder. Fuera de su contexto, apenas podía valorar la importancia de aquella formulación. No obstante, a medida que la repasaba, le subyugó la claridad de su conceptualización, llegando a vislumbrar la profundidad en los planteamientos a pesar de su aparente sencillez. Estaba convencido de que la misma mente que había escrito aquello era la que había creado a Osmon, al que admiraba secretamente.

Remitió por *e-mail* ese contenido al director de sistemas del NFC. Apenas tardaron unos minutos en certificarlo, y solicitaron imperiosamente el resto. Informó a sus superiores y poco después llegó «AntiTrojan2», con la otra parte del código necesaria para anular definitivamente al troyano. Pero antes de remitir esa información al NFC, debía recibir de ellos el antivirus capaz de liquidar definitivamente la Peste Amarilla. No tardó en llegar el *e-mail* con un fichero RAR adjunto, denominado «Dragón». Con gran precaución, Woo lo trasladó en un stick a otro ordenador sin conexiones, donde procedió a descomprimirlo, topándose con una terrible máquina de matar. No sin reservas, conectó allí un cable por el que el monstruo se introdujo directamente en la red troncal china.

El primer aviso que tuvo Osmon de que algo iba mal fue cuando los Orbat, bajo la supervisión de SirHenry.vp, empezaron a fenecer en masa. Las esferas que cada uno llevaba consigo iban desconectándose con gran rapidez. Bajó a toda velocidad hasta el rack de servidores que estaban desguazando, y se quedó anonadado ante lo que veía. Bajo las patas de un espantoso spider, cientos de Orbat yacían desmembrados. Entre esos restos reconoció los galones de SirHenry.vp, ya inerte. Cargó directamente con extrema contundencia, pero el monstruo fue aún más rápido y poderoso, y lo hirió con profundos arañazos. Viéndose perdido, Osmon ordenó a su guardia personal que acudiese de inmediato y huyó, aprovechando que el gigaspider se entretenía destrozando a aquellos valientes con sus fauces y tenazas.

Woo confirmó la validez del antídoto y sólo entonces sus superiores le autorizaron a transmitir los contenidos de «AntiTrojan2» al NFC. Recibió poco después un *e-mail* inesperado, titulado «RE: AntiTrojan1», que simplemente decía «SaintGeorge x Osmon?», y Woo respondió con un «OK».

Carlos optó por volver a Infoco atravesando el Born y adentrándose después por el Barrio Gótico. Justo cuando se hallaba bajo la calavera del pequeño puente que une el palacio de la Generalitat con el edificio anexo, sintió la vibración de un nuevo mensaje. Era de Alicia, quien le confirmaba que el banco había recibido el pago restante de los chinos, al que se añadían otros setenta millones de euros que ella había conseguido de la NFC por el antídoto a la Peste Amarilla. Tuvo que entrar en la catedral por una puerta lateral y cobijarse en su penumbra para dejar que el vértigo de la felicidad fluyera como fuego gótico por todo su cuerpo.

Osmon corría malherido por los pasillos, pidiendo ayuda a gritos, hasta que se topó con su otro capitán, quien se ofreció a resistir allí mismo junto con los últimos Orbat, dándole así tiempo para escapar. Pero el héroe no quiso dejar que Osmon se fuese sin antes mostrar su verdadera identidad. Enarcó la ceja derecha, mirando con desafío la turbación de su jefe, a quien ya no temía e incluso despreciaba, mientras recobraba su aspecto como Didier.vp. Osmon se debatía entre sus virulentos deseos de venganza y de supervivencia, optando por este último cuando advirtió las siniestras tenazas que aparecían al fondo.

Saltó a la gran red troncal, corriendo a toda la velocidad que le permitían sus menguantes fuerzas. Esta vez los spiders tradicionales suponían verdaderas amenazas, y procuraba esquivarlos, tomando los desvíos que encontraba en su frenética huida. Tenía la sensación de que estaba siguiendo un camino diseñado previamente por alguien. El pasillo iba estrechándose sin esperanza. Cuando finalmente topó con una pared, se volvió para enfrentarse a la muerte. Notó entonces unas vibraciones muy estimulantes. Se trataba de la conexión 3G del iPhone, que Woo secretamente había activado, por la que Osmon escapó a internet.

Pocos segundos después, Woo recibió un nuevo *e-mail*. Esta vez contenía un escueto «Gracias», e incorporaba un fichero adjunto, titulado «SaintGeorge». Sin tomar precaución alguna, inoculó en la red el caballero que iba a destruir a aquel dragón y que se suicidaría después.

Carlos y Max descendieron por la angosta escalera hasta la pequeña calle, que desembocaba en la populosa Hauptbahnhof Strasse, por donde pasearon entre escaparates de joyería, alta costura y de financieras con vistosas pantallas llenas de cotizaciones cambiantes, en dirección al hotel Zurich Intercontinental, donde tenían mesa reservada.

Comentaban animadamente sus impresiones tras salir del discreto banco, en un austero edificio de viviendas, sin ningún tipo de indicación externa. A pesar de que el taxista que los había llevado desde el aeropuerto les aseguró que la dirección era correcta, se sintieron inseguros cuando oprimieron el timbre del portero automático, que abrió la desgastada puerta de roble. Entraron en un oscuro y silencioso rellano para ascender a pie por una estrecha escalera hasta la segunda planta, en la que esperaba una escuálida y avinagrada secretaria, que les hizo pasar directamente a un pequeño despacho, donde un solemne ejemplar de la discreción personificada les explicó los procedimientos.

Siguiendo las instrucciones de sus nuevos clientes, el empleado efectuó la apertura de tres nuevas cuentas individuales, pues decidieron incluir a Alicia en el reparto, adonde se transfirió todo el importe disponible en escrupulosas partes iguales, excepto un millón de euros, que les dieron en efectivo para ser distribuido entre el resto del equipo de Infoco y después disolver la empresa. La enorme suma en efectivo quedaba como única evidencia palpable de todo aquel asunto.

Los pequeños pollos, especiados con plantas de las montañas circundantes para después ser cocidos al horno en manteca de cerdo y servirse acompañados de láminas de patatas panadera y queso emmental fundido, especialidad del restaurante, fueron complementados, por indicación del *sommelier*, por un Riesling Clos St Hune Trimbach del 92, deprecio desorbitado. La comida suponía un agradable contraste respecto al invierno que se anunciaba al otro lado de los ventanales cromados.

Tras aquella comida, Max volvería a Barcelona, mientras que Carlos esperaría qué Ana llegase al final de la tarde para iniciar allí mismo una nueva vida.

—¿Vas a dedicarte ahora a averiguar la razón absoluta? Preguntó Max sonriendo.

—Jajajaja, todo llegará —respondió Carlos, pidiendo con un gesto otro Riesling—. Ahora es el momento de celebrarlo, ¿verdad? Primero entre tú y yo, y después con nuestras familias, sin olvidar a los compañeros de Infoco. Me resulta imposible digerir todo lo que hemos pasado en este último par de años sin varias catarsis dionisiacas. Una vez cancelada la hipoteca, empezaré a asumir que jamás volveré a preocuparme por la liquidez, y después le tocará al burbujeo.

—¿Burbujeo?

—¡Sí, hombre! La angustia, el cansancio y las frustraciones se van acumulando alrededor de los huesos en forma de millones de minúsculas burbujas transparentes. Si no las sacas, te vas abotargando y quedas hecho polvo. Hay que relajarse para que

salgan, y a eso le llamo burbujear. Te sientes como una pastilla efervescente en un vaso de agua. Siempre lo hago los primeros días de las vacaciones. Me quedo hecho polvo y apenas puedo moverme de la tumbona. Supongo que esta vez durará varias semanas, ya que pienso desquitarme a fondo. Cuando no me quede ni una sola burbujita, sólo entonces entraré en la siguiente fase.

Tras paladear el fresco y frutal *bouquet* de la nueva botella, Carlos entró en un estado de anticipada ensoñación.

—Podré charlar tranquilamente con mis hijos, dejar volar la mente sin tener que trabajar, pasar la noche en vela bajo las estrellas...

—Jajajaja. Conseguirás que la gente te señale al pasar.

—Quisiera hacer el camino de Santiago, sin necesidad de cubrir etapas a plazos fijos para volver en una fecha determinada, sino estando alerta para captar, en algún capitel o en cualquier charla, algún detalle interesante. Pasar el cabo de Hornos a vela. ¡Eso sí que sería una experiencia mística! Enrolarme en un velero en Ushuaia para dejarlo en Chiloé, y colgarme después en la oreja el aro de oro, tal y como establece la tradición marinera. Desde allí saltar a la isla de Pascua o subir al Machu Picchu, en busca de sensaciones telúricas. Quizá dejarme seducir por la Polinesia. Deambular sin rumbo fijo por cualquier parte del mundo, atento a sus sensaciones, con la lista de corresponsales de nuestro querido banco como único equipaje. ¿No fue san Agustín quien dijo «Si no encuentras la verdad, búscala»?

—Creo que fueron los de *Expediente X*.

—Sé que la euforia es peligrosa, Max, pero me apetece tanto dejarme llevar... Quiero entrar en contacto con gente en cualquier lugar del mundo y compartir inquietudes. Paso de dogmáticos, sectarios y vividores. ¿Y si creamos un foro en internet? —Se le ocurrió de pronto y, emocionado, levantó su copa para el penúltimo brindis—. Ayúdame a montar la mayor ágora de la historia. Hagamos que la tecnología reúna las reflexiones de todos aquellos de buena voluntad que deseamos desentrañar el significado de la existencia.

Mientras Carlos declamaba extasiado en aquel restaurante de tonos dorados en contraste con la creciente oscuridad exterior, que amenazaba tormenta, su compañero de mesa profundizaba en la introspección. A Max le interesaba cada vez menos el mundo exterior, donde el sol deslumbra, la gente sigue fumando y los coches pueden atropellarte. Ansiaba secretamente reencontrarse con el púlpito y reanudar aquellas maratonianas jornadas, trabajando al máximo hasta caer exhausto. En ese momento disponía de dinero para revolucionar la red por tercera vez, y esta vez lo haría por su cuenta. ¡El geek absoluto! La gloria y el *glamour* virtual serían suyos. Ni se aliaría con los adoradores del pingüino del código Ubre, ni participaría en las barbacoas del *establishment*, plagadas de todos los técnicos que se pueden comprar con dinero. Seguiría al margen de todo aquello. Siempre por encima del bien y del mal. A su rollo.

Cuando Osmon entró exhausto en SecondLife casi le devoran. Alzó rápidamente el vuelo y contempló despavorido el panorama desolador y a los millones de zombis rugiéndole debajo. Siguió volando hasta dar con la isla que Carlos.vp defendía con los últimos avatares, luchando sin descanso contra los embates que emergían constantemente. Habían construido una sólida muralla que bordeaba todo el perímetro, pero se sabían sentenciados. Iban cayendo defensores, que entonces se sumaban con renovada agresividad a las fuerzas atacantes.

El espíritu militar de Osmon se sobrepuso en aquella desesperada situación. Asumió el mando y organizó con presteza la defensa de aquel último reducto hasta convertirlo en inexpugnable. Con el apoyo del Máximo RP, se lanzó a la reconquista, primero isla a isla, hasta dominar el mar, y después desembarcaron en el continente, apoyados por los refuerzos que volvían a inscribirse masivamente, hasta liquidar a todos los zombis.

Las cabezas putrefactas de Sally.vp y David.vp ocuparon los emplazamientos que tenían reservados desde hacía tiempo, y la de HellRanger obtuvo el puesto otrora previsto para Didier.vp, cuyo nombre pasó al Hall of Fame, junto con otros reputados héroes Orbat. Carlos.vp pudo conservar la suya puesta.

XII

Al salir de la discoteca, unas gruesas gotas caían desde un cielo que estaba amaneciendo. El preludeo del otoño anunciaba la vuelta a la rutina para todos; para todos, excepto para Carlos. El Smart ronroneaba en la puerta de Pacha, y el chico que se lo había traído desde el aparcamiento se apartó para dejarle entrar, recibiendo la correspondiente propina.

Carlos arrancó hacia la casa sobre el acantilado, con una soberbia vista al mar: su centro de operaciones durante aquel movido verano. La fresca brisa marina y un denso chillout llenaban de euforia el divertido descapotable. Al enfocar la carretera hacia San Miguel, tuvo una súbita revelación y giró en redondo, directo a la cafetería del hotel Montesol, que pronto abriría.

El mundo había recobrado su caótica normalidad. Superada definitivamente la Peste Amarilla, China se lamía las heridas y retomaba la senda del desarrollo económico, si bien de una forma mucho más consensuada que antes. En ese momento primaban los pactos, especialmente con Estados Unidos, y se firmaron acuerdos para resolver diversos contenciosos, algunos de los cuales parecía que iban a permanecer enquistados hasta la eternidad, como los de Taiwan y el Tibet.

A cambio de cierta contención comercial, con concesiones respecto a la normalización del tipo de cambio del yuan y a la protección de los derechos de propiedad intelectual, y en aplicación del sacrosanto principio de la reciprocidad, China obtuvo ventajas y tratos favorables para acceder a clubes que le habían estado vedados, como el G8. Tras una declaración pública de que abandonaban definitivamente todo desarrollo del VP, con el que nunca habían obtenido resultados significativos, fueron admitidos como miembros de pleno derecho del NFC.

Mientras esperaba a que el camarero trajese una porción de esa maravillosa ensaimada rellena junto al potente café con leche, Carlos dejó sobre la mesa la copa que había albergado la mezcla de zumo de naranja natural con cava y activó su móvil. Enseguida se desencadenaron una sucesión de llamadas perdidas, siempre del mismo número, largo y desconocido, que no dejaba mensaje alguno. Extrañado, dejó el móvil sobre la mesa, para centrarse en las otras prioridades. No tardó en iluminarse la pantalla, mostrando de nuevo ese número. Carlos se caló su auricular bluetooth y oprimió el botón de respuesta.

—¿Hola?

—¿Carlos, eres tú?

Reconoció al punto la voz, aunque sonaba ligeramente angustiada.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? A pesar de no haber mantenido contacto alguno desde hacía más de un año, durante aquel fugaz pero intenso encuentro en un motel de los arrabales de San Francisco, no hubo tiempo para los saludos. Nybe estaba de nuevo en una misión.

—¿Estás en contacto con Max?

—Desde que desmantelamos Infoco, hará unos nueve meses, no he vuelto a saber nada de él. ¿Qué sucede?

—¡Todo el mundo anda muy preocupado por lo que pueda estar haciendo! Se ha recluido junto con un montón de gente en un almacén en las afueras de Barcelona, trabajando en lo que parece ser una alternativa a los NetFinder. Últimamente se detectan cosas muy extrañas en la red...

—Creo que está en su derecho de haceros la competencia —la interrumpió Carlos.

—¡No en temas tan sensibles, y tú ya deberías saberlo! —puntualizó Nybe—. Además los NetFinder están volviendo a fallar, de forma aleatoria, y no quiero ni pensar en las consecuencias si Max es el causante. Esta vez está solo contra todos. El NFC es el estándar mundialmente aceptado. Hay que hablar con él antes de que la gente se ponga más nerviosa. ¿Me entiendes ahora?

—Cogido. Voy a llamarlo ahora mismo.

—Pruébalo todas las veces que quieras, pero nunca responde.

—Dejaré un mensaje para que me llame, y ahora mismo le escribo un SMS y le envío un *e-mail*.

—No te contestará y no disponemos de tiempo para esperar, Carlos —respondió haziada.

—¿Habéis probado con Carmen?

—Vive allí con él y tampoco responde. —Nybe estaba impaciente—. ¿Es que no me escuchabas cuando te dije que se han encerrado?

Sólo quedaba una opción, la que ella estaba esperando desde el principio.

—Dame esa dirección y ahora mismo voy personalmente —pidió Carlos.

—Esta vez no irás solo.

Acordaron encontrarse al día siguiente en el aeropuerto de Barcelona. Su vuelo, procedente de Nueva York, aterrizó puntual poco antes de las diez de la mañana. Sintió una punteada al verla aparecer en la terminal, entre las miradas inquisitivas que su desenvoltura suscitaba, a pesar del largo viaje desde Los Angeles. Carlos traía consigo una bolsa de patatas chips. Ella recordó la primera conversación dos años antes, y agradeció el detalle con una sonrisa.

El GPS fue guiando el coche hacia la Ronda Litoral, por donde bordearon primero el puerto con sus naves industriales a un lado y el gran cementerio de la montaña de Montjuic al otro, para seguir toda la línea de playas por una vía subterránea, y emerger *cerca ya* de las chimeneas trillizas del Besos. La zona en plena transformación mantenía viejas fábricas y almacenes, verdadera arqueología industrial, por donde brotaban, diseminados, edificios ultramodernos, que desconcertaban al navegador.

Zigzaguearon por callejuelas cada vez más abandonadas hasta alcanzar un descampado. Incluso su poderoso Porsche Cayenne resultaba difícil de conducir por allí. Bordeaban lentamente los hoyos, evitando objetos desperdigados, así como a niños y animales que cruzaban indolentes, entre las torvas miradas de los adultos a medida que atravesaban un asentamiento gitano. Desvencijadas caravanas y potentes automóviles con matrículas de la Europa del Este flanqueaban el precario trayecto hacia lo que parecía ser un camino sin salida.

Carlos activó la cerradura y se detuvo ante un grupo de hombres, que jugaban a las cartas bajo una frondosa higuera. Manteniendo la marcha puesta, por si tenía que huir en el acto, bajó la ventanilla para preguntarles en varios idiomas si conocían alguna nave industrial con gente trabajando por la zona. Le observaron circunspectos, sin emitir respuesta alguna. Carlos se abstuvo de ofrecer dinero, temiendo alguna reacción airada, subió el cristal y avanzó una decena de metros para detenerse de nuevo, dejando el motor al ralentí. Nybe había extraído de su bolso un estilizado ordenador portátil, que colocó sobre la guantera del coche. En pocos minutos se conectó con el servicio de mapas de Google, y apareció en pantalla el globo terráqueo sobre el fondo del espacio sideral. Tecleó el nombre de «Barcelona», y el planeta cobró vida, y empezó a rotar cada vez a mayor velocidad, para dirigirse en acelerado *zoom* al mar Mediterráneo y detenerse sobre una perfecta imagen fotográfica vía satélite de la ciudad. Cedió entonces los controles de aproximación a Carlos, quien se situó exactamente sobre la zona en la que se hallaban en ese momento, a la vez que controlaba por el retrovisor a los individuos de atrás, quienes permanecían en sus sillas alrededor de una mesita, aunque sin dejar de mirarlos.

La imagen era nítida y no mostraba el asentamiento gitano, pero sí varias estructuras diseminadas por la explanada. Nybe señaló una plateada que resaltaba en aquel paraje, forzó el *zoom* al máximo, y su uña roja fue desandando sobre la pantalla

el trazo de un estrecho pasaje sin asfaltar que llevaba hasta allí y desembocaba en una explanada, justo donde aparecía como eje un diminuto árbol en el que ambos reconocieron la higuera que acababan de pasar.

Carlos empuñó con firmeza la palanca del cambio de marchas y el coche retrocedió, girando bruscamente para encararse al grupo sobre el que se abalanzó a moderada velocidad, dando furiosos golpes de gas sin atender al griterío y a los golpes rabiosos que los otros propinaban al automóvil, mientras trituraba mesa y sillas en su inexorable avance. Penetraron por un estrecho pasaje, flanqueado por espinosos zarzales, recibiendo una lluvia de piedras por detrás mientras aceleraban progresivamente. Al culminar la primera curva, tuvo que frenar bruscamente ante una oscura furgoneta atravesada. Su puerta lateral se deslizó completamente, y salieron varios hombres, atléticos y de tez muy clara, que rodearon el coche con expresión hosca, apuntándolos con sus armas. Uno golpeó ligeramente con la culata de su pistola en la ventanilla de Carlos, quien inmediatamente accionó el mando para bajarla.

—¡Manos volante! —ordenó con un fuerte acento eslavo, preguntando seguidamente—: ¿Qué quieren?

Recurrieron al inglés para hacerse entender mejor. Tuvieron que entregarle la documentación y el centinela regresó a la furgoneta. Sus compañeros les hicieron salir para cachearlos minuciosamente y registrar también el coche. Desconectaron el GPS y se quedaron la llave de contacto, el portátil y los teléfonos móviles. Finalizada la inspección, permanecieron todos en absoluto silencio; no recibieron ningún tipo de explicaciones, ni se atrevieron a pedir las. El tiempo empezó a dilatarse bajo el sol en su cénit. Carlos se entretenía observando a los insectos de múltiples formas y colores, que surgían confiados de sus escondrijos, hasta que del otro lado de la furgoneta apareció una estilizada figura de amplia sonrisa sobre un rostro cetrino que Carlos tardó en reconocer porque no esperaba encontrárselo allí.

—¡David! —exclamó estupefacto.

—¿Qué tal, Carlos? ¡Saludos a tu bellísima acompañante! —proclamó galantemente, estrechando su mano a la vez que efectuaba una ligera reverencia—. David Sánchez, su abogado.

—Nybe Myers —respondió ella en un tono sensual—, su informática.

—¡Últimamente no hago otra cosa que toparme con informáticos! Aunque reconozco que usted mejora con creces los estereotipos que tenía de esta profesión.

—Oye, ¿de qué va todo esto? —interrumpió Carlos, señalando al grupo que los rodeaba en silencio.

—Protección. ¡Ya habrás visto que estamos rodeados de gitanos! Queremos evitar que entren a robarnos —aclaró sin soltar la mano de Nybe, quien se dejaba querer—. Me dicen que habéis venido a ver a Max. Lo siento, pero él no os esperaba y está muy ocupado. Te llamará en cuanto pueda, quizá para Navidades.

—Señor Sánchez, debo hablar con Max inmediatamente —terció Nybe, con un

gracioso mohín—. Serán sólo unos minutos, se trata de algo muy importante.

—¡David, por favor! —respondió al punto con aire lamero.

—Me temo, querida, que hablar es cosa de dos, y él ahora ni quiere ni puede. Desde luego, yo estoy a tu entera disposición, y como su abogado personal puedo hacerle llegar con toda confidencialidad cualquier mensaje que quieras confiarme.

—Mira, David —dijo Carlos cada vez más irritado—, no venimos en plan de visita de cortesía. Nybe viene de parte de los NetFinder para tratar una cuestión muy grave que nos supera. Es imperativo que hablen directamente ahora mismo.

—Lo siento, Carlos, pero ésas son las instrucciones que tengo —contestó en tono grave.

—¿Y esas instrucciones también me incluyen?

—Te recomiendo, por tu bien, que no te inmiscuyas —advirtió David en un tono cargado de amenazas.

—¡Pues ya lo estoy, y hasta las cejas! Quiero hablar con Max ahora mismo. No me iré hasta conseguirlo.

El rostro de David se poblaba de preocupaciones.

—No sabes lo aburrido que ha sido este último año —insistió Carlos.

Sin mediar palabra, el abogado se fue y desapareció al otro lado de la furgoneta. Media hora después volvió y señaló a Carlos desde la distancia, indicando por signos que sólo él podía acercarse. Nybe se quedó, resignada, viendo cómo se iba. Dejaron que se sentase en el coche, donde aprovecharía para descansar. Los matones velaban fuera y ella, al menos, tenía al Caballito de Troya dentro.

Una vez pasada la furgoneta y otra curva, Carlos se topó con una moderna nave industrial, que ejercía un fuerte contraste con su entorno. Parecía que un ovni acababa de aterrizar en aquel paisaje de barro, matorrales y ruinas industriales. No se adivinaba entrada alguna en la brillante superficie de duraluminio. Sorprendido, se apresuró tras David, quien caminaba hacia la estructura con paso decidido. Al llegar, la pared cedió automáticamente sin ruido alguno, ofreciéndoles una rendija por la que accedieron a un interior oscuro y fresco, y se cerró automáticamente tras de sí, con un leve chasquido final. Otros guardas, también esclavos, ordenaron que se desnudase completamente.

—¿De qué va esto? —preguntó airado.

—¡No te preocupes, hoy no celebramos el día del orgullo gay! —afirmó David con guasa—. Van a comprobar que no llevas micrófonos, sensores o cosas por el estilo. Cobran por esto, es su trabajo, y les damos una prima por cada aparatito escondido que detectan. Te advierto que lo encuentran todo, de forma que es mejor que entregues ahora mismo lo que llevas.

—Ya me han revisado los del primer control, y no escondo nada.

—Esta revisión es mucho más minuciosa. ¿Estás seguro de que no prefieres no pasar por esto e irte por donde has venido?

Resignado, Carlos empezó despojándose de la americana, que fue escaneada

aparte, tal y como sucedería con todas sus cosas. Al examinar su piel con detalle, detectaron el transponder aún alojado en la coronilla, y tuvo que explicarles con todo detalle su origen. Se lo extirparon de forma dolorosa y lo destruyeron en ese mismo instante. Carlos se vistió de nuevo.

—Pero ¿quién ha ordenado toda esta parafernalia paranoica? —preguntó a David.

—Max, naturalmente —le informó éste—. Coincido contigo en que resulta exagerado, pero hay que comprender por lo que ha pasado este muchacho. ¡No sabes cuánto me sorprendió que me llamase! Siempre voy repartiendo mis tarjetas por ahí, pero era el último que esperaba que me contratase. ¡Si hasta dudé en darle una cuando me lo presentaste en Panda el día de la firma! ¿Te acuerdas?

David tenía ganas de proseguir con la explicación mientras los guardianes devolvían a Carlos sus efectos personales.

—Con todo el dinero que conseguisteis, el tipo tenía muy claro que lo que quería era encerrarse de nuevo para investigar, pero esta vez por su cuenta. Yo, como tú, me lo habría pateado en plan vividor, pero él prefirió meterse en este calvario. Me llamó porque necesitaba que alguien se hiciese cargo de todas las cuestiones, para así concentrarse en lo suyo. Un día, sin avisar, se presentó en mi oficina y me hizo una oferta muy generosa. Ya me conoces, la doblé para rebajarla luego, y el muy cabrón aceptó en el acto sin problemas. ¡Tendría que haber pedido más, pero me pilló desprevenido! Su única exigencia fue que me hiciese cargo de inmediato de sus asuntos y que no le marease nunca jamás. Así lo he hecho. Apenas tuve tiempo de despedirme de los compañeros de Condomines, muertos de envidia, y juntos salimos a la calle para empezar esta nueva etapa. Desde entonces lo controlo todo. —En su rostro apareció su sonrisa más fenicia—. Uno de sus primeros encargos fue que recuperase los derechos del VP, también los del dominio web, por lo que tuve que contactar con ese amigo tuyo, Alian Lo, quien me lo vendió todo a precio de saldo. ¡Ese tío no soporta la idea de haber tenido que pasar por el aro y meterse en el NetFinder! Creo que nos lo vendió con la secreta esperanza de que Max consiga hacerles la competencia. —La señal de uno de los guardianes interrumpió la narración—. ¡Entremos a ver al gran *bwanal*.

Se abrió otra compuerta, que daba a un gran espacio, abarrotado por el murmullo de centenares de personas en filas que se afanaban ante sus monitores y discutían alrededor de grandes pantallas táctiles donde garabateaban complicados esquemas y fórmulas. Ambiente geek, sazonado con un buen fondo house bajo una miríada de luces halógenas. Aquella masa humana no podía ser más heterogénea; una indolente joven con rastas y varios *piercings* se cruzó con un enorme barbudo de fiera mirada, cubierto con turbante shik, mientras los guardianes devolvían a Carlos sus efectos personales.

—Con todo el dinero que conseguisteis, el tipo tenía muy claro que lo que quería era encerrarse de nuevo para investigar, pero esta vez por su cuenta. Yo, como tú, me lo habría pateado en plan vividor, pero él prefirió meterse en este calvario. Me llamó

porque necesitaba que alguien se hiciese cargo de todas las cuestiones, para así concentrarse en lo suyo. Un día, sin avisar, se presentó en mi oficina y me hizo una oferta muy generosa. Ya me conoces, la doblé para rebajarla luego, y el muy cabrón aceptó en el acto sin problemas. ¡Tendría que haber pedido más, pero me pilló desprevenido! Su única exigencia fue que me hiciese cargo de inmediato de sus asuntos y que no le marease nunca jamás. Así lo he hecho. Apenas tuve tiempo de despedirme de los compañeros de Condomines, muertos de envidia, y juntos salimos a la calle para empezar esta nueva etapa. Desde entonces lo controlo todo. —En su rostro apareció su sonrisa más fenicia—. Uno de sus primeros encargos fue que recuperase los derechos del VP, también los del dominio web, por lo que tuve que contactar con ese amigo tuyo, Alian Lo, quien me lo vendió todo a precio de saldo. ¡Ese tío no soporta la idea de haber tenido que pasar por el aro y meterse en el NetFinder! Creo que nos lo vendió con la secreta esperanza de que Max consiga hacerles la competencia. —La señal de uno de los guardianes interrumpió la narración—. ¡Entremos a ver al gran *bwanal*.

Se abrió otra compuerta, que daba a un gran espacio, abarrotado por el murmullo de centenares de personas en filas que se afanaban ante sus monitores y discutían alrededor de grandes pantallas táctiles donde garabateaban complicados esquemas y fórmulas. Ambiente geek, sazonado con un buen fondo house bajo una miríada de luces halógenas. Aquella masa humana no podía ser más heterogénea; una indolente joven con rastas y varios *piercings* se cruzó con un enorme barbudo de fiera mirada, cubierto con turbante shik, quien entabló una animada conversación con un orondo chico negro, sentado junto a otro diminuto y de aspecto oriental. Todos participaban a su manera de la intensa actividad allí desatada. Al pasar, Carlos vio a Francesc, a Jordi y a Waldir tecleando codo con codo, de forma tan frenética que ni se percataron de su presencia. Carlos se fijó entonces en la urna acristalada, suspendida en el centro de aquella gran sala, y reconoció a su único ocupante. Max, absolutamente concentrado, ocupaba una especie de trono elevado, bañado en una luz levemente azulada. Se detuvieron ante la puerta, a la espera de que se dignase prestarles atención.

Carlos aprovechó para observarlo y lo vio muy consumido. Sus pupilas se movían a una velocidad de vértigo, asimilando la información vertida por los diversos monitores que lo rodeaban. Apenas introducía comandos con gestos precisos, más bien parecía que estuviese a la espera de algún resultado, que se demoraba. Se había dejado crecer el pelo y la barba desordenadamente, lo cual le confería un aura mística que inspiraba a todos aquellos que se afanaban a su alrededor.

—Pero ¿qué estará haciendo toda esta gente? —se preguntó Carlos en voz alta, absolutamente impresionado, justo cuando sonó un zumbido.

Max había accionado la cerradura automática, y el abogado se apresuró a abrir la puerta de cristal, cediendo el paso a Carlos. La puerta se cerró automáticamente tras de sí, con un leve chasquido, reforzando la sensación de aislamiento.

Lo primero que sorprendió a Carlos al entrar fue la pureza del aire, mucho más agradable que el de la gran sala. Resultaba muy fácil respirar allí.

—Si te acostumbras a esto, después ya no puedes salir. Los pulmones se vuelven vagos al recibir tanto oxígeno sin esfuerzo —comentó Max adivinando su pensamiento, desde su asiento a más de medio metro de altura.

—Aún no entiendo cómo no te has puesto una sonda para no tener que bajar ni a mear —comentó David con sorna.

—¡Jajajaja! —Max rió feliz—. Por aquí creo que tengo un orinal.

Adoptó un tono más serio al dirigirse de nuevo a Carlos.

—Éste no es precisamente el mejor momento para visitas, pero como has insistido tanto...

—Te lo agradezco, pero en realidad es una persona de los NetFinder quien quiere hablar contigo.

—Ya, la tía buena ésa.

—¡Veo que ya te han puesto en antecedentes! Está fuera, junto a unos guardianes de muy malas pulgas. ¡Hazla pasar para saber qué quiere! Así podremos largarnos y te dejaremos en paz.

—¡Ya sé qué quieren ésos!

—Dicen que has activado un nuevo troyano...

—¿En serio? ¿Te han dicho eso? ¡No se lo creen ni ellos! Siempre intentando manipular con los argumentos que más convienen, ¿verdad? —dijo Max, para adoptar seguidamente un tono paternalista—. ¡Pero qué ingenuo eres, Carlos! Te dejas engañar una y otra vez. Para que lo sepas, lo que de verdad quieren saber es qué coño estamos haciendo aquí dentro, y muy pronto se enterarán.

Max accionó un botón que conectó los altavoces en la gran sala y dijo en tono solemne:

—¡Juro que esta vez se van a enterar!

Todos levantaron sus brazos, mirando hacia la urna con expresión de júbilo, para volver rápidamente al trabajo. Max tampoco desatendía la incesante actividad de sus monitores, y no tenía la menor intención de moverse, a la espera de algo que parecía inminente. De pronto un monitor acaparó toda su atención. Carlos y David se mantuvieron en silencio, inmóviles, mientras Max tecleaba rápidas ráfagas de comandos con extrema concentración. Tras otros breves segundos de tensa espera, las pupilas de Max se encendieron y exultó una sonrisa, con una expresión de desmesurada alegría que Carlos nunca le había visto. Se irguió en su trono y levantó los brazos en señal de triunfo hacia los que estaban en la sala, que también se pusieron en pie para abrazarse con enorme alegría entre sí. A pesar de que el vocerío apenas traspasaba el aislamiento, la visión de aquella desaforada masa humana alrededor resultaba sobrecogedora.

—¡Parece que nos has traído suerte, Carlos! —anunció Max eufórico, respondiendo con gestos de victoria a los múltiples saludos de sus colaboradores—.

Acabas de ser testigo de un momento histórico. Ahora sí que haremos entrar a esa tía para que se entere bien y vaya corriendo a explicarlo al NFC. ¡Ya nadie podrá detenernos! Carmen estará encantada de ver caras nuevas. Alucinarás con Júnior. Os quedaréis a dormir, ¿verdad? Éste no es un buen sitio para salir cuando oscurece. Así podremos charlar. Max era un torrente de hiperactividad.

Volvieron a la sala central, donde David dejó a Carlos con sus antiguos empleados en aquel ambiente festivo mientras iba en busca de Nybe. Regresó con los ojos húmedos de lascivia tras un registro aún más escrupuloso que ella había soportado con naturalidad y con una expresión de orgullosa belleza.

Los alojaron en una abarrotada área de celdas individuales con apenas espacio para un minúsculo catre y una estantería, separados entre sí por planchas de poliuretano. Una pequeña cortina hacía de puerta. Todas las dependencias eran comunes, sin distinciones, manteniéndose constantemente operativas en trepidante actividad. Sólo la familia de Max, además de David y los guardas, disponían de zonas reservadas.

Carmen acudió a buscarlos. Llevaba de la mano a un silencioso niño de poco más de un año que se había acostumbrado a vivir encerrado.

—¡Carlos, vaya sorpresa! —le saludó con alegría, dándose ambos un fuerte abrazo.

—Estás estupenda, Carmen, y Júnior es precioso —respondió, cogiendo al receloso niño en brazos, a pesar de que se resistía a separarse de su madre—. Te presento a Nybe, una buena amiga.

—Ah, pues encantada de conocerte, Nybe, y bienvenida.

—Igualmente, muchas gracias, Carmen —respondió ella, y se dieron unos afectuosos besos.

—¿Y qué tal de buena amiga es? —preguntó con sonrisa picara a Carlos, a quien le estaba costando sostener al niño, que pugnaba silenciosamente por liberarse de sus brazos—. Me enteré de lo de tu divorcio, y no es bueno que un hombre esté sin compañía.

—Tampoco es tan malo, y al final todos acabamos durmiendo solos, ¿no?

—¡Aún falta mucho para eso! ¿Qué sucedió entre vosotros?

—Aquella terrible experiencia en China nos afectó mucho. Al regresar, me sentí muy desorientado y además estaba enfermo, y ella resignada a la desgracia. La súbita entrada del dinero fue el desencadenante. Entonces me planteó quedárselo todo a cambio de dejarme salir con vida del matrimonio. Aún recuerdo su «Ya te apañarás», cuando terminé de leer el documento escrito de su puño y letra con aquellas horribles condiciones. ¡Lo conservaré siempre! —Carlos emitió una triste sonrisa—. Tuvieron que intervenir los abogados para poner un poco de sentido común, y ahora supongo que debe de estar encantada. Y nuestros hijos están bien. Mantenemos una buena relación.

—No sabía nada de tu divorcio —intervino Nybe sorprendida.

—Hace tiempo que no estábamos en contacto —respondió, y dirigiéndose a Carmen, añadió—: Como puedes comprobar, lo nuestro es una relación estrictamente profesional.

—¿Y cómo podéis soportar permanecer encerrados? —preguntó Nybe, con la esperanza de llevar la conversación por otros derroteros.

Avanzaron por el recinto, atentos a las explicaciones de Carmen, quien había recuperado al niño.

—Somos muy felices aquí. Nos imaginamos que estamos metidos en la nave de *Star Trek*, cruzando el cosmos con la mejor tripulación. Siempre juntos y completamente seguros. Max trabaja con ilusión y yo soy feliz por verle así. Después del secuestro, lo pasamos muy mal. Sentíamos una angustia espantosa, temiendo que en cualquier momento pudiesen volver a raptarlo. Tuvo que medicarse mucho, y yo también empecé a tomar algo contra la ansiedad. Incluso Júnior estaba muy inquieto y cada noche tenía pesadillas. No podíamos continuar así. Además, Max seguía obsesionado con la idea de continuar trabajando, pero en Infoco no podía concentrarse, por lo que hizo funcionar su troyano para pagar todo esto. —Abrazó con ternura al niño, y de pronto su rostro se iluminó con una expresión de alegría al dirigirse a Carlos—. ¡Y parece que nos has traído suerte!

—Es que tengo el don de la oportunidad —bromeó él.

—¡Si fui yo quien te hizo venir! —terció Nybe con mordacidad.

Pasaron al patio, donde algunos disfrutaban del sol, tumbados en hamacas que alternaban con zambullidas en una piscina central. Carlos se sorprendió al ver a unos niños, que parecían de raza gitana, bañándose allí.

—Son del poblado de aquí al lado —aclaró Carmen—. Vienen a jugar con Júnior.

—¡Sus padres nos atacaron esta mañana!

—Supongo que ahora ya no importa que lo sepáis —comentó dubitativa—. Dejamos que acampen aquí para que no permitan entrar a nadie.

—¡Pero si ya tenéis a esos esclavos!

—Son como dos firewalls opuestos. Los gitanos cubren un primer círculo y los serbios el segundo. Se odian a muerte entre ellos y, por tanto, es imposible que se pongan de acuerdo para desvalijarnos.

—¿Qué mente tan perversa ha ideado algo así? —comentó Nybe admirada.

—David, por supuesto —respondió Carmen con toda espontaneidad—. Si te gustan maquiavélicos, has dado con el hombre ideal. Fue a Belgrado para contratar a esos mercenarios, y de paso convenció a un patriarca de los roma para que también se instalasen aquí. En su país los persiguen, ¿sabes? Antes David se había encargado de comprar este terreno y construir la nave en medio, dejando el resto sin urbanizar para que pasase desapercibida. Nadie puede acercarse sin que detectemos su presencia, y eso es exactamente lo que Max quería.

—¿Y no os preocupa depender tanto de él? —preguntó Carlos—. Antes me explicaba con chulería que lo administra todo.

—No es así exactamente, yo soy quien firma todos los cheques, incluso el suyo. Juntos hemos conseguido mantener a Max alejado de la burocracia, para que pueda trabajar tranquilo. Le estamos muy agradecidos. Está aquí por el dinero y es cumplidor. Dentro de poco se irá forrado y todos contentos.

—¿Y qué habéis conseguido? —Nybe apenas podía disimular su intensa curiosidad al formular la pregunta—. Todo el mundo por aquí está entusiasmado y aún no sabemos por qué.

—Eso lo sabréis durante la cena. Mejor que os lo diga Max. A mí me resulta muy complicado explicarlo; yo sólo soy una profesora de lengua. Además, estoy segura de que querrá contároslo de primera mano.

Ocuparon unas cómodas sillas de mimbre alrededor de una mesa, sobre la que una filipina del servicio doméstico depositó una gran jarra y tres vasos.

—Gracias, Ninfa. ¡Ya veréis cómo os gusta! La prepara ella misma con los limones de aquel árbol. —Carmen señaló un magnífico ejemplar en el jardín—. Ya estaba aquí cuando llegamos y construimos alrededor procurando no dañarlo. Debe de ser su manera de darnos las gracias. Creo que Ninfa también le echa canela e higos, pero es un secreto de familia.

—¡Está buenísimo! —comentó Nybe.

—¡Es cierto, está muy bien! —coincidió Carlos.

—¿Y qué tal por Ibiza? Nunca he estado —dijo Carmen.

—Deberías ir cuanto antes, aún hace buen tiempo para bañarse. Estáis invitados a mi casa. ¡Tú también, claro! —Añadió esto último con intención, dirigiéndose a Nybe—. Me habré convertido en una especie de *hippie* posmoderno y mis hijos vienen a menudo. Allí disfruto tanto de la calma como del bullicio. He ido encontrándome con aprendices de filósofo, además de pintores, músicos y escritores, desterrados o de paso. Nos reunimos y charlamos sobre corrientes de pensamiento, exposiciones, conciertos, películas, restaurantes, cualquier cosa que nos parezca estimulante. Si algo nos llama la atención, alquilamos un avión y nos plantamos donde sea. Ya ves, pseudointelectuales de alto poder adquisitivo, junto con algunos gorriones interesantes, que van migrando en pos del calor. ¡Estoy a punto de terminar mi primera novela! Una especie de *tecno-thriller* autobiográfico con pretensiones trascendentes...

—¿Qué pretensiones son esas? —quiso saber Carmen.

—Bueno, ya sabes, aquella obsesión mía de encontrarle un sentido a todo esto.

—¡No me digas que también te ha venido con este rollo! —exclamó Nybe.

—No es ningún rollo. Es algo muy serio. ¿Verdad, Carlos?

—Desde luego —respondió éste con gesto grave.

—¿Sigues llevando la esfera? —quiso saber Nybe.

—Aquí la tienes —confirmó, extrayéndola del fondo de su camisa.

Había perdido su brillo original y se veía algo abollada, pero, sin duda, se trataba de la misma que tanto la había maravillado al borde del Pacífico.

—Ha permanecido conmigo, a pesar de todo.

—Yo tampoco puedo dejar de llevarla —reconoció Nybe, sacando la suya de debajo de la blusa.

—Es todo un detalle que te la hayas puesto para venir a verme.

—¡Siempre va conmigo! —se defendió—. Fue toda una sorpresa cuando de pronto la recibí en un paquete, acompañada de un generoso cheque.

—La encargué cuando te di la mía y no pude pasar a recogerla hasta casi un año después.

—¡Cualquiera diría que sois de la misma secta! —exclamó Carmen mientras hacían oscilar ambas esferas juntas. En contraste, la de Carlos parecía aún más gastada.

—¿Y diste con la explicación definitiva? —quiso saber Nybe.

—Supongo que sí. He cobrado conciencia de que la realidad está circunscrita a la esfera de cada uno, y vivo en consecuencia. ¿Te acuerdas de la antena de la langosta? Pues creo que sólo hay una en este universo, y lamento decirte que es la mía.

—¿Y entonces nosotras qué somos? ¿Los artistas invitados?

—Exacto, de la misma manera que yo podría serlo para vosotras, si es que existís.

—¡Yo existo! —aseguró Nybe con expresión muy seria, corroborada por Carmen.

—Imaginaba que diríais eso, está en vuestro guión.

Júnior no cesaba de moverse inquieto, y Carmen se lo llevó para que durmiese la siesta, dejándolos por fin a solas. Degustaron la jarra de limonada en animada charla, recordando su primer encuentro y los acontecimientos desencadenados a partir de entonces, mientras el sol recorría su camino hacia el ocaso. Cuando el atardecer se enrojecía, Ninfa avisó que los esperaban para cenar y la siguieron hasta los dominios de Max. Allí la sirvienta aplicó su diminuto dedo índice sobre un lector biométrico, y la puerta de recio cristal antivandálico se abrió con un chasquido.

Accedieron a una agradable estancia, bajo una cúpula ovalada y transparente, por la que ya despuntaban las primeras estrellas vespertinas. La mesa se veía dispuesta al fondo, pero aún despoblada. Fueron entonces hacia una zona de sofás, donde David, su único ocupante, se había apoderado de una esquina por la que no cesaba de moverse inquieto hasta que Nybe se sentó a su lado. Una melodía de reminiscencias hindúes con estructura *lounge* proporcionaba el fondo adecuado. Cuatro pantallas planas de gran formato unidas ocupaban toda la pared de enfrente, simulando con detalle la continuación del mismo salón en el que se hallaban. Allí crepitaban con gran nitidez y a tamaño real los troncos de una chimenea virtual, confirmando un ambiente muy hogareño a la estancia.

Unos ladridos llamaron su atención, y vieron a Max que se acercaba por un jardín interior, escoltado por dos gráciles doberman. Los faldones de su amplia camisa blanca volaban sobre unos tejanos desgastados y su largo cabello estaba recogido en una coleta. Parecía muy relajado. Los perros entraron primero y se dirigieron como flechas hacia los recién llegados, quienes no movieron un músculo mientras eran olisqueados a placer.

—Jajajaja, un poco de paciencia, esto sólo lo hacen la primera vez para conoceros. Si no se lo dejásemos hacer, estarían ladrando todo el rato —comentó David entre risas, ante la expresión demudada de Nybe y de Carlos—. Cuando se hayan familiarizado con vuestro olor, os dejarán en paz. Es la guardia personal de Max, su último nivel de seguridad.

Una orden de su amo detuvo Jos perros en el acto, otra los hizo regresar al jardín. Max cerró la puerta, y los animales se quedaron al otro lado de la cristalera, observándolos en silencio con aviesa mirada.

Entró Carmen con Júnior de la mano. El niño se sobresaltó al ver allí a Carlos, y empezó a abrir y a cerrar el puño, diciéndole adiós. Él respondió de igual manera, aunque no se fue. Para calmar su ansiedad, Max cogió al niño y se sentó en un cómodo sillón.

—¿Estás familiarizada con la computación cuántica? —preguntó a Nybe.

—Vagamente —respondió ésta sorprendida.

—A ti ya no te lo pregunto —comentó a Carlos—, porque estoy seguro de que no tienes ni idea.

—No creas, hace tiempo que me interesan las posibilidades que ofrece la física cuántica para explicar el universo. Justamente hemos estado hablando de ello con Carmen hace un rato. Aunque no sabía que tuviera aplicaciones informáticas.

—Las tiene y serán determinantes. Así que, como siempre, mientras tú filosofabas yo me puse a trabajar sobre ello con el objetivo de conseguir el primer buscador cuántico. —Y, dirigiéndose a Nybe, continuó sin apenas disimular su sarcasmo—: Su planteamiento es radicalmente nuevo y superamos a todos los demás, especialmente al NetFinder, que supongo sabes que conozco muy bien.

—¿Puedes concretar, por favor? —requirió ella en tono neutro.

—Claro. Vuestro sistema se está muriendo de éxito. El viejo código binario tiene un límite estructural, y no tenéis empacho alguno en usarlo hasta la saciedad. Tal y como hacéis con todo. Y cuando se acabe, ¿qué? ¿Algún apaño para tirar un poco más, o vais a raptar a algún otro pardillo?

El niño empezó a llorar ante el tono cada vez más agresivo de su padre, y Carmen se lo llevó con la excusa de atender la cocina.

Las mejillas de Nybe estaban encendidas, y procuró contestarle despacio para que el mensaje llegase claro.

—¡No tengo responsabilidad alguna en NetFinder, sólo soy su mensajera, y te conviene hablar con ellos cuanto antes!

—Podrías buscarte a otros clientes; estás desperdiciando tu vida. No tengo por qué hablar con ellos. —Max ya no disimulaba su ira contenida—. No les debo nada ni les necesito.

Mi sistema es tan innovador que no nace lastrado por ninguna patente. Nada le hace sombra.

—¡La computación cuántica requiere ordenadores que aún no existen! —objetó Nybe.

—¡Claro que existen! Diversos fabricantes tienen prototipos funcionando. Yo mismo uso uno. Cuando convenga, no tardarán en aparecer y en extenderse —afirmó Max—. Pero nosotros no dependemos de eso, hemos logrado hacer funcionar los principios cuánticos en los sistemas actuales, mediante unos algoritmos que emulan las propiedades de los qbits.

—¿Qbits? —preguntó Carlos.

—Sí, bits informáticos que permiten los dos estados a la vez: cero y uno —aclaró Max.

—He leído algo sobre sus capacidades para incrementar la seguridad informática, al poderse verificar a distancia posibles intrusiones en los ficheros —reflexionó Nybe.

—Es cierto que tienen esa aplicación criptográfica, pero lo que especialmente me interesa es la propiedad cuántica de estar en varios sitios a la vez. ¿Verdad que es más lógico estar en vez de buscar?

—¿Y eso ya funciona? —se interesó Carlos.

—A la perfección, desde esta tarde. Tú mismo has sido testigo del éxito. Llevábamos semanas estancados, probando todo tipo de variantes a las fórmulas del algoritmo base, hasta que introduje unos leves cambios y ahora va como una moto. ¿Queréis verlo?

Sin levantarse ni esperar respuesta alguna, todos siguieron la mirada de Max hacia la gran pantalla en la pared de enfrente. Allí surgió un hombre, una versión muy potenciada de Max, que se situó en el centro exacto de la pantalla, donde se quedó mirándolos con una ligera sonrisa de confianza. Nybe, espantada, le reconoció al instante.

—¡Os presento a qMax! —dijo Max.

El aludido se inclinó ante los presentes, volviendo a la posición original.

—No os dejéis impresionar por la apariencia —los avisó Max al verlos tan sorprendidos—. Lo que importa es la maquinaria interior. Es la sonda definitiva, capaz de estar a la vez en todos los servidores de internet y de funcionar con total operatividad en los mundos virtuales. Tenemos diseñadores muy buenos aquí y, mientras me concentraba en las fórmulas, les pedí que dotasen al buscador de aspecto humano para incrementar su aceptación. Se puede escoger cualquier imagen y voz para estos asistentes virtuales. Incluso dispongo de diversos rasgos de personalidad a elegir, que van desde el correcto al servil-empalagoso. Si alguien lo pidiese, incluso podríamos preparar una versión de aspecto crispado, pero ¿quién querría tener un ayudante así? También estamos haciendo los formatos para pantalla de móvil, portátil...

—¿Quieres decir que este tío habla? —interrumpió Carlos muy impresionado, acercándose a Max, quien parecía, a su vez, estar siguiendo la conversación con interés.

—Pregúntaselo tú mismo.

Así lo hizo.

—¿Hablas?

—En veintiocho idiomas —contestó en el acto, en un perfecto castellano y ante la enorme sorpresa de los invitados.

—Dínoslo en todos esos idiomas —ordenó Max.

Y el personaje virtual declinó sin respirar veintiocho veces la misma respuesta del inglés al mandarín, pasando por resonancias germanas, eslavas, latinas, orientales, árabes y escandinavas.

—¡Ahora te toca! —propuso Max a Nybe—. Pregúntale algo, cualquier cosa.

—¿Eres Osmon?

Ella también se había puesto en pie y se le acercaba.

Max la miró sorprendido, mientras su réplica virtual contestaba impasible:

—Soy Max —precisó—. Osmon proviene de los vocablos noruegos *Ás* y *Mundr*, que significan «el dios protector».

Dispongo de 123 427 referencias. ¿Está interesada en alguna en particular o

quiere información sobre todas?

—Quisiera saber la situación del Osmon que mandaba a los Orbat de SecondLife —concretó Nybe, a un paso escaso de la figura virtual, cuya corpulencia la sobrepasaba por todos lados.

—No dispongo de esa referencia —contestó al cabo de un segundo, mirándola con fijeza.

Max se puso a su lado.

—¿Por qué has preguntado algo tan enrevesado? ¡El nombre de un avatar! ¿Acaso no hay nada más interesante en todo el conocimiento universal? ¡Cualquier cosa! —exclamó—. Bueno, tampoco preguntéis si existe Dios y cosas así, ¿eh? Aún no lo tiene del todo claro, jajajaja.

—¿Y este tío nos está viendo? —preguntó Carlos.

—¡No seas bestia! Sólo es una interfaz con sensores, pero si os distrae tanto la quito y volvemos a las líneas de comandos blancos sobre la pantalla negra. —Max se estaba desesperando ante la imprevista reacción de sus invitados, más interesados en las apariencias que en valorar su gran descubrimiento—. Hay varios detectores de presencia por el marco de la pantalla, que emiten una señal cuando alguien mira y eso hace que aparezca. También dispone de un time-out, y si no le hacemos caso durante un minuto se irá. Esa ranura es un escáner tridimensional acoplado para pasarle objetos. ¿Podéis preguntar alguna cosa más normal?

—Bueno, dime cuál es el mejor portátil que existe en este momento —planteó entonces Carlos para satisfacerle.

—¡Eso ya está mucho mejor! —comentó Max aliviado. qMax hizo primero unas rápidas preguntas, para averiguar el uso que Carlos pretendía darle. La chimenea había desaparecido y a su lado surgían imágenes y textos que mostraban las características de los equipos escogidos, además de diversos gráficos con análisis comparativos sobre todo tipo de cuestiones técnicas y precios, hasta que Carlos dijo basta, justo cuando ya le estaba pidiendo los datos de su tarjeta de crédito para comprárselo.

Entró Carmen para anunciar que la cena ya estaba lista, y muy a su pesar todos fueron a la mesa. Nadie dudaba ya que los días de gloria del NetFinder habían terminado, pero a Nybe lo que más le turbaba era la mirada que emanaba de aquella figura, aún presente.

Durante la cena se desplegaron en la pantalla las olas gigantescas de una nocturna playa tropical, y de los altavoces surgía una selección acorde con aquel paisaje onírico. Alrededor de la mesa, comentaban animadamente la revolución que iba a suponer esa nueva tecnología, pero Nybe se sentía incapaz de participar. Se fue ensimismando, evocando las jornadas de felicidad junto a Carlos.vp. Aquello le resultaba más real que lo que en ese momento estaba viviendo. Las tenues sombras provocadas por el paisaje tropical parecían reclamarla. La pulsión era tan fuerte que, sin mediar palabra, se levantó. Parecía estar en trance, y todos la observaron en

silencio mientras se dirigía hacia la gran pantalla; se detuvo a apenas dos pasos. qMax surgió de la nada frente a ella.

—Dime —pidió Nybe.

—Didier.vp murió como un valiente, y redimió su culpa.

—¿Y él?

—¡Es el último VP y le protejo!

qMax dio un paso atrás y Carlos.vp ocupó su lugar. Hizo el ademán de abrazarla.

—¿Dónde estabas? ¿No ves que te estoy esperando? —dijo con voz rota.

—¡Amor mío! —sollozó ella desesperada por tenerle tan cerca, pero inalcanzable.

—Te estoy esperando —insistió, golpeándose con el cristal para acercarse a ella.

Nybe introdujo su mano en la ranura del escáner tridimensional, y ésta apareció flotando en el otro lado. La movió y pudo tocar a su amado. Percibía leves corrientes eléctricas con cada caricia.

—Pronto estaré contigo y nunca más nos separaremos —le prometió Nybe.

—Entra toda tú ahora mismo. Vamos al faro —urgió Carlos.vp.

Max se acercó. Los demás se quedaron en un segundo plano, absolutamente impresionados.

—¿Estás enamorada de un VP? ¿Te das cuenta de que se trata de una fantasía?

—Todo es fantasía en el amor —respondió Nybe desafiante, sin dejar de mirar cómo Carlos.vp le suplicaba desde el otro lado.

Carlos se aproximó para contemplar de cerca a su propia versión virtual, que le ignoraba, sólo pendiente de Nybe, que se deshacía de amor.

—Sufre mucho más que tú —afirmó Max—. Programé a los VP para que tuviesen la imperiosa necesidad de mantener un constante contacto con sus RP, y está claro que éste ha sustituido a Carlos por ti. Jamás descansan ni se distraen, y sólo aspiran a recibir atención, o amor en este caso. ¡Jamás podrás colmarle!

Nybe se volvió bruscamente, con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Y qué quieres que haga? —gritó.

—¡Debemos crear ahora mismo a tu propio VP para que estén siempre juntos! Te aseguro que serán felices eternamente. Incorporaré al código unas variantes para conseguir que entre ambos haya una afinidad como nunca antes ha existido entre pareja alguna.

—¿Y yo?

—Recuerda la esfera que llevas colgando —intervino Carlos—. Ahora tienes la oportunidad de transferirte conscientemente al próximo universo.

Nybe tomó su colgante, que desprendía un suave brillo, miró al VP, quien también tocaba el suyo, y aceptó con un gesto.

Max desplegó en la pantalla táctil un teclado virtual con diversos controles añadidos para llevar a cabo el bautizo. Mientras modificaba el código fuente de los VP, hizo que ella cumplimentase en pantalla el formulario de inicialización que definía su perfil. Nybe puso la más absoluta concentración, traspasando fielmente su

esencia al nuevo universo. Al finalizar ella misma oprimió la tecla «Enter», y al instante surgió su VP en la pantalla, absolutamente espléndida y feliz, junto a Carlos.vp, con quien se entrelazó, fundiéndose en un beso.

—¡Despierta, Carlos!

De pronto, en la profundidad de sus sueños, éste notó que le estaban zarandeando. No reconocía aquella perentoria voz femenina que le susurraba a la oreja.

—¿Qué pasa? —preguntó desorientado en plena noche.

—Sígueme en silencio —ordenó la mujer, marchándose presurosa.

Le costó levantarse y correr descalzo tras aquella huidiza figura por los dormitorios poblados de respiraciones cadenciosas. Atravesaron el patio, donde pocas horas antes había dejado a una desolada Nybe fumando con David, y entonces se dio cuenta de que era precisamente a ella a quien estaba siguiendo hasta las habitaciones de Max. Juntos pasaron por la puerta acristalada, abierta de par en par, y se lo encontraron con expresión tensa, junto a Carmen y con el niño entre ambos. Enfrente, también sentado, estaba el coronel Leach. En pie, detrás, Raúl apuntaba con una pistola.

—¡Boludo, hijo de la gran puta, aún te espero en aquel parque! —bramó en su castellano cargado de acento argentino.

—¡Déjalo ya! —le ordenó el coronel, haciéndole bajar el brazo, para dirigirse a Carlos en tono festivo—: Buenas noches, amigo. Siento haber tenido que despertarle, pero necesitamos su ayuda una vez más. Por favor, siéntese aquí a mi lado.

Los perros se desgañifaban en el jardín, rascando frenéticamente con sus patas los cristales de la galería.

—Encárgate de esos chuchos y vuelve a securizar el perímetro. Aún no me fío del todo de esos serbios —ordenó a Raúl—. Yo me quedo aquí. Dame unos minutos para hablar con los chicos.

—Puedo apaciguar a los perros —imploró Max.

—No te preocupes, hijo, Raúl tiene mucha mano con los animalitos. Mejor que me apacigües a mí. ¡Hace mucho que no hablamos! ¡Cómo añoro aquellas conversaciones tan estimulantes!

—Yo no.

—¡Me encanta tu casa! Veo que has sabido invertir bien el dinero —repuso el coronel con absoluta indiferencia, alzando la voz por encima de la jauría—. Me desquicia ver fortunas dilapidadas en estupideces. La mayoría, cuando tienen algo de dinero, se compran cualquier horterada para fardar, y tú, en cambio, con dos cojones, te construyes tu propio púlpito para esconderte dentro. ¿Es tan bueno como el nuestro? ¿Mejor incluso? ¡Quizá hasta podría servirnos!

—No pienso dejar que vuelva a encerrarme —afirmó Max con rotundidad.

—No me hagas reír. ¡Si es lo que más te gusta! —El coronel le observaba divertido—. La verdad es que formábamos un buen equipo.

—No pienso volver a trabajar para ustedes ni para nadie —insistió, tomando con fuerza la mano de su esposa.

Varios zumbidos secos en el jardín transformaron los ladridos en gemidos y después en silencio.

—Debían de ser unos malos bichos, y Raúl no habrá tenido otra alternativa —apostilló el coronel.

Se dirigió entonces a Carlos.

—Creo que ha llegado tu turno para convencerle. Parece que Raúl no te aprecia mucho, y no quisiera lamentar más desgracias.

—¡Max, por favor, dales lo que quieren! —imploró Carlos con la frente perlada de sudor.

—No pienso hacerlo, esta vez no.

—No te lo pido por mí, sino por todos nosotros. Se nos irán cargando uno a uno hasta que digas basta. ¿Qué importa el qMax ese? Tú siempre podrás crear algo mejor.

El aludido apareció en el centro de la pantalla, que hasta entonces había permanecido desactivada.

—¡Pero si es el cabronazo de Osmon! —exclamó el coronel. Se puso en pie y avanzó hacia el avatar. Las potentes dimensiones de éste contrastaban grotescamente con las del coronel—. Dime qué hay que hacer para liquidarte definitivamente.

—Soy qMax. Simplemente acudo al oír mi nombre.

—¡A mí no me engañas, capullo, que son muchos años de servicio! ¿Ahora eres cuántico? Si ya me gustabas poco en tu versión binaria, ahora que puedes estar en todas partes a la vez me resultas mucho más odioso.

—Sólo pretendo ayudar. Dígame en qué puedo servirle, coronel.

—¿Acaso tienes el código fuente de los qbichos? —preguntó por seguirle el juego.

—Por supuesto, coronel, ¿cómo quiere que se lo entregue, impreso, por *e-mail*, grabado en un DVD, o quizá tiene una tarjeta de memoria a mano? —respondió con presteza.

—¡No se fíe, coronel! —exclamó Nybe.

—¡No lo hagas, qMax! —ordenó su RP tajante.

El coronel sacó su revólver y apuntó a Max.

—¡Cállate, hijoputa! —Y volviéndose hacia qMax, preguntó sin dejar de apuntarles—: ¿Qué tal en mi Ipod?

—Perfecto, insértelo en algún conector USB del panel multifunción aquí, a mi derecha.

Así lo hizo.

—¿Y ahora qué demonios pasa? —preguntó el coronel al ver que nada se cargaba.

—Debemos estrecharnos la mano en señal de amistad. No pretenderá que colabore con usted si tan mala opinión tiene de mí —respondió qMax muy serio.

—¿Me estás tomando el pelo?

El coronel estaba alucinado.

—En absoluto, señor, pero considero que las formalidades son esenciales. —Y señalando a continuación la ranura del escáner tridimensional, insistió—: ¡Vamos, coronel, deme la mano!

—Es sólo un escáner, déjeme que se lo muestre —intervino Carlos, quien introdujo la suya.

Al ver que, efectivamente, el miembro aparecía en el otro lado, el coronel lo apartó bruscamente.

—¡No lo haga! —advirtió Nybe en vano.

—¡Yo también quiero acariciar a mi VP! —respondió el coronel en un tono sarcástico.

Introdujo con decisión su mano, que al instante apareció flotando junto a qMax, quien se la estrechó vigorosamente. Primero el coronel notó una ligera sensación de calor, pero a medida que se mantenía el saludo la presión se acrecentaba, dando paso al dolor. La creciente sacudida eléctrica del escáner impidió que el coronel pudiese retirar su mano, que se quemó entre sus insufribles gritos y el olor a carne quemada del cortocircuito. El coronel cayó inconsciente, con el brazo ardiendo aún prendido de la ranura y el revólver en el suelo.

—Cógelo —ordenó qMax a Carlos, quien se abalanzó antes de que Nybe pudiese reaccionar.

Muy a su pesar, la apuntó y ella le sonrió cáusticamente.

—Con el seguro puesto no sirve de nada —comentó qMax, y le mostró cómo quitárselo con uno idéntico en su mano.

Un clic metálico confirmó que el arma se encontraba dispuesta. La pantalla se desactivó, ocultando a Max.

—¡Vayámonos de aquí antes de que vuelva ese otro loco! —dijo Max.

Salieron corriendo hacia la escalera del fondo, que descendía hasta el aparcamiento. Nybe iba con ellos, persuadida por el revólver que Carlos empuñaba con decisión. Carmen, sin embargo, quiso antes pasar por la cocina para liberar a Ninfa, que estaba amordazada. Max bajaba deprisa, llevando a su hijo en brazos. Con la mano, tapaba la boca del niño para que no hiciese ruido alguno. Éste apenas podía respirar, pero, quizá consciente de la gravedad del momento, se mantenía quieto. Carlos apagó las luces del salón y esperó a que pasase Carmen con la atemorizada filipina.

Raúl surgió de la nada al otro extremo del salón y se inclinó sobre el coronel. Liberó primero su brazo chamuscado y percibió en el cuello su pulso irregular. Había oído aquellos desgarradores gritos, tan parecidos a los de los años de plomo en la Esma, pero ni por un momento imaginó que pudieran haber surgido de la garganta del coronel Leach. En el otro extremo de la sala, Carlos no se movía. Le fascinaba contemplar, inadvertido, a su más acérrimo enemigo, y además sabía que estaba dando así unos preciosos segundos a los demás. Empuñó con fuerza el revólver y le

apuntó con ambas manos. El argentino intuyó algo y alzó la vista. Apenas entrevió la silueta de Carlos entre las tinieblas al fondo, desde donde surgieron varios fogonazos.

Raúl arremetió a su vez y oprimió con odio varias veces el gatillo, usando como diana el brillo de la esfera que pendía sobre el pecho de su contrincante, hasta que una bala traspasó el hombro del argentino, muy cerca de la base del cuello, tirándole al suelo. Carlos aprovechó entonces para escaparse, dejando su propio reguero de sangre.

En el aparcamiento la tensión era máxima. Se oían las detonaciones junto al ronroneo del potente Humbee de Max, quien accionaba nerviosamente el mando de apertura a distancia, sin conseguir que se abriese la compuerta que daba acceso al exterior. Carmen saltó del vehículo seguida por Ninfa, y ambas bajaron corriendo por la rampa para accionar la palanca de apertura manual. Cuando apenas estuvoalzada medio metro, se colaron varios chinos de aspecto amenazador. Se trataba de miembros de las tríadas locales, sobre las que el poder chino central ejercía su autoridad, usándolas como ocasionales fuerzas de choque esparcidas por todo el mundo. Uno de ellos apartó brutalmente a las mujeres de la palanca para continuar abriendo la compuerta aceleradamente. Entró entonces una furgoneta reculando, de donde salieron más individuos portando catanas y *ninchacusi*. De la puerta del copiloto descendió la menuda figura de Yu con expresión siniestra. Ninfa la saludó con una profunda inclinación.

Nybe huyó corriendo como una exhalación hacia la escalera interior, subiendo apresuradamente los peldaños, perseguida por multitud de pasos y exclamaciones. Tropezó con Carlos, caído en un rellano, quien vio su expresión de terror antes de cerrar los ojos.

Carmen, retenida por la propia Ninfa, transmitió a Max con su mirada la convicción que éste necesitaba. El potente automóvil arrancó entonces rugiendo hacia la puerta semiabierta, pasando por encima de cuantos intentaban interponerse; los disparos rebotaban por toda su estructura blindada. Apartó la furgoneta con violentos choques, golpeando después la compuerta con sucesivas embestidas hasta sacarla de sus goznes y salir al descampado. Tal y como ya estaba previsto para casos de emergencia, en lugar de continuar por el camino traspasó el seto de delante y alcanzó una calle colindante por donde huyó a toda velocidad, con los ojos bañados en lágrimas y Júnior en su regazo.

El coronel sabía que la situación no le era en absoluto favorable. El brazo le dolía enormemente y apenas podía entender lo que Raúl, con el pecho empapado de sangre, intentaba decirle. Se dejó llevar, tambaleante, por aquel oscuro salón en el que retumbaban extraños gritos que se aproximaban. Lamentaba no disponer al menos de su Beretta, y no tenía otro remedio que dejarse llevar por su subordinado. Tal y como había establecido Tzun Zu hacía milenios, cuando uno estaba en desventaja lo inteligente era retirarse y regresar con refuerzos en otro momento más adecuado, pero eso sólo lo enseñaban a los oficiales.

De pronto, del fondo emergió una figura, en la que apenas podía verse la fluorescente esfera plateada bailando sobre su pecho, y sobre la que Raúl vació todo el cargador. No quedaban balas para frenar a la turba que apareció detrás y que se les abalanzó encima.

Al distinguir sus facciones orientales sobre el brillo de los cuchillos, el coronel no pudo evitar sonreír al pensar que iba a acabar sazonado de salsa agri dulce en algún restaurante chino de la ciudad.

Manel Costafreda subía trabajosamente hasta el segundo piso por la angosta escalera del edificio que alojaba a la Asociación de Periodistas, situado en un antiguo edificio donde aún mantenían el piso principal. El envejecido y diminuto ascensor no le inspiraba confianza alguna, por lo que ascendía resoplando, peldaño a peldaño, con el esfuerzo equiparable a un ocho mil, en absoluta soledad.

Como de costumbre, era muy temprano. No quería cruzarse con otras personas y tener que soportar sus miradas de conmiseración en aquel penoso trance. Odiaba especialmente cuando se detenían a esperar a que llegase al siguiente rellano.

Jamás usaba el ascensor debido al pánico a que se bloqueara con él dentro. Las burlas, que atribuirían el fallo del mecanismo a su morbilidad, serían insoportables. Los imaginaba mirándole desde fuera, cuchicheando en grupos, filmando el suceso con sus móviles, para terminar colgando esas imágenes en internet para el regocijo planetario, los bomberos afanándose en abrir una trampilla lo suficientemente grande para sacarlo, seguramente con la asistencia de una grúa que requeriría un boquete en la fachada del edificio para acceder. Tras algo así, simplemente se suicidaría.

Una vez arriba, no volvía a pisar la calle hasta que anochecía. Allí recuperaba su dignidad, ejerciendo durante todo el día y con pleno dominio sus relevantes funciones como secretario general de la entidad y *alma mater* del periodismo local, ojo avizor a la dictadura de los grupos de comunicación.

Otra ventaja de llegar temprano era que aún no se recibían llamadas telefónicas, ni había que atender las quejas de los compañeros de profesión que se presentaban airados para denunciar supuestas presiones y oscuros contubernios contra ellos, además de abusos laborales, siempre atentando contra la sacrosanta libertad de prensa.

Al introducir la pesada llave en la puerta de roble, percibió una presencia entre las sombras del siguiente tramo de escalera. En ocasiones, ya se había encontrado con algún mendigo que se guarecía en el interior del portal, pero siempre en la planta baja. Efectivamente, alguien se estaba poniendo en pie y se aproximaba en silencio con un niño dormido en sus brazos.

—Déjeme entrar —suplicó en susurros—. Por favor.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Max Gil —respondió el desconocido en voz muy baja—, y necesito que me ayuden.

Una vez en el interior, Max cerró la puerta y Manel encendió rápidamente una luz y pudo ver entonces su desencajado rostro, que contrastaba con la serenidad que desprendía el niño, quien le miraba fijamente a los ojos.

Max quiso referirle allí mismo su situación. Necesitaba volcar en ese desconocido toda la angustia vivida, hacerle partícipe de su sufrimiento y del espantoso desenlace. Se remontó a sus principios, años atrás, y rememoró las distintas vicisitudes, que su

interlocutor iba absorbiendo con fruición, planteando oportunas preguntas, resultado de tantos años de práctica periodística. En pleno relato llegaron los primeros empleados, que observaron la escena con curiosidad. Manel se llevó a Max con el niño a su oficina, no sin antes pedir que les trajesen unos potentes desayunos. La jornada se anunciaba muy interesante.

Ofreció a Júnior unas galletas para casos de emergencia, que mantenía escondidas en el fondo de un cajón de su abarrotada mesa de trabajo, y poco después fueron llegando los elementos imprescindibles para componer un opíparo desayuno. Solicitó a su secretaria que nadie los molestase bajo ningún concepto, y que mantuviesen absoluta discreción sobre sus visitantes. Quiso también encargarle el cuidado del niño, pero éste se aferraba a su padre. Con la mirada, parecía decirle que no molestaría en absoluto. Cuando la secretaria salió, Manel se dispuso a seguir escuchando el resto del relato con sumo interés.

En las redacciones de las agencias de noticias y medios de comunicación apareció la convocatoria de una inminente e importantísima rueda de prensa, con el aval de la propia asociación, algo realmente inusitado. Manel se encargó personalmente de efectuar las principales llamadas de seguimiento.

—¿Para cuándo dices que es?

—Empieza dentro de media hora.

—¿Media hora? No tenía ni idea. ¿Cuándo la habéis convocado?

—Acabamos de hacerlo.

—¿Estás loco, Manel? ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¿Qué ocurre?

—¡No tengo tiempo para detalles ahora! Se trata de una verdadera primicia a escala mundial y punto. ¡No me dirás que sucede cada día! Sabes que no te llamaría si no valiese la pena.

—Bueno, ya miraré de enviarte a algún redactor. ¿De qué sección, cultura, economía, tecnología, política?

—Envía lo que tengas, porque afecta a todos los ámbitos, pero te aconsejo que tú no te lo pierdas. ¡Me lo agradecerás toda la vida!

—¡Estás como una cabra!

Convocó también a corresponsales de diversos medios extranjeros, hospedados en habitáculos diseminados por el mismo edificio. Hasta hizo rastrear las cafeterías cercanas a por los despistados. Cuando creyó contar con un quórum suficiente en la impaciente sala de conferencias, avisó a Max, quien apareció con su hijo en brazos, ambos con un semblante muy serio. Después de una breve presentación, Manel cedió la palabra a Max y se ocupó del niño.

Max apenas reparó en su perplejo auditorio y accionó el proyector para mostrar, a sus espaldas y centradas en la pared, dos grandes letras azules sobre fondo blanco: «VP». Debajo aparecía escrita la dirección: «<http://www.VirtualPersonality.net>»

—Les presento una nueva página web, que a partir de ahora será un referente mundial, y donde todos son bienvenidos. Es el resultado del sacrificio personal y del esfuerzo desinteresado de unos cuantos para disponer del motor de búsqueda en internet definitivo. Mucho más potente que cualquiera de los que existen en estos momentos y totalmente independiente. No está sujeto a organización alguna y es imposible de corromper. Su código informático está abierto, con lo que siempre se podrá verificar y mejorar la objetividad de sus planteamientos. —Después de una breve pausa, en la que podían oírse los teclados de los periodistas accediendo al nuevo site desde sus portátiles, prosiguió—: Los fundadores de VP creemos que nadie debe tener el control de un sistema que dice a la gente lo que debe saber. Esa posibilidad comporta el peligro de la supremacía de unos contra otros, por medio de la desinformación, de las medias verdades y de la total ocultación. Queremos que internet sea un lugar imparcial de encuentro, sin manipulaciones, y esta web hace que

eso sea definitivamente posible. Aquí todos pueden descargarse gratis el nuevo buscador. Los desabolladores encontrarán, además, el código fuente completo, para que puedan revisarlo y mejorarlo, siempre y cuando ofrezcan esas mejoras de forma abierta a la humanidad, sin condiciones.

Vio entrar a Carmen con aspecto demudado. Pegada a ella, estaba Yu, quien perversamente le mostraba su fino estilete de acero. Ambas se apoyaron en la pared al fondo de la sala, observándole fijamente. Su mujer mantenía en su semblante toda la determinación para que prosiguiese. La china, en cambio, intentaba amedrentarlo, aunque no acertaba a comprender el alcance de aquella situación.

—Hoy estamos —proseguía Max con esfuerzo, tragando para superar la emoción —, hoy estamos, digo, ante el lanzamiento mundial de un nuevo estándar, y les pido que nos ayuden a difundirlo al máximo. Éste es el momento más crítico. Poderosas fuerzas pugnan para que pase desapercibido y así apropiárselo. En ese caso, todo el sacrificio habrá sido en vano.

El silencio era en aquel momento absoluto. Las cámaras de algunas cadenas de televisión empezaron a transmitir la señal en directo.

—Necesitamos su colaboración para que VP obtenga la más amplia difusión y nadie pueda pararlo ya. Háganselo saber al mundo de inmediato por todos los medios; periódicos, canales de radio y televisión, mediante *e-mails*, sms, blogs, podcasts. Lo que sea, con tal de que llegue cuanto antes a la mayor cantidad de gente, y esas personas consigan transmitírselo a muchos otros y todos empiecen a usarlo. Sólo si obtenemos una masa crítica del millón de usuarios en esta primera hora, garantizaremos que este conocimiento se convierta definitivamente en patrimonio universal, y que nadie, por poderoso que sea, pueda apropiárselo.

Presentó entonces a qMax, quien ocupó el centro de la pantalla y mostró el funcionamiento del nuevo buscador, mientras Max iba respondiendo las preguntas cada vez más perspicaces del creciente número de periodistas, tanto de los que ya abarrotaban la sala como de quienes se sumaban en remoto. La noticia se iba transmitiendo a las redacciones, que la difundían en directo a todos los gobiernos, universidades, empresas y hogares, suscitando la atención mundial.

En SecondLife qMax estaba dando exactamente las mismas explicaciones a una creciente masa de avatares, congregada en torno al faro. Carlos.vp atrajo a su amada con ternura, cogiéndola por la cintura, y ella apoyó la cabeza en su hombro mientras miraba extasiada las líneas que proyectaba el foco sobre la agitada superficie del mar. Los haces de luz dibujaban todas las posibilidades del infinito, y Nybe.vp sentía quede alguna manera ya había estado allí y vivido esa misma sensación, aunque en otra vida. Había tomado conciencia de su existencia, tan perfecta como la esfera sobre su pecho.

Progresivamente el contador de downloads en la página web se aceleró. Al principio un número tras otro en cadencia, pero, a medida que el concepto se difundía exponencialmente en ambos universos, adquiría mayor velocidad, siendo imposible

leer las cifras.

Max no conseguía encontrar a Carmen entre aquel revuelo. Recorrió con angustia toda la sala hasta hallarla justo detrás de él, mirándole con una amplia sonrisa con el niño feliz ya en sus brazos.



GASPAR LÓPEZ TORRES (Barcelona, España, 1960). Es licenciado en Derecho con un máster en Administración de Empresas por el ESADE.

Siempre ha estado especialmente interesado en cuestiones relacionadas con las nuevas tecnologías. Desde 1991 dirige Infoco una empresa eService de Barcelona, y participa de forma habitual en diversos colectivos internacionales de análisis sobre las posibilidades del Web *Self-Service*.

A Gaspar también le fascinan las cuestiones concernientes a la naturaleza de la realidad y la intersección entre los universos virtual y material, y a la relevancia que estas cuestiones tienen a la hora de intentar comprender el significado de nuestra existencia.

Precisamente, de la fusión de sus actividades profesionales e inquietudes filosóficas, surgió la motivación para escribir *Dominio* (2009). Un imaginativo *ciber-thriller* sobre las consecuencias de haber desarrollado en Infoco un revolucionario buscador para internet, donde personas virtuales dotadas de conciencia propia se encargan de encontrar información para sus contrapartes en la vida «real».